

00462  
1es<sub>2</sub>



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO**

**Facultad de Ciencias Políticas y Sociales**

**FALLA DE ORIGEN**

**PODER Y DESAPARICION  
CAMPOS DE CONCENTRACION EN ARGENTINA,  
1976-1980**

**FALLA DE ORIGEN**

**T E S I S**  
Que para obtener el Título de  
**MAESTRA EN CIENCIAS POLITICAS**  
**p r e s e n t a**

**PILAR CALVEIRO GARRIDO**



**FALLA DE ORIGEN**  
**FALLA DE ORIGEN**

**México, D. F.**

**1995**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**Poder y desaparición**  
**Campos de concentración en Argentina, 1976-1980**

Tesis para postular por el título de maestría en ciencia política

Postulante: Pilar Calveiro Garrido  
Asesor: Luis Alberto de la Garza

*Para Lila Pastoriza, amiga entrañable, experta en el arte de encontrar resquicios y de disparar sobre el poder con dos armas de altísima capacidad de fuego: la risa y la burla.*

## **Índice**

<b>Presentación</b>	<b>2</b>
<b>Introducción</b>	<b>3</b>
<b>Salvadores de la Patria</b>	<b>4</b>
<b>La vanguardia iluminada</b>	<b>54</b>
<b>Los campos de concentración</b>	<b>86</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>163</b>

## Presentación

El objeto principal de este trabajo es ahondar en una modalidad represiva, los campos de concentración-extermio, que se practicó en Argentina entre 1976 y 1980. Creo que las formas que adopta la represión son indicativas de la índole del poder y, por ello, me pareció pertinente indagar en una modalidad represiva muy específica y tratar de ver cómo se asoció con las características del poder en Argentina a lo largo de las últimas décadas.

Para trabajar la realidad de los campos de concentración; me resultó imprescindible revisar los recorridos del poder a lo largo de este siglo, rastreando en particular el crecimiento y autonomía crecientes del poder militar. Este tema, que se revisa en el capítulo 1, está orientado a analizar el poder militar y su estrecha relación con el sistema político hasta el momento en que las Fuerzas Armadas, como institución militar, llegan a convertirse en el núcleo mismo de las instituciones políticas.

También creí necesario analizar la formación y evolución de las organizaciones guerrilleras, por ser los destinatarios si no únicos prioritarios de la política concentracionaria en Argentina. Este tema, que se trata en el capítulo 2, también intenta profundizar en las modalidades de cuestionamiento y de reproducción del poder autoritario que adoptaron estas organizaciones.

El capítulo 3 se refiere a los campos de concentración-extermio, sus dinámicas internas y el tipo de proyecto de poder que implican. Entiendo que al mirar el campo de concentración estamos observando a la sociedad, tanto a la que se intenta instaurar desde el gobierno militar como a la que es, la que se ha ido gestando a lo largo del siglo; uno y otra se sostienen, complementan e incluyen. Hay una estrecha relación entre la realidad concentracionaria y las características del poder que se ha ido gestando desde la constitución de la República a fines del siglo pasado. De la misma manera hay una estrecha relación entre la represión concentracionaria y aquello que intenta reprimir, la llamada subversión.

Sin embargo, aunque afirmo esta vinculación, cada uno de los capítulos constituye una unidad en sí mismo. No pretendo decir, de ninguna manera, que uno explique al otro, que exista una relación de causalidad entre unos y otros. Su ordenamiento tampoco corresponde a un orden cronológico ya que se superponen relativamente. Simplemente considero que cada uno de estos problemas está profundamente interconectado con los otros. Siempre, en los tres, estamos hablando de los mismos fenómenos: el pensamiento y las prácticas autoritarias, la reducción de lo político a la lógica binaria de amigo-enemigo, la "naturalización" dentro de la sociedad de las modalidades represivas, las diversas formas de obediencia, resistencia y fuga a todas las formas de poder y autoridad.

Estos temas se cortan en los tres capítulos desde distintos ángulos. El recorrido histórico, al análisis de las formas de rebelión y el desmenzamiento de la mecánica concentracionaria están conduciendo permanentemente a ellos. Son parte de una red, de una trama que corresponde al mismo tejido.

Como es bien sabido, el material testimonial, aunque sea vasto y aunque se recoja con rigor metodológico, en última instancia, puede decir lo que el investigador quiere que diga, pero sólo a veces; otras, también lo refuta. He tratado de dejarme llevar por la reafirmación y las numerosas refutaciones que me impusieron los relatos, las entrevistas y, por supuesto, los maravillosos textos de Adorno, Arendt, Bettleheim, Foucault. Estoy persuadida de que se puede investigar con pasión y con honestidad.

## Introducción

*"No se puede hacer ni la historia de los reyes ni la historia de los pueblos, sino la historia de lo que constituye un frente al otro... estos dos términos de los cuales uno nunca es el infinito y el otro cero."*

Los campos de concentración en Argentina existieron desde unos meses antes del golpe de estado de marzo de 1976 hasta 1980, aunque no se pueden precisar con exactitud las fechas de su creación ni de su desmantelamiento. Dentro de este período el momento de mayor actividad, en donde se consolidó el modelo concentracionario con todas sus características, se podría ubicar entre el golpe del 24 de marzo de 1976 y fines de 1977.

Una fecha importante, dentro de este proceso de estructuración y auge, fue el 21 de octubre de 1976, en que los servicios de información obtuvieron los códigos y citas nacionales de la organización Montoneros, el mayor grupo guerrillero del momento. Esto implicó una ola de capturas y el inicio de una etapa de mayor conocimiento de las dinámicas internas de la guerrilla. Por cierto, los primeros prisioneros que las Fuerzas Armadas intentaron "conservar" con vida fueron capturados después de esta fecha.

Otro elemento decisivo lo constituye el hecho de que durante los años 1976 y 1977 la actividad guerrillera era todavía importante y, si bien la política de las organizaciones armadas ya había quedado rebasada por los hechos, aún no se había definido su derrota políticomilitar. Por lo mismo, la realidad de los campos se correspondía con la etapa de lucha contra un *enemigo* todavía vigente y potencialmente peligroso.

Los campos alojaron mucha gente pero, sin duda, encerraban principalmente a militantes y, sobre todo, a los que tuvieran cualquier grado de vinculación con los dos grupos guerrilleros más grandes de la época, ERP y Montoneros.

Cabe señalar que existió una primera distribución o asignación de tareas, por la cual se suponía que el ejército se encargaría del ERP; la marina de Montoneros, y la aeronáutica de los demás grupos. Esta división de objetivos se fue haciendo nominal, sobre todo porque el exterminio del ERP fue bastante más temprano y el grupo numerosamente importante y activo que enfrentaron las Fuerzas Armadas como conjunto, a partir de fines de 1976, fue la organización Montoneros.

Los campos de concentración son parte de una realidad que tuvo y tiene múltiples expresiones. Pero son, sobre todo, la modalidad represiva de una forma específica de poder, que se pone de manifiesto, con mayor brutalidad y evidencia en ellos. No obstante, campos de concentración y poder militar son facetas de un mismo poder, el poder autoritario que circula en todo el cuerpo social.

El propósito de este trabajo es tomar tres realidades: el poder militar, las organizaciones guerrilleras y el campo de concentración para mostrar como ninguna de ellas es un "engendro" incomprensible sino que las tres están perfectamente arraigadas y entrelazadas entre sí y con la sociedad en la que se desarrollan. No son una la razón de la otra; no hay una relación de causalidad entre ellas. Simplemente forman parte de una misma trama, la trama del poder en la sociedad argentina.

---

<sup>1</sup> Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta, 1992.

## **Capítulo 1**

# **Salvadores de la Patria**



## Salvadores de la patria

### ***Del proyecto oligárquico al ensayo nacionalista***

A fines del siglo pasado, entre 1860 y 1880 se estructuró el estado nacional argentino bajo la égida de la oligarquía bonaerense, asociada con la del interior, en especial la del litoral, y la burguesía intermediaria porteña. La oligarquía no organizó su representación a través de un partido político, en términos modernos, ya que no existía siquiera una competencia política que lo ameritara. En este sentido el Partido Conservador tenía una función más bien formal.

En realidad, el control se garantizó desde la estructura misma del Estado, con la organización de una burocracia *ad hoc* y, sobre todo, la creación de un *Ejército profesional y poderoso, garante de la violencia "necesaria"*. La alta burocracia, el parlamento y la Corte de Justicia se formaron con hombres directamente ligados a la oligarquía por lazos de parentesco, amistad o negocios, que se seleccionaban desde las asociaciones de la élite gobernante como el Jockey Club, la Sociedad Rural o el Club del Progreso, más significativas para los dueños de la tierra que el propio Partido Conservador. En 1888 cuatro de cada cinco miembros del congreso estaban vinculados a la agricultura o la ganadería y el 80 por ciento pertenecía a la minoría rica e ilustrada, con educación universitaria.<sup>2</sup>

La constitución del Estado y la formación del Ejército fueron parte de un mismo proceso. Las victorias de Caseros y Pavón permitieron conformar el Estado oligárquico liberal y éste fue la condición de posibilidad para darle rango profesional a ese mismo Ejército, durante la presidencia de Sarmiento (1868-1874).

A poco de su constitución, el flamante Ejército emprendió una de sus más importantes gestas militares, la Campaña al Desierto que concluyó en 1881. Según la historia oficial, la Campaña permitió "someter" a 15 mil indios, que desplazó al sur del río Negro, *más allá* del río Negro, según el lenguaje de la época, *más allá* de la sociedad. Su objeto era "ganar" tierras fértiles para la producción agropecuaria de la que vivía el país.

Efectivamente, ese era el objetivo. El medio fue el exterminio militar de los indígenas y la imposibilidad de subsistencia de los sobrevivientes, en una acción que aún hoy reivindican las Fuerzas Armadas. No era condición indispensable matar a todos los indios, sino sólo a los que fuera necesario para expulsarlos del territorio fértil, útil. Llevarlos *más allá* del río Negro, *desaparecerlos* del territorio de la nación y de la sociedad porteña. *Aniquilamiento y desaparición* liso y llano de una población no funcional para el proyecto oligárquico, los indios, sobre el que se basó la prosperidad del nuevo Estado, un Estado que presumía de "europeo". Por primera vez, aunque no necesariamente la única, el Ejército se hacía responsable del exterminio de un grupo no "funcional" para el modelo dominante, por añadidura un grupo étnicamente distinto, un *Otro*, que era preciso "*desaparecer* del mapa".

Este Ejército, triunfante y aplaudido por la población porteña, punto de apoyo del entonces exitoso modelo de país contaría, a partir de 1901, con una herramienta fundamental para su futuro desarrollo: el servicio militar obligatorio. Esta novedad, sancionada por ley, lo proveía de una tropa numerosa y te

---

<sup>2</sup> Hillcoat, Guillermo. "Antecedentes de la democracia y la dictadura de la Argentina moderna", *Revista Argentina de Ciencias Sociales*, núm. 1, 1979.

proporcionaba, a un tiempo, un efectivo dispositivo de control y una excelente caja de resonancia dentro de la sociedad civil.

La mayoría de sus oficiales provenía de la clase media y utilizaba la carrera militar como plataforma para ligarse con la oligarquía y convertirse, a su vez, en propietarios agrarios. No obstante, el Ejército, estaba controlado por el sector terrateniente al que le servía como punto de contacto con los sectores medios, asimilados a un proyecto agroexportador.

Pero no todo estaba bajo control, la Revolución de 1890 y los levantamientos de 1893 y 1905 reclamando la libertad y limpieza electoral, marcaron la necesidad de producir modificaciones en la estructura del poder, que comenzaba a quedar pequeña para un país cuya complejidad social era creciente. La inmigración ya había alcanzado niveles muy significativos y en consonancia con todos estos cambios surgieron los primeros partidos políticos modernos, entre ellos la Unión Cívica Radical, que tendrían oportunidad de asumir un nuevo papel a partir de la reforma política de 1912.

"Desde 1853 hasta 1912, año de la Reforma política de Sáenz Peña, pasaron 60 años durante los cuales se instrumentaron desde el Estado todos los recursos de *corrupción, violencia y fraude* que enajenaron a la mayoría de la población del sistema político. El liberalismo fue aristocrático<sup>3</sup>, elitista y eminentemente autoritario, cabría agregar. La arrogancia y el poder no cuestionado de la oligarquía eran el correlato de una sociedad tradicional en la que lo político era privativo de los más poderosos.

Pero un factor decisivo venía modificando dramáticamente la trama de esta sociedad: la inmigración masiva, que convertiría a la Argentina de una nación joven que intentaba hallar una identidad en el espejo de la élite oligárquica, en un *mosaico superpuesto* de etnias, religiones, lenguas y costumbres. Junto con las familias de italianos, españoles, judíos, "turcos", también desembarcaron algunas prácticas políticas y sindicales no demasiado acordes con la república oligárquica y su democracia restringida, como el socialismo y el anarquismo.

En 1914 más del 30 por ciento de la población era extranjera, un índice sorprendente aun para países como Estados Unidos, donde el fenómeno de la inmigración resultó también decisivo; la población nacional de origen extranjero, es decir con derecho de ciudadanía, era de cuatro a uno. ¿Cómo determinar, definir, precisar alguna identidad que no fuera la de su propia dilución en este mar de aguas tan diversas?

La inmigración se asentó fundamentalmente en el litoral y en las ciudades. Otro dato significativo es que, también para 1914, la población urbana representaba el 58 por ciento del total, a pesar de que la Argentina era un país de economía agraria y escaso desarrollo industrial. Esa inmigración, que dentro del proyecto oligárquico debía haber poblado el interior, no encontró fácilmente un espacio de asimilación. Los índices de nacionalización fueron bajísimos, a diferencia, una vez más, de lo ocurrido en Estados Unidos.

El triunfo electoral del radicalismo en 1916, aunque no fue cómodo sino más bien reñido, representó el *fracaso de la oligarquía para sellar su hegemonía*, en el marco de la competencia democrática. El Partido Conservador, que se nucleó a nivel nacional alrededor del Partido Demócrata Progresista,<sup>4</sup> no podía reunir una mayoría que no expresaba; una mayoría de hijos de inmigrantes que no encontraba

---

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> Cantón, Darío; Moreno, José; Ciria, Alberto. *Argentina, la democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 87.

un lugar satisfactorio en su modelo de acumulación y que había crecido relativamente fuera de la trama de su control y de su discurso.

El ascenso político del yrigoyenismo (1916-1922) constituyó una "fuga" con respecto al poder oligárquico, una fractura entre los depositarios de un poder básicamente económico y los que podían acceder, por vía mayoritaria al aparato político, esgrimiendo otra forma de poder.

No obstante, el radicalismo tampoco era la expresión "unificadora" de una sociedad verdaderamente disímil. Dentro mismo de la estructura oligárquica, nuevos grupos sociales y políticos se constituían en actores y se superponían, formando un mosaico que ya no era el tradicional pero tampoco alcanzaba a adquirir las características de una sociedad moderna. El crecimiento de la clase media urbana; la numerosa inmigración de diferentes países europeos, con variadísimas culturas, lenguajes, tradiciones, que se asentó tanto en el campo como en las ciudades; el crecimiento numérico y organizativo de una clase obrera muy influida por las prácticas del sindicalismo europeo, adelantaban los conflictos de una sociedad ciertamente heterogénea.<sup>5</sup>

Si bien el gobierno radical representaba a los grupos medios urbanos, se debió enfrentar con un sector conservador poderoso, que controló tanto el Senado como la Corte de Justicia, con un movimiento obrero que le fue adverso (no se puede olvidar que el gobierno fusiló alrededor de mil obreros y peones huelguistas en la Patagonia) y con partidos de oposición, como el Socialista, que prefirió aliarse con los conservadores antes que apoyar al gobierno.

El radicalismo ganó con Alvear las elecciones de 1922, y otra vez con Yrigoyen en 1928. En esta oportunidad obtuvo el 57.41 por ciento de los votos, y la fracción antipersonalista reunió un 10.63 por ciento. Es decir que entre las dos vertientes del radicalismo sumaron el 70 por ciento del sufragio, un total de 1 461 605 votos que representaban el 80.85 por ciento del padrón.<sup>6</sup>

La dificultad para alcanzar el poder político por medios legales, dado su fracaso electoral, impulsó a la oligarquía a recurrir por primera vez al Ejército para tener el control del Estado, en momentos en que la crisis económica internacional de 1929 no permitía confiar el manejo de los negocios a oponentes políticos, socios menores o aliados temporales. Se produjo así el golpe de 1930 en que el Ejército devolvió la tutela del aparato estatal a la oligarquía, sin permanecer en el gobierno. La intervención armada -que en rigor de verdad ejecutó la caballería de Campo de Mayo, y de la que muchas guarniciones del interior se enteraron por la prensa- redefinía las relaciones de fuerza en beneficio de la oligarquía, dada su incapacidad de resolverlas en términos estrictamente políticos, es decir mediante el consenso o la concertación.

Apenas cuatro días después del golpe militar de 1930, la Corte Suprema de Justicia legitimó a las nuevas autoridades sin que le pesara el hecho de la abrumadora mayoría radical.

*El recurso de las armas, base del poder político desde la constitución del Estado, inseparable hermano siamés del Ejército, será una constante de los años siguientes. Los pactos políticos se realizarán a partir de la fuerza de las armas. Ya desde entonces los radicales intentarán recuperar el espacio perdido por medio de tres intentos de golpe fracasados en 1931, 1932 y 1933.*

---

<sup>5</sup> Con respecto a la heterogeneidad cultural del país hay dos datos significativos: en 1904, la campaña política de Alfredo Palacios en el barrio de La Boca, para alcanzar una diputación por el Partido Socialista, se realizó con traductor. A su vez, algunos sindicatos realizaban sus asambleas en alemán o italiano, dada la nacionalidad de sus militantes. (Bagó, Sergio. Entrevista personal, 1995)

<sup>6</sup> Cantón, Darío. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.*

La llamada Década Infame, de los años treinta, fue ejemplo del ejercicio de un poder fraudulento, sostenido por un Ejército estrechamente enlazado a la oligarquía terrateniente, tanto por su composición como por sus postulados políticos e ideológicos. Entre los partidos políticos, el Partido Conservador y el ala antirigoyenista del propio radicalismo, aceptaron con agrado la intervención y fueron sostenes reales del golpe primero y del "fraude patriótico" después.

Es en esos años donde se encuentran los primeros lazos del nacionalismo argentino con el fascismo europeo. La revista *La nueva República*, inspirada en Primo de Rivera y Mussolini, sostenía la necesidad de implantar un gobierno fuerte y se enviaba, entonces, a todos los oficiales del ejército. El general Uriburu, proveniente de una familia tradicional, emparentado con los Anchorena y otros apellidos ilustres, había estudiado en Alemania e impuesto, posteriormente, la *racionalidad del más rígido verticalismo prusiano* en el ejército argentino. También se racionalizó y sistematizó entonces la *represión* de los opositores a través de la División de Orden Político y Uriburu oficializó, por decreto a la Legión Cívica, grupo parapolicial de Ideología fascista. Por su parte, en el plano cultural, el exitoso novelista Miguel Gálvez afirmaba en *Este pueblo necesita*, editado en 1934, "me entusiasman aquellos campos de concentración en donde millares de jóvenes aprenden la *vida austera*... Creo que un régimen fascista o algo que se le parezca podrá dar resultado". Se mostraba la cara autoritaria de la oligarquía elegante.

Cuando el 4 de junio de 1943, varios miles de soldados salieron de Campo de Mayo y tomaron la Casa de Gobierno, destituyendo al presidente Castillo -"un gobierno típicamente oligárquico y una oligarquía de la decadencia"-,<sup>7</sup> para impedir una nueva sucesión presidencial fraudulenta, todo parecía indicar que en esa oportunidad, al revés que en 1930, el Ejército se convertiría en garante de la democracia. Cabe señalar que la institución no constituía entonces, ni constituyó nunca, un todo homogéneo. No obstante, el movimiento de 1943 tuvo un amplio consenso entre los militares. A su vez, distintos sectores del pueblo, y en particular la gente humilde, festejaron la caída de los conservadores y saludaron la llegada de los militares. Pero las cosas no serían tan sencillas.

Aunque contaba con el apoyo de la Unión Cívica Radical e incluso de algunas figuras del Partido Conservador, el movimiento de 1943 había surgido completamente de las filas del Ejército. Por primera vez los militares actuaban regidos por *objetivos propios*, en forma *independiente de los partidos políticos*. Llenaban un espacio que éstos dejaban vacante, sumidos en el profundo deterioro que los diez años de fraude "acordado" habían producido tanto en radicales como en conservadores.

Se trataba, por otra parte, de un Ejército que había sufrido modificaciones importantes durante la última década, tendientes a incrementar su incidencia dentro de la sociedad. En cuanto a su propia estructura, a partir de 1937 se produjo un crecimiento que llevó a la duplicación de su personal en el lapso de diez años. También en el marco de esa expansión, en 1940, apenas iniciado el conflicto mundial, el poder ejecutivo elevó un proyecto al congreso para la creación de Fabricaciones Militares, que sería el punto de arranque de un verdadero poder económico directamente militar.<sup>8</sup> Al año

<sup>7</sup> Bagú, Sergio. Entrevista personal, 1995.

<sup>8</sup> El crecimiento del poder económico militar fue gradual y, de 1943 en adelante, coincidió con el proyecto de industrialización nacional. Fabricaciones Militares llegó a participar en múltiples ramas de la producción como la automotriz, la mecánica, la química, la química pesada, las construcciones mecánicas, la industria aeronáutica y la maquinaria agrícola. También se abocó a la formación de sociedades mixtas, como en el caso de Somisa, primera siderúrgica el país, y Atanor, de la industria petroquímica. Otra actividad fundamental que pasó a estar controlada por los militares fue la petrolera. Para 1955 existían en el país 14 fábricas militares que ocupaban 20 mil asalariados, con un promedio de 1 428 obreros por fábrica lo que, dadas las características de la planta productiva de entonces (en 1937 sólo el 0.6 % de los establecimientos contaba con más de 250 obreros), da una idea de la magnitud de las empresas.

siguiente se designó al nacionalista coronel Savio como director de la empresa, dando comienzo a su época dorada.

Para esas fechas, la profesión militar, bastante desprestigiada, incluía de manera creciente a jóvenes que provenían de familias inmigrantes de clase media. Tal era el caso del propio Perón.

La oficialidad que dio el golpe de 1943 no era la misma, ni por su extracción social ni por su discurso nacionalista autoritario, que la elegante y liberal, de apellidos connotados, sublevada años antes contra Yrigoyen. De hecho, ninguno de los oficiales golpistas del 43 tenía apellidos ilustres.

El cambio de composición social del Ejército, aunque no fuera drástico, y aunque los apellidos de algunas familias oligárquicas seguían representados en la cúpula militar, ampliaba la incidencia de otras posturas políticas y filosóficas dentro de la institución militar. En particular, el desarrollo de la Segunda Guerra colocaba en un primer plano la polémica entre aliadófilos y germanófilos,

El arraigo de la posición neutralista y antinorteamericana en el Ejército, identificada con el Eje, estaba relacionada con distintos factores: el resentimiento y la desconfianza hacia Estados Unidos por favorecer la hegemonía brasileña en detrimento de la argentina, circunstancia que a los militares les hacía temer una invasión del territorio (aparentemente propiciada por Estados Unidos); los vínculos económicos con Gran Bretaña, que trataba de que sus "enclaves" no fueran absorbidos por la influencia norteamericana, desplegada a través de los organismos continentales a los que Argentina se mostraba reticente; la identificación ideológica de algunos militares con los procesos nacionalsocialistas europeos. Estos objetivos alentaban a los golpistas, más que la restauración de una democracia interrumpida y con poco prestigio en las esferas de poder cuyo liberalismo, como ya se señaló, era más elitista que democrático.

Merece una mención especial la preocupación de los militares argentinos por mantener una posición hegemónica en América del Sur, lo que consideraban como la única forma de garantizar la defensa nacional ya que estimaban el crecimiento de Brasil como un peligro para el liderazgo del país y su seguridad territorial. El fantasma, con visos de realidad, de la ocupación del territorio argentino por los brasileños seguramente nació en esa coyuntura y persistió hasta años muy recientes. Al respecto, no se puede olvidar la ocupación real de territorio ni la aparente incitación de Estados Unidos para que Brasil invadiera Argentina, en castigo a su inoportuna neutralidad.<sup>9</sup> En todo caso, la preferencia del gobierno norteamericano por Brasil y su prioridad, en términos de provisión de armamentos, resultaba obvia. Esta circunstancia alimentaba el apasionado tono antinorteamericano de algunos sectores militares.

Dado el peso de las posturas neutralistas dentro del Ejército, las versiones de que, en caso de mantenerse la administración conservadora, ésta rompería de inmediato las relaciones diplomáticas con el Eje, funcionaron como catalizador para la consumación del golpe de 1943.

Los militares golpistas también estaban preocupados por las convulsiones políticas y sociales que se vaticinaban para la posguerra y el posible auge de la subversión comunista y anarquista, que requerirían de un *gobierno fuerte*, capaz de garantizar el orden. Un gobierno dispuesto a otorgar ciertos beneficios sociales, pero a cambio de una auténtica *disciplina social*.

Si bien éstas eran las razones que, con mayor o menor fuerza, esgrimía el grupo de oficiales no demasiado homogéneo que protagonizó la asonada, no se debe olvidar que *el detonante fue una razón*

<sup>9</sup> Scenna, Miguel Angel. *Los militares*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1980.

*de índole institucional.* El presidente Castillo había solicitado la renuncia del general Ramírez, ministro de Guerra, por sus contactos poco claros con dirigentes del Partido Radical, que expresaban la oposición de los militares a la realización de nuevos comicios fraudulentos, esta vez inadecuados para sus objetivos. El hecho provocó un gran malestar en los medios militares, que consideraron la actitud presidencial como lesiva para la *autonomía* del Ejército. Se trataba, en consecuencia, de la defensa de *un espacio y un poder institucional*, no de la representación de uno u otro sector político o social por vía de la institución. El hecho de que el levantamiento fuera dirigido por los "jefes naturales" indica también la importancia del componente institucional.

Así, el 4 de junio de 1943 los militares dieron un golpe que, a diferencia del de 1930, no fue expresión de un determinado partido o fracción sino de la defensa de su propia autonomía y de su pretendida capacidad para dar soluciones a un país cuyas *fuerzas políticas* concebían como *ineptas, corruptas y desconfiables*. Desde aquí arranca una cierta concepción de *"salvataje" nacional* que los "obliga" a imponer modelos sociales de emergencia.

Una vez en el poder, el movimiento tuvo enormes dificultades. Se sucedieron los generales Rawson (de 4 de junio de 1943 al 6 de junio del mismo año) conservador ultracatólico quien renunció sin lograr la constitución de su gabinete; Ramírez (del 6 de junio de 1943 al 24 de febrero de 1944) quien intentó constituir un gobierno autoritario con cierto espacio para un tímido paternalismo social, y Farrell (del 24 de febrero de 1944 al 4 de junio de 1946) cuyo mandato estuvo considerablemente marcado por la figura del entonces coronel Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión y la ofensiva creciente de la oposición contra el gobierno militar. Todos ellos con una perspectiva más o menos social, más o menos represiva, compartían como preocupación fundamental el restablecimiento del orden y la disciplina en una sociedad cada vez más organizada y movilizada, y frente a un mundo inestable, en el que proliferaban las izquierdas, tan temidas. Poner en orden al país resultaba una tarea más compleja que la preservación del orden cuartelario, actividad en la que eran expertos. Este sería el duro aprendizaje de los militares de 1943, y de todos los intentos posteriores: la sociedad se resiste a ser una calca del cuartel.

Tal como afirma Rouquié: "Ramírez y su estado mayor *debían pensar que se gobierna un país como se dirige un cuartel*, a base de órdenes y severas revistas. El *Estado-guarnición* pretendía regentearlo todo, desde el largo del cabello hasta la menor actividad. El contenido de los diarios, la actuación de los sindicatos, el vocabulario de los locutores de radio, su vigilancia paternal no pasaba nada por alto."<sup>10</sup>

Aunque no se puede hablar con propiedad de un proyecto político bien definido, la orientación del gobierno de Ramírez fue de corte antiliberal y nacionalista. Los militares adjudicaron a la clase política la responsabilidad de los males del país. En consecuencia, una de las primeras medidas del gobierno fue la disolución del Parlamento y la destitución de todas las autoridades provinciales electas. Casi inmediatamente se postergó el llamado a elecciones y, a partir del 18 de junio, el gobierno militar dejó de llamarse provisional.

La culpabilidad que los militares asignaban a los políticos puede verse en los propios estatutos del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), claramente involucrado en la programación del golpe, que rezaban: "Las derivaciones de la política moderna...han traído como consecuencia la necesidad de que los ejércitos lleguen a penetrar, más que la política misma, los designios de los *políticos que ponen en peligro la existencia misma del Estado y del Ejército*". Este antipoliticismo resultaba igualmente claro en

---

<sup>10</sup> Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina, Hyspamérica, 1986, p. 30.*

una de las declaraciones de la secretaría de la Presidencia, del 16 de octubre de 1943 que, en referencia a un pronunciamiento aparecido en los periódicos, solicitando el retorno al orden constitucional, afirmaba: "El núcleo heterogéneo, constituido hoy por políticos sin esperanzas e ideólogos enconados, no quiere resignarse a *expiar en silencio su falta de lealtad para con el país*".<sup>11</sup> Disciplina, silencio, castigo, componentes infaltables del cuartel y de la sociedad que pretende generar.

El *antipoliticismo*, que caracterizó a éste como a los distintos golpes que se sucedieron desde entonces, se acentuó a partir de diciembre, con la renuncia de Rawson y el ascenso de Ramírez. El 1 de enero de 1944 se disolvieron todos los partidos políticos, con excepción de los grupos nacionalistas. También se incrementó entonces la incidencia de la derecha católica en el gobierno y en la sociedad, donde se instauró la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas. El Ejército pasó de tener 30 mil efectivos en 1943 a 100 mil en 1945.

Sin embargo, la definición cada vez más clara de la guerra a favor de los aliados obligaba a un replanteamiento de la política internacional y dejaba descolocados a los oficiales neutralistas, al tiempo que crecía el antimilitarismo en la sociedad.

El general Juan Domingo Perón, quien había hecho una carrera meteórica durante el gobierno militar, pasando del cargo de secretario de Trabajo y Previsión en noviembre de 1943 a ministro de Guerra en febrero de 1944, vicepresidente en julio de ese mismo año y candidato a la Presidencia en 1945, era uno de los pocos militares que tenía cabal conciencia de los impresionantes cambios que se estaban produciendo en el país y en el mundo.

Casi inmediatamente a la realización del golpe, a fines de 1943, Perón ya había comenzado a diferenciarse con claridad del proceso militar que lo iniciara en la vida pública. Uno de sus primeros pasos en ese sentido fue la importancia que le asignó a lo estrictamente político por sobre las concepciones de orden y disciplina social, propias del pensamiento militar. Por ejemplo, ya en diciembre de 1943, el entonces coronel se oponía a la instauración del estado de sitio, al tiempo que impulsaba una legislación social desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.

La importancia que Perón le asignaba a lo político se refleja en la relevancia que le dio a la acción reivindicativa, al hacer político, en primer lugar, y al discurso político casi inmediatamente. Inauguró otra forma de hacer y decir lo político estableciendo una *nueva interpelación*, la populista, y dirigiéndose a *nuevos interlocutores*, "sus descamisados".

Junto a la acción política ("Mejor que decir es hacer y mejor que prometer es cumplir"), Perón le hablaba a la gente, explicaba sus procedimientos. Sus discursos, verdadero reflejo de una nueva modalidad en el país, pasaron de referirse a la justicia social en sólo un 10 por ciento del texto, en diciembre de 1943, a ocupar el 70 por ciento del mismo, apenas unos cinco meses después.<sup>12</sup>

Las medidas concretas adoptadas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión abarcaban la negociación de convenios colectivos de trabajo, la indemnización por despido, el derecho a vacaciones pagas, un sistema de jubilación que amparaba a obreros y empleados de la industria y el comercio, y otras acciones acordes con un populismo redistributivo que le garantizaron el apoyo de los trabajadores asalariados.

---

<sup>11</sup> En Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986, p. 37.

<sup>12</sup> Rouquié, Alain. *op.cit.*

Pero lo que causó mayor impacto en la oligarquía terrateniente fue la sanción del Estatuto del Peón, que tuvo un valor irritativo, sobre todo en términos políticos, ya que en realidad no afectaba el poder económico de la oligarquía. Esta legislación comprendía la adjudicación de derechos laborales como el salario mínimo, la jornada de ocho horas, la revisión anual de salarios, el descanso dominical, las vacaciones pagas y la indemnización por despido para los trabajadores agrícolas, hasta entonces al arbitrio de los hacendados. Como se puede ver, no se trataba del carácter particularmente revolucionario de las medidas; la novedad consistía más bien en el hecho de interferir o pretender legislar sobre territorios que hasta entonces eran feudo exclusivo de los "señores de las pampas"; en definitiva, *minar el carácter absoluto de su poder*. Según ellos, el Estatuto pretendía "eliminar la autoridad jerárquica del patrón que quedaba a merced de sus peones o de cualquier agitador".<sup>13</sup>

No se puede olvidar tampoco que el peronismo representó, en algún sentido, la irrupción en la política nacional de los "cabecitas negras", *reaparición mestiza* de aquellos *indios desaparecidos* por la nación oligárquica.

Si el radicalismo yrigoyenista había marcado rupturas en la estructura de poder del país, el peronismo las convirtió en verdaderos desgarramientos. Cada vez más hilos se escapaban de la trama oligárquica para entretejer y superponer a ella otro tejido y *otras formas de circulación de los poderes*.

Una de las indiscutibles virtudes del peronismo fue su capacidad para identificar los cambios que se habían producido en la sociedad argentina, de los que, por cierto, formaba parte; para reconocer los elementos que quedaban fuera de la propuesta oligárquica y que podían ser "recapturados" en otro modelo político. Así como los coroneles de 1943 eran un reflejo de estas modificaciones, el crecimiento de los sectores urbanos y más particularmente de la clase obrera, la agitación política y sindical, la falta de representatividad de los antiguos partidos políticos no lo eran menos.

La formación de un nuevo movimiento que aglutinó distintas clases y sectores de clase ("el pueblo") pero que, sobre todo abrió el acceso a la política a grupos hasta entonces marginales, resquebrajó de manera insalvable y en todos los órdenes, un poder previamente fracturado entre lo económico y lo político. Es fundamental recordar que en virtud de las reformas que el peronismo introdujo en el padrón electoral, la masa de votantes se incrementó en más del doble y pasó de 3 405 173 en las elecciones nacionales de 1946, a 8 633 998 en las de 1951,<sup>14</sup> gracias a la concesión del voto a la mujer y a los, hasta entonces, territorios nacionales. A partir de entonces, la propuesta oligárquica de país quedaba fuera de la competencia electoral; la mayoría popular y urbana se le escapaba, sencillamente porque no estaba incluida en su proyecto de nación-estancia-cuartel.

### **Fuerzas Armadas y populismo**

El peronismo proponía un nuevo modelo, de corte populista, que suponía otras formas de poder: crear un Estado fuerte, apoyado en la concertación social entre sectores sólo aparentemente irreconciliables. La constitución de un sindicalismo poderoso y centralizado no se oponía, en la concepción peronista, a la concertación con los grupos empresariales y, mucho menos, a la existencia de unas Fuerzas Armadas poderosas. Por el contrario, "ningún error puede ser causa de mayores desventuras que alejar a las Fuerzas Armadas del pueblo que las nutre", decía Perón. Sindicatos y Fuerzas Armadas se

<sup>13</sup> Declaración de la Sociedad Rural Argentina. En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 57.

<sup>14</sup> Cantón, Darío. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina, Buenos Aires, Siglo XXI*, pp. 272 y 273.



concebían como los auténticos pilares del gobierno, para garantizar el desarrollo social y la producción, en un marco de orden.

La inclusión del sindicalismo como sustento de su poder suponía otra novedad: que la base para lograr la convivencia social y terminar con la lucha de clases, tan peligrosa a los ojos de Perón y de los oficiales nacionalistas, era el reconocimiento de las fabulosas desigualdades sociales y la instauración de una política de justicia social. Perón, tan inclinado a las comparaciones "deportivas" afirmaba que "lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la 'justicia social' y la 'injusticia social' ".<sup>15</sup>

A ello se debió la vasta legislación social y laboral que el peronismo echó a andar primero desde la Secretaría de Trabajo y Previsión y después desde el gobierno, que reconocía un lugar para las masas de trabajadores urbanos. Como es evidente, la modalidad popular del peronismo no resultaba afín a un Ejército formado en otras concepciones, pero mucho menos a sus altos mandos ligados a las élites liberal oligárquicas.

No obstante, el antimilitarismo furibundo de la oposición, que reunía a todas las fuerzas antigubernamentales contra el Ejército como tal, y la resistencia de la oficialidad a regresar el gobierno a los políticos liberales, que consideraban incapaces de garantizar el funcionamiento de las instituciones republicanas, funcionaron como elementos de cohesión militar en torno a la candidatura de Perón, en las elecciones de 1946.

El Ejército se había desgastado en el ejercicio de un poder que carecía de un proyecto de nación, sobre todo considerando las fuertes transformaciones producidas en el ámbito internacional. A su vez, la sociedad civil arrechaba contra el gobierno militar, y se resistía a seguir tolerando su autoridad. Aislado diplomáticamente en lo internacional y políticamente en el ámbito interno, e incluso con enfrentamientos dentro de la institución castrense, el Ejército decidió dar un paso al costado y buscar una salida decorosa, retirándose de la escena política sin claudicar y "concediendo" generosamente unas elecciones nacionales.

Sin embargo, a medida que abría espacios y flexibilizaba sus posiciones, los políticos asumían actitudes más y más ofensivas que hacían temer a los militares un retorno a las circunstancias previas a 1943 y, por lo tanto, los hacía dudar de la justeza de su decisión electoral.

Aunque los militares veían con desagrado la creciente influencia de Perón y sus desplantes populistas, sectores importantes reconocían en él al único hombre de las Fuerzas Armadas con posibilidades reales para liderar un proyecto que impidiera la reimplantación de los modelos liberales o la anulación del camino emprendido en 1943. La postura que predominó en el Ejército (no en las Fuerzas Armadas, ya que la Marina mantuvo permanentemente una posición antiperonista) fue, en ese momento, un acto de *fidelidad a la institución*, antes que una adhesión convencida a las propuestas políticas e ideológicas de Perón.

Incluso los sucesos que culminaron en la enorme movilización popular del 17 de octubre, que permitió el lanzamiento de la candidatura de Perón a la presidencia, estuvieron marcados por la tónica institucionalista del Ejército, por lo que vale la pena referirlos brevemente.

El nombramiento de un pariente de Eva Perón en un puesto de poca importancia en las oficinas de correos fue el detonante; se acusó al coronel de abuso de poder. A raíz de ello, el Ejército solicitó y

<sup>15</sup> Perón, Juan Domingo. En: Peña, Milcíades. *El peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1972.

obtuvo la renuncia de Perón a la Secretaría de Trabajo y Previsión. En su mensaje de despedida del cargo, éste anunció un decreto por el que implantaba el aguinaldo, el salario mínimo, vital y móvil y el reparto de utilidades. Su renuncia quedaba asociada, así, a la adopción de medidas favorables al sector trabajador. Ante semejante desplante, los políticos exigieron a los altos mandos castrenses el arresto de Perón. El Ejército detuvo a Perón y lo trasladó a la isla Martín García, donde quedó confinado bajo custodia de la Marina de Guerra, tal vez porque el Ejército no garantizaba una posición uniforme con respecto al arresto de Perón. El hecho de que un oficial propio fuera arrestado por presiones de civiles y confinado en jurisdicción de otra arma creó gran malestar entre la oficialidad, que de inmediato se inclinó por su liberación.

El 17 de octubre, obreros y grupos marginales del cinturón urbano de Buenos Aires marcharon sobre la capital exigiendo la libertad de Perón. Fue una movilización sin precedentes, tanto por el número como por un nuevo actor social: grupos hasta entonces ausentes de la vida política constituían el movimiento peronista. Perón fue liberado y aclamado por la masa; su camino a la Presidencia quedó franqueado.

La presión popular fue determinante para romper el confinamiento de Perón. Pero el hecho de que estuviera detenido por presiones civiles y custodiado por la Marina, en un marco de ataque creciente por parte de la civilidad hacia las Fuerzas Armadas "fascistas", creó un profundo malestar entre los militares, que "vetaron" la detención del coronel. Rouquié afirma que "La capacidad del Ejército de vetar a los grupos dirigentes tradicionales era un dato nuevo, casi revolucionario...Desde entonces, la posición del poder militar en la política argentina fue determinante...La crisis de octubre reveló la existencia de un *poder militar autónomo*, forzado a asumir sus responsabilidades y deseoso de delegarlas de la manera más ventajosa para sus *intereses corporativos*".<sup>16</sup>

La campaña electoral que precedió a las elecciones de 1946 tuvo rasgos singulares. Por una parte, la Unión Democrática reunía a radicales, socialistas, comunistas y democratoprogresistas y contaba con el apoyo de los conservadores. Por la otra, Perón, reciente candidato de un incierto movimiento. Contra todo lo esperado, este último ganó las elecciones con una ventaja de poco más de 250 mil votos.

Perón representaba para las Fuerzas Armadas la continuidad del proyecto iniciado en 1943. Por su parte, el general reivindicaba su pertenencia al Ejército e incluso asumió la presidencia con el uniforme reglamentario, pero su mandato no se puede caracterizar, de ninguna manera, como un gobierno militar.

Aunque nacido de las Fuerzas Armadas y conducido por uno de sus oficiales, el movimiento peronista fue haciendo un tránsito político hacia los sectores populares. Si Perón se apoyó básicamente en el Ejército y los sindicatos, a medida que su gobierno se afianzó y ganó apoyo popular descansó de manera creciente en la base civil.

Nunca abandonó al Ejército ni dejó de sentirse parte de él pero también se convirtió en el líder del movimiento popular más grande de la historia argentina y en el organizador de un sindicalismo fuerte y cohesionado. Así como utilizaba su título de general y su uniforme, también se identificaba como "el primer trabajador". Esta doble identificación fue parte sustancial del peronismo.

La constitución de un movimiento sindical organizado y sumamente poderoso se debe, sin duda, al peronismo. Desde principios de siglo, el país contaba con un sindicalismo combativo pero poco numeroso, que el peronismo desarticuló. De los antiguos sindicatos, atomizados y manejados por la

---

<sup>16</sup> Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 71-72.

izquierda, Perón formó, como una corporación más del Estado populista, un sindicalismo muy estructurado y con gran poder económico. De hecho, a través de él circularían durante los largos años de proscripción, el discurso y las políticas del peronismo.

A su vez, las Fuerzas Armadas tuvieron un lugar privilegiado que les permitió modernizarse, equiparse y crecer. Sin embargo, los gastos militares anuales, que en el período 1940-1945 habían pasado de representar el 16.9 por ciento al 38.4 por ciento del presupuesto nacional, iniciaron un proceso de gradual reducción. Entre 1946 y 1955 pasaron de ocupar el 36 a afectar el 19.1 por ciento del mismo presupuesto.<sup>17</sup>

El desplazamiento de los gastos de defensa por otros rubros puede verse en el cuadro de la siguiente página:

Inversión bruta del gobierno nacional en porcentajes del total

---

	1945-1946	1947-1951	1952-1955
Defensa nacional	51	24	10
Vivienda, salud y otras inversiones en serie	15	18	13
Transporte	26	27	29
Energía y comunicaciones	3	17	24
Agricultura	1	1	2
Industria	1	2	6
Otras	3	11	16

---

Fuente: Díaz, Alejandro. *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrotu, 1970, p. 121.

No obstante, el sector militar siguió siendo privilegiado en sus ingresos y Perón trató de mantenerlo como aliado, cosa que logró. En verdad, la jerarquía castrense que se erigió durante la administración peronista, apoyó al gobierno hasta el final, aunque su adhesión se hizo más pasiva a medida que aumentaba el descontento interno.

En cuanto a la política hacia las instituciones militares, es importante señalar que durante el peronismo se incrementó el poder económico de las Fuerzas Armadas por vía de su participación directa en la producción. Para 1955, existían en el país 14 fábricas militares que ocupaban 20 mil asalariados, con un promedio de 1 428 obreros por fábrica, lo que da una idea de la magnitud de las plantas.

---

<sup>17</sup> Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 310.

Fabricaciones Militares llegó a participar en múltiples ramas de la producción como la automotriz, la mecánica, la química, la química pesada, las construcciones mecánicas, la industria aeronáutica y la maquinaria agrícola. El desarrollo de esta empresa permitió el equipamiento y la modernización de las Fuerzas Armadas, al tiempo que les dio acceso a diferentes esferas de la economía, sobre todo en la producción estratégica e infraestructural.

También se formaron sociedades mixtas, como SOMISA, primera siderúrgica del país, y Atanor, de la industria petroquímica. Por su parte, la actividad petrolera pasó a ser controlada por los militares que manejaban el directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Bajo el gobierno peronista se creó la Secretaría de Aeronáutica, lo que convirtió a la Fuerza Aérea en un arma autónoma del Ejército, gracias a lo cual fue tradicionalmente peronista, a diferencia de la Marina.

Sin embargo, y pese a estas prerrogativas, existían algunas dificultades en el ámbito militar. Por ejemplo, en términos de la política interna, la reducción a nueve años del tiempo necesario para llegar a las máximas jerarquías creó cierto malestar, ya que si bien se agilizaba la carrera militar, también aumentaba considerablemente el número de oficiales en situación de retiro, acelerando la salida de las generaciones formadas con anterioridad al peronismo.

Pero el elemento más irritativo fue una cierta política de *democratización interna*. El gobierno facilitó, mediante la adjudicación de becas, el acceso a los liceos militares de jóvenes provenientes de sectores populares; a partir de 1947, la mitad de las plazas se reservaban a hijos de obreros, suboficiales y empleados. La carrera militar había sido desde siempre un medio de ascenso social, pero el acceso a ella de un gran porcentaje de aspirantes provenientes de capas bajas de la población amenazaba con minar el *status* de la institución.

También dentro de esa línea de democratización, la adjudicación de innumerables beneficios para los suboficiales, que diluían la diferenciación jerárquica entre éstos y la oficialidad, fueron una fuente de conflicto. Aunque nunca se llegó a concretar, el gobierno proyectaba un sistema que permitiría a la suboficialidad acceder a los rangos superiores, elemento verdaderamente intolerable para la jerarquía castrense, que establece una diferencia casi de linaje, es decir una barrera insuperable, entre la oficialidad y la suboficialidad. Para el Ejército toda alteración de las jerarquías aparecía como una amenaza contra la institución misma cuya base de sustentación son precisamente éstas.

Aunque la estructura del Ejército incluía a hijos de suboficiales y a individuos provenientes de los sectores medios, se había cuidado que en los mandos superiores predominaran los hijos de las familias tradicionales, tanto por los mecanismos de selección existentes como por la anuencia del conjunto que, aunque no perteneciera a ese medio social trataba de acceder o, por lo menos, acercarse a él. Esta control del aparato militar por parte de una élite minúscula era posible gracias a una estructura marcadamente piramidal, con un bajo porcentaje de oficiales superiores en relación con la base y mecanismos muy selectivos de promoción.<sup>18</sup>

El peronismo trató de fortalecer la importancia de las Fuerzas Armadas pero atenuando la influencia de la "aristocracia" militar para contar con un Ejército de ideología más nacional, más popular y, por lo tanto, más acorde con su proyecto populista. Entre otras cosas, esto le garantizaría unas Fuerzas

---

<sup>18</sup> Rouquié, Alain. *op.cit.*, p. 312-313.

Armadas subordinadas al Estado, que lo aceptaran como ente superior y rector, del que provenía su poder.

La oficialidad resentía tanto la acción social del peronismo que no le resultaba confiable, como aquellas innovaciones dentro de la institución que podían afectar su independencia convirtiéndola en una rama más del movimiento peronista, en un sector más dentro de la política de concertación corporativa. En este sentido la democratización, la desjerarquización y sobre todo la politización o "peronización" de las Fuerzas Armadas, en las que se podía dar de baja a un oficial por "insuficiencia doctrinaria", fueron factores que cohesionaron una creciente oposición liderada por los grupos aristocratizantes.

Si bien los sectores de las Fuerzas Armadas ligados a la gran burguesía agropecuaria nunca apoyaron a Perón, durante su gobierno se convirtieron gradualmente en enemigos jurados del régimen y conspiraron con los partidos políticos y la Iglesia para concretar un golpe de estado que cancelara el poder político que las urnas reconfirmaban con obstinación.

Ya en 1951, se produjo un primer intento de golpe encabezado por el general Menéndez y secundado por otros generales que serían famosos en los años siguientes: Lanusse, Alsogaray, López Aufranc. Pocos meses después, las elecciones arrojaban los siguientes resultados: Perón-Quijano 62.4 por ciento; Balbín-Fronzoni 31.8 por ciento, otros 3.2 por ciento. Quedaba demostrada la *imposibilidad de vencer al peronismo en las urnas*, al menos por un tiempo.

Las fuerzas "democráticas", que acusaban al régimen de demagógico y dictatorial, *desesperaban de la democracia* y, como en 1943, cifraban sus esperanzas en que las Fuerzas Armadas las saciarán del atoladero.

Sin embargo, no se debe soslayar que junto a esta realidad democrática que el triunfo electoral confirmaba, el peronismo ejercía una política con fuertes rasgos autoritarios: falta de autonomía de los poderes legislativo y judicial, deficiente funcionamiento del federalismo, control social por vía de corporaciones manejadas por el Estado, censura en los medios de comunicación masiva, control del sistema educativo y represión del disenso, estigmatizado en un "ellos", que emblocaba a todo el que no fuera parte del "nosotros". Asimismo, el discurso peronista estaba plagado de referencias violentas y amenazadoras: "Por cada uno de los nuestros caerán cinco de ellos", o bien "levantaremos horcas en todo el país para colgar a los opositores" fueron algunas de las declaraciones de Perón, notablemente inclinado al terrorismo verbal.

Estos datos importan porque muestran cómo aun en la experiencia más democrática de Argentina a lo largo del siglo, en términos del apoyo y la participación electoral, el peso de la autoridad fue decisivo. La generación de Montoneros que, muchos años después, protagonizó la lucha guerrillera tomó como fuente y punto de referencia precisamente este *modelo popular autoritario* y, a la vez, el más altamente participativo que registraba la historia nacional.

Frente al autoritarismo estatal, la oposición instrumentaba acciones aún más drásticas, con el agravante de carecer del apoyo popular que sin duda tenía Perón. Cuando en junio de 1955 la Marina se sublevó, los rebeldes bombardearon y ametrallaron una manifestación peronista en Plaza de Mayo, dejando un millar de víctimas civiles. Este nivel de violencia, asumido por los "demócratas", no tenía precedentes. Ya no se trataba de un "ellos" enunciado como enemigo sino de una acción de guerra que implicaba el *asesinato directo de ese Otro*, civil e indefenso.

Aunque el intento de junio fue fallido, se lo puede considerar el preludio del golpe exitoso ejecutado el 16 de septiembre. Es importante señalar aquí que todos los golpes de estado exitosos, sin excepción, fueron ejecutados por el Ejército. El golpe de septiembre fue dirigido por el Ejército lo que representaba una mayor probabilidad de triunfo, los militares amenazaron con bombardear la zona ribereña de Buenos Aires, lo que ocasionaría un gran número de víctimas civiles. Aunque la mayoría del Ejército permanecía legal y las unidades rebeldes eran pocas, las fuerzas legales no tenían mayor convicción en defender un gobierno cuyo populismo les resultaba irritante ni querían reprimir a sus compañeros de armas, de manera que actuaron con total tibieza. Antes que la lealtad al gobierno estaba la defensa de la propia institución y la voluntad de preservarla.

Además, por primera vez, se trataba de un golpe que, aunque instigado y aplaudido por todos los partidos políticos de oposición (radicales, conservadores, comunistas y socialistas) era asumido por las Fuerzas Armadas en su conjunto.

El gobierno peronista, que contaba con el apoyo de la inmensa mayoría de la ciudadanía a juzgar por los resultados electorales que ninguna fuerza opositora cuestionó, cayó sin mayor resistencia. Las Fuerzas Armadas prefirieron no enfrentarse internamente y los sectores peronistas no opusieron resistencia a los sublevados; los sindicatos solicitaron armas para defender al gobierno pero Perón se las negó; el Partido Peronista permaneció expectante ante la falta de directivas de actuar o movilizar a la población; eran los únicos sectores organizados que hubieran podido responder. Una minoría se adueñó del aparato estatal.

El peronismo, como la restauración conservadora, fue un proceso abierto y cerrado por las Fuerzas Armadas; instancias toleradas hasta cierto punto y desarticuladas, por distintas razones en el momento en que resultaron amenazantes. En ambos casos la ruptura se produjo ante la interferencia de la esfera civil con el poder militar. También en ambos, las Fuerzas Armadas actuaron con la suficiente autonomía como para intervenir en el momento y con la modalidad que indicaban sus propios intereses, con relativa independencia de otros sectores sociales.

### ***El poder detrás del trono***

El golpe del 16 de septiembre de 1955, la Revolución Libertadora que "liberaba" al país de la dictadura peronista, nombró como Presidente de la Nación al general Eduardo Lonardi (Ejército), como Secretario General del gobierno al capitán de navío Rial (Armada) y como ministro de Relaciones Exteriores al comodoro Krause (Aeronáutica). Eran puestos de diferente jerarquía pero implicaban el reconocimiento a la participación de las tres armas. Para que quedara suficientemente claro, tres cadetes, uno por cada arma, se encargaron de entregar al nuevo Presidente los símbolos que lo instituían como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas. "*Las tres Fuerzas Armadas, en coincidencia histórica*", aspiran a la misma solución. El Ejército, hermana mayor, sabrá cumplir el compromiso contraído" señalaría el general Pedro Eugenio Aramburu en uno de sus acostumbrados discursos políticos, poco después.<sup>19</sup>

Los militares juzgaban y redimían al país. "El gobierno revolucionario desea que todos los argentinos que tengan *culpas* las admitan en el grado en que las tengan y *aprendan la lección*."<sup>20</sup> Lo hacían, una vez más, para imponer su orden, un orden que desconocía las diferencias y los conflictos propios de

<sup>19</sup> Aramburu, Pedro Eugenio. *La revolución libertadora*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1956, p. 62.

<sup>20</sup> *Ibid.*, "Mensaje del Litoral", p. 46. Los subrayados son nuestros.

una sociedad y se parecía sospechosamente al que rige en un cuartel. Aunque no suficientemente desarrollada, ya estaba latente la idea de la sociedad-cuartel."...una vez asentada la organización nacional en bases que no permitan la subversión de los *órdenes democráticamente jerárquicos*, la Revolución ha de desaparecer con la misma dignidad con que vino."<sup>21</sup> Junto a un autoritarismo abierto, en donde la palabra *democrático* sale sobrando en medio de los *órdenes jerárquicos* existe una cierta ingenuidad o torpeza política que pretende que la tranquilidad pública, la armonía social, la preservación del orden y las jerarquías se consigue mediante órdenes emanadas de los mandos superiores.

La Revolución Libertadora fue posible gracias a un acuerdo que unió en ese momento a la oligarquía, la gran burguesía industrial y los capitales extranjeros, cada uno por razones diferentes y relativamente autónomas, que no excluían sus beneficios económicos, y las oponían al proyecto peronista.

Los partidos políticos en pleno, con excepción obvia del peronismo, apoyaron el golpe que, desde años antes habían instigado. "Contra Perón exigían, en 1945, la salida de los militares; contra Perón reclamaban, en 1955, la toma del poder por los militares para restaurar la democracia".<sup>22</sup> La congruencia estaba dada por la oposición a Perón, a esas masas "escamoteadas" por el peronismo y no por la supuesta defensa de la democracia.

En las Fuerzas Armadas, el antiperonismo había unido a sectores importantes de la oficialidad, pero una vez consumado el golpe las divergencias y fracturas no se hicieron esperar. Como en 1943, inmediatamente después del pronunciamiento se perfilaron las diferencias que dieron lugar al minigolpe de un sector militar contra otro.

La tendencia nacionalcatólica liderada por el general Eduardo Lonardi, Presidente de la Nación, se alineaba en una política relativamente tolerante hacia el peronismo. En particular, se resistía a desarticular la Confederación General del Trabajo (CGT), la poderosa central sindical incondicionalmente peronista. "En ningún caso dividiré a la clase obrera para entregarla con defensas debilitadas a las fluctuaciones de nuestra economía y de nuestra política",<sup>23</sup> era una de las sorprendentes declaraciones de Lonardi. Igualmente irritativa fue su resistencia a reintegrar masivamente en las filas del Ejército a la oficialidad antiperonista desplazada entre los años 1943 y 1955. Esta postura se fundaba en el respeto a una norma clave para la disciplina de la institución: la no revisión de los pases a retiro.

Mientras los sectores moderados sostenían una política de no intervención de la CGT, prometían que no habría confiscación de bienes ni disolución de la central obrera y aseguraban el respeto a las conquistas sociales del peronismo; los "duros" ultraliberales reprimían en los barrios populares, ocupaban militarmente las zonas de gran concentración obrera como Berisso, Ensenada, Rosario y Avellaneda, detenían a peronistas civiles y militares, sus empresarios sancionaban a los delegados sindicales e incluso suprimían en sus establecimientos los beneficios laborales otorgados por el peronismo

Los sectores "duros", "gorilas" civiles y militares, cuya cabeza era el contraalmirante Francisco Isaac Rojas, no tardaron en desplazar al grupo liderado por Lonardi. A pesar de que el contraalmirante era

<sup>21</sup> *Ibid.* "Mensaje del 9 de junio de 1956", p. 88.

<sup>22</sup> Rouquié, Alain, *op. cit.* p. 134.

<sup>23</sup> Lonardi. En: López Alonso, Gerardo. *Cincuenta años de historia argentina*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982, p. 151.

una figura fuerte que disputaba un poder para la Armada, el 11 de noviembre de 1955 se instaló en la Presidencia de la Nación al general Pedro Eugenio Aramburu.

De inmediato se intervino la CGT, supuestamente para "asegurar a los trabajadores las conquistas sociales logradas y acrecentar en lo posible su bienestar material y espiritual".<sup>24</sup> En "consonancia" con estos objetivos se nombró a un marino como interventor del organismo y se revocó y encarceló a las autoridades anteriores. Al mismo tiempo, la preocupación de "asegurar a los trabajadores las conquistas sociales logradas" se expresó en una prórroga de las convenciones colectivas de trabajo, que representó el congelamiento virtual de los salarios. También se disolvió el partido peronista y se arrestó a algunos de sus dirigentes.

El peronismo, que contaba con aliados dentro de las Fuerzas Armadas y no escapaba a la lógica golpista, intentó recuperar el gobierno por esa misma vía en junio de 1956. La sublevación abarcó unidades de La Plata, Campo de Mayo, Palermo, La Pampa, Rosario, en donde se alzaron grupos civiles y militares. El levantamiento resultaba doblemente alarmante: no sólo expresaba la permanencia de sectores afines al peronismo dentro de las instituciones militares, a pesar de que en el primer mes de la Revolución se habían pasado a retiro a 44 generales peronistas, sino que manifestaba también la *insubordinación de grupos subalternos* con respecto a la oficialidad. En particular, en la Escuela de Mecánica de la Armada, los suboficiales arrestaron a sus jefes. Por si esto fuera poco, los insurrectos estaban complotados con los sindicalistas, el otro gran objeto de odio de los militares ultraliberales.

El intento de golpe fracasó y se inició un procedimiento sumario contra los participantes. El intento se reprimió con un procedimiento desacostumbrado. Los aún recientes golpistas castigaron a los flamantes golpistas con la pena de muerte. En el juicio sumario, que duró menos de 24 horas, se condenó a fusilamiento al general Valle, jefe del levantamiento, y a otras 36 personas, entre ellas varios civiles. Luego se demostraría que algunos ni siquiera habían participado en el complot. Después de los bombardeos a Plaza de Mayo, era el segundo acto de los "libertadores" que desplegaba una violencia sin precedentes, alimentando su crecimiento cíclico y sostenido, dinámica que subsistiría durante décadas. A pesar de lo inusitado de la acción, las fuerzas políticas y democráticas no protestaron. Arturo Frondizi, dirigente entonces del Partido Radical, responsabilizó de "los tristes acontecimientos"... a los muertos, por haberse levantado contra el orden instituido.<sup>25</sup>

Vale la pena hacer un alto. *El fusilamiento* no se trataba solamente de una violencia sin precedentes; era una acción, una *técnica auténticamente novedosa* del poder. El mensaje parecía claro: el nuevo poder militar estaba dispuesto a hacer uso de su "*derecho de muerte*", frente civiles y también frente militares. La mayor amenaza parecían constituirla estos últimos, que hacían evidente las fisuras en la unidad pretendidamente monolítica de las Fuerzas Armadas; que se aliaban con esos *Otros*, los sindicalistas, pero sobre todo, que pretendían utilizar también el recurso de la violencia. Con los fusilamientos se reafirmaba que *las Fuerzas Armadas* y no el Estado reservaban para sí el *monopolio en el ejercicio de la fuerza*. El mensaje era: nosotros, en tanto institución, sí podemos levantarnos contra un gobierno sea electo democráticamente o no. Nadie más, y mucho menos si lleva uniforme. La lucha por el poder justificaba el asesinato, apenas encubierto en juicios sin defensa. La irrupción abierta de lo militar represivo expresaba las *dificultades para asentar un dominio que se pretendía uniforme* pero se enfrentaba a una *realidad múltiple y fraccionaria*, aun dentro de su propio campo.

---

<sup>24</sup> Aramburu, Pedro Eugenio, *op. cit.*

<sup>25</sup> Frondizi, Arturo. *Ni odio ni miedo: reconstruir al país*, Buenos Aires, S:E:P:A:



A pesar de estas acciones, y de evolucionar hacia lo que Rouquié llama "una forma de Estado policíaco", los "demócratas" estaban convencidos de que eran ellos los que al "desintegrar el estado policial" del peronismo y "sanear" la sociedad ponían "al cuerpo electoral en condiciones de actuar normalmente".<sup>26</sup> Es decir, después de reprimir el desorden social, disolver organizaciones populares propias de un modelo corporativo de control, postergar la legislación laboral que limitaba las ganancias del sector industrial e "insubordinaba" a la clase obrera y fusilar a los rebeldes habrían saneado al país y estarían en condiciones de recuperar el consenso para ganar limpiamente un proceso electoral. La enfermedad que afectaba a la Nación era producto de un sistema de control que alteraba las conciencias y provocaba el desorden social. Para recuperar esas conciencias el tratamiento saludable era desintegrar, reprimir, disolver, postergar, fusilar. El auge peronista era parte de una hipnosis generalizada de la que ellos serían capaces de despertar al país, haciendo uso de esas técnicas.

Así pues, se llamó a elecciones, con proscripción del peronismo, para el 23 de febrero de 1958. Como no podían derrotar al peronismo, los militares optaron por *desaparecerlo*. En verdad, el proceso de *desaparición* del peronismo se inició con la Revolución Libertadora. No me refiero aquí a las medidas que tendían a desmontar el aparato peronista, propias de cualquier disputa por el poder entre grupos, sino más bien a otro tipo de *desapariciones*. Son particularmente significativas la *desaparición del cadáver de Eva Perón*, tan odiada por los "gorilas", la prohibición de toda mención a Perón, a la prohibición de la simple palabra "peronista", que se estableció en octubre del mismo año del golpe, como si el poder tuviera la capacidad de *desaparecer* por decreto aquello que no puede controlar; la ilusión vana de *desaparecer* del lenguaje y de la realidad aquello que *se fuga*. Tan vana, por cierto, que sólo serviría para aguzar la imaginación de los peronistas y del periodismo. Unos, conservando a Eva en imágenes escondidas, viejas fotografías que reaparecieron desteñidas pero intactas muchos años después; los otros, buscando eufemismos que les permitieran nombrar lo "innombrable". Perón se transformaba así en "el tirano prófugo" para seguir estando en la prensa.

Una vez abierto el proceso electoral, Arturo Frondizi, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), un ala del Partido Radical, propuso una política de conciliación con el peronismo a fin de heredar su enorme caudal electoral y su influencia sindical, con la esperanza de absorberlo en sus propias filas. Para ello, y en un intento por convertirse en su sucesor "por la izquierda", adoptó un discurso más radical que el peronista .

Su oponente principal, la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), el ala más "gorila" de los radicales, que rechazaba toda forma de negociación con Perón y el peronismo era, además, la candidatura apoyada por los militares.

Los arengas antiimperialistas del candidato de la UCRI, pero sobre todo sus aproximaciones al "tirano prófugo" (metáfora "infamante" con la que se designaba a Perón) constituían una auténtica traición a los ideales de los "libertadores". No obstante, la "traición" se consumó y en el mes de enero se selló una alianza electoral entre Perón y el radicalismo intransigente. A cambio de los votos del justicialismo, Frondizi prometió una normalización sindical que mantuviera la hegemonía peronista en el movimiento obrero, la legalización del partido y el cese de las medidas restrictivas que regían contra él.

El 1 de febrero de 1958 llegó a la Argentina la consigna de que el peronismo debía votar por Frondizi. Las elecciones del 23 de ese mes arrojaron los siguientes resultados: UCRI 3 989 478 votos; UCRP 2 526 611, otros 1 400 000. Los *desaparecidos* peronistas habían *reaparecido*.

---

<sup>26</sup> Rojas, Isaac. *Discurso*, Sesión inaugural de la Junta Consultiva, 11 de noviembre de 1955.

Las elecciones habían tenido una particularidad: buena parte del electorado votó no por los partidos que se postulaban sino en representación de un tercero que no participaba en la contienda. Las Fuerzas Armadas y el peronismo fueron los protagonistas reales, aunque ausentes formalmente, de esa elección; representaban esas fuerzas subterráneas que la legalidad no podía reconocer pero de las que tampoco podía deshacerse; en otro sentido, representaban la presencia fantasmática de lo que ha sido desaparecido de hecho. El peronismo celebró el triunfo como propio, con una voluntad de poder renovada.

La alianza de Frondizi con el peronismo amenazaba los objetivos de la Revolución Libertadora, y resucitaba el temor por un retorno del populismo, tan falsamente asociado en las clases dominantes argentinas con el fantasma del comunismo, de manera que la entrega del gobierno fue dificultosa. Mientras que algunos sectores de las Fuerzas Armadas se oponían a entregar el gobierno, otros proponían hacerlo pero manteniendo un riguroso control. La entrega del Poder Ejecutivo al candidato triunfante en los comicios dependía de la decisión de unas armas, teóricamente subordinadas al Presidente. "Continuistas y quedantistas deliberaron sobre si debían o no entregar el poder a la inmensa mayoría triunfante en los comicios. Acepté, entonces, recibir el poder en forma condicionada" reconoció años más tarde Arturo Frondizi.<sup>27</sup>

El nuevo Presidente no tardó en cumplir sus compromisos con el peronismo. De inmediato, el gobierno concedió una amnistía general y libertades sindicales protegidas por una ley de asociaciones profesionales que impedía la atomización de los sindicatos y preservaba el poder interno de la burocracia peronista.

El gobierno desarrolló una política incierta que, aunque pretendía constituir una alianza entre la clase obrera y la burguesía industrial progresista, no llegó a comprometerse ni con los sectores populares, ni con la temerosa burguesía industrial, ni con la gran burguesía y el capital extranjero que requería para su política de inversiones. En consecuencia, se desembocó en una administración que fue perdiendo todo sustento social. Su aislamiento favoreció, en lugar de retrasar, las posibilidades de un golpe de estado.

A medida que se debilitaba la base de apoyo del gobierno aumentaba la capacidad de presión de las Fuerzas Armadas. A medida que el Presidente cedía, la prepotencia militar se incrementaba y el peso de los "gorilas", de los ultraliberales furiosamente antiperonistas crecía más y más. Los "planteos" militares, que no eran otra cosa que presiones abiertas, se sucedieron ininterrumpidamente lesionando como nunca antes al poder civil.

Durante el mandato de Frondizi, de escasos cuatro años, las Fuerzas Armadas hicieron por lo menos 32 "planteos" que significaron, en todos los casos, una amenaza más o menos abierta de golpe. Es decir que, en promedio, sufrió un intento de desestabilización cada mes y medio. Por esta vía los militares lograron imponer su posición en lo económico, en lo político e incluso en las relaciones exteriores frente a un ejecutivo que cedía cada vez más y una oposición política que permitió y alentó la intromisión castrense, como forma de debilitar al Presidente.

Los partidos políticos tradicionales se "vengaban" de Frondizi por su "traición" al aliarse con el peronismo. Este último, procurando ganar el espacio perdido, sobre todo en la esfera sindical, desató una política de resistencia violenta, con alta movilización, proliferación de huelgas y sabotaje a la

---

<sup>27</sup> En López Alonso, Gerardo. *op. cit.*, p. 165.

producción que fue clave en la desestabilización del gobierno. La clase política en su conjunto, como signo de su propia debilidad, alimentaba a estas Fuerzas Armadas que llegarían a devorarla.

Al tiempo que se incrementaba el poder militar, se dio una mayor diferenciación entre las armas. Ejército, Marina y Aeronáutica desarrollaron peculiaridades políticas y aparatos propios, desplegando una verdadera competencia entre ellas, con el objeto de ganar poder institucional. Los servicios de informaciones de cada arma, en pugna entre sí, llegaron a una situación de hipertrofia, desconfianza mutua y rivalidad. Su enorme desarrollo así como la autonomía de la que gozaron fueron claves en el proceso de acumulación de poder de las Fuerzas Armadas.

Estas transformaciones no eran ajenas a los cambios que se habían producido en el panorama internacional. Si el movimiento del 43 y el peronismo se asociaron con las condiciones de un mundo en guerra primero y una dificultosa posguerra después, desde la Revolución Libertadora, Argentina buscaba la recomposición de sus relaciones con Estados Unidos sumándose a su política continental. Esta suponía la idea de la *guerra fría*, y la adscripción a la *doctrina de seguridad nacional*, es decir, la existencia de un conflicto real aunque no convencional entre Occidente y el mundo comunista, que se agudizó a partir del triunfo de la Revolución Cubana. Dentro de esta concepción, las Fuerzas Armadas resultaban garantes del orden ya no en el ámbito nacional sino en términos continentales, aunque como tarea primordial debían preservar su propia seguridad nacional y cuidar el "frente interno". Contrainsurgencia y poderosos servicios de información eran piezas clave para tal estrategia.

La aparición de un foco guerrillero de origen peronista, en la provincia de Tucumán, y el despliegue del sabotaje industrial por parte de la clase obrera, en particular en Buenos Aires y Córdoba, fueron elementos que afianzaron la creencia de una insurgencia ligada a la conspiración internacional y lanzaron a las Fuerzas Armadas a su represión directa, con consentimiento del Ejecutivo.

En la concepción de la *guerra fría* lo político se transforma en una simple extensión de lo militar. Si bien la política puede representar el mantenimiento de un desequilibrio de fuerzas que se manifestó previamente como guerra, aquí lo político se subsume en lo militar, se reduce a ello. La guerra, con su *lógica dual y excluyente de amigo-enemigo* desconoce las delicadas relaciones, mucho más complejas y difusas de la circulación del poder dentro de una sociedad. En una guerra se enfrentan dos fuerzas, en una sociedad, las relaciones de poder y la lucha de posiciones implican innumerables vectores actuando en distintos sentidos, concentrándose, bifurcándose, concentrándose y fugándose. Así como la guerra fría implicó un tipo de concepción dual en el ámbito de la política internacional, a nivel nacional, esta lógica encontraría su correlato en la oposición inconciliable entre peronismo y antiperonismo, uno de los tantos falsos binomios de la realidad argentina.

Como parte de esta lógica bipolar (que no fue exclusiva de los militares sino que se extendió dentro del peronismo), *los posibles "enemigos" se agregan* unos a otros, formando un bloque único. Peronismo, comunismo, totalitarismo y aun ciertas formas de democracia eran una misma cosa para los militares de los años sesenta. Enfrente se constituye el otro bloque, el propio. *Nosotros y los Otros*. Los militares propugnaban una democracia restringida y de "mano fuerte", con una política económica liberal, claramente emparentada con el liberalismo elitista de los fundadores de la Nación en el siglo pasado.

Se podrá comprender, entonces, su malestar cuando en marzo de 1962 el gobierno llamó a elecciones para gobernadores e insistió en permitir la participación del peronismo, ese enemigo. No queda muy claro si Frondizi actuó así por una sobrestimación de sus fuerzas o por un acuerdo secreto, que Perón habría roto a último momento. Lo cierto es que el peronismo ganó 11 de 18 distritos; uno de ellos era la rica provincia de Buenos Aires, en la que se había postulado como gobernador nada menos que un

sindicalista. Los militares exigieron la intervención de esas provincias, cosa que el Ejecutivo realizó de inmediato, así como la renovación del gabinete con figuras más cercanas a la cúpula castrense. No obstante, ésta presionó para obtener la renuncia presidencial. Distintos sectores de la sociedad apoyaban esta salida.

El doctor Frondizi rehusó presentar su renuncia y, en consecuencia, once días después de las elecciones los militares dieron un golpe de estado. Detuvieron al Presidente y lo llevaron arrestado a la isla de Martín García. Un grupo de académicos importantes publicó la siguiente declaración en el diario La Prensa: "las Fuerzas Armadas...se vieron obligadas a derrocar la nueva dictadura"<sup>28</sup>. Extraño concepto de dictadura y democracia de los académicos y los políticos argentinos, quienes reclamaban como democráticos a los gobiernos nacidos de golpes de estado y como dictatoriales a los surgidos del sufragio. Aunque es indudable que se requiere más que la existencia de elecciones libres para hablar de democracia, también parece indiscutible que éstas son una condición *sine qua non* de su existencia. Da la impresión de que los académicos confundían extrañamente democracia con liberalismo y asociaban mecánicamente una a la otra, priorizando además, las libertades económicas a las sociales y políticas.

El golpe no fue más que la culminación de la creciente interferencia militar. Durante todos esos años, los comandantes vetaron medidas económicas, derribaron gobernadores, impusieron la política exterior, ocuparon fábricas y reprimieron directamente cuando lo consideraron necesario, condicionaron los gabinetes y finalmente, anulaban elecciones de carácter nacional y derrocaron al Presidente. Nunca hasta entonces *las instituciones políticas* habían estado tan a merced de *las instituciones militares*.

Sin embargo, aún carecían de un proyecto que les permitiera gobernar por sí mismos, sin ninguna clase de relevo civil. Todavía se concebían como los "ordenadores" de la sociedad. Se impuso, por lo tanto, la alternativa "legal" que implicaba dejar a un civil, el titular provisional del Senado, José María Guido a cargo del Ejecutivo. Su misión era convocar a elecciones, garantizando la corrección del proceso e impidiendo que se desvirtuara con la participación de fuerzas "antidemocráticas". Las Fuerzas Armadas aún no estaban dispuestas a treparse al trono pero pretendían ser, en alguna medida, el poder real detrás del mismo.

### ***Instrumento de disuasión o amenaza directa***

En el momento del golpe, 1962, el país se encontraba, además de la crisis política, en una crisis económica bastante profunda: falta de inversión, fuga de capitales, quiebras en el sector industrial y despidos eran algunos de sus signos. Toda la situación llevó a un incremento de la violencia social y sindical y, con ella, de la actividad represiva. Por esos años apareció un nuevo dato: *el secuestro y la desaparición de personas*, técnica que resultaría muy redituable para la represión en la década siguiente, pero que se ensayó desde entonces.

La desaparición es algo distinto al asesinato encubierto. Implica la *desaparición de la prueba* con la *desaparición del cuerpo* de la víctima; la ausencia de rastros convierte al hecho en algo irreal, que se puede negar o desconocer. No hay cuerpo; no hay crimen; no hay responsable. Implica el ejercicio de un poder absoluto sobre los cuerpos, incluso el de este acto casi mágico de desaparecerlos,

---

<sup>28</sup> En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 189.

esfumarlos. Pero es un poder *subterráneo*, indemostrable. En 1962 *desaparecieron* dos dirigentes sindicales, Felipe Vallese y Héctor Mendoza.

También en ese año hubo un brote de *antisemitismo*. Los atentados estaban firmados por la Guardia Restauradora Nacionalista y por Tacuara. No pretendo afirmar que el antisemitismo haya sido un componente relevante en la política de la época pero sí constituye un dato, significativo a mi entender. El *racismo*, esta reivindicación de la pureza biológica como argumento para el *exterminio del Otro*, una de las formas que adopta ese pensamiento binario al que ya nos referimos, es un elemento también *subterráneo* que *rebrot*a, emerge en distintas coyunturas, y se hizo presente en esos años, para reaparecer muchas veces después.

Desde el derrocamiento del peronismo, no se había logrado un estatuto político, una estabilidad institucional, un "pacto" que expresara cierta correlación de fuerzas. Lo que existía eran las propias fuerzas en pugna dentro de la sociedad y del Estado mismo. Ahora la lucha se extendería hacia adentro de las Fuerzas Armadas..

Lejos de lo que se podría pensar, a pesar de su protagonismo, los militares no habían podido alcanzar la tan deseada homogeneidad interna. Por el contrario, la politización de sus filas había generado distintas corrientes que pugnaban entre sí e incluso hacían peligrar la unidad de la institución.

El estado deliberativo que se desató desde los inicios de la Revolución Libertadora, y que se incrementó durante la presidencia de Frondizi, propició la formación de grupos divergentes que incluso desbordaban la estructura jerárquica. Se perfilaban, básicamente, dos sectores: los ultraliberales y los legalistas, que luchaban para alcanzar la hegemonía.

Los ultraliberales eran los antiperonistas más radicales proclives a la participación e ingerencia de las Fuerzas Armadas en la vida política; los legalistas, en cambio, planteaban una postura profesional y prescindente de toda interferencia con las autoridades civiles. Este sector logró la designación de José María Guido en la Presidencia, en lugar de constituir un gobierno militar, como proponían los primeros. Casi de inmediato se dio una ofensiva ultraliberal, que impuso, mediante un despliegue militar, la remoción del ministro del Interior primero, y del Secretario de Ejército, después. En este último caso fueron respaldados, como se verá de inmediata para su desgracia, por la Marina y la Aeronáutica.

La intervención de las otras armas y, en particular "la ingerencia sin precedentes de la marina de Guerra en un problema interno",<sup>29</sup> un conflicto de jurisdicción exclusiva del Ejército, fue el detonante de una reacción de los legalistas, liderados por el general Juan Carlos Onganía y con el apoyo de la guarnición más importante del país, Campo de Mayo. Se desencadenó un enfrentamiento abierto entre ambos sectores, que se identificaron a sí mismos como azules (legalistas) y colorados (ultraliberales), con escaramuzas durante cuatro días. El hecho muestra el celo con que el Ejército, como instancia medular de las Fuerzas Armadas, protegía su autonomía y la energía con que rechazaba cualquier interferencia, aun cuando viniera de las instituciones armadas. También muestra que su "legalismo" estaba más vinculado a la defensa de la legalidad interna, de la normatividad vigente dentro del Ejército, que a la defensa de un orden constitucional.

Los azules proponían la subordinación de las Fuerzas Armadas a las autoridades civiles y el retorno al profesionalismo militar, como única vía para *preservar la institución*. Cabe señalar que entonces, y siempre en la historia reciente de Argentina, cuando se habla de profesionalismo, en realidad se está

---

<sup>29</sup> Onganía, Juan Carlos. En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 208.

hablando de mantener la *independencia política de la institución*, impedir que la misma sea absorbida o afectada por dinámicas políticas que no controla. Es por ello que los mismos *profesionales* pueden ser legalistas un día y golpistas poco después. En consonancia con esta perspectiva los azules insistían en la importancia de mantener la *disciplina interna*, que se veía resquebrajada por los continuos pronunciamientos, la intromisión de conductas de tipo político en una estructura militar y los consecuentes desbordes de las jerarquías a raíz de los vínculos internos de las "facciones". Todo esto colocaba a las Fuerzas Armadas en un estado deliberativo y minaba su homogeneidad, su disciplina y, por lo tanto, su poder. Como ya se mencionó, los azules se adjudicaban el papel de defensores de la legalidad y su estrategia consistía en la asimilación del peronismo, al que diferenciaban claramente del comunismo, por lo que proponían el llamado a elecciones libres y apoyaban, bajo cuerda, el proyecto de crear un frente que incluyera y neutralizara al peronismo.

Por su parte, los colorados esgrimían un liberalismo elitista en lo económico y en lo ideológico, que proponía el retorno a una democracia restringida, ya tradicional en el país. Eran golpistas y promovían la intervención de las Fuerzas Armadas en la esfera política, lo que daba lugar al estado deliberativo de las mismas. Buscaban apoyo tanto en las otras armas como en los partidos rompiendo con la disciplina interna y el respeto a las jerarquías. Tenían excelentes relaciones con la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), única alternativa al peronismo que, a su vez, era una variante del comunismo. Ambos, por su condición subversiva, se debían excluir de los procesos electorales. Fueron ellos, y no la guerrilla, quienes ya en 1962 decretaron que la Argentina estaba en "estado de guerra revolucionaria".<sup>30</sup> Ya aparecía aquí esta noción guerrera de amigo-enemigo, como sustento de una postura política nacional.

En consecuencia, la oposición entre ambos bandos se centraba en dos puntos: 1) cuál era la forma más adecuada para *mantener e incrementar el poder de las Fuerzas Armadas*, si disputar de inmediato espacios al poder político o dar un paso al costado y recomponer la cohesión interna y 2) cuál era la actitud más correcta para neutralizar al peronismo, destruirlo o cooptarlo.

Mientras que el mérito de los azules consistía en comprender que debían preservar la institución como condición de posibilidad para cualquier política, el de los colorados se centraba en explicitar lo que ya era y desde entonces sería un dato indiscutible: la incidencia decisiva del poder militar en la toma de decisiones. En tanto los azules intentaban una lectura más política, y por lo tanto más profunda, de los fenómenos sociales, los colorados desconfiaban, con certeza, de que fuera sencillo "domesticar" al peronismo y se remitían a la *lógica reduccionista amigo-enemigo*.

Al producirse el enfrentamiento abierto entre azules y colorados, las Fuerzas Armadas se alinearon de la siguiente manera: La aeronáutica pasó de una actitud neutral a apoyar a los azules; la Armada permaneció neutral puesto que dentro de sus filas predominaban los colorados pero no había una posición homogénea; en el Ejército, las posturas se dividían. La caballería, de gran prestigio, era netamente azul; la artillería y la infantería apoyaban a los colorados.

Los enfrentamientos armados dieron el triunfo a los azules, con lo que se ratificó la decisión de llamar a elecciones presidenciales. Además, los militares anunciaban el retorno a sus funciones específicas, la restauración de la jerarquía y la disciplina dentro de la institución, el derecho universal de voto, con la salvedad de que no se permitiría un "retorno al pasado". En la Armada, 19 almirantes pasaron a retiro. No obstante, los colorados seguían siendo una voz que se haría oír, tanto por los sectores que representaba como por la fuerza de sus armas.

---

<sup>30</sup> En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 215.

Fue preciso una lucha sangrienta, con participación de la Marina y la Aeronáutica y un saldo de 15 muertos y 50 heridos, para que se sellara el triunfo de la fracción azul, triunfo que, en definitiva, tuvo un color violeta. El levantamiento dio como resultado una solución negociada que no ponía en peligro la unidad de las Fuerzas Armadas: se llamaría a elecciones pero no se constituiría un frente con inclusión del peronismo ni se permitiría, en los siguientes comicios, la participación de la Unión Popular, nucleamiento neoperonista con la aprobación de Perón. La Corte Suprema ratificó la prohibición de presentar electores a la Unión Popular y se vetaron todas las listas en las que participaban peronistas o ex peronistas. Otra vez resultaban *desaparecidos*.

Sin embargo, las medidas no representaban la solución del conflicto sino su aplazamiento, hasta que se pudiera definir una posición hegemónica sin peligro de disolución de las instituciones. Mientras tanto, los mandos seguían en manos de los jefes azules.

Se celebraron los comicios y en ellos intervinieron la UCRP, la UCRI y la Unión del Pueblo Argentino (UDELPA), nuevo agrupamiento liderado por el general Aramburu, protagonista de los sectores "gorilas" de la Revolución Libertadora. Por su parte, Frondizi, Perón y Solano Lima, integrantes del vetado proyecto de frente, dieron la orden de voto en blanco.

Los resultados fueron los siguientes:

Partido	Votos	Porcentaje	Electores
UCRP	2 441 064	25.15	168
UCRI	1 593 002	16.40	110
UDELPA	726 861	7.49	72
En blanco	2 058 131	21.21	

Fuente: Cantón, Darío. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, p. 277.

La presencia del general Aramburu, que pretendía constituir para la sociedad civil la opción que de hecho representaba en el medio militar logró reunir votos... en su contra. Buena parte del electorado prefirió inclinarse a favor de los candidatos que no darían su apoyo a UDELPA en el colegio electoral, antes que seguir la directiva de voto en blanco.

Las elecciones de 1963 fueron una demostración de la *debilidad de los vínculos entre las relaciones de poder y las instituciones políticas*: el peronismo, mayoritario en las elecciones en las que hasta entonces se había presentado, permanecía proscrito; los ganadores apenas obtuvieron los votos de una cuarta parte del electorado; el segundo lugar, con un 21 por ciento correspondió a los votos en blanco; la intransigencia, tercera fuerza en orden de importancia acababa de fracturarse. Los partidos políticos no eran capaces de neutralizar al peronismo, ni de integrarlo, ni de ofrecer una alternativa viable capaz de arrebatarle el consenso.

El doctor Arturo Illia asumió la presidencia con un escaso apoyo a nivel nacional, e incluso dentro de su propio partido. Su nominación se había dado "de casualidad". Los radicales no creían entonces que las elecciones se fueran a realizar y, si esto ocurría, esperaban que se presentara el frente que incluía al peronismo, con lo que la elección estaría irremediablemente perdida. Así habían nominado a Illia, un cuadro de segunda línea, para preservar la imagen de su dirigente nacional, Ricardo Balbín.

En consecuencia, el Presidente carecía del suficiente respaldo dentro de su partido y tuvo que dedicar un enorme esfuerzo para alcanzar acuerdos internos, lo que debilitó su capacidad de decisión como primer mandatario. Las divisiones internas y la falta de un programa llevaron a que el gobierno se caracterizara por la falta de consistencia y fuera blanco fácil de los ataques de casi todos los sectores.

El radicalismo intentó poner en práctica un modelo de acumulación basado en la ampliación del mercado interno. Sin llegar a afectar de manera decisiva la concentración de capital y la penetración de capital extranjero que se venía dando en especial desde 1955, el proyecto de ampliación del mercado implicaba el aumento de salarios, la reducción de la desocupación y ciertas restricciones a las empresas extranjeras. Esto llevó a que el gobierno sufriera de inmediato los embates de la Sociedad Rural y la Unión Industrial Argentina.

A pesar de la estrecha vinculación de los radicales con los militares colorados, las jerarquías castrenses habían permanecido en manos de los azules, cuyo poder institucional era enorme. De hecho, para 1964, aunque la caballería, arma netamente azul, representaba el 16 por ciento del Ejército, contaba con la mitad de los puestos de alto mando, con la dirección de las escuelas de cuadros y con una importante fracción de los comandos de unidad. Ese año, el 50 por ciento de los ascensos del Ejército pertenecieron a la caballería y se produjo una reestructuración institucional por la cual cada unidad de infantería quedaba encuadrada por una de caballería. No obstante el neto predominio azul dentro del Ejército, el gobierno colocó a sus allegados, los militares colorados, en los puestos de confianza del aparato estatal, lo que creó una situación de cierta tensión y hostilidad de la institución armada hacia el Presidente.

Por otra parte, los radicales no realizaron acuerdos con los demás partidos ni contaban con mayoría en las cámaras, lo que también disminuía su margen de maniobra. El peronismo, a través de la CGT, desató en febrero de 1964 un Plan de Lucha que consistió en la ocupación de fábricas. En el término de dos meses se ocuparon 11 mil establecimientos, con la participación de casi cuatro millones de trabajadores.

En 1965 se realizaron elecciones legislativas en las que se permitió la participación del peronismo. El triunfo de este partido, una vez más, representó un muy mal augurio para las elecciones presidenciales que se celebrarían dos años después. El Presidente estaba solo. Sin capacidad de alianzas con otros partidos políticos, enfrentado a los empresarios, hostigado por los sindicalistas, con malas relaciones con la cúpula militar y escaso apoyo dentro de su propio partido, el pronóstico para el gobierno radical era pésimo.

La lucha interna que se comenzó a librar entonces en el movimiento peronista tuvo enormes repercusiones en la suerte del gobierno. La importancia creciente del neoperonismo en el interior, y del grupo liderado por Augusto Timoteo Vandor en el sindicalismo, coincidían en su proyecto de liderar el movimiento con independencia de Perón. Esta circunstancia motivó un intento de retorno del general al país, con acuerdo de los sectores ortodoxos. La intervención del gobierno para impedirlo a último momento y la detención del avión que lo transportaba en el aeropuerto de Brasil fueron una maniobra poco afortunada que debilitó aun más la imagen presidencial.



Al quedar frustrado el viaje del general, en octubre de 1965 llegó al país la segunda esposa de Perón, con la misión de desautorizar, en su nombre, al vandomismo. El gobierno radical le permitió el ingreso con la esperanza de agudizar las contradicciones internas en el peronismo y, sobre todo, debilitar a Vador. El líder metalúrgico era una de las figuras más molestas para el gobierno radical por sus irreducibles posiciones sindicales que se relacionaban más con una voluntad de desestabilización del gobierno, que con su celo en la defensa de los trabajadores.

Efectivamente, en el enfrentamiento con Perón por el liderazgo del movimiento, el poder de Vador se debilitó. Para reforzar su posición y aumentar su independencia con respecto al líder del movimiento, el dirigente sindical profundizó sus vínculos con los militares golpistas (que no eran otros que los "legalistas" azules) y el desarrollismo. Una vez más los militares representaban la salida para un sector que, pretendiendo el poder, no podía disputar la mayoría dentro del peronismo.

Por su parte, para los militares azules, el vandomismo encarnaba la posibilidad de atrapar en su juego de poder a esa fuerza huidiza que había sido hasta entonces el peronismo. *Abarcar, rodear, apresar lo que se fuga* es la tarea perpetua del poder, que ahora lanzaba un nuevo lazo.

El nuevo proyecto militar tenía un nombre, corporativismo, y un caudillo, Juan Carlos Onganía, general de caballería, hijo de italianos poco distinguidos pero ligado por vía matrimonial con las familias de la oligarquía pampeana. El general, que escondía cuidadosamente su labio leporino detrás de un prolijo bigote, era profundamente católico y asiduo asistente a los "retiros" organizados por los cursillos de cristiandad de los grupos integristas.

Para poner en marcha el movimiento, que se pretendía mucho más que un golpe militar, se impulsó una corriente de opinión que lo apoyara. Los militares no improvisaban. En la Escuela Superior de Guerra se impartieron cursos que promovían entre los oficiales la eficiencia desarrollista; en el Instituto para el Desarrollo de Ejecutivos de Argentina se propiciaba la formación cívica, política y comunitaria de los administradores de empresas, y en la Escuela para Dirigentes de la CGT se dictaban cursos que desacreditaban las teorías clasistas. El proyecto era unir sindicatos y empresarios tras un modelo de desarrollo nacional y bajo el ala protectora de las Fuerzas Armadas. En cierto sentido, un peronismo bis, fuera de tiempo, con la clara hegemonía del sector militar y la desaparición de las instituciones democráticas.

¿En qué consistía el nuevo proyecto? ¿Era menos autoritario el modelo de estos militares azules que el de aquellos "gorilas" colorados que habían hostigado sin cesar a Frondizi? En verdad, sólo era diferente. Si el liberalismo argentino había sido autoritario, elitista y tecnocrático, este antiliberalismo ostentaba atributos semejantes, como parte de una propuesta corporativista, con fuerte influencia del integrismo católico. Su adscripción al integrismo favoreció una *perspectiva mesiánica* ("El país espera un Moisés porque vislumbró la tierra prometida", decía Mariano Grondona, periodista ligado al proyecto), *tecnocrática, disciplinaria y jerárquica*. Este era el sentido del *proyecto modernizador* y eficiente, que se contraponía a la lentitud, "decadencia" y "falta de autoridad" de la democracia parlamentaria. Tal parecía que la mayor deficiencia de la política argentina de los últimos lustros hubiera sido la falta de celeridad, cuando irónicamente se asociaba al gobierno radical con la imagen de una tortuga.

"El Ejército argentino se organizará y preparará para ser *instrumento de la disuasión, amenaza directa, presión indirecta o violencia* en la consecución del Crecimiento Nacional. Como tal, apoyará a los gobiernos que representen y asuman dicho objetivo, asegurará la continuidad en su ejecución y colaborará activamente en la *eliminación de sus obstáculos* estructurales y circunstanciales y en la

*negociación, desarme o derrota de sus guarniciones y del enemigo del crecimiento*”,<sup>31</sup> afirmaba el teniente coronel Orsolini en su libro publicado precisamente en 1965 que exponía, casi con descaro, los fundamentos del golpe que se estaba preparando.

El clima para el golpe estaba creado; la sociedad en su conjunto participó de una u otra manera. Peronistas y antiperonistas; intransigentes y democristianos, desarrollistas, izquierdistas; no hubo sector político que no pusiera su granito de arena. Un dirigente democristiano afirmó públicamente: “El gobierno se merece un golpe, pero el país no.”<sup>32</sup> Pretendidos demócratas, rebasados por una democracia que aun restringida les resultaba incontrolable, clamaban por la autoridad militar.

En noviembre de 1965 comenzó el principio del fin. El general Juan Carlos Onganía, comandante en jefe del Ejército y hombre fuerte de las Fuerzas Armadas, había sido prácticamente obligado a pasar a situación de retiro por una maniobra legítima del Presidente, quien colocó como Secretario de Guerra, un rango formalmente superior, a un subordinado del propio Onganía.

Esta circunstancia, inaceptable en los códigos de ética militar, forzó la renuncia de Onganía. Desde ese momento el general azul comenzó a preparar el golpe de estado que derrocaría a Illia, con el objetivo de cancelar las elecciones de 1967 y, con ello, la esperanza de superar la antinomia peronismo-antiperonismo por medio de su alianza con un sector interno que se desentendía del molesto liderazgo de Perón.

Para que aquel objetivo no fuera tan obvio era preciso acelerar el golpe. La fecha en que caería el gobierno se debatía abiertamente; los medios de difusión, los partidos, la opinión pública se referían en forma permanente y sin el menor pudor al golpe, del que hablaban con la “naturalidad” de los hechos acostumbrados e inevitables. Es más, muchos sectores veían esperanzados a este *moderno autoritarismo militar* que venía a salvar al país de la *caducidad de los partidos y la democracia representativa* cuyos mecanismos no les permitían legítimamente su poder. Esa, su incapacidad de jugar el juego del poder dentro de los límites democráticos es la mayor prueba del *autoritarismo de civiles y militares*.

Los militares y sus aliados fueron los primeros en decretar la *desaparición y muerte de una democracia que no podían controlar*, lo hicieron mucho antes que la guerrilla. Según su propio discurso, se veían “obligados” a asumir “responsabilidades que no cumple ni deja cumplir una *minoría dirigente en el ocaso* y convocando a la acción ... a una *minoría que asumirá*...Ella y el Ejército harán incontenible el *Crecimiento Nacional*”.<sup>33</sup> El golpe representaría, efectivamente, el traspaso del gobierno de una minoría a otra. Las mayorías no debían contar.

El mecanismo que desencadenó la asonada fue sencillo: el comandante en jefe del Ejército, general Pistarini, pronunció un discurso provocador; el Presidente exigió su renuncia; las Fuerzas Armadas destituyeron al Presidente. Lo sacaron con la policía de la Casa de Gobierno.

Los argentinos sonreían con sorna. El insulto desacreditaba junto con la figura del Presidente a todas las instituciones y a la vida política misma. No resultaría extraña esta actitud por parte de sectores como el peronismo, que recordaban el triunfo de Illia en una elecciones de las que habían sido proscritos. Lo sorprendente era la complicidad o ceguera de aquel reducidísimo espectro que, pese a

<sup>31</sup> Orsolini, Mario Horacio. *Ejército argentino y crecimiento nacional*, Buenos Aires, Ediciones Arayú, 1965, p. 278. Los subrayados son nuestros.

<sup>32</sup> En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 247.

<sup>33</sup> Orsolini, Mario Horacio. *op. cit.*, p. 281.

todo, había mantenido un lugar dentro de esa anémica institucionalidad política. Nadie estaba dispuesto a defender a un gobierno poco representativo, inconsistente pero que también había mantenido al país en un poco frecuente clima de convivencia democrática.

El mismo 28 de junio, el general Onganía asumía la Presidencia. Era el mismísimo general azul que apenas tres o cuatro años se proclamaba defensor de la legalidad y de la supremacía del poder civil.

¿A qué obedecía el cambio? La restauración de la hegemonía y la disciplina de las Fuerzas Armadas; la ilusión de crear una alternativa que resolviera de una vez y por la fuerza la contradicción entre peronismo y antiperonismo; la incapacidad de los partidos políticos para encontrar una salida institucional y, en consecuencia, lo que se consideraba el agotamiento de la democracia liberal en Argentina; la incapacidad del partido en el gobierno para estructurar una política nacional e incluso para defender al Presidente que ellos mismos habían designado; en fin, la fascinación del poder. Todas estas razones, por lo menos, se conjuntaron aunque cada una con un peso específico propio. Detrás, el viejo y omnipresente fantasma: el peronismo, *siempre atrapado, siempre inatrapable*. Una nueva alternativa se dibujaba en el proyecto de los nuevos mesías. Tal vez el antiliberalismo corporativista y la ruptura del sistema democrático fueran la solución del viejo problema. La espiral dibujaba un nuevo círculo.

### **Mesianismo , por supuesto, autocrático pero y, ¿modernidad?**

El golpe de 1966 se realizó después de un largo y cuidadoso periodo de preparación que incluyó un vasto programa de acción psicológica desplegada a través de la prensa existente e incluso de medios periodísticos creados especialmente para ese fin. Se proponía transformar profundamente la sociedad argentina y, por primera vez, los militares se planteaban permanecer largo tiempo en el gobierno. No se trataba de una situación transitoria para la posterior entrega del gobierno a los civiles. En esta oportunidad, las *Fuerzas Armadas* se hacían responsables de un proyecto político, económico y social. Pretendían "normalizar" al país pero no para entregar la conducción a los partidos políticos sino para constituirse, como institución, en el *núcleo mismo del Estado*.

Desde el primer momento, se produjeron profundos cambios institucionales. "Estamos frente a una nueva concepción de la gran política nacional", había dicho al asumir el general Onganía.<sup>34</sup> Se destituyó al Presidente, al Vicepresidente, a los gobernadores e intendentes, se clausuró el Congreso nacional y las legislaturas provinciales, se disolvieron los partidos políticos, se prohibió su actividad y se confiscaron sus bienes. Se suprimió, "por decreto", la política.

El documento fundacional del nuevo gobierno, el Acta de la Revolución Argentina, justificaba las medidas en función de un supuesto "vacío de poder" del que responsabilizaba a las "rígidas estructuras políticas y económicas anacrónicas", que afectaban la "tradicción occidental y cristiana". Las medidas implicaban la ruptura de las instituciones democráticas argentinas, decretando su ineficiencia y agotamiento. Obsérvese que así como los militares colorados habían sido los primeros en el país en hablar de guerra en 1962; los primeros en decretar el agotamiento democrático fueron una vez más los militares, esta vez azules. Se reiteraba el mecanismo de *desaparecer lo inmanejable*; en este caso, visto lo impracticable de desaparecer al peronismo, se optó por *desaparecer la democracia*, con peronismo y todo, de decretar la *desaparición de la política dentro de la sociedad*.

<sup>34</sup> Onganía, Juan Carlos. *Mensaje del teniente general Onganía al pueblo de la República con motivo de asumir la Presidencia de la Nación*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1966.

En palabras de los propios protagonistas, años más tarde el general Lanusse escribiría, en tono de autocrítica: "todos los responsables -Onganía y yo entre otros- no supimos ver que la política existía y que nada sería más peligroso que la soberbia de considerarla *inexistente*".<sup>35</sup>

El "cambio de estructuras" que pregonaba el nuevo gobierno consistía en ensayar un modelo desarrollista con un esquema de participación basado en grupos de poder: organizaciones empresarias, Iglesia, sindicatos, Fuerzas Armadas. De esta manera se soslayaba la confrontación con el peronismo obviando la participación electoral y reemplazándola por una vía menos desestabilizadora: la consulta de esas "fuerzas vivas". Cabe señalar que este procedimiento nunca llegó a funcionar realmente.

Las contradicciones políticas dentro de las Fuerzas Armadas parecían inexistentes, se acallaron y se ubicaron en compartimentos estancos, sin que entraran en colisión, coexistiendo en una especie de realidad *esquizofrénica* que no reconocía sus contradicciones.

Los tres comandantes en jefe, como divina trinidad, designaron Presidente al general Juan Carlos Onganía quien, cual auténtico Mesías, gozaría de plenos poderes, con funciones tanto ejecutivas como legislativas, en una verdadera autocracia. Se trataba de mantener un poder de tipo personal y garantizar hacia abajo el respeto de toda la línea de mando, el *orden jerárquico institucional*. En caso de vacante del ejecutivo, las Fuerzas Armadas designarían al sucesor, pero siempre bajo el modelo de un mando personal e indiscutido, lo que preservaría a la institución de la politización y el deliberacionismo. Esta fue otra de las formas que adoptó la *desaparición de lo político*.

Se reestructuró el Estado, formando tres sistemas verticales: de planeamiento, de consulta y de decisión, con un Estado Mayor, a imagen y semejanza del Ejército. También se determinó que la Revolución tendría tres tiempos sucesivos: el tiempo económico, el tiempo social y el tiempo político. Trinidades ordenadoras para controlar, con precisión y orden cuartelario, los tiempos y los espacios de una sociedad en constante fuga.

Amplios sectores apoyaron de inmediato al gobierno. Sólo se alzaron en su contra algunos partidos de izquierda, aunque tímidamente, y la Universidad de Buenos Aires que fue intervenida de inmediato, con bastonazos aleccionadores para los estudiantes y académicos indisciplinados.

A escasos dos meses del golpe, en franca demostración de apoyo, Augusto Vandor firmaba en la Casa de Gobierno el nuevo contrato colectivo de trabajo de su gremio. El general Perón también propiciaba el apoyo táctico a la Revolución Argentina. Los partidos políticos que habían participado en la preparación del clima golpista, en especial el frondicismo, veían con alivio la instalación de los militares en la Casa Rosada. La Confederación General de Económica, la Sociedad Rural Argentina y la Unión Industrial Argentina apoyaron el movimiento castrense desde el primer momento. Unos por su incapacidad para lograr la mayoría en una competencia democrática y otros por descrédito en la capacidad de las instituciones democráticas para resituir la voz del pueblo, coincidían en una salida de corte autoritario. La Iglesia dio su bendición, mientras monseñor Caggiano, el cardenal primado, exclamaba "¡Es una aurora! ¡Nuestro país, gracias a Dios, marcha hacia su grandeza!"<sup>36</sup>

En síntesis, había un alto consenso acerca del agotamiento de una democracia que no había tenido oportunidad de nacer siquiera y, por lo mismo, de la necesidad del golpe, que cada grupo esperaba acomodar a sus expectativas, no siempre compatibles entre sí. La diversidad de intereses de los

<sup>35</sup> Lanusse, Alejandro Agustín. *Mi testimonio*, Buenos Aires, Laserra, 1977, p. 130.

<sup>36</sup> En Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 256.

distintos sectores sociales e incluso militares, que participaban en la Revolución, hacía que existieran pocos objetivos verdaderamente en común.

El diagnóstico de los militares integristas indicaba que en el país existía un desfase entre el desarrollo económico y las conquistas sociales, consistente en una política de reparto prematura, que no había garantizado previamente la acumulación necesaria. La demagogia populista había distribuido la acumulación de la posguerra de manera irresponsable y había promovido demandas y formas de organización desfasadas en relación con las posibilidades reales del país. Era necesario operar una regresión en este último terreno, que permitiera la acumulación necesaria; era imprescindible una mayor *disciplina social*. Como tantas veces en América Latina, el autoritarismo aparecía como condición de posibilidad para implantar el proyecto económico dominante, a veces corporativo, a veces liberal.

A partir de 1967 se puso en marcha el plan económico que se asentaba sobre la burguesía industrial monopólica, en particular el capital extranjero, y tendía a deteriorar el poder económico de la gran burguesía terrateniente pampeana. Se fijaron impuestos a la exportación de productos tradicionales y esas retenciones se canalizaron a la industria. Además se fijó un impuesto a la propiedad de la tierra. La Sociedad Rural comprendió que el proyecto de Onganía no era su proyecto.

En cuanto a la industria, se reforzó el proceso de concentración industrial y se promovió la operación de las empresas extranjeras y el desarrollo de las industrias básicas y de capital eliminando a las "ineficientes" que, en general, eran las pequeñas. La industria "nacional" que esperaba beneficiarse con los militares comprendió que éste tampoco era su proyecto.

Se redujo el salario y su participación en el PBI pasó de representar el 42 por ciento en 1967 al 39 por ciento en 1969. Se reprimió a la oposición sindical no controlada por los participacionistas para mantener el orden social y frenar un movimiento obrero que había alcanzado durante el peronismo importantes conquistas sociales que limitaban las posibilidades de acumulación. Para el sindicalismo vanguardista no resultaba sencillo mantener el apoyo al gobierno bajo estas circunstancias.

Como si fuera poco, los "arcángeles blindados", como los llamó acertadamente Rouquié, se lanzaron a la defensa de la moralidad y censuraron todo aquello que no correspondiera con su modelo autoritario e Integrista (*jerarquía, organización, unidad* eran sus valores principales). Dispusieron qué tipo de *comportamiento* se podía permitir en las calles, por ejemplo prohibieron el beso entre hombres y mujeres; cuál era el largo idóneo de cabellos y barbas, que sí no correspondían a la norma eran rasurados por la autoridad; qué tipo de *ropa* femenina debía considerarse inmoral. Una ordenanza de la municipalidad de Buenos Aires, del 27 de julio de 1966, indicaba que en los salones de baile "La *visibilidad* deberá ser tal que en todo el ámbito del lugar y desde cualquier ángulo del local, se pueda apreciar con absoluta certeza la *diferencia de sexo* de los concurrentes." Asimismo se condenaba "la fabricación, preparación, exhibición, venta o tenencia de sustancias, drogas o aparatos para usar con *finés de placer*". Se prohibió todo lo que incitara al sexo, desterrado del *universo ascético-cuartelario*.<sup>37</sup>

El general Onganía consideraba que la Revolución instauraría los principios de "*orden, autoridad, responsabilidad y disciplina*". Es decir, los valores de la vida militar dentro de la sociedad. El país como un gran y ordenado cuartel. "Autoridad, organización, grandeza nacional. La ideología de la Revolución

---

<sup>37</sup> Rodríguez Molas, Ricardo. *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Textos documentales, Buenos Aires, Eudeba, 1984.

Argentina significa la *proyección sobre el Estado y la sociedad de los valores de la gran institución burocrática que es el ejército profesional*.<sup>38</sup>

Por su parte, las propuestas económicas y políticas del nuevo modelo tecnocrático resultaron demasiado esquemáticas como para funcionar en una sociedad que no se caracterizaba precisamente por el orden. Si bien la racionalización económica (que implicaba el congelamiento de los salarios, la reducción de las indemnizaciones por despido y la virtual prohibición de las huelgas), unida al control de la inflación y del déficit presupuestario, dio buenos resultados para la expansión industrial, también tuvo otros efectos. Además de favorecer la desnacionalización de la economía, el desfasaje entre lo económico y lo social no se podía salvar tan fácilmente con la retracción de las conquistas sociales. La agitación creció.

La resistencia sindical a las medidas económicas fue causa de numerosas huelgas que se reprimieron violentamente, ante el silencio de los sindicatos colaboracionistas. Al abrigo de estas luchas, fue creciendo de manera espectacular un sindicalismo combativo que en 1968 se nucleó alrededor de Raimundo Ongaro, en la CGT de los Argentinos. Los sindicatos combativos libraban un doble enfrentamiento. Por una parte contra el gobierno militar, y por otra contra la burocracia sindical, aliada del gobierno. Disputaban a un tiempo condiciones de vida para los trabajadores y la conducción del movimiento sindical.

Ya entonces los militares acuñaron el término subversivo, con una connotación tan difusa como para atribuir el rasgo de *enemigo a todo aquel que no fuera idéntico*. Esta lógica, en principio dual, tiende finalmente a una concepción unicista. Dado que el conflicto se concibe como guerra, el objetivo es destruir al enemigo, aniquilar al Otro, para que quede sólo Uno. Es el principio de la lógica totalitaria: *Un pueblo, Un enemigo, Un poder, Una verdad*, ya en curso en aquellos años.

Las gigantescas movilizaciones de protesta del cordobazo, en mayo de 1969, reunieron la fuerza del sindicalismo combativo con la del movimiento estudiantil. "Obreros y estudiantes, unidos y adelante", la vieja consigna de la izquierda se hacía realidad en las calles de Córdoba. Una verdadera insurrección popular, con combates que duraron dos días, marcó el fin del orgánico, incapaz de dar otra respuesta que la simple represión y algunas reformas de tipo administrativo.

El cordobazo, con ciertos "aires" del mayo francés, tuvo una violencia inusitada. Como resultado murieron más de treinta personas, pero quedaba claro que por lo menos una parte de la sociedad se resistía a convertirse en el cuartel disciplinado, obediente y silencioso, en el que sólo se escuchan las órdenes de mando. La política *desaparecida*, cuya vida había subsistido sólo de manera *subterránea*, *reaparecía*, a pedradas y a tiros. *Reaparecía*, además, *mutada* en otras formas de politización y organización.

La violencia militar comenzaba a reproducirse y a encontrar respuesta, también violenta, desde otros sectores de la sociedad. De esa fecha datan las primeras acciones de los grupos armados que luego conformaron la poderosa guerrilla. En 1968 se había detectado y destruido un foco guerrillero en Taco Ralo, Tucumán, antecedente directo de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). En junio de 1969 un grupo comando que no se identificó asesinó a Vandor, el líder de los metalúrgicos que disputaba el poder de Perón. En 1970, exactamente un año después del cordobazo, se produjo el secuestro y posterior asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, uno de los responsables de los fusilamientos de peronistas en 1956. Esa fue la primera acción pública de Montoneros y dos meses después

---

<sup>38</sup> Rouquié, Alain. *op. cit.*, p. 266.

aparecieron públicamente las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), con el copamiento armado de Garín, una localidad de la provincia de Buenos Aires, cercana a la Capital Federal. En 1969, todos los grupos guerrilleros estaban, de hecho, en su etapa de entrenamiento y equipamiento, a punto de entrar en acción.

El nacimiento de la guerrilla representaba la disputa del monopolio en el ejercicio de la violencia, que ejercían las Fuerzas Armadas, por parte de un sector de la sociedad civil. No en vano, los grupos se habían autodesignado como Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, Ejército Revolucionario Popular. No en vano, uno de sus blancos preferidos era el Ejército, columna vertebral de las Fuerzas Armadas. Si hasta entonces había sido imposible el asentamiento de una hegemonía integral, ahora se disputaba al poder instituido, incluso la posesión y uso de las armas. Las "expropiaciones", los "ajusticiamientos", los "juicios revolucionarios" eran un intento de justicia y *poder armado paralelo al del Estado*, que en el caso argentino, equivale a decir al de las Fuerzas Armadas.

El cordobazo fue la más clara expresión del desborde social y político del régimen. Las diferencias entre las Fuerzas Armadas y el gobierno se profundizaron. El estilo autocrático de Onganía quien, además de su cortadad política, pretendía resolver la difícil situación mediante la represión y como si su poder no emanara precisamente de la institución militar, terminó por minar su representatividad entre sus propios camaradas.

Sin embargo, antes de partir, el general adoptó una de las últimas medidas de su gobierno: la instalación de la pena de muerte, que entró en vigencia a partir del 2 de junio de 1970. La ley afectaba los delitos de privación ilegítima de la libertad (secuestros), atentados a establecimientos militares y el uso ilegítimo de insignias y uniformes de las Fuerzas Armadas y de seguridad, es decir el accionar básico de la guerrilla. Aunque nunca se aplicó, el Estado asumía el *derecho soberano de vida y muerte*.

El 8 de junio de 1970 la Junta de Comandantes relevó al general Onganía y unos días después nombró como Presidente al también general Roberto Marcelo Levingston. En esa oportunidad, se cuidó mucho de especificar que las decisiones importantes serían tomadas por la Junta.

La política económica se flexibilizó, y disminuyó considerablemente la presión sobre los trabajadores. También se limitó la penetración extranjera en la economía. Se buscaba una descompresión económica que permitiera la posterior descompresión política (siempre en estos órdenes precisos e hipotéticos del pensamiento militar), para evitar el estallido. No obstante, el gobierno siguió siendo tan impopular como el anterior. Una vez que el "bloque" del poder se había mostrado vulnerable, no homogéneo, los disparos sobre su estructura ya no cesaron, hasta derribarlo. Este mismo mecanismo operó repetidas veces en Argentina.

En marzo de 1971, otro levantamiento popular también en Córdoba, el viorazo, que el Ejército se negó a reprimir, terminó con el gobierno de Levingston.

El general Alejandro Agustín Lanusse, Presidente de la Junta de Comandantes, asumió el ejecutivo nacional, buscando la salida política a una crisis bastante profunda que comenzaba a ser un dato "estable" en la realidad argentina. Ante el evidente fracaso del proyecto iniciado en 1966, llamó a elecciones generales y comenzó a preparar la retirada de las Fuerzas Armadas, una retirada que debía ser lo menos desgastante posible. Pero dada la situación social de Argentina, aun éste era un objetivo demasiado alto.

El llamado a elecciones quedó condicionado a la formación del Gran Acuerdo Nacional (GAN), que suponía un consenso entre los principales actores políticos para garantizar elecciones limpias pero impidiendo el "retorno al pasado", es decir, los militares renunciarían a mantener el gobierno y a la proscripción del peronismo y los peronistas desistirían de la candidatura de Perón y condenarían a la guerrilla. En suma, elecciones sin Lanusse y sin Perón, expresión por sí mismos de la *antinomía* peronismo antiperonismo. Esta *antinomía*, como se estilaba llamarla, suponía por sí una contradicción cuya resolución implicaba la eliminación de uno de los términos. Lanusse abrigaba, en realidad, la esperanza de llegar a un acuerdo con Perón que permitiera la subsistencia de ambos sectores pero quedando ambos personalmente fuera de la confrontación.

El grado de desgaste al que había llegado la Revolución Argentina se hacía evidente en la enunciación de objetivos del GAN, hecha por el propio general Lanusse. "Unir a los adversarios y aislar a los enemigos" era una meta que no consideraba siquiera la posible existencia de amigos. No obstante, los militares se concebían a sí mismos tutelando el proceso de "convalecencia tras una larga enfermedad", según palabras del ministro del Interior, Arturo Mor Roig.<sup>39</sup>

La crisis económica, la gran movilización social que agitaba todo el país con un nivel creciente de violencia, la *desaparición de la política* que había mantenido una subsistencia *subterránea* y ahora reaparecía *transmutada* en sus formas más radicales y, por último, el auge de una guerrilla activa y con un considerable apoyo en sectores populares y medios, dejó al gobierno militar sin más recurso que el uso poco inteligente de la represión.

La tortura, normalmente con picana, se convirtió en moneda común y corriente durante la Revolución Argentina. Por lo regular, de acuerdo con las denuncias de los afectados, se acompañaba de golpes, violaciones y vejaciones. Estas prácticas, aunque no tan extendidas tenían antecedentes en el país. De hecho, la picana eléctrica es un invento argentino que comenzó a usarse aproximadamente en 1934, durante la Década Infame, y no descansó bajo ninguna administración. Pero lo que no tenía antecedentes era el fusilamiento de prisioneros. El 22 de agosto de 1972, en una base de la marina, y bajo la excusa de un intento de fuga se fusiló a mansalva a un grupo de 16 prisioneros, todos militantes de las organizaciones guerrilleras.

También se practicó la *desaparición de personas*, como una técnica que, sin llegar a ser generalizada, fue más allá de los casos aislados que se habían producido con anterioridad. Entre 1970 y 1972 se produjeron una docena de desapariciones; sólo uno de los cuerpos se encontró posteriormente.<sup>40</sup>

Detenciones injustificadas, tortura sistemática, desaparición de personas y fusilamiento de prisioneros fueron algunas de las modalidades de este último periodo de la Revolución Argentina, que no hicieron más que exacerbar el clima de violencia. Según estimaciones de Montoneros, entre 1966 y 1973 murieron alrededor de cien militantes y se encarceló a 500.<sup>41</sup> A partir de 1976 la relación se invertiría y serían mucho más numerosos los muertos que los detenidos. En palabras de Rosendo Fraga, fiel representante del punto de vista militar, se practicó el "laboratorio de lo que sucedió en materia de lucha contra la subversión en la segunda mitad de la década del 70... (En los primeros años de la década de los 70) El Ejército se ve obligado a participar en la represión del accionar terrorista y de las movilizaciones de protesta social".<sup>42</sup> todos los cuales se contaban por miles. También justifica Fraga el

<sup>39</sup> Mor Roig, Arturo. En: Cantón, Darío. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, p. 235.

<sup>40</sup> Duhalde, Eduardo Luis. *El Estado terrorista argentino*, Buenos Aires, El Caballito, 1983.

<sup>41</sup> Gillespie, Richard. *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 148.

<sup>42</sup> Fraga, Rosendo. *Ejército, del escamio al poder*, Buenos Aires, Planeta, 1988, pp. 17,23.



uso de la tortura aduciendo que "se hacía inevitable en términos operacionales y militares el obligar a los prisioneros a brindar información". En otras palabras, estaban obligados a obligar, clásico argumento del autoritarismo de todos los colores.

Cuanto más reprimía el régimen más se radicalizaba la movilización, claramente impulsada por un peronismo que pasaba a la ofensiva después de tantos años de proscripción y radicalizado por la presencia de una nueva generación.

Desde el exilio, Perón agudizaba las contradicciones y empujaba al gobierno militar al abismo. En julio había declarado: "No hay peronismo y antiperonismo. La *antinomia* es entre la revolución y la contrarrevolución",<sup>43</sup> intentando asimilar en su política a sectores aun más vastos que el propio peronismo y enunciando una postura radical afín con los sectores de la izquierda del movimiento, cuya movilización le beneficiaba. Asimismo, convencido de su capacidad de controlarla y manipularla, reconocía a la guerrilla peronista como parte del movimiento, y avalaba la violencia: "La violencia en manos del pueblo no es violencia; es justicia", aseguraba en *La hora de los hornos*, película de gran difusión en los medios militantes, que circulaba de manera clandestina.

Refiriéndose a su distancia del país, Perón la justificaba con una argumentación estrictamente militar, que muestra esa lógica de *reducción de lo político a lo militar*, que se señaló tanto en el pensamiento militar como en el del peronismo y la guerrilla. Decía Perón: "Hay un principio o una regla de la conducción (militar, debió agregar) que dice que el *mando estratégico* no debe estar jamás en el *campo táctico* de las operaciones."<sup>44</sup> También en 1973 afirmaba: "El *enemigo* es la dictadura militar".

Este rasgo, la agregación de lo político a lo militar, la concepción de lo político como extensión de lo militar, como inversión del postulado de Clausewitz, en donde la guerra era la continuación de la política, parece haber sido distintivo de esa época y no se puede independizar de la *militarización del Estado*, órgano de lo político, por excelencia. La *imposibilidad de definir la lucha* entre los distintos sectores sociales y asentar una forma estable de dominio, la *dificultad para alcanzar la hegemonía y delimitar el núcleo duro del poder*, fijaba a los distintos sectores en una *guerra de posiciones* crecientemente militar. Como consecuencia inmediata, *el Estado se confunde con las Fuerzas Armadas, la política aparece como guerra, los adversarios como enemigos*.

En este marco, y atacado desde distintos ángulos, el gobierno no tuvo más alternativa que permitir la participación electoral del peronismo aunque vetó la candidatura de Perón por requisitos formales (lugar de residencia), e intentó condicionar el proceso. La fogosidad de la campaña electoral no tenía precedentes. Grandes movilizaciones, organizadas por la Juventud Peronista, eran a la vez una reivindicación del movimiento peronista, la prueba contundente del fracaso militar y la validación de la guerrilla. "Cámpora al gobierno, Perón al poder" fue la consigna de la Juventud, que preanunciaba que las Fuerzas Armadas no podían asegurar nada, ni siquiera la prescindencia del caudillo. El peronismo, que había logrado desarticular el GAN y convertir el proyecto de alianza de las fuerzas democráticas en contra del peronismo, en una alianza de las fuerzas democráticas pero en contra de la dictadura, ganó las elecciones con el 49.5 por ciento de los votos. "Lanusse, Lanusse, hiciste un papelón. Habrá segunda vuelta, la vuelta de Perón."<sup>45</sup>

<sup>43</sup> Perón, Juan Domingo. En: De Riz, Liliana. *Retorno y derumbe*, México, Folios, 1981, p. 34.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>45</sup> Consigna de la Juventud Peronista, que aludía a que las elecciones no requerían de una segunda vuelta, por el sistema de *ballotage* francés, que había implantado el gobierno militar para dificultar el triunfo peronista.

Sin embargo, el otro 50.5 por ciento, aunque no logró unificarse tras una propuesta y fue dividido a la votación, era decididamente antiperonista. El país estaba virtualmente dividido en dos y, a la vez, falsamente dividido de esa manera. La disputa en términos de peronismo y antiperonismo hacía perder de vista los innumerables matices de actores verdaderamente no homogéneos en ambos "campos" de la contienda.

Cuando el 25 de mayo de 1973 Lanusse entregó la Presidencia al doctor Héctor J. Cámpora, la retirada elegante que había deseado se convirtió en una literal huida entre insultos de una multitud enardecida. El desfile militar se debió anular para evitar incidentes. "Los manifestantes (quedaron) dueños de la Plaza de Mayo y sus alrededores. Las tropas que estaban formadas fueron particular blanco de ataques con insultos, proyectiles y pintadas sobre los uniformes y vehículos con toda clase de improperios... Los conscriptos del Regimiento de Patricios, con sus uniformes históricos tuvieron que blandir sus antiguas bayonetas del fusil en desuso, mientras que los uniformes eran escupidos por manifestantes... En los vehículos blindados fueron pintadas leyendas ofensivas con aerosol... Más de un oficial que integraba la formación sollozó en una mezcla de rabia e impotencia."<sup>46</sup> "Se van, se van y nunca volverán", gritaban entusiasmadas las columnas de la Juventud. Pero volvieron.

### **Segundas partes...**

La asunción de Cámpora se produjo en un clima de alta movilización. La izquierda peronista tuvo el protagonismo de esos días. El mismo 25 de mayo logró la liberación de sus presos, y presionó para obtener una amnistía general por decreto presidencial. Cámpora declaraba frente a la Asamblea Legislativa: "...una juventud maravillosa supo oponerse, con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante. ¿Cómo no va a pertenecer también a esa juventud este triunfo si lo dio todo -familia, amigos, hacienda, hasta la vida- por el ideal de una patria justicialista". Esa *juventud maravillosa* no era otra que la guerrilla peronista, reivindicada ahora en calidad de abanderada de la patria justicialista.

La izquierda peronista tuvo entonces acceso a numerosos puestos de gobierno y la ilusión de un poder que no logró consolidar. Menos de un mes fue necesario para que se iniciara el avance de los sectores ortodoxos, con Perón a la cabeza.

El 20 de junio, el general regresó al país, en medio de una movilización sin precedentes, por el número y el fervor. Desde muy temprano, antes de que amaneciera, de las barriadas populares salieron las columnas de peronistas formadas por hombres, mujeres y viejos, gente del pueblo que, dada la vigilancia para impedir el acceso al aeropuerto internacional de Ezeiza, atravesaron ríos y campos para dar la bienvenida a Perón. Grupos parapoliciales y de la derecha peronista dispararon sobre las columnas de la Tendencia, dejando un saldo que, aunque no hubo cifras oficiales, se estimó en 200 víctimas. Al día siguiente Perón emitió un discurso en el que no sólo no condenaba a los responsables sino que avalaba implícitamente a la ortodoxia. La movilización debía terminar. Era preciso "volver al orden legal y constitucional".

---

<sup>46</sup> Fraga, Rosendo. *op. cit.*, p. 39.

El 11 de julio, el secretario general de la CGT, José Rucci, declaró a la prensa: "Se acabó la joda". En otro lenguaje pudo haber dicho: Se acabó la diversión. En efecto, el 13 de julio renunciaban los doctores Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima, Presidente y Vicepresidente de la República. Raúl Lastiri, yerno de José López Rega, asumió la Presidencia. Representaba a la derecha más recalcitrante. Su ascenso significó el alejamiento del gobierno de ciertas figuras ligadas a la Tendencia, como el ministro del Interior, Esteban Righi. El 2 de agosto, en contra de las presiones de la Juventud que proponía al doctor Cámpora como candidato a la vicepresidencia, el Partido Peronista proclamó la fórmula Perón-Perón (Isabel Perón y Juan Domingo Perón). El avance de la derecha peronista había comenzado. Las relaciones de fuerza se recomponían en beneficio de los núcleos duros del poder.

Así como la campaña de Cámpora había tenido el tono radicalizado de la Juventud, la de Perón recayó en la CGT. Los resultados electorales señalaban el mayor apoyo que nunca hubiera tenido Perón; obtuvo el 62 por ciento de los sufragios.

El hecho de contar con un porcentaje tan significativo alentaba a Perón hacia una meta más pretenciosa que la de liderar al partido mayoritario. Intentaba constituirse en el líder nacional que reconstruiría el país a partir de una *nueva alianza*. Para ello proponía un pacto social que disciplinaría los conflictos entre el capital y los trabajadores. En este sentido, tal como lo señala certeramente Liliana De Rí, los objetivos de Perón coincidían con los que se había planteado Lanusse y, en última instancia, permitirían la *reconstitución de un núcleo duro* del poder. Concretar un gran acuerdo que restableciera la convivencia y el orden, hiciera innecesaria la violencia y permitiera la estabilidad de las instituciones.

En su mensaje del 2 de agosto de 1973, Perón aseguraba, recurriendo a una de sus metáforas deportivas, gusto que también compartía con Lanusse, que su tarea era "ir persuadiendo a todos los argentinos para que comencemos a patear todos para el mismo arco". Se proponía una política de unificación nacional poco probable considerando el grado de conflicto no resuelto, que persistía, bastante abiertamente, en la sociedad. Mientras unos sectores se proponían el control del movimiento peronista por medio de la burocracia, otorgando condiciones laborales aceptables para garantizar el orden y la eficiencia del aparato productivo, en el marco de un proyecto moderno de acumulación, los grupos más radicales propugnaban un socialismo nacional que, aunque bastante indefinido, presuponía cambios drásticos en la distribución y en el sistema de propiedad, así como la liquidación de la burocracia sindical, es decir más agitación y organización social.

La propuesta de Perón, mucho más amplia que la que manejara durante sus gobiernos anteriores, comprendía la posibilidad de constituir lo que llamaba una "comunidad organizada", una "democracia integrada" capaz de modernizarse y establecer instancias de mediación con las poderosas corporaciones. Pero el mapa político del país se había transformado: los sindicatos ya no eran el hijo obediente del Estado sino que habían desarrollado y probado un poder propio a lo largo de 18 años de resistencia; las Fuerzas Armadas habían hecho otro tanto y, si nunca fueron una corporación dócil, ahora tenían una autonomía relativa y un poder institucional entrenado en el ejercicio del gobierno; la Juventud, aunque se proclamara hija del general, era una hija rebelde que no cejaría en la defensa de un proyecto político divergente de la comunidad organizada. Los puntos de apoyo de Perón no eran muy firmes.

Las Fuerzas Armadas, aunque tenían en su seno, sobre todo a nivel de mayores y oficiales subalternos, sectores nacionalistas y populistas, habían permanecido bajo la hegemonía del liberalismo antiperonista. De hecho, en el momento de asumir Cámpora a la Presidencia, el 63.2 por

ciento de los altos mandos había tenido participación en el golpe militar de 1955 o en el intento de golpe de 1951; entre ellos predominaba la postura neoliberal.<sup>47</sup>

El nuevo gobierno designó a Jorge Raúl Carcagno como comandante en jefe del ejército. Carcagno, del arma de Infantería, tenía posturas populistas y era definitivamente antilanussista. Se proponía un "reencuentro entre el Ejército y el pueblo", que producía malestar dentro del arma y fue causa de algunas aproximaciones dudosas con la Juventud reprobadas por el propio Perón. Sin embargo, su postura de mantener al Ejército separado de la lucha contra la subversión, que desaparecería si se modificaban las causas sociales, políticas y económicas que la originaban, contaba con gran apoyo en la oficialidad.

No obstante, la represión comenzó a desatar sus hilos. En 1973, la investigación por la *desaparición* de un militante de apellido Brandazza, que involucraba a personal del II Cuerpo de Ejército, fue neutralizada por el Poder Ejecutivo Nacional. A fines de 1973, así como existían en el ejército pequeños sectores asociados a la izquierda peronista y otros más numerosos vinculados con el antiperonismo tradicional, había también "grupos nacionalistas ortodoxos que se habían ligado con elementos de la estructura sindical y mantenían relaciones con sectores gentistas de la Fuerza Aérea (que) propiciaban una solución política a la chilena... con la eliminación violenta de todos los elementos de izquierda"<sup>48</sup>

Carcagno, cuyo perfil nacional y populista lo vinculaba más a los sectores de la izquierda que al lopezreguismo o al sindicalismo descompensaba la política de Perón, de franco acercamiento a estos últimos. En diciembre de 1973 fue reemplazado por el general Leandro E. Anaya, perteneciente a una tradicional familia de militares, que no tenía un pasado antiperonista ni lanussista. Tampoco pertenecía a la Caballería, arma privilegiada desde la Revolución Libertadora. Por estas características, que compartía con los generales Videla y Viola, Jefe de Estado Mayor y Secretario General respectivamente, Perón no lo consideraba peligroso.

Si Perón insistía en el orden era precisamente porque se requería de una fuerte *disciplina social* para mantener el Pacto Social, clave de la política económica. Pero la disciplina se funda en el *control*, que precisamente Perón no tenía garantizado, a pesar del 62 por ciento de los votos.

El Pacto Social se concebía como una especie de tregua por la cual se regularon ciertos salarios y precios, que debían permanecer inamovibles por el plazo de un año. Pero los empresarios no estaban dispuestos a que se redujeran sus ganancias; tampoco querían ni podían enfrentar al capital transnacional. Los dirigentes sindicales, a su vez, no querían resignar el poder adquisitivo del salario con el riesgo de perder el apoyo de sus bases. En realidad, la burocracia sindical había estado dispuesta a negociar, durante todos esos años, salarios que no eran convenientes pero en esa coyuntura se enfrentaba con la competencia política de la izquierda y de la Tendencia que, dentro de los mismos sindicatos, intentaban disputar su conducción. Ese elemento hacía que no fuera tan fácil negociar con ellos la reducción del salario real. De hecho, durante el gobierno peronista no se logró reducir los conflictos sindicales.

El control del sector obrero era vital para la consecución del Pacto. En esto se basó gran parte del apoyo de Perón a la burocracia sindical. La sanción de la ley de asociaciones profesionales en noviembre de 1973, con la oposición de la izquierda del peronismo, reforzó el poder de los

---

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p.86.

sindicalistas. Las charlas semanales que Perón ofrecía en la CGT representaban, de igual manera, un verdadero aval a la burocracia. Por si no quedaba claro para alguien, el general afirmaba: "La CGT puede estar segura con los dirigentes que tiene, aunque algunos digan que son burócratas".<sup>49</sup>

No obstante, continuaron los paros y las tomas de fábrica. Estas acciones no implicaban necesariamente un control paralelo de los sectores radicalizados, sino una pérdida de control, una fuga en el modelo de concertación.

La renegociación del Pacto no satisfizo a nadie. Los empresarios recurrieron a la doble facturación, el acaparamiento y el mercado negro para eludir el control de precios. Los sindicatos negociaron otros salarios, en acuerdos por empresa que beneficiaban a los gremios mejor organizados. Los acuerdos institucionales entre las clases y fracciones de clase con el gobierno se fueron rompiendo uno a uno, de manera solapada, manteniendo la apariencia de que seguían vigentes.

La Tendencia no quería romper lanzas con Perón, y seguía reconociendo su liderazgo a nivel del discurso. Sin embargo, dado que el recurso de las armas había resultado tan eficiente, en septiembre de 1973, antes de la asunción de Perón, asesinó al secretario general de la CGT, José Rucchi, en un operativo armado cuya autoría no reconoció públicamente. Era un recordatorio anónimo del poder de la violencia, una forma de acelerar la resolución de la "contradicción ideológica" que Firmenich reconocía tener con Perón. Para el general no quedaban dudas de que controlar aquella "juventud maravillosa" sería difícil.

Desde el seno del gobierno también se aceitaban las armas. A fines de 1973 se formó la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), organización parapolicial dirigida por el comisario general Alberto Villar, jefe de la Policía Federal entrenado en la Escuela de Panamá, y por José López Rega, ministro de Bienestar Social. Su personal se integró con oficiales de las Fuerzas Armadas y policiales en actividad, retirados y militantes de la derecha del peronismo. Su objetivo: asesinar y *desaparecer* a militantes, colaboradores o simpatizantes de los sectores "revolucionarios", ya fueran o no peronistas, con un enorme nivel de vaguedad.

El ERP no tardó en realizar abiertamente una acción armada y en enero de 1974 intentó copar una guarnición militar en la localidad de Azul. El 21 de enero Perón declaró: "...aniquilar cuanto antes a ese terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una patria justa, libre y soberana". El mensaje, con un destinatario sin nombre y apellido, se dirigía a cualquiera a quien le cupiera el nombre de terrorista, alcanzaba sin duda a la guerrilla peronista, más allá de su supuesta buena fe.<sup>50</sup>

La Tendencia comenzó a perder posiciones rápidamente. Los gobernadores de Córdoba y Buenos Aires fueron desplazados y se inició una ofensiva contra el de Mendoza; todos ellos cercanos a Montoneros. Se empezaron a producir ataques violentos contra los locales de la Juventud y sus militantes por parte de la derecha del peronismo. La ruptura pública entre Perón y los Montoneros se produjo el 1 de mayo, apenas dos meses antes de la muerte del general, que se produjo el 1 de julio de ese mismo año.

Si en vida de Perón había sido imposible poner bajo control a los sindicatos, al empresariado y a la guerrilla, a su muerte, los enfrentamientos sociales se agudizaron hasta niveles extraordinarios. La pugna se desató sin intermediación posible.

<sup>49</sup> Perón, Juan Domingo. En: De Riz, Liliana, *op. cit.*, p. 94.

<sup>50</sup> Perón, Juan Domingo, discurso del 21 de enero de 1974. En: De Riz, Liliana, *op.cit.*, p. 107.

Isabel Perón, dada su cercanía personal con el comisario José López Rega, quien había compartido con ella y con Perón parte del exilio en Madrid, se apoyó primero en este sector, que constituía la derecha más radical y represiva del movimiento. Al enfrentamiento con la Tendencia, se agregaron las diferencias entre el gobierno y una burocracia sindical que no estaba dispuesta a ceder su poder a una burocracia política en la que no se sentía representada. En consecuencia, el sindicalismo trabó vínculos con sectores de las Fuerzas Armadas, que veían con malestar la predominancia del grupo de López Rega pero coincidían con la burocracia sindical en la necesidad de desbaratar la guerrilla. El Ejército comenzó a recuperar gradualmente su peso político tradicional.

La represión a la guerrilla fue razón para reprimir igualmente a la protesta sindical. Las ocupaciones de fábricas quedaron prohibidas por la ley. Se eliminó a los principales sindicatos independientes, ya fueran peronistas o de orientación marxista. Se reprimió y encarceló a sus dirigentes. La protesta obrera disminuyó. Comenzaba *el orden que emana de la represión*. El programa nacional y popular había quedado atrás.

La violencia creció de manera inusitada. La derecha y la izquierda del peronismo peleaban a muerte sus espacios en el movimiento. Mientras la guerrilla multiplicaba su accionar armado, los grupos parapoliciales incrementaban los atentados y secuestros de militantes, cuyos cuerpos torturados y sin vida aparecían días más tarde. Las AAA y otras organizaciones similares, cobraban víctimas en todo el país.

En agosto de 1974, a un mes de la muerte de Perón, el Ejército asesinó a 16 guerrilleros del ERP que intentaban copar un regimiento. El ERP lanzó una serie de operativos de represalia contra los miembros de las Fuerzas Armadas. En septiembre, Montoneros pasó a la clandestinidad, y recrudesció su accionar armado contra personal de seguridad, especialmente policía. Hacia fines de año los asesinatos se sucedían, afectando sobre todo a la militancia de izquierda. La revista *El caudillo*, financiada por el gobierno, ostentaba como lema: *"El mejor enemigo es el enemigo muerto"*. Ya entonces, la lógica amigo-enemigo planteaba no sólo la exclusión del Otro sino su eliminación lisa y llana; la distinción entre *lo que debe vivir* y *lo que debe morir*. El potencial asesino del pensamiento totalitario puesto en acción y protegido desde el Estado.

En febrero de 1975, el Poder Ejecutivo emitió un decreto para la represión de un foco guerrillero rural, que había montado el ERP en la provincia de Tucumán. Por esa disposición, que no contó con la oposición de los partidos políticos, se daba intervención al Ejército en la represión de las actividades subversivas y se instruyó: "El Comando General del Ejército procederá a ejecutar las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o *aniquilar* el accionar de los elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán".<sup>51</sup>

En pocos meses, el incremento de los ataques a las guarniciones y al personal militar habían logrado un cambio de posición en las Fuerzas Armadas. De una postura prescindente con respecto a la represión, los militares habían pasado a coincidir en la necesidad de intervenir en la lucha antisubversiva. El ataque real a las Fuerzas de Seguridad, sobredimensionado por los sectores más duros, aprovechó y multiplicó la paranoia preexistente. Los militares se sentían guerreros amenazados por una fuerza oscura y poderosísima que los civiles no eran capaces de controlar y para lo que requerían de su auxilio. De nuevo *salvaban* al país de un peligroso enemigo. Jamás consideraron su participación en el incremento de esta espiral de violencia porque su objetivo era *acabar* con lo que no

---

<sup>51</sup> *La Nación*, 6 de febrero de 1975.

podían controlar. Un año después de la muerte de Perón, la violencia había cobrado 503 víctimas fatales; de ellas 54 era policías, 22 militares y las restantes 427, militantes.

Con el Operativo Independencia se inició la práctica sistemática de una nueva modalidad represiva, con un conjunto de técnicas *ad hoc* que giran alrededor de una figura central: *el campo de concentración y la desaparición de personas como metodología de represión*. La experiencia que el Ejército realizó en Tucumán fue sin duda una experiencia piloto, que luego se desplegaría en Córdoba y, por último, a nivel nacional.

El testimonio de Juan Martín, sobreviviente de ese operativo, citado por Duhalde en su libro, es por demás ilustrativo: "...este operativo significó la militarización de la totalidad de la vida tucumana...La lucha contra la guerrilla rural, pero también la represión contra los trabajadores y otros sectores populares se fue perfilando:...secuestros, centros clandestinos de concentración de prisioneros, interrogatorios y torturas, retención ilegal y sin término de los detenidos, masificación de la represión... La llamada 'Escuela de Famaillá tiene el extraño privilegio de haber sido el primer campo clandestino de concentración de prisioneros...Su modo principal de accionar, es la reiteración impune de la metodología secuestro-desaparición-tortura, y la reiteración de ese trágico ciclo".<sup>52</sup>

El protagonismo del Ejército en la represión, no sólo en Tucumán, fue respaldado por la Armada, cuyo rol político iba en ascenso. Las relaciones entre Anaya y Massera se incrementaron y se establecieron acuerdos entre ambos que excluían a la Aeronáutica, poco confiable por su escasa participación en la lucha antissubversiva. Ya entonces surgió la idea de crear un "organismo coordinador para la lucha contra la subversión, el que debía estar en manos de un oficial de las Fuerzas Armadas en actividad, así como la necesidad de que el personal militar tuviera acceso a los archivos de la Policía Federal, lo que no estaba permitido entonces".<sup>53</sup> Es decir, un embrión de los que sería la Comunidad Informativa después del golpe de 1976. Estos acuerdos no impedían que existieran suspicacias y pugnas entre las dos armas. Dentro del Ejército las posiciones tampoco eran homogéneas. Se perfilaban por lo menos dos posturas: la de Anaya, de un profesionalismo prescindente que pugnaba por una postura que no involucrara a la institución en las pugnas internas del peronismo, y la de otros sectores, directamente involucrados con esta disputa, que pretendían la politización del Ejército, por vía de lo que llamaban un profesionalismo integrado.

Las Fuerzas Armadas desconfiaban del sector lopezreguista y, en poco más de un año, pasaron de estar a la defensiva a ser un factor de presión sobre el gobierno y a realizar acuerdos con los partidos políticos opositores, el sindicalismo peronista, ciertos grupos empresarios y la Iglesia. La distancia del Ejército con el sector de López Rega provocó el reemplazo del general Anaya, el 13 de mayo de 1975, por el general Alberto Numa Laplane, adicto al ministro de Bienestar Social y partidario del profesionalismo integrado.

Desde antes del relevo de Anaya, circulaba en el Ejército un informe sobre las actividades de la AAA que incriminaba al equipo López Rega, a oficiales en actividad, con los nombres de 108 miembros de la organización y las direcciones de cinco sedes de la misma. Esta información, de la que tuvo conocimiento el gobierno, fue manejada por Videla y Viola como forma de presión sobre el ministro, ya que nunca trascendió a la opinión pública y mucho menos a la Justicia. El 28 de junio se produjo un enfrentamiento público entre Massera y López Rega, y desde entonces la Armada tuvo una postura coincidente con el sector profesionalista del Ejército.

<sup>52</sup> Martín, Juan. Testimonio ante CADHU. En: Duhalde, Eduardo Luis, *op. cit.*, pp. 49,50.

<sup>53</sup> Fraga, Rosendo. *op. cit.*, p. 150.

Los sindicatos, desconformes con la predominancia y el poder creciente del grupo López Rega, entraron en colisión con la política económica, dispuestos a impedir que la izquierda les ganara la partida, con una postura crítica que las circunstancias justificaban ampliamente. "El ajuste salarial de junio de 1973 había durado nueve meses. El de marzo de 1974, seis meses; el de octubre de 1974 rigió durante cuatro meses; el de febrero de 1975 se agotó en abril de 1975."<sup>54</sup> Toda concertación entre el ministerio de Economía y los sindicatos fue imposible. La CGT movilizó a sus bases y forzó las renuncias del ministro de Economía impuesto por el grupo López Rega, y de este último, en julio de 1975. Las Fuerzas Armadas se negaron a reprimir a los sindicalistas, y se exigió el relevo de Alberto Numa Laplane como comandante del ejército. Roto el círculo de burócratas lopezreguistas que la rodeaba y su posible apoyo en las Fuerzas Armadas, la Presidenta quedó en manos de la dirigencia sindical.

A partir del enfrentamiento de julio de 1975 con los sindicatos, y el posterior relevo de Laplane que representaba el compromiso de las Fuerzas Armadas con el gobierno, el general Jorge Rafael Videla asumió la comandancia en jefe del ejército. La destitución de Laplane representó, dentro de las Fuerzas Armadas, la preeminencia de la perspectiva institucional con respecto a la política externa. Es decir, la recuperación de la autonomía de las Fuerzas Armadas como factor de poder; la priorización de la institución como eje de lo político y no girando alrededor de un eje político externo. A su vez, el apoyo que las 62 Organizaciones, en tanto la mayor fuerza sindical organizada del país, habían brindado a Laplane abrió una cuenta sin saldar entre el sindicalismo y la nueva cúpula militar. Desde ese momento estuvo claro que las Fuerzas Armadas no se comprometerían con el gobierno y arreciaron los rumores de golpe de Estado.

Para fines de 1975, a la crisis política e institucional se sumaba la económica, que comprendía la caída del PBI, la reducción de las inversiones, el desabastecimiento, la especulación, la caída del salario real. En diciembre se produjo un intento de golpe encabezado por la fuerza aérea. La actividad subversiva y parapolicial proseguía en todo el país y los militares hacían énfasis en la incapacidad del gobierno peronista para controlarla.

La violencia se había multiplicado año a año, y afectaba a todo el territorio nacional. Más de la mitad de los actos de violencia se concentró en las grandes ciudades (29,3 por ciento en Buenos Aires, 17,1 por ciento en Córdoba y 12,5 por ciento en Santa Fe), pero el 41,1 por ciento de las acciones armadas se dio en el resto del país. Entre mayo de 1973 y abril de 1974 se produjeron 1760 hechos armados; entre mayo de 1974 y abril de 1975 fueron 2 425, y entre mayo de 1975 y marzo de 1976 ascendieron a 4 324. Para los mismo periodos, las muertes se distribuyeron como sigue: 754 el primer año, 608 el segundo y 1 612 el tercero, con fuerte predominancia de bajas de la izquierda y el peronismo disidente (68 por ciento). A medida que fue avanzando el periodo se registró mayor proporción de muertos y menor de heridos. Si entre mayo y noviembre de 1973 hubo 83,8 por ciento de heridos y 13,2 por ciento de muertos; entre octubre de 1975 y marzo de 1976 hubo 35 por ciento de heridos (entre los que predomina personal de seguridad) y 65 por ciento de muertos. Guerrillero capturado era guerrillero muerto, como parte de un *derecho del poder, más allá de la legislación vigente*.<sup>55</sup>

El aparato de seguridad pasó a estar controlado por autoridades militares y las policías quedaron en situación de dependencia operativa de las Fuerzas Armadas. A fines de noviembre, 48 oficiales de la Aeronáutica y la Armada participaban en el Operativo Independencia. La Fuerza Aérea ganó la confianza de las otras dos participando con acciones de bombardeo en la zona de operaciones de

<sup>54</sup> De Ritz, Lillana. *op.cit.*, p. 128.

<sup>55</sup> Marín, Juan Carlos. *Acerca de la relación saber-poder*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, 1978.



Tucumán. Los comandantes de cada fuerza, los jefes de Estado Mayor y los Secretarios Generales se reunían semanalmente y más tarde, casi diariamente. Se formaron los Equipos de Compatibilización Interfuerzas. El aparato se preparaba para alcanzar su mayor grado de cohesión y eficiencia. En octubre el general Videla declaraba en Montevideo: "Si es preciso, en la Argentina *deberán morir todas las personas necesarias* para lograr la paz del país".<sup>56</sup>

En febrero de 1976, el dirigente radical Ricardo Balbín declaraba: "No sé si el gobierno está buscando el golpe, pero está haciendo todo lo posible para que se lo den".<sup>57</sup> Los partidos políticos y la sociedad civil daban como un hecho el desplazamiento del gobierno. Días antes del golpe, el general Viola se entrevistó con Balbín y con Lorenzo Miguel para anticiparles los sucesos. Desde la perspectiva de Rosendo Fraga: "Un clima de ansiedad parecía invadir los distintos ámbitos -contexto político, económico y social- y *empujar irreversiblemente* a las Fuerzas Armadas hacia la toma del poder."<sup>58</sup> En verdad, las Fuerzas Armadas no necesitaban a nadie que las empujara pero, también es cierto, nadie intentó detenerlas, ni siquiera la guerrilla que estimaba que, por fin, se daría la batalla final, de la que sin duda saldría vencedora. El desgaste se aceleró y en marzo caía, sin sorpresa de nadie, este gobierno que había contado con la mayoría más aplastante de la historia electoral del país y durante el cual se habían producido 1 600 muertes políticas, la mayor parte de ellas producto no de enfrentamientos sino de simples asesinatos.<sup>59</sup>

### ***El poder desaparecedor***

El Proceso de Reconstrucción Nacional se realizó con el acuerdo activo y unánime de las tres fuerzas, por primera vez en la historia de los golpes militares. Fue un movimiento institucional, en el que participaron todas las unidades sin ningún tipo de ruptura de las estructuras jerárquicas. Su ascenso, en estas condiciones, representó la colocación de las *instituciones militares como núcleo de las instituciones políticas*.

En 1976 la historia argentina había dado una vuelta decisiva. El peronismo, ese mal que signó la vida nacional, amenaza y promesa constante durante 18 años, había hecho su prueba y había fracasado también. La Argentina parecía no tener ya cartas para jugar.

Cuando los militares dieron el golpe del 24 de marzo, el país había pasado por años de violencia; la reinstalación de Perón en el gobierno; el fracaso de su modelo de concertación; el descontrol del movimiento peronista; el caos de la sucesión presidencial y del gobierno de Isabel Perón; el rebrote de la guerrilla; la crisis económica más fuerte de la historia argentina; en suma, algo muy similar al caos.

La sociedad estaba harta y, en particular la clase media, clamaba por recuperar algún orden. Los militares estaban dispuestos a salvar una vez más al país, que se dejaba rescatar decidido a cerrar los ojos con tal de recuperar la tranquilidad y la prosperidad perdidas muchos años atrás.

---

<sup>56</sup> En: Fraga, Rosendo, *op. cit.*, p. 237.

<sup>57</sup> Balbín, Ricardo. En: Fraga, Rosendo. *op. cit.* p. 225.

<sup>58</sup> Fraga, Rosendo, *op. cit.*, pp. 260-261.

<sup>59</sup> Marín, Juan Carlos. *op. cit.*

Esta vez, las tres armas asumieron por igual (aunque en una igualdad sólo formal) la responsabilidad del proyecto de salvataje. Ahora sí, producirían todos los cambios necesarios para hacer de la Argentina *otro país*, un país a imagen y semejanza del orden cuartelario, y algo más. Para ello, era necesario emprender una operación de "cirugía mayor", así la llamaron. Los campos de concentración fueron el quirófano donde se llevó a cabo dicha cirugía; también fueron, sin duda, el campo de prueba de una nueva sociedad ordenada, controlada, aterrada.

No intentaré trazar las características del poder en el llamado Proceso de Reconstrucción Nacional. Aparecerán en una de sus criaturas; quizás la más oculta; una creación periférica y medular al mismo tiempo: el campo de concentración.

El hilo histórico que se ha insinuado hasta aquí pretendió mostrar que las características de este poder no eran flamantes, no constituyeron un invento. Arraigaron en la sociedad durante muchos años. Fueron apareciendo alternativamente, entrelazándose, sumergiéndose para desaparecer y reapareciendo a veces mutadas y otras intactas.

No obstante, el Proceso tampoco puede entenderse como una simple continuación, una repetición exagerada de prácticas antes vigentes. Representó, por el contrario, una nueva configuración del poder, imprescindible para la institucionalización que le siguió. Ni más de lo mismo, ni un monstruo que engendró incomprensiblemente la sociedad. Un hijo legítimo pero que muestra una cara terriblemente desagradable, exhibe las vergüenzas de la familia en tono desafiante, ocultando parte de su ser más íntimo. Intentaremos mirarlo aquí de frente a esa cara oculta, que se esconde, en la cara del pretendido "exceso", que no fue más que la norma de un *poder desaparecedor* que, a su vez, se nos desaparece una y otra vez.

### ***Las Fuerzas Armadas como caja de resonancia***

Entre 1930 y 1976, la cercanía con el poder, la pugna por el mismo y la representación de diversos proyectos políticos de los sectores dominantes fueron dando a las Fuerzas Armadas un peso político propio.

Si en 1930 el Ejército salió a asegurar con las armas los negocios de la oligarquía; en 1976 se lanzó a desarrollar una propuesta propia. A partir de 1955, las Fuerzas Armadas comenzaron a ser, en forma cada vez más clara, el canal de circulación de las políticas del poder, más que el brazo armado de alguno de sus componentes.

La institución se politizó hasta grados a veces peligrosos para su integridad. Pero en la medida en que se politizaba, en que asumía como propio el discurso de uno u otro sector, adquiría peso dentro de la vida política nacional y cobraba conciencia de un poder que ejercía desde su institucionalidad hacia todo el tejido social.

Una vez que las puertas de acceso al gobierno por medio de la competencia política quedaron cerradas para los sectores más poderosos, las Fuerzas Armadas, y en especial el Ejército, se constituyeron en receptáculo y sistema de transmisión de los diversos ensayos por recuperar el consenso y, sobre todo, por mantener el dominio. El aparato militar fue el centro de resonancia de las distintas fracciones del poder que, sumidas en una profunda crisis de representación, no atinaron a conformar un proyecto nacional coherente ni encontraron las mediaciones para expresarse políticamente.

Las Fuerzas Armadas fueron convirtiéndose en el núcleo de las instituciones políticas, en el núcleo duro y homogéneo del poder, con capacidad para representar y negociar con los sectores decisivos su acceso al gobierno. La gran burguesía agroexportadora, la gran burguesía industrial y el capital monopólico se convirtieron en sus aliados, alternativa o simultáneamente. Toda decisión oficial debía pasar por su aprobación, o bien era directamente concebida desde el seno mismo del Ejército. La limitación que representaba para los sectores poderosos su ausencia de consenso, se esfumaba ante el poder disuasivo y represivo de las armas. El alma del poder era militar.

La capacidad de negociación de las Fuerzas Armadas con diferentes sectores sociales dio lugar a la formación de grupos internos que apoyaron a una u otra fracción del poder. Esta misma capacidad le fue brindando al aparato militar una independencia creciente, una autonomía relativa con respecto de los demás sectores sociales y políticos.

Las Fuerzas Armadas fueron capaces de reflejar en sus propias filas a corrientes atomizadas que aceptarían, por vía de la disciplina y la jerarquía, una unidad institucional y una subordinación al sector dominante, según el proyecto de turno. Las corrientes internas pudieron articularse y encontrar consistencia por la identificación con el interés corporativo y por la existencia de una red de lealtades e influencias que sostiene la estructura. La pertenencia a una determinada arma o a una promoción, el haber compartido un destino o el conocimiento personal, antes que las inclinaciones político ideológicas, pueden ser razón de respeto y reconocimiento. Este rasgo fue de primera importancia en una sociedad en que las clases dominantes no habían logrado forjar una alianza estable y los partidos políticos atravesaban una profunda crisis de representación, dentro de una sociedad compleja y ambivalente que no lograban atrapar. La atomización política y económica quedaba compensada entonces, hasta cierto punto, por la unidad del aparato armado y su imposición sobre la sociedad.

De esta manera, las Fuerzas Armadas concentraron la suma del poder militar y la representación múltiple de fracciones y segmentos del poder, adjudicada tácitamente. Esta conjunción explica su alta independencia con respecto a cada una de las fracciones o segmentos del poder.

El proceso conjunto de autonomía relativa y acumulación de poder crecientes llevó a las Fuerzas Armadas a asumir con bastante nitidez el papel mismo del Estado, de su preservación y de su reproducción, el núcleo de las instituciones políticas. En el marco de una sociedad cuyos partidos no podían diseñar una propuesta que unificara al bloque en el poder y le otorgara hegemonía social, los militares asumieron sobre sí la responsabilidad de dicha hegemonía.

Los militares "salvaron" al país reiteradamente a lo largo de 45 años, y sectores importantes de la sociedad civil reclamaron y exigieron ese salvataje una vez tras otra.

No existe partido político en Argentina que no haya apoyado o participado en alguno de los numerosos golpes militares. Radicales del pueblo, radicales intransigentes, conservadores, peronistas, socialistas y comunistas se asociaron con ellos, en diferentes coyunturas. Como tramposamente señaló el general Benito Reynaldo Bignone, el último presidente de facto: "nunca un general se levantó una mañana y dijo: 'vamos a descabezar a un gobierno'. Los golpes de Estado son otra cosa, son algo que viene de la sociedad, que va de ella hacia el Ejército, y éste nunca hizo más que responder a ese pedido."<sup>60</sup> Creo que se podría decir que los golpes de Estado vienen de la sociedad y van hacia ella, es decir que

---

<sup>60</sup> En: Grecco, Jorge; González, Gustavo. *Argentina: El Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

ella no permanece ajena; no es el genio maligno que los gesta ni tampoco su víctima indefensa. Civiles y militares tejen la trama del poder. Civiles y militares tejen un poder autoritario, golpista y desaparecedor. Y sin embargo, la trama no es homogénea; reconoce núcleos duros; dibuja un poder fraccionario y no por ello los segmentos son menos constitutivos; en fin, reconoce puntos y líneas de fuga, que también permiten explicar la índole del poder.

### **El cuerpo castigado**

Las Fuerzas Armadas, y el Ejército como núcleo de las mismas, al irse constituyendo, a su vez, en el núcleo de las instituciones políticas, asumieron el disciplinamiento de la sociedad, para modelarla a su imagen y semejanza. Pero esto no fue suficiente y en 1976 necesitaron algo más que un cuartel ordenado, necesitaron un cuerpo dócil y aterrado.

Sin embargo, sería falso pensarlas como una fuerza que impone a la sociedad un poder que emana de ellas, sin someterlas al mismo tiempo. Ese poder se ejerció primero sobre sí mismas. Hay un estrecho contacto entre las formas de dominación de los demás y las referidas a uno mismo. El poder que disciplina se *disciplina*, de una manera tan brutal como para internalizar, hacer carne aquello que se imprimirá sobre la sociedad. Se aprende grabando en el propio cuerpo lo que se diseminará en otros.

Aunque en Argentina la Asamblea del año 1813 había prohibido los tormentos, esas prácticas se siguieron utilizando. Queda constancia, por denuncias públicas, de su uso nada menos que en escuelas y en *cuarteles*. En las *Memorias* de Tomás de Iriarte consta que alrededor de 1817 "El trato que se daba a la tropa era el más inicuo, el castigo infamante de azotes era casi diario... salían los cabos con sus varas y el mayor con otra y empezaba el vapuleo; si no daba recio, el mayor descargaba a la vez su vara sobre las espaldas de los cabos. Entre tanto *la banda de tambores no cesaba de tocar* (tal como actualmente en las torturas)... para que no se oyese los gemidos de aquellos desgraciados que sabían llevar hasta quinientos y seiscientos palos, uno de ellos *murió en el hospital* al día siguiente de haber sufrido tan cruel castigo. El despiadado mayor se gozaba en ver sufrir a aquellos desdichados cuyo delito era imaginario e insignificante."<sup>61</sup>

A la pena de azotes se sumaban las estaqueadas, los plantones, las ataduras de palo y de cepo. Podría pensarse que estos "abusos" eran producto de una prohibición legal relativamente reciente que no había logrado suprimir ciertos usos largamente arraigados. Pero cuando nos encontramos que en la Asamblea Constituyente de 1860, se debatió precisamente el problema de los tormentos y azotes en el Ejército, y los términos en los que se realizó el debate, tal argumento queda descalificado. El *ab uso* era un *uso*.

En las cámaras Esteves Sagú refirió que la pena de azotes se aplicaba en los *cuarteles* y en la *Cárcel Pública*. En relación con eso opinó: "Sin embargo, nadie ha reclamado hasta ahora, ni se ha alzado una sola voz en la Legislatura para reclamar contra semejante arbitrariedad... arbitrariedades que se han cometido no en los días de acción ni frente al enemigo, sino dondequiera que ha habido soldados".

Pero no todos los legisladores estuvieron de acuerdo con Esteves Sagú. Mitre argumentó que "En donde hay ejército debe haber disciplina y subordinación, y, entonces, los hombres van sacrificando la

<sup>61</sup> En: Rodríguez Molas, Ricardo. *op. cit.*, p. 27.

libertad, la vida... En el orden militar toda falta es grave. El que levanta la voz al sargento, como el que levanta la espada al coronel, comete un acto de insurrección y merece una pena grave; y si los azotes están abolidos, es preciso *matar* al hombre por una pequeña falta cualquiera." También Roque Pérez aseguró, justificando el castigo, que "en las naciones más cultas se aplica la pena de azotes", y dio por ejemplo a los Estados de Cerdeña.

Por último, entre varios legisladores se desarrolló el siguiente diálogo:

"- Albariño: No, señores, no hay ninguna ley ni ningún código que autorice a ningún jefe para azotar a ningún subalterno.

"- Barros Pazos: ¿Y los palos, señor?

"- Mármol: *Todos los días se dan palos.*

"- Albariño: He dicho, señores, que no hay un solo artículo de la ordenanza militar que autorice el castigo corporal con palos ni azotes al soldado... *La pena de los azotes aplicada por algunos jefes en el ejército de Buenos Aires se ha tenido por buena*; hemos creído que lo era, y se ha empezado a castigar al soldado con palos; pero eso no ha sido por leyes patrias, no porque la ordenanza lo mande."<sup>62</sup>

El diálogo de los legisladores de 1860 muestra cómo la disciplina se impone desde un cuerpo castigado y sometido, cuyo primer acto de subordinación es la aceptación del castigo. Se debate entre los azotes y la pena de muerte, es decir entre la pena corporal y la privación misma de la vida, ya excluidos para la sociedad civil pero invocados como medios para el disciplinamiento del Ejército, el disciplinamiento del cuerpo militar.

Años más tarde, en 1864, se volvía a debatir en las cámaras el tema y se decretó la abolición de la pena de azotes en el ejército, que se aplicaba sólo a los soldados, nunca a los jefes y oficiales. En esa oportunidad, el diputado Oroño señaló: "Hacer la historia de los hechos que se cometen en el ejército con los pobres soldados sería hacer una historia triste y degradante para el país... La pena azotes es una pena que sólo se aplica al soldado... Acaba de cometerse el más terrible abuso con algunos infelices soldados que han sido *mue*rtos a azotes en la frontera sur de la provincia de Santa Fe."<sup>63</sup>

La historia continúa. En 1881 se prohibió el uso del cepo; en 1906 se abolía la pena de muerte. No obstante, los castigos siguieron. En 1984 se denunciaba el uso "del grillete en los cuarteles del país para inmovilizar a los soldados que cumplen algún castigo". La Armada no iba a la zaga en el sistema de represión interna. El diputado nacional Francisco Barroetaveña denunció en 1896 haber presenciado en un buque "castigos verdaderamente atroces, inquisitoriales... por la simple sospecha de que un muchacho que figuraba como marínero hubiese hurtado algún dinero a uno de los presos políticos que estábamos en el barco, fue sometido a un suplicio... en una semihorca. Es un aparato que no asfixia completamente a individuo, pero que lo mantiene suspendido del pescuezo, pisando apenas con la punta de los pies... Estuvo el muchacho en este suplicio tres días y tres noches... Sólo se le bajaba de la semihorca cuando se desmayaba... A los tres días el médico declaró que la vida peligraría si el suplicio continuaba.. fue mandado, creo, al hospital con el cuello semidislocado. El suplicio fue por una simple sospecha. Después se supo que el ladrón había sido otro marínero... Hay otro castigo... que consiste en hacer pasar de un lado a otro del barco, por debajo de la quilla, a un hombre atado de

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 47-55.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 73.

libertad, la vida... En el orden militar toda falta es grave. El que levanta la voz al sargento, como el que levanta la espada al coronel, comete un acto de insurrección y merece una pena grave; y si los azotes están abolidos, es preciso *matar* al hombre por una pequeña falta cualquiera." También Roque Pérez aseguró, justificando el castigo, que "en las naciones más cultas se aplica la pena de azotes", y dio por ejemplo a los Estados de Cerdeña.

Por último, entre varios legisladores se desarrolló el siguiente diálogo:

"- Albariño: No, señores, no hay ninguna ley ni ningún código que autorice a ningún jefe para azotar a ningún subalterno.

"- Barros Pazos: ¿Y los palos, señor?

"- Mármol: *Todos los días se dan palos.*

"- Albariño: He dicho, señores, que no hay un solo artículo de la ordenanza militar que autorice el castigo corporal con palos ni azotes al soldado... *La pena de los azotes* aplicada por algunos jefes en el ejército de Buenos Aires *se ha tenido por buena*; hemos creído que lo era, y se ha empezado a castigar al soldado con palos; pero eso no ha sido por leyes patrias, no porque la ordenanza lo mande."<sup>62</sup>

El diálogo de los legisladores de 1860 muestra cómo la disciplina se impone desde un cuerpo castigado y sometido, cuyo primer acto de subordinación es la aceptación del castigo. Se debate entre los azotes y la pena de muerte, es decir entre la pena corporal y la privación misma de la vida, ya excluidos para la sociedad civil pero invocados como medios para el disciplinamiento del Ejército, el disciplinamiento del cuerpo militar.

Años más tarde, en 1864, se volvía a debatir en las cámaras el tema y se decretó la abolición de la pena de azotes en el ejército, que se aplicaba sólo a los soldados, nunca a los jefes y oficiales. En esa oportunidad, el diputado Oroño señaló: "Hacer la historia de los hechos que se cometen en el ejército con los pobres soldados sería hacer una historia triste y degradante para el país... La pena azotes es una pena que sólo se aplica al soldado... Acaba de cometerse el más terrible abuso con algunos infelices soldados que han sido *mueertos a azotes* en la frontera sur de la provincia de Santa Fe."<sup>63</sup>

La historia continúa. En 1881 se prohibió el uso del cepo; en 1906 se abolía la pena de muerte. No obstante, los castigos siguieron. En 1984 se denunciaba el uso "del grillete en los cuarteles del país para inmovilizar a los soldados que cumplen algún castigo". La Armada no iba a la zaga en el sistema de represión interna. El diputado nacional Francisco Barroetaveña denunció en 1896 haber presenciado en un buque "castigos verdaderamente atroces, inquisitoriales... por la simple sospecha de que un muchacho que figuraba como marinero hubiese hurtado algún dinero a uno de los presos políticos que estábamos en el barco, fue sometido a un suplicio... en una semihorca. Es un aparato que no asfixia completamente a individuo, pero que lo mantiene suspendido del pescuezo, pisando apenas con la punta de los pies... Estuvo el muchacho en este suplicio tres días y tres noches... Sólo se le bajaba de la semihorca cuando se desmayaba... A los tres días el médico declaró que la vida peligraría si el suplicio continuaba.. fue mandado, creo, al hospital con el cuello semidislocado. El suplicio fue por una simple sospecha. Después se supo que el ladrón había sido otro marinero... Hay otro castigo... que consiste en hacer pasar de un lado a otro del barco, por debajo de la quilla, a un hombre atado de

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 47-55.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 73.

pies y manos... los más mueren asfixiados. Suelen aplicarse allí castigos crueles, los azotes, la barra, varias especies de tormentos proscriptos por la Constitución".<sup>64</sup>

La contratación, en 1899, de oficiales alemanes como instructores reforzó las prácticas de obediencia ciega y el rigor de la disciplina. Cuando en 1902 se estableció la obligatoriedad del servicio militar para todos los ciudadanos del país, el Ejército tuvo la posibilidad de extender las pautas de castigo-obediencia y el ejercicio de una influencia vastísima a toda la sociedad. De esta circunstancia derivó, en buena medida, su enorme poder durante todo el siglo.

La complejidad de la nueva situación no escapaba a los observadores atentos. El general Alberto Capdevila señalaba en 1903 frente a la Cámara de Diputados, de la manera más clara, qué implicaba la incorporación al Ejército, qué transformaciones produciría en una población que aún no estaba disciplinada socialmente pero que el Ejército se encargaría de modelar: "... el ciudadano, muchas veces analfabeto, que se incorpora a un cuerpo del ejército, por temor al castigo que la ley comporta, completamente extraño al ambiente del cuartel, refractario al *uniforme que lo embaraza* y a la *disciplina que lo inhibe* y lo comprime, no tiene las aptitudes morales que el servicio militar exige... A ese recluta que proviene de un pueblo, todavía *sin la suficiente disciplina social*, de un hogar de reciente formación, tiene el oficial subalterno que *inculcarle*, ante todo, la *subordinación absoluta*; es decir, la *abdicación de su personalidad*... confundirse en las filas como un número y ahogar su alma colectiva que sólo debe obedecer en silencio... Se obedece en todos los grados y la obediencia va hasta la muerte."<sup>65</sup> Los subrayados son nuestros pero quien lo afirma es un general de la Nación.

En 1910 Eduardo Gilimón en su libro *Un anarquista en Buenos Aires*, observando la persistencia del castigo no sólo en la vida militar, sino su extensión a terrenos más vastos, afirmaba: "En todas las cárceles se maltrata. Como se maltrata en los cuarteles, en las escuelas, en donde quiera que hay una colectividad y unos hombres con mando sobre ella."

Llegaron los años 30, la década oligárquica. La elegancia de la oligarquía porteña tenía su cara deforme, oculta, en el jefe de la División de Orden Político, Leopoldo Lugones hijo, quien en lugar de componer versos, había inventado, a los dieciséis años, "nada menos que un aparato para torturar detenidos". Nació la picana eléctrica. Nació también la represión sistemática.

En 1931, en la Penitenciaría Nacional, el régimen de Uriburu hizo torturar a civiles y también a militares, sospechosos de conspirar en su contra. Lo sorprendente es que además de torturar a numerosos militares, entre ellos a un general de la Nación, también consta que allí "los agentes de investigaciones que prestaban servicios en la Penitenciaría a las órdenes del comisario Vaccaro se jactaban de los tormentos y explicaban a los conscriptos cómo se aplicaban. Yo (teniente primero Adolfo Pérez) expresé mi descontento, lo mismo que muchos otros oficiales. Estas expresiones más y de otros camaradas llegaron a conocimiento del teniente coronel Molina, quien por medio del teniente coronel Rossi me manifestó su desagrado".<sup>66</sup> Cuerpos castigados y castigadores, los conscriptos y, en general, toda la estructura militar, de distintas maneras.

De hecho, la larga intervención de las Fuerzas Armadas en la represión política a partir de la segunda posguerra, y el desarrollo de la guerra fría y la doctrina de seguridad nacional, inscribieron en las instituciones el modelo y el objeto del castigo; la forma que éste debía adoptar y sobre quién debía

---

<sup>64</sup> Rodríguez Molas, Ricardo. *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985, p. 83.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 84

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 96.

recaer. Así como la sociedad sabía que la tortura se aplicaba en comisarías y cárceles sobre los presos comunes como práctica normal e ininterrumpida, así también sabía que se castigaba a los soldados, por medio de una disciplina arbitraria y cruel. La modalidad que adquiría el castigo en los cuarteles se presentaba como parte de la instrucción y la disciplina militar, partiendo de un principio: la aceptación de las órdenes más allá de su carácter degradante o peligroso.

El preso y el conscripto, hombres cuya individualidad desaparece en el uniforme, hombres que, por lo general, representan también un cierto lugar dentro de la sociedad. Los que tienen contactos, amigos, parientes poderosos ocuparán de preferencia las oficinas, se verán relativamente libres del infierno de la llamada instrucción y los "bailes" colectivos. La tropa se forma por el montón, los "blancos" preferidos son el hombre del interior, el "bruto", el indisciplinado, el homosexual.

El sistema de conscripción, es decir de reclutamiento masivo y obligatorio de la tropa en la población, tuvo un efecto diseminador en toda la sociedad del principio de disciplinamiento. La convalidación social de la lógica de las órdenes corre pareja con el odio hacia lo militar. Sin embargo, las anécdotas de cualquier reunión en donde los hombres recuerdan las épocas de la "colimba", en última instancia, se aprueban con una risa cómplice, acompañada de alguna expresión (¡qué bárbaros!) pero no de la protesta, no de la indignación. Las anécdotas incluyen la denigración pública de unos soldados frente a otros; el castigo arbitrario con prisión dentro del cuartel o en calabozos especialmente destinados a ello y, sobre todo, "el baile".

*Bailar* a un hombre o a un grupo significa someterlo a ejercicios físicos difíciles y dolorosos para castigar faltas de disciplina. Está prohibido por el Código de Justicia Militar pero se practica impunemente y puede terminar en lesiones graves o incluso la muerte. El *baile* y la instrucción despiadada son complementarios. Dice con jactancia el coronel Aldo Rico, defensor de la llamada "guerra sucia", con obvia influencia de la concepción prusiana según la cual el sufrimiento durante el entrenamiento redundaba en bien del soldado: "Yo soy conocido por lo tremendamente despiadado que he sido en instrucción militar de cualquier nivel... tengo *muer*tos y *heridos* en instrucción".<sup>67</sup>

¿Qué quiere decir cuando pocos renglones antes, en aparente contradicción con estas prácticas afirma que la disciplina "no tiene que ser automática, tiene que ser racional. Hay que desterrar la idea obsoleta del siglo pasado que aún se usa en nuestro Ejército y que dice que el superior siempre tiene razón, aun cuando no la tiene". Rico simplemente quiere decir que se siente en el derecho de disentir políticamente con la jerarquía militar, que puede ser indisciplinado en este sentido. Pero, ¿desobedecer la orden de un superior? Jamás. Es allí donde se graba la disciplina que impregnará el cuerpo de la sociedad. En ese derecho soberano que se reserva el superior para poner en juego la dignidad o la vida de otro, sin posibilidad de apelación.

¿Excesos del coronel Aldo Rico? ¿Hay posibilidad de cometer un exceso sobre el cuerpo o la vida de otro dentro de una institución, sin recibir castigo, si no se cuenta con la aprobación y la complicidad institucional?

Cuando después de la guerra de Malvinas se supo que un conscripto había sido estaqueado, el comandante de Aviación Naval se refirió al suceso como "una cuestión periférica" de la guerra. Evidentemente el hecho no definió la guerra, pero sí definía la índole de la disciplina en las Fuerzas

---

<sup>67</sup> Rico, Aldo. En: Grecco, Jorge; González, Gustavo. *Argentina: el ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990. p. 166.



**Armadas Argentinas. Los "abusos" sobre los soldados sólo aparecen cuando la máquina encargada de esconderlos fracasa.**

Sólo quiero tomar aquí el caso más reciente que tuvo difusión en la prensa. En marzo de 1994, en el Grupo de Artillería 161 de Zapala, un sargento y un subteniente "bailaron" durante más de dos horas a los conscriptos. Como consecuencia del ensañamiento personal con uno de ellos, poco adaptable a la disciplina del cuartel, le provocaron la muerte. Dada la gravedad del hecho *hicieron desaparecer el cuerpo* y denunciaron el hecho como si se tratara de la desertión del conscripto Omar Carrasco. La familia no creyó la versión militar. Se iniciaron las investigaciones y en el mes de mayo se descubrió el asesinato y el cuerpo escondido de la víctima. Los demás soldados declararon, negándose a regresar al cuartel por temor a las represalias. La nota del periódico *Página 12*, del 10 de mayo de 1994, comenzaba así: "El titular del Ejército, teniente general Martín Balza, advirtió ayer a medio centenar de jefes de las guarniciones de Buenos Aires y Campo de Mayo que sancionará 'con todo rigor' a aquellos oficiales que ordenen 'bailes' a los jóvenes que presten servicio militar obligatorio en las unidades bajo su mando". No se le hubiera ocurrido decir que sancionaría a quienes robaran armas. Es obvio que así sucedería y además no es una práctica frecuente como para hacer la aclaración. En cambio, la práctica del "baile" es un hábito que nunca se sanciona en las guarniciones militares. Se requiere de un hecho de semejante gravedad, que termina siendo inocultable, entre otras razones porque los perpetraron en un lugar perdido, un sargento y un subteniente, para lograr una condena del comandante en jefe del Ejército.

El poder que se ejerce en el cuerpo de la víctima fatal, se extiende como posibilidad de muerte y como castigo hecho carne en todos los otros, los "bailados", víctimas y cómplices temerosos del omnipotente poder militar. Cada soldado, cada cabo, cada oficial en su proceso de asimilación y entrenamiento ha aprendido la prepotencia y la arbitrariedad del poder en su propio cuerpo y en el cuerpo colectivo de la institución.

El control del tiempo y del movimiento permite disciplinar los cuerpos en largos plantones que obligan a una falsa inmovilidad, marchas forzadas o carreras rápidas; los rígidos horarios que deliberadamente recortan los tiempos más íntimos; la aceptación de órdenes que contravienen el sentido común y bloquean toda capacidad crítica son prácticas que se imponen a toda la jerarquía militar. "Es necesario controlar el cuerpo en sus tiempos y movimientos, condicionarlo a otro tiempo que no sea el deseado por él, asignándole horarios, supervisando sus actividades, midiendo la velocidad de sus acciones, reglamentando las horas destinadas al ocio, pero sobre todo llenando la vigilia con cualquier actividad."<sup>68</sup> Imperceptiblemente, el militar va encontrando límites desconocidos y una resistencia cada vez mayor. Somete su cuerpo al imperio de órdenes que se gritan y rompe las barreras, violentando su propio ser.

El control del cuerpo, sin embargo, no es suficiente, es preciso una vigilancia mayor y aun más interna. Las emociones se ocultan pero en lo posible desaparecen y el hombre se prepara para el fin último de la institución militar: aceptar sin resistencia la orden de matar y la posibilidad de morir. Estas características, comunes a todos los ejércitos, en el caso argentino siguieron el modelo particularmente rígido del ejército alemán. Desde principios de siglo, parte de la oficialidad se formó en Alemania y el Ejército contrató instructores alemanes, que imprimieron la disciplina prusiana en la institución.

---

<sup>68</sup> Tocavén Montejano, Roberto. *La organización militar: un enfoque a partir de sus mecanismos de adiestramiento*, Tesis de maestría, México, UNAM, 1987.

## La obediencia

La disciplina implica castigo u obediencia. En la medida en que no logra imponerse y atravesar a los hombres se requiere del castigo. Pero cuando la disciplina se ha hecho carne, penetra en el cuerpo y se convierte en obediencia. "La disciplina es el alma de cualquier institución militar y la justicia militar está destinada a preservarla."<sup>69</sup>

El proceso comienza con una orden que puede ser precisa o difusa. En el primer caso sólo cabe el cumplimiento. Si la orden es difusa, el subordinado la interpreta, descifra el deseo del jefe a partir de su conocimiento de la institución y ejecuta la orden con mayor o menor iniciativa. A veces su celo profesional lo lleva a cometer "excesos", que considera coincidentes con el "espíritu" general de las acciones. Cuanto más grave es la orden más difusa resulta o, por lo menos, se difumina el lugar del que emana; se pierde en la larguísima cadena de mandos.

Los códigos militares presuponen que la responsabilidad de la acción recae en el mando superior que da la orden. También parten de la idea de que las órdenes no pueden implicar la comisión de delitos. Sin embargo, el condicionamiento a la obediencia ciega que reciben los militares hace que en verdad se los prepare para cumplir las órdenes sin que exista oportunidad del cuestionamiento acerca de su legalidad, es decir precisamente para que sean capaces de cumplir las órdenes ilegales.

En primer lugar, cuando el poder militar se despliega socialmente suele tener la capacidad para modificar la legalidad según sus objetivos. Por ejemplo, casi todos los crímenes de guerra nazis estaban amparados por la legislación alemana que había dictado Hitler.

Pero más allá de ello, el soldado o el oficial, como parte de una estructura de poder incuestionable, no conciben, sino eventualmente, que una orden pudiera ser "ilegal"; si lo hicieran, existe un segundo condicionamiento, el temor al castigo, que los impulsa a no escuchar las voces interiores. Se consume así la obediencia.

La naturalización del hecho de matar, justificado por la situación de combate frente a un enemigo, hace que otras situaciones se asimilen a la categoría de combate, grupos muy amplios a la de enemigo y se admita así, bajo una supuesta lógica de guerra acciones de simple represión o exterminio. El genocidio de judíos en Alemania, las matanzas de civiles en Vietnam, la desaparición de decenas de miles de personas en Argentina, se justificaron por una situación de guerra. El general Ramón Camps, jefe de la Policía Federal durante el gobierno militar, declaró: "Entre esos 5 mil desaparecidos puede haber errores. Lo admito... Aquí libramos una guerra y para vencerla hubo que adoptar medidas drásticas. Quizá nos equivocamos, pero al final, y eso es lo que importa, vencimos".<sup>70</sup>

Hay algunos mecanismos internos que facilitan el flujo de la obediencia, lubrican la cadena de mandos y diluyen la responsabilidad. Toda obediencia deviene de una orden, es decir de un proceso previo de *autorización*. El hecho de que un acto esté autorizado parece justificarlo de manera automática. Al provenir de una autoridad legítima, el subordinado actúa como si no tuviera posibilidad de elección. "La obediencia es la sumisión a la autoridad legítima. El deber de un soldado es obedecer ya que ésta es la primera obligación y la cualidad más preciada de todo militar."<sup>71</sup> Se antepone a todo juicio moral el deber de obedecer y la sensación de que la responsabilidad ha sido asumida en otro lugar. El ejecutor

<sup>69</sup> General Sánchez de Bustamante. En: Grecco, Jorge, *op. cit.*, p. 161

<sup>70</sup> Reportaje al general Camps, *La Semana*, Buenos Aires, enero 1984.

<sup>71</sup> General Maffrey. En: Grecco, Jorge. *op. cit.*, p. 167

queda libre de cuestionamiento y se limita al cumplimiento de la orden. Los demás son cómplices silenciosos.

El *miedo* se une a la obligación de obedecer, reforzándola. Ya se señaló la fuerza del castigo que sobreviene al incumplimiento, y que se ha grabado previamente en el subordinado, para que no se atreva a cuestionar la legitimidad de las órdenes. Por ejemplo, Raúl Vilaríño, suboficial operativo de la Escuela de Mecánica de la Armada, aseguró: "Si usted ahí expresaba que estaba en desacuerdo o decía que quería salir, seguro que podía tener algún inconveniente, algún tropiezo, algún problema médico... Al principio se cumplían órdenes voluntariamente. Pero, después, por temor a no seguir viviendo". La sujeción por el miedo resulta aquí evidente.

La *burocratización* que implica una cierta rutina, también dificulta el cuestionamiento de la orden. Las tareas se realizan en forma fraccionada, de manera que se puede aducir o simular el desconocimiento de intencionalidades y fines últimos. En la larga cadena de mando cada subordinado es un ejecutor parcial. Las acciones se desdibujan y las responsabilidades también. En el mismo reportaje a Raúl Vilaríño, cuando le preguntaron qué sucedía cuando entregaba a una persona secuestrada en la ESMA, contestó: "Eso era parte de otro grupo", como si así se liberara de la responsabilidad.<sup>72</sup> Para facilitar el procedimiento de distanciamiento de la responsabilidad, las tareas desagradables también se designan con eufemismos. No se tortura, se interroga, se "baila", no se asesina, se traslada, y así sucesivamente.

Junto a la burocratización se da la *deshumanización* de la víctima y del victimario. El ejecutor es simplemente una pieza de una complicadísima maquinaria que no controla y que puede destruirlo. De hecho, es una maquinaria de destrucción, que cobra vida propia. La impresión es que ya nadie puede detenerla. La sensación de *impotencia* frente al poder *secreto*, *oculto*, que se concibe *omnipotente*, juega un papel clave en su aceptación y en la actitud de sumisión.

Los individuos tienden a obedecer de manera automática e incondicional. Pero la cadena de mandos es compleja. Los jefes tienen jefes y la interpretación de las órdenes se complica y difumina en las autoridades intermedias. Los mecanismos de la obediencia se incorporan en distintos grados, que van del simple consentimiento a la más profunda internalización, sin desechar la desobediencia que, ciertamente, es muy eventual pero existe. Aun en el centro mismo del poder, la homogeneización y el control total son sólo ilusiones.

La diseminación de la disciplina en la sociedad hace que la conducta de obediencia tenga un alto consenso; prácticamente no se cuestiona la posibilidad de desobedecer. El subordinado es como un prisionero, cuya vida está sujeta dentro de la institución. Pero además, la aceptación de la obediencia es la clave del reconocimiento de la autoridad instituida.

---

<sup>72</sup> Reportaje a Raúl David Vilaríño, *La Semana*, Buenos Aires, núm 370, 1984.

## **Capítulo 2**

# **La vanguardia iluminada**

## La vanguardia iluminada

*Los muertos demandan a los vivos: recordadlo todo y contadlo; no solamente para combatir los campos sino también para que nuestra vida, al dejar de sí una huella, conserve su sentido.<sup>1</sup>*

## Los actores

Para comprender la realidad de los campos de concentración, es interesante delinear en paralelo, la práctica política y organizativa de la militancia a la que estaban dirigidos y cómo ésta favoreció o dificultó las circunstancias de su captura e incidió en su comportamiento posterior.

En el momento en que inicia este análisis de la realidad concentracionaria, el golpe de estado de 1976, existían dos grandes organizaciones guerrilleras en Argentina: el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y Montoneros.

La primera había tenido su origen en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), de orientación trotskista, y se había constituido formalmente el 28 de julio de 1970, durante la celebración del V Congreso del PRT. Sus fundadores fueron un puñado de cincuenta jóvenes, tan jóvenes que su edad promedio era de 25 años.<sup>2</sup> La denominación de Ejército correspondía a una concepción central en los grupos de vanguardia de esos años: la de la guerra popular y prolongada. Esta idea se desprendía de la experiencia victoriosa de uno de los pueblos más pobres del mundo, los vietnamitas, frente al coloso militar de Estados Unidos. Los jóvenes fundadores del ERP suponían que en la Argentina ya se estaba librando una lucha similar, protagonizada por "el pueblo" (concebido como una alianza de campesinos, estudiantes, sectores urbanos marginales y clase media baja, hegemonizados por la clase obrera industrial) contra el imperialismo y sus aliados nacionales. Por lo tanto, se debía constituir una fuerza militar capaz de dirigirlo, en calidad de vanguardia.

El documento constitutivo del ERP es suficientemente ilustrativo de esta concepción: "El Ejército Revolucionario del Pueblo, uniendo su actividad combatiente a la de otras organizaciones hermanas, ha asumido junto a ellas la *responsabilidad política y militar* en el proceso de la *guerra revolucionaria* que ha comenzado a vivir nuestro pueblo contra la *opresión económica, política, cultural y militar que la dictadura ejerce en representación del imperialismo yanqui y del capitalismo argentino.....la lucha será larga, pues debemos enfrentar a un enemigo superior.....sólo es posible con la participación plena y activa de la clase obrera, el estudiantado y todo el pueblo patriota, antidictatorial y antiimperialista.....ésta es una guerra del pueblo*, nuestras acciones tienen un objetivo principal: *despertar la conciencia popular* y mostrar a todos los patriotas el camino para acabar con la explotación, el hambre, la miseria a que nuestro pueblo se ve sometido."<sup>3</sup>

Las aspiraciones de vanguardizar una guerra popular y prolongada no eran privativas del ERP, brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sino que las compartían también las organizaciones guerrilleras peronistas. Sin embargo, existía entre éstas y la guerrilla trotskista una diferencia sustancial: la posición frente al socialismo y al peronismo. Para el PRT la meta del

<sup>1</sup> Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*, México, Siglo XXI, 1993, p. 103.

<sup>2</sup> Seoane, María. *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1991, p. 134.

<sup>3</sup> ERP. *El Combatiente*, "Resoluciones del V Congreso del PRT", 1973. Los subrayados son nuestros.

socialismo era irrenunciable, y no requería de ningún aditamento o atenuante. Mientras la izquierda peronista se adscribía a un difuso "socialismo nacional", el ERP hablaba sin pruritos de "un luminoso porvenir socialista, fin de la explotación y de los sufrimientos y comienzo de una era de justicia y felicidad colectiva para 26 millones de argentinos".<sup>4</sup> Aún no había caído ningún muro y el socialismo seguía siendo una utopía deseable.

El PRT-ERP consideraba que el policlasismo peronista era una trampa burguesa para la revolución, que sería necesariamente socialista y conducida por el proletariado. Desconfiaba, en consecuencia, de que la conducción de Perón pudiera tener alguna utilidad para un proyecto revolucionario. "Si Perón no realizó una auténtica revolución (entre 1945 y 1955) fue simplemente porque no quiso hacerla. Porque no estaba en sus planes, encerrados dentro del marco estrictamente burgués de su proyecto bonapartista."<sup>5</sup> Estas diferencias marcaron posturas divergentes entre los grupos trotskistas y peronistas frente a la coyuntura electoral de 1973.

"La apertura electoral propuesta por el gobierno no es más que una de las medidas para la contrainsurgencia dictada por los Estados Unidos",<sup>6</sup> declaraba el ERP en su primera conferencia de prensa clandestina, el 28 de junio de 1972, cuando ya se vislumbraban las futuras elecciones. Si bien más tarde revisó este punto de vista, nunca llegó a adoptar una definición que le permitiera participar en el proceso electoral e incorporarse a la enorme movilización política que vivió el país en esos momentos. Las elecciones, que el ERP redujo a una simple medida contrainsurgente se realizaron en marzo de 1973 y contaron con el voto del 79 por ciento del electorado. De los 11 911 832 votos válidos, 5 907 464, es decir el 49.59 por ciento, correspondió al Frejuli, frente liderado por el peronismo.

En verdad, la desconfianza del ERP no se restringía a ese proceso electoral en particular sino a toda forma de institucionalidad burguesa y democrática. "Quedamos claros entonces que no esperamos nada de la elección y que debemos luchar contra ella, desenmascararla ante el pueblo, y tratar de poner en claro ante las masas la imposibilidad de triunfar por vía parlamentaria. La cuestión táctica que debemos encarar enseguida es cómo lo logramos, cómo luchamos mejor contra el parlamentarismo, contra la vía electoral", escribía Mario Roberto Santucho, su más brillante dirigente, desde la cárcel.<sup>7</sup>

La convicción del ERP de que las elecciones y el liderazgo peronista eran contrarios a los intereses populares, que ellos podían interpretar y defender mejor en su calidad de vanguardia, no se debilitó por los resultados de un proceso electoral descalificado *a priori*. Poco después, y apenas unos días antes de las siguientes elecciones en septiembre de 1973, mismas que Perón volvió a ganar, esta vez con el 62.7 por ciento de los votos, el ERP intentó copar militarmente el Comando de Sanidad, perteneciente al Ejército, con el objeto de "desenmascarar a Perón".

Este desatinado intento no fue la primera acción armada que emprendió el grupo trotskista desde que se iniciara el proceso democrático. La desconfianza que el ERP tenía en las formas burguesas de lo político y en el peronismo como movimiento, junto al lugar privilegiado que le asignaba a la lucha armada se pusieron de manifiesto con total claridad. En medio de elecciones con una alta participación ciudadana como las de mayo y septiembre de 1973, así como de una extraordinaria movilización popular en todo el territorio nacional, el ERP sólo suspendió su accionar armado durante poco más de

---

<sup>4</sup> ERP. *El Combatiente*, 5 de junio de 1974.

<sup>5</sup> PRT. *El peronismo ayer y hoy*, México, Ed. Diógenes, 1974, p. 25.

<sup>6</sup> En Seoane, María. *op. cit.*, p. 147.

<sup>7</sup> En Seoane, María. *op. cit.* p. 153.

dos meses. El 23 de mayo de 1973, dos días antes de la asunción del doctor Cámpora a la Presidencia, intentó el copamiento de una comisaría en Merlo, provincia de Buenos Aires. El 5 de agosto asesinó al comisario Hugo Guillermo Tamagnini, acusado de aplicar torturas a presos políticos. El 6 de septiembre intentó copar el Comando de Sanidad, con el saldo de un militar muerto y 13 guerrilleros detenidos. Ese mismo mes, el 24 de septiembre el gobierno declaró ilegal al ERP,<sup>8</sup> quedando excluido, y casi se podría decir autoexcluido, del incierto proceso democrático. Su estrategia, ya entonces, consistía en romper el equilibrio institucional para concluir con una farsa democrática destinada a debilitar la organización popular y revolucionaria. En efecto, esa ruptura se produciría pero dos años y medio más tarde, e implicaría la destrucción de la organización trotskista y de todos los grupos guerrilleros de la época.

Desde su clandestinización, en septiembre de 1973, el ERP reforzó la práctica armada y participó en la intensificación de la violencia, ya desatada en el país. En marzo de 1974 instaló un foco guerrillero rural, la Compañía de Monte en Tucumán, que provocó la intervención directa del Ejército en la actividad represiva, a través del Operativo Independencia, cuya consigna fue "neutralizar y/o aniquilar el accionar de elementos subversivos que actúan en la provincia de Tucumán".<sup>9</sup> Fue entonces cuando se crearon los primeros 14 campos de concentración del país, en la misma provincia, todavía durante el gobierno constitucional de Isabel Perón.

Al mismo tiempo que abrió su frente en el monte tucumano, el ERP intensificó todo lo posible el accionar militar urbano, que alcanzó su punto culminante en el intento de copamiento del Batallón de Arsenales 601 de Monte Chingolo, en diciembre de 1975, en el que participaron alrededor de 250 guerrilleros. Como consecuencia de la infiltración de la organización guerrillera por agentes de los servicios de inteligencia, los militares esperaban el ataque, que terminó en una violenta derrota insurgente, con un saldo de 53 muertos, 49 de ellos guerrilleros y cuatro víctimas accidentales.

Montoneros se apresuró a condenar la operación, con un perogrullesco artículo aparecido en su órgano oficial, *Evita Montonera*, que se titulaba "Monte Chingolo: Equivocarse conduce a la derrota", en el que criticaban a la conducción trotskista y valoraba la operación como una "grave derrota para el campo popular y consecuentemente en el plano político".<sup>10</sup> Los montoneros olvidaban que ellos mismos, apenas dos meses antes, habían sufrido un golpe semejante en el ataque al Regimiento 29 de Infantería de Monte, en Formosa, en el que habían perdido 11 combatientes. No obstante, en su momento, habían colocado como texto único de portada, también en el *Evita Montonera*: "Formosa: victoria del Ejército Montonero", como si en su caso equivocarse no los condujera a la derrota.<sup>11</sup>

Ambas acciones se inscribían dentro de la táctica de ataque indiscriminado a las Fuerzas Armadas, que redundó en cohesionar las instituciones militares en torno a la necesidad de producir un golpe de estado que detuviera a la subversión. En verdad, podría decirse que desde mediados de 1975 tanto la guerrilla (y no sólo la trotskista) como las Fuerzas Armadas, por distintas razones coincidían en la necesidad del golpe. Mientras que para estas últimas se trataba de exterminar a un enemigo común que las amenazaba, para la guerrilla, aunque cruento, el golpe sería favorable en el desarrollo de la guerra revolucionaria. Inmediatamente después del 24 de marzo, el PRT declaró: "El paso dado por los militares clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha

<sup>8</sup> En Seoane, María. *op. cit.*, pp. 223-225.

<sup>9</sup> Decreto presidencial, en: Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 76.

<sup>10</sup> Montoneros. *Evita Montonera*, enero 1976, pp. 25, 26.

<sup>11</sup> Montoneros. *Evita Montonera*, octubre de 1975.

revolucionaria".<sup>12</sup> Sin embargo, menos de una semana después ya había perdido 12 de sus miembros más importantes, entre ellos, cuatro de la dirección nacional.

Se estima que en 1975, a pesar de haber perdido más de 200 miembros activos, el ERP contaba con alrededor de 600 militantes, 2 mil simpatizantes y un área de influencia de 20 mil personas.<sup>13</sup> A fines de 1976, unos 50 militantes, la misma cantidad que había asistido a su Congreso fundacional, logró salvar su vida exiliándose y para mediados de 1977 el ERP, una de las organizaciones guerrilleras más numerosas de Argentina, había desaparecido.

El proceso de las organizaciones peronistas, aunque tuvo algunas diferencias importantes, reconoce también coincidencias significativas con la trayectoria seguida por el ERP.

Las llamadas Organizaciones Armadas Peronistas (OAP) incluían distintos agrupamientos guerrilleros: Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), Descamisados y Montoneros. Estas organizaciones culminaron su proceso de unificación en 1974, bajo el nombre de Montoneros. A finales de 1972 se había producido la incorporación de Descamisados; en octubre de 1973 la integración de FAR, y en junio de 1974 el ingreso de FAP.

La estructura original de Montoneros se había formado en 1970 y su primera acción pública fue el secuestro del general Pedro Eugenio Aramburu, el 29 de mayo de ese mismo año, y su posterior asesinato. El general Aramburu, además de ser la figura más importante del golpe de 1955 contra Perón era responsable de la expatriación de los restos de Eva Perón y del fusilamiento sin juicio previo de 27 peronistas, que conspiraban contra su gobierno, en los basurales de José León Suárez.

En 1970, la aparición pública de Montoneros, que sólo contaba entonces con 12 miembros, impactó por la violencia de la acción elegida, pero también por su clara, aunque poco elaborada, definición peronista. Uno de los comunicados en que la organización se hacía cargo del secuestro decía: "Nuestra organización es una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del poder para Perón y para su pueblo y la construcción de una Argentina justa, libre y soberana".<sup>14</sup> Compárese, en su pobreza conceptual, con las complejas resoluciones del Congreso fundacional del ERP.

Aun dentro del espectro de las organizaciones peronistas, estas declaraciones resultaban de una definición y, al mismo tiempo, de una vaguedad alarmante. Para esa misma época, las FAR, en una concepción claramente marxista pero identificándose políticamente con el peronismo, asumía una polémica pública con el ERP, que resulta significativa por la diferente conceptualización del peronismo, con respecto a Montoneros. Citamos aquí algunos párrafos ilustrativos:

El texto rescata "la validez de la experiencia histórica de la clase obrera argentina, el reconocimiento de que es en su ideología real, concreta, existente en donde debe situarse el punto de partida para el desarrollo de la concepción revolucionaria nacional, y el convencimiento de que el peronismo es la forma política del movimiento de liberación nacional... Los peronistas podemos y debemos apropiarnos del marxismo, un instrumento de análisis científico de la sociedad... los 'marxistas a ultranza' no pueden hacer lo mismo. No pueden apropiarse de un desarrollo material, de la historia misma, pues está en total contradicción con sus desarrollos mentales... La izquierda argentina, a falta de un sentido autocrítico para medir con justeza la repercusión de sus políticas en las masas populares, agrega una

<sup>12</sup> ERP. *El Combatiente*, 30 de marzo de 1976.

<sup>13</sup> Seoane, María. *op. cit.*, p. 262.

<sup>14</sup> Montoneros. *La causa peronista*, "Cómo murió Aramburu". 3 de septiembre de 1974. Los subrayados son nuestros.



particular habilidad para generar concepciones formales, vacías de todo contenido real... Así como rechazamos la idea del marxismo como una bandera política universal, abstracta, rechazamos la idea del peronismo como ideología... El peronismo ha sido y es, un movimiento político... El movimiento obrero nacional ha ignorado sistemáticamente la tan mentada 'ideología del proletariado' y a sus adherentes, y ha apoyado como un solo hombre al Movimiento Peronista, que lo expresaba en sus intereses reales, concretos, e históricamente acordes con su grado de desarrollo, dejando para la izquierda la defensa de sus 'verdaderos y universales intereses' tan abstractos como incomprensibles... el Movimiento Peronista ha generado en su seno a las Organizaciones Peronistas Revolucionarias, que encaran las tareas actuales de la liberación nacional con la vista puesta en el socialismo... Ahora bien, que el Peronismo Revolucionario, y junto a él amplios sectores, visualice con alguna claridad que hoy en día se impone el tránsito al socialismo no quiere decir de ninguna manera que semejante convencimiento exista a nivel de ideología entre el pueblo. Más bien ocurre todo lo contrario... Esencialmente policlasista, el Movimiento Peronista se define desde el comienzo por su carácter nacional-popular, antioligárquico y antiimperialista. Cuando decimos policlasista, decimos que en él participaron, siendo sus columnas fundamentales, la burguesía nacional, nacida al amparo de circunstancias y leyes favorables, y la clase trabajadora, surgida como consecuencia del desarrollo capitalista y del país y de su burguesía autóctona... Vietnam, Laos, Camboya, Palestina, en ningún caso un movimiento de liberación nacional que cuente con el apoyo del pueblo ha tomado como punto de partida para sus concepciones estratégicas la posibilidad de una política marxista a nivel mundial... El marxismo bien conocido y utilizado es un arma poderosa, conocido a medias o desconocido sirve solamente para complicar las cosas en lugar de ayudar a comprenderlas mejor.<sup>15</sup>

Pero éste era apenas el punto de vista de una de las OAP. En verdad, las organizaciones que confluyeron en Montoneros constituían un mosaico político e ideológico no muy homogéneo, que trataremos de describir someramente.

Las FAR, aparecidas en julio de 1970 con el copamiento de Garín, provenían del guevarismo y de sectores disidentes de la izquierda tradicional; sus primeros grupos se habían formado para apoyar el proyecto guerrillero del Che en Bolivia, en 1966. Sin duda, fue el grupo guerrillero que hizo la elaboración teórica más profunda en torno a la relación entre un proyecto revolucionario de corte socialista y las características de un movimiento nacional como el peronismo, de lo cual es muestra el texto que acabamos de citar. Tenía, por lo tanto, una apreciación mucho más crítica y distante con respecto a las posibilidades de Perón para liderar un proyecto semejante. Según parece, sus aportaciones teóricas estuvieron directamente ligadas a la capacidad excepcional de uno de sus fundadores, Carlos Enrique Eduardo Olmedo, quien murió tempranamente en un enfrentamiento armado, el 3 de noviembre de 1971.<sup>16</sup>

Las FAP, originadas en la izquierda del peronismo, habían protagonizado en 1968 uno de los primeros intentos de guerrilla rural, en la provincia de Tucumán; sus militantes, que después del fracasado intento en el monte asumieron la práctica de la guerrilla urbana, tenían importantes vinculaciones con el sindicalismo independiente y reivindicaban un peronismo que concebían afín con la revolución cubana, un nacionalismo claramente de izquierda ligado a las concepciones de John William Cooke. Era, seguramente, el grupo más vinculado a la tradición y práctica del movimiento peronista.

---

<sup>15</sup> Olmedo, Carlos. *Militancia*, núm 4, "Fuerzas Armadas Revolucionarias, Aporte al proceso de confrontación de posiciones y polémica pública que abordamos con el ERP", 1971. Los subrayados son nuestros.

<sup>16</sup> Entrevista con Martín Gras, Madrid, 1992.

Descamisados fue una pequeña agrupación, fundada en 1968 pero cuya aparición pública data de 1970, que provenía del nacionalismo católico y de la juventud demócrata cristiana. En un país netamente católico como Argentina, la influencia del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo sobre los jóvenes fue muy importante como vía de acceso a los proyectos revolucionarios y armados. Recuérdese la importancia de la figura de Camilo Torres, el cura guerrillero, en estos grupos cristianos y la consigna "El deber de todo católico es el de ser revolucionario. El deber de todo revolucionario es hacer la revolución." Se podría afirmar que "el catolicismo radical condujo a muchos jóvenes hacia el Movimiento Peronista... muchos llegaron a él con sentimientos de culpabilidad por su anterior antiperonismo, y se integraron entonces en el Movimiento con un celo propio de pecadores arrepentidos."<sup>17</sup>

A su vez, buena parte de los integrantes de Montoneros provenía también del cristianismo progresista, de grupos nacionalistas y de peronistas, e iniciaron su accionar con el mencionado secuestro del general Aramburu. No se puede soslayar que algunos de ellos, como Fernando Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, habían pertenecido a Tacuara, un grupo nacionalista, violento, de derecha, que admiraba al falangismo español, la acción directa, los uniformes y las ceremonias. Sin embargo, su adhesión al peronismo haría que, sin entrar en mayor contradicción con todos esos valores, colocaran el acento en un nacionalismo de corte popular antes que católico, elitista y oligárquico, al estilo de los grupos de la vieja derecha.

A pesar de estas diferencias de concepción, las organizaciones armadas peronistas desarrollaron prácticas semejantes que consistieron en la realización de operativos que las proveyeron de recursos económicos y militares para garantizar su crecimiento, en primera instancia. Estas organizaciones eran pequeñas y, por lo mismo, muy seguras y con un alto grado de clandestinidad. Hasta cierto punto, su fortaleza residía en su pequeñez, rasgo que, más tarde, se convertiría en su punto más débil.

El accionar militar de la guerrilla fue semejante tanto en las organizaciones peronistas como en las de izquierda, que eran básicamente dos, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). Consistió básicamente en la realización de operativos de "expropiación" de armas, dinero y documentación (asalto a bancos, camiones blindados, cuarteles, comisarías, registros, operativos de apoyo a algún conflicto social o sindical, y otros. La primera época del accionar guerrillero estuvo claramente marcada por un espíritu romántico-justiciero).

Al mismo tiempo que los asaltos a bancos, cuarteles, secuestros y robos de coches o documentación les permitían reunir el dinero, las armas y los bienes necesarios para su funcionamiento, las acciones más "políticas" se orientaban a ganar la simpatía de la población. Se podía tratar de repartos de alimentos en zonas marginales, propagandización de su línea en medios populares, y especialmente fabriles, operativos de apoyo a algún conflicto social o sindical, y otros. La primera época del accionar guerrillero estuvo claramente marcada por un espíritu romántico-justiciero.

Pero sin duda la coincidencia más significativa que se dio entre las OAP, y la más relevante en términos políticos, en especial entre los años 1972 y 1976, sería el hecho de identificarse como parte activa del movimiento peronista. Esto las ligaría en su práctica y en su concepción con posturas populistas que, por su reivindicación de lo masivo y del contacto con la base popular, contrapesó, por lo menos durante ciertos periodos, el componente foquista y militar. En este proceso, el hecho de ser

---

<sup>17</sup> Gillespie, Richard. *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987, p. 86.

reconocidas por Perón como "formaciones especiales" del movimiento les daría una inclusión oficial al peronismo que les permitió, por primera vez, una práctica política arraigada en sectores populares.

No obstante, la guerrilla concebía que los espacios políticos que ocupaba eran producto de su accionar armado. "El poder político nace de la boca de los fusiles", declaraba en junio de 1972 Rodolfo Galimberti, dirigente de la Juventud Peronista. Quizás nunca como entonces había sido tan cierta la afirmación de Galimberti. En efecto, el poder político del radicalismo, del desarrollismo, de las Fuerzas Armadas en el país había brotado desde muchos años atrás de la boca de los fusiles. También era cierto que el lugar que se había abierto la Juventud dentro del movimiento emanaba de su práctica armada, tan útil entonces para la desarticulación del proyecto de la Revolución Argentina. Pero la reducción de lo político a la dimensión exclusivamente militar, la *asimilación de lo político a lo militar*, que se operó en vastos sectores de la sociedad, llevaría a la aceleración del drama del poder.

A diferencia de la guerrilla trotskista, los grupos peronistas se lanzaron a la coyuntura electoral con toda su energía y, en particular en el caso de Montoneros, con una confianza verdaderamente inexplicable en el general Perón. Mario Eduardo Firmenich, cuyas declaraciones es cierto que no se caracterizaron nunca por la perspicacia política, declaraba en 1973 que no existía "ninguna diferencia entre la Patria Peronista y la Patria Socialista, puesto que el Movimiento Peronista dirigido por el general Perón sirve a los intereses de los trabajadores y, precisamente por esta razón, se plantea la construcción del socialismo nacional."<sup>18</sup>

Después de muchos años de una práctica aislada, fue en el contacto con los grupos de base estudiantiles, profesionales, territoriales y, en menor medida sindicales, que los militantes de las OAP saborearon otras dimensiones de la política, más "nutritivas" de las que habían conocido hasta entonces, con la exclusiva práctica de una guerrilla siempre amenazada de convertirse en "una patrulla perdida en el espacio", según la imagen del Che.

Su papel en la campaña electoral para la candidatura del doctor Cámpora fue decisivo. Ocupando un lugar virtualmente vacío en ese momento dentro del peronismo, la estructura de la Juventud Peronista, se lanzaron a la organización y movilización de importantes sectores populares a los que hasta entonces no habían tenido acceso, y comenzaron a crecer. Su participación, apasionada y sorprendentemente numerosa, en las gigantescas manifestaciones de la campaña electoral, "con su colorido, sus cantos, su redoble de tambores, su exuberancia, su sentido de la fuerza y de la solidaridad y su extrema arrogancia"<sup>19</sup> selló una pertenencia real, ya no meramente enunciada, a ese peronismo contradictorio, que irían conociendo con un desconcierto creciente.

Supusieron, con esa mezcla de inocencia y soberbia que tan bien describe Juan Gasparini en su excelente libro *Montoneros, final de cuentas*, que la apertura electoral era producto casi directo de su lucha y, por lo tanto, en alguna medida les pertenecía.

Reclamaron y obtuvieron de Perón puestos dentro del nuevo gobierno. Pero así como las OAP no tenían la capacidad para cubrir muchos de los cargos ni para formular un proyecto económico y político capaz de superar una crisis bastante profunda, tampoco el gobierno peronista tenía la intención de incrementar el espacio de por sí demasiado vasto que ocupaba para entonces la Juventud Peronista.

El espacio de legalidad que se abrió con el gobierno de Cámpora primero y el de Perón casi de inmediato, a partir de septiembre del mismo año, fue aprovechado por las organizaciones para crecer

<sup>18</sup> Firmenich, Mario. "Construir el poder popular", *El Descamisado*, núm 4, p. 3.

<sup>19</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, p. 174.

en su frente de masas y conformar lo que se dio en llamar la Tendencia Revolucionaria. La Tendencia estaba formada por el conjunto de agrupaciones (juvenil, femenina, sindical, universitaria, de estudiantes secundarios, de villas de emergencia) que respondían políticamente a las OAP, mismas que culminarían su proceso de unificación en ese mismo año con la unión de las dos organizaciones más importantes: FAR y Montoneros.

"Los Montoneros movilizaron impresionantes multitudes a través de tales organizaciones (las que constituían la Tendencia) en las concentraciones y manifestaciones de 1973-1974, así como en las actividades relacionadas con la campaña electoral de septiembre de 1973. En más de media docena de ocasiones, consiguieron reunir de 50 mil a 150 mil personas, e incluso sobrepasaron dichas cifras cuando el definitivo regreso de Perón al país, el 20 de junio de 1973: si bien las estimaciones del número de argentinos que fueron a recibirle al aeropuerto de Ezeiza oscilaron entre un millón y medio y cuatro millones, se sabe de cierto, que la Tendencia, por sí sola, había movilizado a la mitad."<sup>20</sup>

También le dieron prioridad a la difusión de la línea política, por lo que se creó el diario *Noticias*, con una venta regular de 150 mil ejemplares, y los semanarios *El Descamisado* y *La Causa Peronista*, con más de 100 mil.

Casi inmediatamente comenzaron los enfrentamientos con la derecha del peronismo, y con el propio Perón. Montoneros, salvo una pequeña fracción disidente que optó por la ortodoxia, no podía aceptar que Perón no fuera el líder revolucionario que había concebido, pero sobre todo, tenía la certeza de que *nadie* podría imponerle al pueblo "después de 18 años de lucha" un proyecto que consideraban impopular.

Se lanzaron pues al enfrentamiento directo que culminó en la manifestación del 1 de mayo de 1974. Con seguridad, fue el desafío más grande que vivió Perón como líder del movimiento. Un desafío público, a los gritos, con burlas hacia Isabel Martínez, con insultos hacia la burocracia sindical, con un reclamo inacallable: "¿Qué pasa, general?" La respuesta de Perón fue igualmente definitiva: la desautorización y acusación pública de esos "infiltrados que trabajan adentro y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan de afuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios que trabajan al servicio de dinero extranjero".<sup>21</sup>

Apenas dos meses después de la pública ruptura de lanzas con Perón, el líder máximo del movimiento moría, el 1 de julio de 1974, dejando el gobierno en manos de su mujer Isabel Martínez de Perón y del ministro López Rega, ambos enemigos abiertos de la Tendencia Revolucionaria.

A partir de ese momento, con el recrudescimiento de la represión y de la acción de los grupos parapoliciales, Montoneros fue abandonando el espacio ya de por sí estrecho para realizar trabajo político, no supo o no pudo realizar alianzas políticas con otros sectores del peronismo, y volvió a prioritar el accionar armado. De hecho, el 3 de septiembre de 1974 se autolandestinizó, proclamando que la lucha armada volvía a ser la práctica política principal. Con esta decisión condenaba a muerte a sus organizaciones de base territoriales, sindicales, estudiantiles, que aunque seguirían intentando una batalla cada vez más desigual dentro del movimiento peronista, estaban indisolublemente asociadas a Montoneros. Además, servía de pretexto a la derecha del peronismo para revertir los logros democráticos y participativos de 1973.

<sup>20</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, p. 170.

<sup>21</sup> Perón, Juan Domingo. *La Nación*, 2 de mayo de 1974.

La organización Montoneros se lanzó a una demostración de fuerza militar, con la ilusión de recuperar a través de ella el espacio político perdido, que delataba la supervivencia de sus concepciones focuistas, ahora levemente transmutadas en el objetivo de formar un ejército con veleidades de regular. Clausewitz pasó a ser lectura prácticamente obligatoria para definir no sólo lo militar sino también lo político, esteras cada vez más indiferenciadas.

Así, en 1975 Montoneros realizó alrededor de 500 operativos militares, que incluían actos de propaganda armada, asesinatos de enemigos políticos, de miembros del aparato de seguridad, en particular policías, y ataques contra las Fuerzas Armadas.<sup>22</sup> Estas acciones, como las del ERP, lejos de crear contradicciones en las fuerzas de seguridad las unificaron en torno a la necesidad de aniquilar a los grupos guerrilleros. Incluso la policía, que pudo haber sido una fuerza menos involucrada en la lucha antisubversiva, al convertirse en un blanco privilegiado de la guerrilla (sufrió 75 bajas en el lapso de un año) se cohesionó con las posturas más agresivas de las Fuerzas Armadas.

La conducción de Montoneros supo, como todo el país, que se avecinaba el golpe de estado de 1976, pero además tuvo, por vía de sus informantes, detalles y precisiones sobre el proyecto de los militares. Sin embargo, no le dio mayor relevancia a esta información y continuó con su política operativa que tendía a unificar cada vez más a las Fuerzas Armadas en torno a un proyecto represivo sin precedentes. "A fin de octubre de 1975, cuando todavía estaba el gobierno de Isabel Perón, ya sabíamos que se daría el golpe dentro del año. No hicimos nada por impedirlo (sic) porque, en suma, también el golpe formaba parte de la lucha interna en el Movimiento Peronista. Hicimos en cambio nuestros cálculos, cálculos de guerra, y nos preparamos a soportar, en el primer año, un número de pérdidas humanas no inferior a 1 500 bajas", afirmaba con tono de frío estratega Mario Eduardo Firmenich.<sup>23</sup>

A partir del golpe, Montoneros llevó el accionar militar hasta el más alto grado de que era capaz. No hubo un momento de reflexión, de replanteo, de cuestionamiento. Durante 1976, a pesar de las condiciones excepcionalmente adversas en términos de seguridad y control, realizó cuatrocientas operaciones militares, de diversa envergadura.

Entre el 11 de marzo y el 10 de mayo, es decir justamente durante los primeros días del golpe, que se produjo el 24 de marzo, cuando las calles estaban repletas de efectivos policiales y militares lanzó una campaña militar por la que realizó, sólo en Buenos Aires, 87 "ajusticiamientos", y "recuperó" 37 armas cortas y 64 armas largas.<sup>24</sup> En 1977 realizó seiscientos operaciones,<sup>25</sup> lo que representa un promedio de más de 1.5 operativos diarios. Con la misma velocidad de sus acciones militares, los militantes morían o bien desaparecían, se esfumaban en los vericuetos de los numerosos campos de concentración.

No obstante las bajas que habían tenido hasta entonces, estimadas en 4 500 para agosto de 1978,<sup>26</sup> los dirigentes montoneros decidieron lanzar una contraofensiva militar en 1979. En realidad, esperaban dirigir, por este medio, un estallido insurreccional que habían vaticinado y que nunca se dio. "Abrieron fuego granadeado, reaparecieron en los titulares, pero les abatieron unos seiscientos cuadros, el último aliento que les quedaba como fuerza organizada."<sup>27</sup>

<sup>22</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, p. 240.

<sup>23</sup> Firmenich, Mario Eduardo. *L'Expresso*, 9 de julio de 1977.

<sup>24</sup> Montoneros. *Évita Montonera*, "Resumen de la campaña", abril-mayo 1976, p. 21.

<sup>25</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, pp. 287-289.

<sup>26</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, p. 290.

<sup>27</sup> Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 179.

## **Política y violencia**

¿Cómo se llegó a estos niveles de violencia? En todo el mundo, y durante décadas, la izquierda asociada a los partidos comunistas había afirmado incansablemente que las condiciones subjetivas, o de conciencia, para el desarrollo de los procesos revolucionarios se derivaban de las condiciones objetivas, o materiales.

En los años sesenta, a partir de la Revolución Cubana y la guerra de Vietnam, algunos círculos de la izquierda comenzaron a cuestionar la infalibilidad de este enunciado, y propusieron la idea de que el ejercicio de la violencia revolucionaria podía generar conciencia *per se*, sin necesidad de aguardar a que las condiciones objetivas "maduraran", o más bien acelerando ese proceso de maduración. Esto permitiría, a una generación impaciente por producir los cambios sociales que consideraba necesarios en el Tercer Mundo, acelerar las llamadas "condiciones revolucionarias", para acabar con la injusticia social. Así nació la teoría del foco.

El foquismo cobró gran importancia, sobre todo para los movimientos de liberación de los países tercermundistas, que concebían como condición de posibilidad para realizar una revolución social, el desarrollo simultáneo de una lucha antiimperialista, en países en los que el desarrollo de las fuerzas productivas era muy escaso para considerar un tránsito al socialismo por las vías que vislumbraba la izquierda tradicional.

Así proliferaron diversos movimientos armados latinoamericanos, palestinos, asiáticos. Incluso en algunos países centrales, como en Alemania la Baader Meinhoff, en Italia las Brigadas Rojas, en Estados Unidos, Las Panteras Negras, se produjeron movimientos emparentados con esta concepción de la política.

No se trató de un fenómeno marginal, sino que el foquismo y, en términos más generales el uso de la violencia, pasó a ser casi condición *sine qua non* de los movimientos radicales de la época. Dentro del espectro de los círculos revolucionarios, casi exclusivamente las izquierdas estalinistas y ortodoxas se sustrajeron a la influencia de la lucha armada. Piénsese, por ejemplo, que el PRT argentino, mientras sostenía el accionar del ERP como su brazo armado, era miembro oficial de la Cuarta Internacional cuya trayectoria, si bien radical, no había sido nunca violenta.

La guerrilla argentina formó parte de este proceso, sin el cual sería incomprensible; muchos de sus militantes se entrenaron militarmente en países del bloque socialista, y desarrollaron estrechas relaciones con el MIR chileno, los Tupamaros uruguayos, el M 19 colombiano, la Organización de Liberación Palestina, el Frente Sandinista y otras organizaciones semejantes.

La concepción foquista adoptada por las organizaciones armadas, al suponer que del accionar militar nacería la conciencia necesaria para desatar la revolución social, las llevaba a prioritar lo militar sobre lo político. Esta preeminencia contribuyó, con manifestaciones diferentes pero bajo un mismo signo, a desarrollar una práctica y una concepción militarista y autoritaria en el seno de las organizaciones. Su expresión más clara consistía en considerar básicamente a la política como una cuestión de fuerza y de confrontación entre dos fuerzas: amigos y enemigos.

Esta concepción se asentó sobre un sólido basamento preexistente, que no ofrecía contradicciones sino que por el contrario sustentaba el sentido autoritario de lo político. Me refiero a la formación política de esta generación y a la historia misma del país desde principios de siglo.

Los primeros grupos políticos con los que se relacionaron los jóvenes, casi adolescentes, de fines de los años sesenta, ya fueran de derecha o de izquierda, reivindicaban para sí prácticas autoritarias. El grupo nacionalista Tacuara o la Federación Juvenil Comunista, organismos por los que pasó buena parte de los "fundadores" de la guerrilla, ostentaron, cada uno a su manera, los más claros rasgos del autoritarismo y de las concepciones binarias de nuestro siglo: en un caso el antisemitismo, en otro el estalinismo. Ambas habían engendrado en Europa procesos que comprendían el campo de concentración como modalidad represiva central. Estas ideologías fueron el marco de referencia inicial de esa generación, que intentó rebasarlas con un éxito relativo. Casi indistintamente, militantes peronistas y trotskistas habían pasado por uno u otro grupo en sus primeros años de práctica política; peronistas provenientes de la Federación Juvenil Comunista, trotskistas salidos de Tacuara o de la Alianza Libertadora Nacionalista fueron algunos de los extraños fenómenos que dieron origen a las "formaciones especiales".

La idea de considerar a la política básicamente como una cuestión de fuerza, aunque reforzada por el foquismo, no era una "novedad" aportada por la joven generación de guerrilleros, ya fueran de origen peronista o guevarista, sino que había formado parte de la vida política argentina por lo menos desde 1930.

Los sucesivos golpes militares, entre ellos el de 1955, con fusilamiento de civiles y bombardeo sobre una concentración peronista en Plaza de Mayo; la proscripción del peronismo, entre 1955 y 1973, que representaba la mayoría electoral pero, en particular, una mayoría compuesta por los sectores más desposeídos de la población; la cancelación de la democracia efectuada por la Revolución Argentina de 1966, cuya política represiva desencadenó levantamientos de tipo insurreccional en las principales ciudades del país (Córdoba, Tucumán, Rosario y Mendoza, entre 1969 y 1972), fueron algunos de los hechos violentos del contexto político netamente impositivo, en el que creció esta generación.

Por eso, la guerrilla consideraba que respondía a una violencia ya instalada de antemano en la sociedad: los Montoneros afirmaban "responder con la lucha armada a la lucha armada que (la Revolución Argentina) ejercía desde el Estado"<sup>28</sup>, y casi simétricamente, el ERP aseveraba que "...cerradas todas las posibilidades legales con la asunción de Onganía (el PRT) se orienta correctamente hacia la guerra revolucionaria"<sup>29</sup>.

Esta lógica tampoco fue privativa de la guerrilla. Al inicio de la década de los 70, como ya se señaló, muchas voces, incluidas las de políticos, intelectuales, artistas, se levantaban en apología de la violencia, dentro y fuera de Argentina. Entre ellas tenía especial ascendencia en ciertos sectores de la juventud, la de Juan Domingo Perón quien, aunque apenas unos años después llamaría a los guerrilleros "mercenarios", "agentes del caos" e "inadaptados", en 1970 no vacilaba en afirmar: "La dictadura que azota a la patria no ha de ceder en su violencia sino ante otra violencia mayor."<sup>30</sup> "La subversión debe progresar."<sup>31</sup> "Lo que está entronizado es la violencia. Y sólo puede destruirse por otra violencia. Una vez que se ha empezado a caminar por ese camino no se puede retroceder un paso. La revolución tendrá que ser violenta."<sup>32</sup> El líder aprobaba calurosamente el uso de las armas en ese momento, ya que eran favorables para su proyecto de retorno al país.

<sup>28</sup> *El Descamisado*, "La unidad de FAR y Montoneros", núm. 22, p. 7.

<sup>29</sup> PRT. *Introducción a las resoluciones del V Congreso del PRT*, Buenos Aires, El Combatiente, 1973.

<sup>30</sup> Perón, Juan Domingo. Carta a las FAP, 12 de febrero de 1970, en: Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 39.

<sup>31</sup> Perón, Juan Domingo. Carta a José Hernández Arregui, 5 de noviembre de 1970, en: Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 39.

<sup>32</sup> Perón, Juan Domingo. *Marcha*, 27 de febrero de 1970.

Por otra parte, la práctica inicial de la guerrilla y la respuesta que obtuvo de vastos sectores de la sociedad afianzó la confianza en la lucha armada para abordar los conflictos políticos. Jóvenes, que en su mayoría oscilaban entre los 18 y 25 años, lograron concentrar la atención del país con asaltos a bancos, secuestros, asesinatos, bombas y toda la gama de acciones armadas. "Sí, sí, señores, soy terrorista..." cantaban en 1973 las columnas de la Juventud Peronista, que congregaban decenas de miles de jóvenes que, en realidad, nunca fueron terroristas, si acaso, apenas militantes armados.

Durante los primeros años de actividad, entre 1970 y 1974, la guerrilla había seleccionado de manera muy política los blancos del accionar armado, pero a medida que la práctica militar se intensificó, el valor efectista de la violencia multiplicó engañosamente su peso político real; la lucha armada pasó a ser la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde. Al respecto, es ilustrativa la siguiente anécdota: Cuando se le preguntó a Mario Eduardo Firmenich, dirigente nacional de Montoneros, en enero de 1974, qué podían ofrecer su organización en una eventual negociación con los líderes sindicales, respondió que podía *no matar* a Lorenzo Miguel, el mayor representante de la burocracia peronista de la época quien, a su vez, hacía gala de una violencia semejante.

La influencia del peronismo en las Organizaciones Armadas Peronistas, y su práctica de base creciente entre los años 1972 y 1974, las había llevado a una concepción necesariamente mestiza entre el foquismo y el populismo, más rica y compleja. Pero esta apertura se fue desvirtuando y empobreciendo a medida que crecía el distanciamiento de Montoneros con el movimiento y su aislamiento político general. En cambio, el ERP estuvo siempre más cerca de un foquismo "clásico" que desconfiaba de toda lucha electoral y legal e incluía como parte esencial de su propuesta la formación de un ejército cuyo eje sería un foco de guerrilla rural; tal vez por ello su práctica política se restringió más aún y su seccionamiento de la realidad nacional y su posterior aniquilamiento fueron más acelerados.

Como ya se señaló, los jóvenes radicalizados de la década de los 70 habían aprendido el valor político de la violencia en una sociedad que se valía de él desde muchos años antes, y militarizaron su práctica revolucionaria al influjo de las teorías foquistas del Che, crema y nata de los círculos revolucionarios de los años sesenta y setenta. Fueron, en consecuencia, un fiel producto de su sociedad y de las polémicas políticas de la época. No se los puede considerar como un "brote" de locura repentino sino que constituyeron un fenómeno consistente con su momento y con su país, del que reunieron algunos de sus rasgos más brillantes y también de los más nefastos.

### **Atrapados**

El proceso de militarización creciente de las organizaciones, y la consecuente desvinculación de la lucha de masas tuvo dos vertientes principales: por una parte el intento de construir, como actividad prioritaria, un ejército popular que se pretendía con las mismas características de un ejército regular, por la otra la represión que, sobre todo en el caso de Montoneros, la fue obligando a abandonar el amplio trabajo de base desarrollado entre 1972 y 1974.

Con respecto a la formación del ejército, el punto de arranque se ubica hacia fines de 1974, con la autoclandestinización de Montoneros y de las agrupaciones nucleadas en la Tendencia Revolucionaria, después de la ruptura con Perón y de su muerte casi inmediata. Finalizado el idilio con el movimiento y, con él, la ilusión de acceder al gobierno por vías no violentas, la estructura de la organización, que hasta entonces se había definido como político-militar, comenzó a especializarse. De



los alrededor de 5 mil "encontrados", se diferenciaron dos niveles: milicianos y combatientes. Todos los miembros plenos de la organización pertenecían a esta segunda categoría, es decir estaban obligados a participar en la actividad militar.

Los milicianos, en cambio, desempeñaban tareas de índole política pero que tendieron a irse militarizando gradualmente. A lo largo de 1975 se lanzó la formación del Ejército Montonero, con tropas de combate organizadas en pelotones, un servicio de inteligencia que llegó a ser bastante eficiente y la fabricación de documentación falsa y armamento, en particular explosivos, granadas de fragmentación y energas o "lanzgranadas".

El militarismo y la idea de crear un ejército regular llegó a sus expresiones más formales y exageradas, en la gran importancia que se comenzó a asignar a los rangos, los uniformes, los saludos y toda la "etiqueta" militar. El 15 de marzo de 1976, la resolución 001/78 de la conducción nacional de Montoneros, resolvía implantar el uso de uniforme para el Ejército y las Milicias Montoneras, con indicación de colocación de insignias, prendas del uniforme, variaciones por camuflaje, correaje y otras precisiones semejantes. La misma resolución indicaba que "...la adopción y utilización de uniforme para el Ejército y las Milicias Montoneras es un derecho ganado legítimamente a través de largos años de lucha heroica y consecuente."<sup>33</sup>

Por su parte, el ERP tenía concepciones semejantes, que se relacionaban sobre todo con la llamada Compañía de Monte, en Tucumán. "La estratégica importancia de las unidades rurales radica en que el auxilio de la geografía hace posible construir velozmente poderosas unidades bien armadas y entrenadas, capacitadas para golpear duramente al enemigo... y hacer posible la construcción de bases de apoyo como sostén de un poderoso Ejército Revolucionario de carácter regular, en condiciones de sostener victoriosamente con sus armas la insurrección general del pueblo argentino que llevará al triunfo de la revolución nacional y social en nuestra patria."<sup>34</sup>

El proceso de militarización creciente, y un conjunto de fenómenos colaterales pero no menos importantes, como la falta de participación de los militantes en las decisiones y en la definición de la línea política; el desarrollo de tendencias despótico-autoritarias en las conducciones con el enquistamiento de direcciones vitalicias y burocráticas o el desinterés por el militante en tanto individuo que redundó en su despersonalización (fenómenos que se registraron en muchas de la guerrillas latinoamericanas) debilitaron internamente a las organizaciones guerrilleras. Lo cierto es que la descomposición interna estaba bastante avanzada en el momento del golpe militar de 1976. La guerrilla habían comenzado a reproducir internamente las formas y las técnicas del poder establecido antes que generar su cuestionamiento y desarrollar variantes alternativas de práctica y participación política.

Las armas son potencialmente "enloquecedoras": permiten matar y, por lo tanto, crean la ilusión de control sobre la vida y la muerte. Como es obvio, no tienen por sí mismas signo político alguno pero puestas en manos de gente demasiado joven que además, en su mayoría, carecía de una experiencia política consistente funcionaron como una muralla de arrogancia y soberbia que encubría, en alguna medida, una cierta ingenuidad política. Frente a un Ejército constituido, los guerrilleros no se planteaban ser francotiradores, debilitar, fraccionar y abrir brechas en él; querían construir otro de semejante o mayor potencia, igualmente homogéneo y estructurado. Poder contra poder, ambos con pretensión de únicos. Su arrogancia era, por cierto, semejante a la que se ejercía desde el poder, a

<sup>33</sup> Montoneros, Conducción Nacional. En: Gasparini, Juan, *op. cit.*, p. 258.

<sup>34</sup> ERP, *El Combatiente*, 5 de junio de 1974.

pesar de sí mismos. Habían nacido como forma de resistencia y hostigamiento contra la estructura monolítica militar pero ahora aspiraban a parecerse a ella y disputarle su lugar. El poder centralizador, siempre armado, unitario y represor, al reconocer el desafío extraordinario que pretendía usurpar su monopolio en el uso de la fuerza institucional respondió con todo su potencialidad de violencia.

La represión que se desató contra las organizaciones sociales y políticas de izquierda en general y contra las organizaciones armadas en particular, después de la breve "primavera democrática" partió, en primer lugar, de la derecha del movimiento peronista, ligada con importantes sectores de las Fuerzas Armadas. Ya el 20 de junio de 1973, en oportunidad de la llegada de Perón al país, estos grupos dispararon sobre las columnas de la Juventud que se movilizaban hacia el aeropuerto, ocasionando al menos 25 muertos y más de 400 heridos.

En octubre de ese mismo año, comenzó el accionar público de la Alianza Anticomunista Argentina o Triple A (AAA), en un atentado contra el senador radical Hipólito Solarí Yrigoyen. Desde un principio se sospechó que la AAA estaba constituida por parte de los elementos que ya habían actuado en Ezeiza y también por miembros de las fuerzas de seguridad. "...el terror blanco, fascista, lo promocionan los grupos parapoliciales y las Fuerzas Armadas. La Triple A son las tres armas", aseguraba certeramente el ERP.<sup>35</sup>

Luego se demostró que, efectivamente, la organización terrorista estaba dirigida por el ministro de Bienestar Social, José López Rega, y claramente protegida y vinculada con los organismos de seguridad. En tanto grupo paramilitar, se dedicó al asesinato de la militancia de izquierda con una actividad política pública, aunque no estuviera directamente vinculada con las organizaciones guerrilleras. Gran número de dirigentes y activistas de las agrupaciones que conformaban la Tendencia y de otras correspondientes a la izquierda tradicional fueron asesinados y dinamitados sus locales.

A partir de la muerte de Perón, y dado el conflictos que implicaba la "sucesión política" en el movimiento peronista, su accionar se aceleró. Entre julio y agosto de 1974 se contabilizó un asesinato de la AAA cada 19 horas.<sup>36</sup> Para septiembre de 1974 habían muerto, en atentados de esa organización, alrededor de 200 personas. "El método de la AAA no tardó en volver rutinaria la tremenda historia del militante popular arrebatado de su casa por un grupo de hombres que muestra credencial oficial y se mueve en coches de último modelo, y que aparecen luego en los baldíos de Lugano o en las piletas de Ezeiza, las manos atadas a la espalda, los ojos vendados y el cuerpo atravesado por treinta, cincuenta y hasta cien disparos... A partir de diciembre último la AAA encontró una variante perversa... que masifica las ejecuciones haciendo volar con explosivos los cuerpos de tres y hasta cinco personas".<sup>37</sup>

Por su parte, durante 1974 y 1975, la guerrilla multiplicó las acciones armadas, entre las que figuraron algunos asesinatos de represalia. Uno de los más significativos fue la explosión que quitó la vida a Alberto Villar, jefe de la Policía Federal, ligado a la AAA, en noviembre de 1974. Se desató una verdadera escalada de violencia entre la derecha y la izquierda, que convertía cada vez más al conflicto político en una "batalla tecnológica entre especialistas en violencia clandestina, con las masas como espectadores situados alrededor de la palestra donde luchaban los profesionales".<sup>38</sup> Sin embargo, detrás de los tiros, la lucha era eminentemente política. Se disputaba la conducción del

<sup>35</sup> ERP, *El Combatiente*, 30 de enero de 1974.

<sup>36</sup> Graham Yooli, Andrew. En Seoane, María, *op. cit.*, p.242.

<sup>37</sup> Montoneros. *Evita Montonera*, abril 1975.

<sup>38</sup> Debray, Régis. *La crítica de las armas*. En: Gillespie, Richard, *op. cit.*, p. 249.

peronismo, movimiento mayoritario en Argentina y, con ello, en buena medida la posibilidad de implantación de un modelo político y económico estable, que garantizara la paz social necesaria. Aquél que triunfara en el enfrentamiento violento, alcanzaría la legalidad necesaria para determinar cuál sería ese modelo y quiénes quedaban incluidos o excluidos para asegurar la estabilidad necesaria.

Sin duda, la violencia de la derecha cobró más víctimas (2 mil para marzo de 1976) y fue más indiscriminada. Un ejemplo de ello lo dio el Comando Libertadores de América, parte de cuyo personal pasaría a integrar poco después el campo de concentración de La Perla. El Comando cometió múltiples asesinatos de militantes y no militantes. En una oportunidad "irrumpió en un mitin estudiantil, se llevó a cinco bolivianos, tres argentinos y un peruano y los condujo a un lugar aislado de las afueras de Córdoba, donde, atados de pies y manos y con los ojos vendados, fueron fusilados."<sup>39</sup> Es interesante observar que la metodología usada era semejante a la que a partir de 1976 emplearon los Grupos de Tareas de las Fuerzas Armadas, también es significativo que para entonces, se proponían, explícitamente intimidar a la población. La noción de crear y diseminar el terror ya estaba presente.

La AAA inauguró la práctica de la "desaparición" de personas, el secuestro de militantes latinoamericanos que eran trasladados ilegalmente a sus países y entregados a las fuerzas represivas, y realizó asesinatos masivos de familias de guerrilleros conocidos; tales fueron los casos de los padres de Fernando Vaca Narvaja, Clarisa Lea Place y Carlos Capuano Martínez, entre otros.

El golpe de 1976 implicó no sólo la represión masificada de la guerrilla con una violencia inédita sino también la de toda oposición política, económica o de cualquier orden. Quedó cancelada cualquier forma de acción política que no fuera la oficial y toda acción vinculada a la llamada subversión, concepto muy laxo que incluía cualquier oposición abierta, se sancionó con la pena de muerte. Cuando se produjo el golpe, al desgaste interno de las organizaciones y a su aislamiento, se sumaban las bajas producidas por la represión paramilitar que habían mermado su fuerza; sin embargo, tanto ERP como Montoneros se consideraban a sí mismas indestructibles y concebían el triunfo final como parte de un destino histórico.

A partir del 24 de marzo de 1976, la política de desapariciones de la AAA tomó el carácter de modalidad represiva oficial, abriendo una nueva época en la lucha contrainsurgente. En pocos meses, las Fuerzas Armadas destruyeron casi totalmente al ERP y a las regionales de Montoneros que operaban en Tucumán y Córdoba. Los promedios de violencia de ese año indicaban un asesinato político cada cinco horas, una bomba cada tres y 15 secuestros por día, en el último trimestre del año.<sup>40</sup> La inmensa mayoría de las bajas correspondía a los grupos militantes; sólo Montoneros perdió, en el lapso de un año, 2 mil activistas, mientras el ERP desapareció. Además, existían en el país entre 5 y 6 mil presos políticos, de acuerdo con los informes de Amnistía Internacional.

Roberto Santucho, el máximo dirigente del ERP, comprendió demasiado tarde. En julio de 1976, pocos días antes de su muerte y de la virtual desaparición de su organización, habría afirmado: "Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las Fuerzas Armadas al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado. Por lo tanto debemos desmilitarizar la política, replegar al Partido en los centros obreros y disolver la Compañía de Monte hasta que un nuevo auge del movimiento popular, aproximadamente dentro de un año, o un año y medio, nos permita relanzarla."<sup>41</sup> La autocrítica fue demasiado tardía e

<sup>39</sup> Gillespie, Richard. *op. cit.*, p. 229.

<sup>40</sup> Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 98.

<sup>41</sup> Mattini, Luis. En Seoane, María, *op. cit.*, p. 303.

incluso optimista; el nuevo auge del movimiento popular aún no se ha producido, 15 años después, pero queda en beneficio de Santucho el haber comprendido que el camino que emprendió la guerrilla era el inverso al que podía conducir al éxito o a la preservación de las fuerzas con que había contado.

La conducción montonera, en lugar de aceptar que las condiciones represivas se habían modificado y que, por lo mismo, las medidas de seguridad y autodefensa debían transformarse, se aferró a la idea de que la nueva metodología represiva no se podría aplicar nunca en una gran urbe como Buenos Aires y, una vez más, enunció su destino manifiesto de vencedores de la contienda, dictado por alguna extraña ley de la historia.

Al mismo tiempo, realizó los "cálculos de guerra" de que hablaba Firmenich; Montoneros consideraba que si se salvaba un escaso porcentaje de guerrilleros en el país (Gasparini calcula que unos cien) y otros tantos en el exterior, quedaría garantizada la regeneración de la organización una vez liquidado el Proceso de Reorganización Nacional. Así, por no abandonar sus territorios, la conducción entregó virtualmente a buena parte de sus militantes, que serían los pobladores principales de los campos de concentración.

Algunas investigaciones, como las de Gasparini, y la información de los círculos militantes atribuye el acelerado final del ERP a la existencia de infiltración en sus filas por parte de los servicios de inteligencia. Versiones semejantes, como la de María Seoane, pero sobre todo periodísticas, han sugerido que la conducción nacional de Montoneros también estaba infiltrada por los servicios de inteligencia; sólo así se explicaría que, en cada circunstancia haya tomado precisamente las decisiones que conducían en forma más directa al exterminio. Esas argumentaciones suponen que Mario Eduardo Firmenich, máximo dirigente de Montoneros, sólo podría haber actuado como actuó siendo un agente doble.

Aunque los hechos permitirían holgadamente sustentar esta tesis, creo que la realidad suele ser algo más compleja que un simple juego conspirativo de agentes sencillos y dobles. Es preciso buscar en la lógica y la dinámica de Montoneros las razones de su derrota y desaparición. El desastre político y militar que sufrió fue fruto de una organización atrapada en las concepciones y prácticas pragmáticas, militarizadas, burocráticas y autoritarias que se han descrito hasta aquí y que, a partir de cierto momento, le escamotearon el más elemental sentido de realidad.

### **Una lógica cerrada**

La guerrilla quedó atrapada tanto por la represión como por su propia dinámica interna; ambas la condujeron a un aislamiento creciente de la sociedad.

Para comprender el proceso que se desarrolló en el período 1976-1980, se considerará en particular el caso de Montoneros. Esto se debe a la temprana desaparición del ERP que, si bien constituyó un actor importante en el proceso de formación de la guerrilla, ya estaba aniquilado en julio de 1976, a cuatro meses del golpe militar. Sus militantes habían desaparecido, como todos los militantes populares capturados en esa época. Julio de 1976 es la fecha en que cayó su máximo dirigente, Roberto Santucho, quien murió combatiendo, después de lo cual la organización no logró rearticular su estructura ni su funcionamiento. Hacia fines de 1976, fecha de captura de los primeros sobrevivientes de los que se registran testimonios, los dirigentes vivos del ERP partieron al exilio. Por ello, los

principales pobladores de los campos de concentración durante el período que se analiza y, en particular, la mayor parte de los sobrevivientes corresponde a la organización Montoneros y a su periferia. De la misma manera, la temprana desaparición del ERP no permite analizar en profundidad los procesos internos de la organización frente al incremento represivo pero, sobre todo, ante las nuevas modalidades de la represión, es decir, ante la aparición del campo de concentración-exterminio, como modalidad represiva del Estado. En este apartado, me propongo delinear los mecanismos políticos, militares y organizativos que, junto al ímpetu represivo, asfixiaron la práctica de Montoneros y condujeron a la organización a una verdadera derrota política y militar que, en el caso del ERP, ya se había producido casi al inicio del período.

### *Lo político*

**Pragmatismo.** La ausencia de un cuerpo teórico, ya fuera previamente constituido o que se fuera construyendo progresivamente, e incluso cierto menosprecio por la elaboración intelectual, se reemplazó por algunas "verdades" nunca cuestionadas (la contradicción principal en Argentina es la que existe entre el imperialismo y el campo de la nación; la única resolución posible a dicha contradicción es la construcción del socialismo; la clase que debe dirigir el proceso revolucionario al socialismo es la clase obrera, cuya identidad política es el peronismo) y por la dudosa apelación a la realidad, como si ésta no fuera multifacética y, por lo tanto no tuviera innumerables lecturas. Ambas limitaciones fueron herencia del peronismo, de su vieja pugna con la intelectualidad argentina así como de aquella afirmación perogrullesca de Perón: "La única verdad es la realidad".

Para Montoneros, esta apelación a la realidad implicaba asimismo la transformación de la misma por medio de la acción, como *non plus ultra* de lo político. "El aspecto más dinámico, el motor de esa relación dialéctica (la relación entre acción, conciencia y organización) lo constituye la acción..... La historia de los últimos diez años del proceso revolucionario argentino ha confirmado ampliamente la justeza política de nuestra teoría revolucionaria, especialmente de este aspecto de la misma. o sea, la dialéctica de la acción".<sup>42</sup>

El énfasis en la práctica y en la acción dieron lugar a severas contradicciones dentro de la línea política, que fue llevada en una y otra dirección, según se sucedían las coyunturas. Por ejemplo, en 1976 una de las publicaciones de Montoneros afirmaba: "El peronismo ha quedado agotado".<sup>43</sup> Sin que mediara una explicación o retractación comprensibles, pocos meses después, la circular de febrero de 1977, de la Conducción Nacional, señalaba que considerar que el peronismo se había terminado y lo reemplazaban los montoneros, constituía un error vanguardista y la portada del número 22 de *Evita Montonera* decía "El triunfo de la resistencia de los trabajadores forjará la unidad del peronismo". Entre la primera afirmación y esta última habían transcurrido dos años y muchos muertos pero no existía una caracterización del movimiento peronista como tal, que fundamentara ninguna de las afirmaciones. Todas eran producto de la práctica y de la acción, y estaban respaldadas por "la realidad".

Sin duda, este mismo pragmatismo llevó a una comprensión insuficiente y esquemática tanto de Perón como del movimiento peronista. La confusión entre la condición desestabilizante, francotiradora e incluso combativa de ambos que había impedido de hecho el asentamiento de todo proyecto político desde 1955, con un carácter supuestamente revolucionario orientado a cuestionar las formas y la distribución del poder capitalista, llevó a esperar del gobierno peronista, que se planteaba la "comunidad organizada", medidas de corte socialista, nacionalizaciones forzadas e incluso la

<sup>42</sup> Montoneros. *Las contradicciones políticas existentes y su forma de resolución*, documento interno, septiembre de 1976.

<sup>43</sup> Montoneros. *El Montonero*, núm 11, abril 1976, p. 4.

formación de milicias populares, todas estas banderas incuestionables que aparecían como el camino a una liberación nacional y social que liberaría al país de una vez y para siempre.

Esta distorsión entre las expectativas y propuestas políticas de Montoneros sobre Perón y el peronismo y los hechos que se fueron suscitando en ese gobierno peronista de la tercera edad, los llevó a un aislamiento creciente, con la reducción de su área de influencia a aquellos sectores directamente ligados con la estructura organizativa.

*Desinserción de los sectores populares; una representación incierta.* Es indudable que la represión y la clandestinidad dificultan el trabajo político, aunque no lo impiden. La desinserción política del ERP, que también fue determinante en su destrucción, se incrementó con el accionar represivo pero, en verdad, provenía de su propia concepción de lo político, tan elitista y pura, frente a realidades desordenadas, múltiples, contradictorias.

Por su parte, Montoneros llegó a tener un trabajo de base importante dentro del movimiento peronista, pero que se desarrolló sobre todo en los frentes territorial y juvenil. Las juventudes peronistas tenían importancia en sectores socialmente marginales y entre la clase media, especialmente profesional y estudiantil; no así en la clase obrera urbana, de gran peso político y numérico, ni en otros grupos sociales más directamente vinculado con la actividad productiva y de mayor peso en las relaciones de poder vigentes.

Gran parte de la fuerza que había conservado el peronismo entre 1955 y 1972 se debía al éxito de un sindicalismo peronista unido, conducido por una burocracia generalmente gangsteril, pero con capacidad para afectar el aparato productivo nacional. Sin duda, el movimiento peronista abarcaba a muchos otros sectores y constituía un fenómeno social mucho más amplio, pero también sin duda, buena parte de su capacidad de presión, negociación y concertación residía en el poder de ese aparato sindical, al que Montoneros nunca pudo acceder.

Por otra parte, si bien el accionar represivo, tanto legal como clandestino, incluso antes de la muerte de Perón, se orientó a destruir a las organizaciones guerrilleras, se dirigió sobre todo a sus agrupaciones de base, que eran los organismos más visibles. En consecuencia, la desinserción de Montoneros se profundizó con el avance represivo de las AAA y más tarde del gobierno militar, que golpearon esas agrupaciones, pero sus razones últimas deben buscarse en un trabajo de base muy reciente y, por lo tanto, poco asentado (de 1972, con la campaña electoral, a 1974, con la autoclandestinidad y la aparición de la AAA), así como en una perspectiva política vanguardista que aducía una dudosa representación e impulsaba como parte de su propuesta "popular" acciones que las bases del movimiento no asumían como viables ni deseables.

El llamado a la construcción de un ejército popular, la declaración de una guerra que no quedaba verdaderamente clara para nadie y la insistencia en una práctica que tendía a incrementar los niveles de violencia, no eran acciones que coincidieran o se asimilaran fácilmente a las prácticas desarrolladas hasta entonces por el movimiento peronista que, si bien nunca había permanecido ajeno al uso de la violencia, también había sido muy cauto en sus enfrentamientos.

La desinserción favoreció el rebrote de un vanguardismo cuyas fuentes provenían del foquismo inicial. Con la destrucción de las agrupaciones de base, Montoneros fue perdiendo sus canales de comunicación, y comenzó a girar en el vacío de su propia lógica, cada vez más desconectada y autosuficiente.

Mientras Montoneros afirmaba "La identidad política común del Partido (Montonero) y las agrupaciones del Movimiento de Liberación Nacional, *permitirá profundizar y entender la situación de guerra en el seno de las agrupaciones, haciendo que efectivamente éstas participen del proceso bélico y posibilitando la retaguardia real del Partido y el Ejército*",<sup>44</sup> las agrupaciones, sabiamente intentaban participar *lo menos posible*, en dicho proceso bélico.

El proceso de desinserción se agudizó a partir de 1977, con la salida del país primero de las conducciones, luego de los mandos medios y por último de todos los que pudieron hacerlo. Si hasta ese momento la distancia con sectores sociales más amplios había afectado la perspectiva política, a partir de entonces la brecha se abrió con el país en su conjunto, por lo regular con el océano de por medio y el bloqueo informativo en acción. Los múltiples contactos y relaciones internacionales, entre las que cabe mencionar las relaciones con el gobierno de Cuba, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua, el Partido Socialista Francés (PSF), aunque dieron un espacio político en el exterior jamás permitirían salvar la enorme distancia con el país, que ya era incluso geográfica. Los viajeros y los pocos militantes que quedaban en Argentina poco podían hacer para corregir la óptica cada vez más distorsionada en que persistía la conducción.

La desinserción política llevó, por una parte, a la formulación de propuestas que el movimiento peronista, de por sí disperso y golpeado por el accionar represivo sobre todos sus frentes, no podía ni quería recoger. Pero por otra, llevó a creer que las acciones de resistencia que se emprendían en el país representaban parte de su propio plan, que eran una respuesta real a la política montonera. Así, los numerosos conflictos sindicales que el gobierno militar debió enfrentar, y que respondían a comisiones internas de las fábricas, por lo regular sin contacto ni coincidencia algunos con las propuestas de la guerrilla, se contabilizaban desde la organización como parte de la resistencia popular, de su resistencia popular, a la que llamaban desde sus publicaciones y que promovían con el accionar militar ("la resistencia armada y miliciana alimentó y dio fuerza a la resistencia sindical"<sup>45</sup>), y como indicio del avance de una verdadera contraofensiva popular. Toda resistencia era una convalidación de su política.

Si bien Montoneros reconocía una desinserción de la base en términos organizativos, sobre todo después de las numerosas detenciones y desapariciones de 1976 y 1977, nunca pensó que esto se debiera a una auténtica desinserción política, de manera que pretendía subsanar esta deficiencia superponiendo su "espacio" militar con el de la lucha de masas. "Nuestro accionar militar debe coincidir con la lucha de masas en los objetivos, el tiempo y el espacio",<sup>46</sup> afirmaba. Esta idea llevó a que los militantes no sólo estuvieran separados de la lucha política de base sino que fueran temidos por los activistas sindicales puesto que cuando operaban militarmente sobre un área de conflicto atraían una represión mucho mayor y abortaban las posibilidades de triunfo o negociación.

A medida que aumentó el aislamiento de los sectores populares, se incrementó la práctica "internista" y consecuentemente floreció una lógica cerrada, retroalimentada, autosostenida y sin instancias de confrontación política con otros sectores.

*Prevalencia de la lógica revolucionaria sobre el sentido de realidad.* Dada la escasa relación con la realidad social y política que pretendían modificar, las organizaciones reemplazaron el análisis político

---

<sup>44</sup> Montoneros. *Fundamentos del Plan Anual, 1977*, documento interno.

<sup>45</sup> Montoneros. *Reunión de Conducción Nacional*, documento interno, marzo de 1978.

<sup>46</sup> Montoneros. *Estrella Federal*, núm. 3, 1978, p. 16.

de circunstancias concretas por la lógica interna de un conjunto de "principios" revolucionarios que no alcanzaban a constituir una teoría. La consistencia lógica reemplazó a la búsqueda de cierta congruencia del discurso con la realidad cambiante. De esta manera, tanto el discurso como la práctica política montoneros se alejaron paulatinamente de todo contacto con el acontecer que podríamos llamar realidad. Se operó una inversión mediante la cual, en lugar de establecerse un diálogo entre los presupuestos teóricos y la realidad, esta última se convirtió cada vez más en un apéndice amoldable y amoldado a la concepción teórica. Se fue produciendo un deslizamiento gradual, que comenzó por distorsiones ligeras para llegar a un discurso verdaderamente aberrado, sin contacto alguno con lo realmente existente.

Por ejemplo, Montoneros había afirmado tras la muerte de Perón que, por ser la única rama del movimiento peronista que tenía una estrategia de poder resultaba "claramente hegemónica" hasta para sus enemigos.<sup>47</sup>

Este tipo de lógica, ligada a la convicción del triunfo inexorable, llevó a presuponer que toda acción del oponente era provocada por un avance del campo popular. Las argumentaciones resultan demenciales porque tienden a justificar todo movimiento de la situación como un indicio de la propia fuerza y de la cercanía del triunfo. Así, en 1976, ante las nuevas formas operativas desplegadas por las Fuerzas Armadas, Montoneros aseguraba: "aunque aparezca como que las Fuerzas Armadas, al operar masivamente sobre nosotros, producen un retroceso de nuestras fuerzas, en realidad esa situación, de que las Fuerzas Armadas se vean obligadas a salir de sus cuarteles y entrar en un enfrentamiento directo con nosotros, no es sino un retroceso del enemigo, ya que se da cuando nuestras fuerzas rebasan a las fuerzas operativas puestas en juego hasta ese momento".<sup>48</sup>

La distancia que media entre estas lógicas distorsionadas y la vil mentira llega a ser verdaderamente sutil, sobre todo a medida que se profundiza la desinserción. Se trata de una falsificación que tiende a agrandar los éxitos propios y los fracasos del "enemigo". Sería difícil determinar la intencionalidad o no de la mentira desde las conducciones, pero lo verdaderamente significativo es cómo este falseamiento de lo real, dentro de grupos cerrados, que carecen de otros puntos políticos de referencia, por el aislamiento propio, por la censura impuesta desde el gobierno y por la eliminación de toda postura disidente, termina por convertirse en una versión aceptable y creíble. En 1977, se afirmaba que: "el enemigo no pudo concretar el aniquilamiento y nuestras fuerzas volvieron a regenerarse y a reorganizarse con gran rapidez"<sup>49</sup>; o bien, "la situación del gobierno no puede ser peor....Paredes pintadas...volantes donde figuran los votos de los compañeros ante una medida de fuerza...En los barrios la gente murmura...Hoy la gente resiste al gobierno de Videla para no morir de hambre, y también defendiendo sus derechos político-sindicales...El país es un hervidero."<sup>50</sup>

A continuación, se llega al delirio: "el caudal de nuestra política es, hoy, no menos de 2 millones y medio de votos"<sup>51</sup>, o bien en enero de 1979, cuando la organización Montoneros ya había sido virtualmente destruida y sólo quedaba un pequeño número de militantes en el exterior: "...ahora que los hemos frenado (a los militares) y desgastado, los tenemos que atacar para empujarlos al abismo... En circunstancias en que la dictadura se debate en sus contradicciones internas, sin lograr digerir sus

<sup>47</sup> Montoneros. *Autocrítica, primera parte*, Documento interno, 1974, p. 25

<sup>48</sup> Montoneros. *Autocrítica, segunda parte*, Documento interno, 1976, p. 19.

<sup>49</sup> Montoneros. *Reunión de conducción nacional*, Documento interno, abril de 1977, p. 6.

<sup>50</sup> Montoneros. *Circular 31*, junio de 1977, pp. 1, 4.

<sup>51</sup> Montoneros. *Conducción Nacional*, documento interno, julio de 1977, p. 3.



fracasos y vertebrar una estrategia de recambio, no debemos darle tiempo ni libertad de acción para que reestructure sus fuerzas".<sup>52</sup>

*Convicción del triunfo inexorable.* Esta convicción, muy arraigada en las organizaciones que se autoatribuyen el papel de vanguardias, las lleva a pensar que cualquier situación es, a largo plazo, favorable para sus fines estratégicos. Presupone que hay una línea de evolución histórica que lleva inexorablemente al triunfo de sus objetivos. "Dentro del gobierno, las FFAA y sus aliados, la situación se presenta más o menos clara: una extrema debilidad; hay contradicciones públicas y a diario, hoy nadie se juega por este proyecto ni por los alternativos, que se unen solos ante el peso de la lucha de masas y el irreversible avance de la historia".<sup>53</sup>

La suposición del triunfo inexorable comprende la lógica de que "lo bueno que tiene es lo malo que se está poniendo". Bajo esta idea, la organización Montoneros, por ejemplo, consideró que el golpe de 1976 era benéfico para sus objetivos puesto que se agudizarían las contradicciones y se aclararía un enfrentamiento que resultaba difuso dadas las prácticas de represión ilegal provenientes de un gobierno elegido democráticamente; todo ello permitiría acelerar el momento del triunfo.

La convicción del triunfo inexorable no permite analizar con seriedad la posibilidad de la derrota, distorsionando en los militantes la visión de la situación política real, en la que siempre, por lo menos hasta momentos muy próximos a la toma del poder por parte de una fuerza insurgente, está mucho más próxima la posibilidad de la derrota que la del triunfo. Se abunda en las ideas de "victoria final", en la "imposibilidad de la derrota de las fuerzas populares", como si su sola enunciación conjurara la verdadera posibilidad del aniquilamiento. "La justicia de nuestra causa, la experiencia adquirida, el compromiso hacia nuestros héroes y mártires, el ejemplo de nuestro pueblo, nos aseguran la victoria final", afirmaba el informe de la reunión de la Conducción Nacional de marzo de 1978, firmado por Firmenich.

### *Lo militar*

*Militarización de lo político.* Como ya se señaló, la concepción foquista suponía la idea de que el accionar militar generaba conciencia. Si bien esta forma de pensamiento se transformó y se enriqueció durante el período legal de las organizaciones, en virtud de su relación con otras formas de lo político entre ellas la política de masas, el equilibrio que se buscó a partir de entonces entre lo militar y lo político se fue rompiendo, a partir de la clandestinidad, a favor del primero.

Uno de las claves de esta militarización fue la idea de que lo militar era el pilar fundamental del poder político, no ya "la política por otros medios" sino el sustento principal de todo poder político. "El poder político está condicionado a la existencia del poder militar que lo sustenta... todo proyecto político es nulo si no cuenta con un poder militar correlativo".<sup>54</sup> Esta afirmación, en principio inobjetable, conducía a otra más dudosa: "todo nuestro accionar político está condicionado a nuestro accionar militar",<sup>55</sup> en la que ya aparece la reducción de lo político a lo militar. La diferencia entre reconocer el sustrato violento y militar en que descansa todo dominio político y suponer que lo político se reduce a lo militar radica en que, precisamente, el poder presupone lo militar pero no se reduce a ello.

<sup>52</sup> Montoneros. *Evita Montonera*, núm. 23, enero 1979.

<sup>53</sup> Montoneros. *Circular 31*, junio 1977.

<sup>54</sup> Montoneros. *Actualización de la estructura organizativa*, documento interno, agosto de 1975.

<sup>55</sup> Montoneros. *Autocrítica, segunda parte*, 1976.

Por su sobredimensionamiento, lo militar fue ocupando el espacio político hasta producirse una verdadera confusión entre uno y otro y la reducción de uno al otro. Así, los documentos políticos de la Conducción Nacional y el Consejo Nacional de Montoneros adoptaron, a partir de noviembre de 1976, una modalidad original; analizaban las coyunturas nacionales desde el siguiente modelo:

1. La estrategia del enemigo (espacio, tiempo, armas)
2. La estrategia propia (espacio, tiempo, armas)
3. La relación de fuerzas (en lo económico, en lo político, en lo militar, en síntesis)
4. Cursos probables de acción

Como se puede ver, la realidad sociopolítica quedaba reducida a variables de tipo militar, perfectamente insuficientes e incluso contradictorias entre sí. Las nociones eran las de dos fuerzas: propias y enemigas. El pensamiento estrictamente binario, comprendía la eliminación de lo que no es propio; no existe en él nada fuera del enfrentamiento; todo pertenece a uno u otro campo. Analizar al oponente-enemigo y a sí mismo desde las variables de espacio, tiempo y armas refleja a todas luces la simplificación y el desvirtuamiento de lo político hacia lo militar klausewitziano, que se trueca súbitamente hacia otras categorías al analizar la relación de fuerzas para permitir una comparación más ventajosa, considerando aspectos como el económico y el político en donde el proyecto militar encontraba ciertas resistencias.

Ante las protestas internas por semejante novedad en la metodología de análisis, la Conducción Nacional (Firmenich, Perdía, Yager y Mendizábal) contestó que: "Para esa descripción y análisis nos valemos de los principios del materialismo histórico y el materialismo dialéctico integrados con los conceptos básicos de la *ciencia militar* (sic)... para integrar lo político y lo militar..... (lo que representa importantes) avances teóricos".<sup>56</sup>

Lo militar, investido del carácter de "ciencia" para resultar más respetable, con predominio sobre lo político, respondiendo a la clásica concepción de Clausewitz, pero distorsionando el principio según el cual la guerra es la continuación de lo político. Ahora lo político se reducía a lo bélico. Se había hecho un tránsito desde una concepción de guerra más ligada a la noción gramsciana de "guerra de posiciones", fundamentalmente política, a la más rígida concepción prusiana de despliegue de armas en tiempo y espacio. Este empobrecimiento de lo conceptual, sin duda tuvo que ver con la pérdida de las cabezas políticas, en particular las provenientes de las FAR, y la instalación dentro de la conducción de un pensamiento que podríamos llamar burocrático-militar.

**Guerra y enemigo.** La militarización de lo político convirtió al opositor en enemigo y a la lucha política en guerra. "Todos manejamos alguna información sobre el enemigo. El cana (policía) que vive en el barrio, la pinza (control policía) que vimos, el plano de la comisaría o el cuartel donde hicimos la colimba (servicio militar), el matón del sindicato, la casa de un traidor del movimiento, el dueño de la fábrica donde trabajamos."<sup>57</sup> Por lo tanto, se caracteriza como enemigo a todo el aparato represivo, a la burocracia sindical sin exclusiones, a la derecha del peronismo y a la burguesía, por lo menos la industrial. La noción enemigo forma un bloque casi tan amplio y arbitrario como la noción de subversivo para los militares.

De manera semejante, el desplazamiento de lo político promovió la insistencia en la idea de guerra, de la que se desprenden las de ejército, ofensiva, batalla, combate. Este fenómeno se produjo en los

<sup>56</sup> Montoneros. *Reunión de Conducción Nacional*, documento interno, abril de 1977, pp. 1,2.

<sup>57</sup> Montoneros. *Evita Montonera*, septiembre 1975, p. 30.

últimos meses de 1975, más precisamente en octubre de ese año cuando, con el ataque al Regimiento 29 de Infantería de Formosa se lanzó el llamado Ejército Montonero, con la intención de constituirse en un ejército regular.

Las publicaciones de Montoneros se llenaron de relatos de operativos violentos (ahora militares), enfrentamientos, indicaciones de cómo utilizar armas o fabricar explosivos y homenajes a los muertos cada vez más numerosos. Por ejemplo, el *Evita Montonera* de octubre de 1976 dedicó 18 páginas al análisis político y 49 a las actividades militares.

Esto correspondía con una práctica que intentaba ganar en lo militar el espacio político que perdía gradualmente. Entre marzo de 1976 y el mismo mes de 1978 la organización realizó, según sus propias fuentes, más de mil operaciones y fabricó 780 kilos de alto explosivo, 2 500 granadas de mano y 1 200 granadas para fusil.<sup>58</sup>

Los enormes costos que representó, en vidas humanas, este aferramiento a la idea de guerra y a la intención de recuperar una posición ofensiva, en lugar de plantear una reformulación de las propuestas llevó a la idea de masificación de la violencia. Si el enfrentamiento, en lugar de darse entre la organización Montoneros y las Fuerzas Armadas se desviaba en enfrentamientos mucho más numerosos y menores, al tiempo que disminuía la presión sobre la estructura de la guerrilla, ésta incorporaría a su proyecto a los sectores populares. Esta idea llevó a "pensar como un todo la lucha armada y la lucha de masas" lo que dificultó aún más el contacto político con una población que era objeto de la política de terror generalizado que se desplegaba desde el Estado.

Es curioso que, estando finalmente tan permeados por una lógica en que lo militar determinaba lo político, Montoneros no haya percibido que las innumerables derrotas militares que sufría a partir de 1976 implicaban, en último término, un error de valoración política que se hacía cada día más obvio.

### *Lo organizativo*

*Reducción de lo político a lo organizativo.* El desvirtuamiento de lo político no sólo se expresó en la militarización sino también en lo que podríamos llamar organizativismo. Las diferentes crisis políticas se intentaban resolver mediante reorganizaciones de tipo administrativo, que se sucedieron ininterrumpidamente a partir de 1975, siempre presentadas como soluciones milagrosas para los males cada vez más numerosos de la organización.

También los problemas de representatividad se encararon como fenómenos organizativos. Con el objeto de "ganar la representatividad en la clase obrera industrial es necesario ajustar las estructuras y el funcionamiento para permitir que los más altos niveles de conciencia del proletariado industrial tengan oportunidad de una más plena participación en la organización", afirmaba un documento interno de agosto de 1975, cuyo nombre era nada menos que *Actualización de la estructura organizativa*. Del texto parecía desprenderse que sólo era necesario abrir la oportunidad de incorporación del proletariado industrial, que esperaba ansioso ese momento para unirse a la guerrilla; así quedaría resuelto el problema de representatividad.

Como parte de este fenómeno, la transformación de la organización, hasta entonces OPM (Organización Político Militar) en Partido revolucionario y el lanzamiento del Movimiento Peronista

<sup>58</sup> Montoneros, *Estrella Federal*, abril de 1978, p. 15.

Montonero (MPM), en 1976, como alternativa a la burocracia del peronismo se concibieron como cuestiones de tipo organizativo. La constitución del Partido significó la especialización de funciones y una mayor centralización de la conducción. Se propuso entonces la "transformación de la actual organización en un partido revolucionario...sobre la base de la transformación organizativa de fondo, y sobre la base de planes, fundamentalmente los militares".<sup>59</sup>

Asimismo la formación del MPM no fue más que la aparición pública y en el exterior de aquellos militantes que ya pertenecían a la organización o estaban vinculados a la misma, y que habían tenido una actividad pública en el país. No representó la realización de alianzas o acuerdos con otros sectores que ampliaran la base de sustentación, y ni siquiera el replanteo de los lineamientos políticos sostenidos hasta entonces.

Si bien el énfasis en lo organizativo se criticaba internamente, la conducción recogió de ello la crítica al llamado aparatismo. Se había dado en llamar aparatismo a esta reducción de lo político a lo organizativo, intentando resolver desde el aparato cuestiones de índole política que requerían análisis y esfuerzos más amplios que los de la sola organización. La conducción tomó la crítica al aparatismo y la transformó en una política de "avaricia" en la administración de los recursos.

Decidió que la subsistencia de los militantes, en especial los de base, y las necesidades materiales de las organizaciones periféricas y los distintos frentes debían ser satisfechas y resueltas desde fuera de la organización, sin recurrir al "aparato". La conducción, bajo el argumento de que la relación con las masas debía sostener a la guerrilla, retraceó recursos con los que contaba y dejó indefensos a militantes populares que hubiera podido proteger.

*Falta de participación en los mecanismos de promoción y en la toma de decisiones.* El centralismo en la toma de decisiones fue característico del funcionamiento de Montoneros, entre otras razones por su fuerte componente militar. Este proceso se intensificó a partir de 1974. De hecho, la reestructuración de marzo de ese año, así como la que se produjo en octubre tendieron a incrementar la centralización de las decisiones, y afectaron explícitamente un federalismo previo que permitía cierta autonomía de las conducciones regionales. Desde ese momento y más aún con la creación de la estructura de Partido, desapareció todo intento de independencia regional y se consideró que los secretarios zonales no eran representantes de su zona frente a la conducción sino a la inversa, comisionados de la conducción en la zona a la que fueran asignados.

Se anuló así cualquier forma de poder que pudiera cuestionar o limitar el de la Conducción Nacional, de cuatro miembros. Debajo de esta instancia se encontraban un Secretariado Nacional y un Consejo Nacional, organismos colectivos que sumaban una docena de militantes. En este puñado de personas, seleccionadas por los mecanismos de evaluación de la Conducción Nacional y por sus respectivos ámbitos de militancia, recaía la totalidad de las decisiones. Allí se trazaban las políticas, sin que existieran mecanismos de convalidación o rectificación de las mismas por parte de los demás niveles de la organización; allí se deben buscar las responsabilidades últimas del accionar montonero entre 1976 y 1980.

El mecanismo de promoción y ascenso consistía en las llamadas evaluaciones, sesiones de crítica y autocrítica que realizaba cada célula y, a partir de las cuales, se seleccionaba al jefe del grupo, con una fuerte influencia de la opinión del ámbito superior jerárquico. Aunque muy deficiente, este mecanismo representaba una forma de democracia interna. Sin embargo, este proceso de por sí

---

<sup>59</sup> Montoneros. *Autocrítica, Segunda parte*, documento interno, 1976, p. 30.

limitado se dio colectivamente por última vez a fines de 1975. Desde ese momento las promociones se decidieron por estricta decisión jerárquica, dificultando aún más la manifestación de cualquier forma de disidencia o desacuerdo. "Hay una parálisis creciente de la práctica de la crítica y la autocrítica en los ámbitos, y los ascensos los determina la Conducción Nacional",<sup>60</sup> señalaba un documento crítico de 1980, que valló la expulsión de los firmantes.

Para 1976, el centralismo y la desconfianza en cualquier mecanismo democrático era uno de los signos de una conducción cada vez más despótica que, sin el menor reparo afirmaba en un documento de septiembre de ese año: "La decisión es por definición centralista... El voto es un procedimiento de tipo excepcional en nuestra organización, dado que la forma principal de la toma de decisiones en los diferentes ámbitos es la de consenso de sus miembros"<sup>61</sup>. Cuando todas las decisiones de un cuerpo colectivo se toman por un consenso tan amplio que no amerita siquiera la consulta, resulta evidente que sencillamente no existe espacio para el disenso.

*Disciplinar el desacuerdo.* La militarización de lo político que ya se analizó llevó a utilizar las pautas disciplinarias de las estructuras militares en toda la práctica organizativa. A medida que el accionar represivo se intensificó, la actividad militar pasó a ser prioritaria y la disciplina reemplazó a la participación de por sí poco desarrollada. Las condiciones represivas "justificaron" la imposibilidad de ampliar la discusión, que llevó en primer lugar a postergar el primer Congreso del flamante Partido, que debía realizarse en 1976. El mismo, que prometía, por fin, el momento democrático dentro del clásico modelo leninista del centralismo democrático, nunca se realizó. En la práctica, se dio un simple centralismo continuado, en manos de una conducción inamovible.

Dicha conducción se dedicó primero a disimular el desacuerdo restándole importancia, boicoteando la discusión y luego ahogándolo. Para septiembre de 1976, se realizó el único proceso de consulta, por votación, del que, por decisión de la Conducción Nacional, no participó toda la organización sino solamente sus mandos medios y superiores. Se debía decidir acerca de la realización del mencionado Congreso durante ese verano. En el momento de la consulta se establecía abiertamente que, de triunfar la posición propuesta por la Conducción Nacional, "los compañeros que realizaron el cuestionamiento que da lugar a esta votación y que ocupen cargos de dirección nacionales o zonales cesarán en sus funciones a la brevedad posible pasando a realizar otras tareas de menor responsabilidad".<sup>62</sup> Es decir, el que pierde se desplaza; no hay espacio para minorías. Asimismo, y en el mismo tono acusatorio frente a toda disidencia, pocos meses después, en abril de 1977, la circular interna número 16 informaba que en la zona norte "hubo planteos de tono disidente, producto de lo cual se despromueve a todos los relacionados al planteo".

La conducción castigaba el desacuerdo, en una organización que por su propia estructura compartimentada y piramidal no tenía posibilidad de resistirse, de organizar una tendencia interna o de destituir a sus niveles superiores. Montoneros quedó atrapada en su propia creación: una organización disciplinada y vertical.

Las declaraciones autoritarias se suceden: "todos los compañeros deben recordar y cumplir el viejo principio de que la orden primero se cumple y luego se critica", en el informe de la reunión de

<sup>60</sup> Montoneros. *Boletín Interno*, núm 13, p. 23.

<sup>61</sup> Montoneros. *Las contradicciones políticas existentes y su forma de resolución*, documento interno, septiembre de 1976, pp. 1, 11.

<sup>62</sup> Montoneros. *Ibidem*, p. 13.

Conducción Nacional de marzo de 1978, junto a la imposición de penas de expulsión y fusilamiento por diversas conductas consideradas lesivas para el partido, el ejército o el movimiento.

No sólo se castigó la disidencia sino incluso cualquier conducta que, aunque acordara con las posturas de la conducción tuviera un enfoque relativamente diferente. El caso más dramático lo constituye la fuga de uno de los militantes secuestrados por el Ejército, Tulio Valenzuela, quien bajo la simulación de una colaboración con sus captores logró escapar a México, impedir con ello el asesinato de dirigentes montoneros, entre ellos Firmenich, y hacer la primera denuncia pública sobre la existencia de campos de concentración por parte de un sobreviviente. Todo esto mientras su mujer y su hijo permanecían en manos del Ejército dentro de Argentina.

Esta acción, virtualmente heroica, en lugar de valerle algún reconocimiento implicó que se le hiciera un juicio revolucionario. En el Boletín Interno número 7, de mayo de 1978, antecedido por una foto del "comandante" Firmenich y Valenzuela durante el juicio, se afirmaba que este último "se autocrítica del hecho de *simular y entregar información al enemigo según su apreciación subjetiva*, con lo que *corre el riesgo* que el enemigo imponga su voluntad". Es decir, se lo degradaba y se consideraba que "debe ser castigado con la máxima severidad" no por lo que hizo o sucedió sino por lo que podía haber sucedido. Tal como luego se analizará en el caso de los campos de concentración también en este caso se condenaba al que es *potencialmente* culpable. En el pensamiento autoritario, la sospecha de culpabilidad se convierte en la prueba misma de ella.

En verdad, el juicio a Valenzuela representó el castigo de todo aquel que no militara o muriera como la conducción definía que se debía militar y morir, mientras ella permanecía a salvo fuera del territorio argentino. Al más puro estilo de los juicios de Moscú, concluyó con una autocrítica del propio Valenzuela reclamando la culpa de haber pretendido "compatibilizar el interés individual con el interés colectivo...la soberbia de haber pensado que tenía el control de la situación (que efectivamente tuvo) y por no comprender que las acciones deben ser analizadas por las concepciones que las inspiran, con independencia de los resultados que generan".<sup>63</sup> Esta argumentación lleva en forma directa a culpar, contra toda norma de justicia, con base en la suposición de intenciones antes que por la realización de acciones específicas y demostrables.

Pero quizás lo más claro del clima de autoritarismo e intolerancia que vivía para entonces Montoneros fue la defensa que hizo el propio Valenzuela de la conducción que tan injusta y duramente lo condenó, y cuya acción llevó al asesinato de su mujer y su hijo por parte del Ejército, y más tarde a su muerte. La autocrítica que realizó decía: "Compañeros de la Conducción Nacional: Ahora soy consciente hasta qué punto debe haberles costado sancionarme. Algunos de ustedes están vivos porque a pesar de todos los errores míos, el haberme presentado en México impidió que el enemigo los matara...Vencer la tendencia espontánea a protegerme; proceder con justicia y mirando el interés del conjunto los honra como conducción. Que hayan tenido la paciencia y el acierto de hacerme ver las cosas desde una nueva óptica, despojada del subjetivismo individualista, es algo de lo que les estaré muy reconocido para siempre. Esto no es la autocrítica definitiva de la operación, hay que avanzar más, ir reconociendo en cada hecho *lo que subyacía*, irse más atrás del resto de mi práctica política... si soy superficial en la autocrítica los problemas volverán a aparecer en el momento más inesperado *defraudando* las esperanzas que el Partido ha puesto en mi *recuperación*...me pareció que quizás es importante fundamentarles en estas líneas por qué no voy a apelar el fallo y, de paso, *si algún cuadro tiene diferencias con el mismo*, quizás esta aproximación autocrítica sea un aporte que contribuya a *dissipar dudas*". El fallo fue firmado por Mario Firmenich, Roberto Perdía y Raúl Yager el 7 de marzo de 1978.

<sup>63</sup> Montoneros, *Boletín Interno*, núm. 7, junio de 1978.

Valenzuela murió en un enfrentamiento armado en Argentina pocos meses después. Su mujer y su hijo nunca aparecieron.

Hurgar en lo que se esconde, hacer transparente al hombre, eliminar las diferencias, recuperar y normalizar a los sujetos, no dejar espacio para las dudas son formas de disciplinar que utiliza el poder y contra las que los movimientos insurgentes resisten. Uno de los signos más claros de la derrota política de Montoneros lo constituye esto, el no haber podido constituirse en una alternativa de resistencia de esas formas del poder, en una posibilidad de fuga de él sino en su reproducción lisa y llana.

*Lógica amigo/enemigo.* La conducción de Montoneros, pretendidamente depositaria de la verdad, se creía capaz de definir con absoluta precisión el parteaguas entre el amigo y el enemigo, entre lo revolucionario y lo contrarrevolucionario, entre los dos campos en que se descompone el universo binario. Dada la enorme responsabilidad histórica que se adjudicaba, no debía ser vacilante y era preciso que salvaguardara con absoluta firmeza los principios revolucionarios. Así dividía lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto y justificaba en términos de un fin último, la revolución popular y social, cualquier acción que beneficiara ese objetivo, o trataba de aniquilar todo lo que se opusiera a él.

A medida que la lucha se hizo más violenta, a partir de 1976, Montoneros afianzó la lógica de que todo lo que no es revolucionario es contrarrevolucionario. Se promovió desde la conducción el fusilamiento de militantes que fueran o se supusieran traidores, se insubordinaran, conspiraran, hicieran defraudaciones, abusaran de su autoridad, encubrieran el incumplimiento de sanciones jerárquicas o bien que pretendían abandonar la organización. Uno de los ejemplos más patéticos de esta modalidad fue el fusilamiento de Ignacio Orueta, ejecutado "por las dudas" ya que no había certeza de la acusación que se le había levantado: estar ligado al ministro de Bienestar Social, José López Rega.<sup>64</sup> Con respecto al abandono de la organización, se estableció la pena de fusilamiento para quienes la hicieran sin la autorización del ámbito superior, que nunca se obtenía. En este marco los montoneros que intentaban separarse de la militancia o dejar el país, debieron huir al mismo tiempo de las Fuerzas Armadas y de sus, hasta entonces, jefes.

Así como internamente se intentó conjurar el disenso con la disciplina, una vez que éste se manifestaba no existían mecanismos para procesarlo. El desacuerdo ameritaba la expulsión de la estructura de la organización y automáticamente se lo identificaba con la acción del enemigo, ya fuera real o potencial.

Con la descomposición de Montoneros se produjeron dos fracciones tardías: una liderada por Rodolfo Galimberti, en junio de 1979 y otra, cuya cabeza fueron Daniel Vaca Narvaja y Miguel Bonasso, en 1980, sobre el final del período que estamos analizando.

La organización consideró a ambos grupos como sus enemigos; su principal traición consistía en decir abiertamente lo que todos sabían: que las victorias proclamadas por la conducción no eran tales y que se estaba prácticamente frente a la disolución de la organización. La conducción se refirió entonces a "la penetración política ideológica del enemigo en nuestra fuerza, manifestada claramente... en la conspiración de Galimberti". También se aseguraba de otro grupo que permanecía en Argentina y que, además de desacuerdos políticos, tuvo dificultades operativas: "tales diferencias ideológicas y políticas acabaron por transformarse en traición criminal".<sup>65</sup> No se tardó en condenar a muerte a estos

<sup>64</sup> Gasparini, Juan. *op. cit.*, p. 126.

<sup>65</sup> Montoneros. *Características generales de la maniobra realizada durante la campaña*, documento interno, 1979, pp. 7, 14.

desertores, conspiradores y traidores, aunque la sentencia, dado lo avanzado de la desintegración, jamás llegó a ejecutarse.

Algo semejante pasó con la crítica "humilde" de Vaca Narvaja y los demás, que fue tachada de "heterodoxia subjetiva y reaccionaria" y de utilizar "asquerosos recursos liberales".<sup>66</sup>

Todo aquel que no ostentó una fidelidad incondicional con la conducción fue acusado de ser enemigo real o potencial, aumentando el aislamiento y la necesidad políticas a las que ya nos hemos referido.

*Infalibilidad e irrevocabilidad de la conducción.* En la larga historia de desaciertos que protagonizó la Conducción Nacional en el periodo 1976-1980, no existe un solo reconocimiento del error. Los documentos internos y la prensa que se manejaba hacia el exterior insistían interminablemente en los aciertos políticos y militares a pesar de contar con una organización cada vez más mermada en número y en influencia política.

Cuando resultaba obvio un error, sólo se reconocía en términos tácticos o circunstanciales, llegando a definir una categoría novedosa: la de las desviaciones correctas de la etapa, que se concebían como una especie de mal menor.

Dada esta falsa infalibilidad, es importante señalar que no hubo, en todo el periodo que aquí se analiza, ni una sola remoción de algún cuadro de conducción. Los únicos reemplazos que se produjeron fueron por muerte. Ningún mecanismo permitía la destitución de algunos de sus miembros ni la reconsideración de cómo integrar un órgano con tan alto nivel de centralización.

Volviendo al inicio de esta argumentación, parece perfectamente plausible que una organización estructurada alrededor de estos principios logre su autodestrucción creyendo que avanza hacia el triunfo; éste fue el caso de ERP y Montoneros.

La contraofensiva que ordenó la conducción montonera en 1979, y que sólo podía llevar el exterminio de sus participantes, merecía haber sido producto de la mente maquiavélica de un agente infiltrado. Lo impresionante es que aun sin necesidad de ello, la pobreza política, la militarización, el organizativismo, la centralización despótica de una conducción torpe y obstinada permiten explicar sobradamente el fenómeno.

Las órdenes y la sumisión a las mismas deben explicarse por este conjunto de prácticas políticas, militares y organizativas que aislaron a los militantes de la realidad nacional y los convirtieron víctimas de la organización que ellos mismos habían creado y de su propia conducción. Una organización que, en lugar de ampliar los espacios de libertad, creatividad y participación contra un poder totalizante, quedó deslumbrada por la fastuosidad de los uniformes militares, la altisonancia de las órdenes y la rigidez de la disciplina militar.

Sería injusto decir que la guerrilla fue la otra cara de la moneda del poder militar desaparecedor y concentracionario. Montoneros y ERP representaron intentos reales de resistencia y rebelión contra un poder autoritario que existía en el país desde la constitución de la Nación. Se enfrentaron contra ese poder y muchas veces dispararon certeramente desenmascarando la violencia que subyace a la aparente inocencia del poder. Si no lo hubieran hecho no se hubieran convertido en el blanco preferido de la represión y los campos de concentración. Se atrevieron a desafiar el poder con la violencia y en ello residió parte de su potencia pero también su mayor línea de impotencia. Al desafiar el monopolio

<sup>66</sup> Montoneros. *Boletín interno*, núm 13, febrero de 1980, pp. 52, 54.



del Estado en el ejercicio de la fuerza dispararon contra uno de los centros neurálgicos del poder autoritario pero quedaron atrapados allí, hipnotizados por sus propios fuegos artificiales.

Intentaron construir una alternativa pero terminaron por reproducir lógicas y mecanismos autoritarios perfectamente internalizados, que no fueron capaces de romper. La disciplina, la violencia y la rigidez en la que crecieron terminó por ganarles la batalla. En suma, fueron parte constitutiva de la trama autoritaria, que no pudieron eludir, pero que muchas veces lograron entretejer de manera diferente y subversiva.

### **Dentro del cerco**

Los militantes convivían con la muerte desde 1975; desde entonces era cada vez más próxima la posibilidad de su aniquilamiento que la de sobrevivir. Aunque muchos, en un rasgo de lucidez política o de instinto de supervivencia abandonaron las organizaciones para salir al exterior o esconderse dentro del país (a menudo siendo apresados en el intento), un gran número permaneció hasta el final. ¿Por qué?

La fidelidad a los principios que se acaban de enunciar hizo una parte; la sensación de haber emprendido un camino sin retorno hizo el resto. En muchos, este camino sin regreso estaba trazado por un pacto de sangre; el pacto con los compañeros muertos, con la responsabilidad colectiva en la espiral de violencia, con las secretas complicidades que unen a un grupo estructurado alrededor de la transgresión a la legalidad y las normas sociales vigentes. Así como a los militares los uniría años más tarde el pacto de sangre sellado en la represión, a los guerrilleros los unía otro pacto de sangre, el que existía sobre todo con sus propios compañeros caídos, pero también con la sangre de los "otros", fueran militares, policías o cualquier otra víctima.

Es preciso entender que, para estos jóvenes provenientes de la clase media en su mayoría, "idealistas revolucionarios", algunos de ellos con una formación cristiana y los más reemplazando la mística religiosa por la mística revolucionaria, el hecho de haberse permitido asaltar bancos, robar coches, secuestrar industriales, enfrentar tiroteos y matar, a veces en defensa propia y otras cumpliendo las órdenes de exterminio emanadas de la conducción (como en las operaciones de asalto y aniquilamiento emprendidas por Montoneros contra la policía a principios de 1975), significaban rupturas muy profundas e inquietantes con su formación moral originaria.

Es probable que esto haya profundizado la sensación de "no retorno". Sin duda tenía enorme importancia la responsabilidad sobre la "sangre derramada" de los propios compañeros, pero también sobre la sangre derramada de otros; haber matado es de por sí una ruptura moralmente grave, en particular para jóvenes semintelectuales de clase media.

Los militantes que siguieron hasta el fin, lo que en la mayoría de los casos significó su propio fin, estaban atrapados entre una oscura sensación de deuda moral o culpa, una construcción artificial de convicciones (ya mencionada) terriblemente inconsistente y que sólo se sostenía en la dinámica interna de la organización, la situación represiva externa que no reconocía desertiones ni "arrepentimientos" y la propia represión de la organización que castigaba con la muerte a los desertores. Al respecto, la lógica montonera sostenía, aunque no públicamente, validando la práctica de fusilar a los desertores, que "si existe el terror contrarrevolucionario, es justo que exista también el terror revolucionario". En pocas palabras, los montoneros se encontraban aprisionados en una trampa que ellos mismos habían tendido.

Estas fueron las condiciones en las que cayeron en manos de los militares para ir a dar a los numerosos campos de concentración-extermínio. Como es evidente, no se trataba de las mejores condiciones para soportar la muerte lenta, dolorosa y siniestra de los campos, ni mucho menos la tortura indefinida e ilimitada que se practicaba en ellos. Como bien señala Juan Gasparini, en *Final de cuentas*: "Encorsetados con la coerción montonera para que no abandonaran la guerrilla, obcecados en ir hasta un final que de la boca para afuera se avizoraba triunfante pero con la íntima convicción de que todo estaba perdido... Así llegaban los militantes a las salas de interrogatorio..."

Tucumán y Córdoba fueron los centros de experimentación de la nueva modalidad represiva: Se secuestraba a un guerrillero o a una persona periférica vinculada con la guerrilla, se la torturaba de todas las maneras posibles tratando de lograr su "colaboración"; siempre tenía alguna información útil que brindar. Si se lograba el llamado "quiebre" antes de que vencieran los plazos que las organizaciones imponían para dar por detenida a una persona, se podía obtener información que condujera de inmediato a nuevas detenciones y a la localización de casas y asentamientos guerrilleros. Si el plazo, o emergencia, estaba vencido, de todas maneras cualquier militante tenía una información clave: conocía las caras de por lo menos unos diez guerrilleros.

Así comenzó la práctica del "dedo". Algunos de los secuestrados patrullaban con los militares las calles de la ciudad señalando caras. Una sola persona que accediera a tal práctica podía provocar la detención-desaparición de decenas, sobre todo en ciudades pequeñas como Tucumán y Córdoba, aunque más tarde, en Buenos Aires, el mismo método seguiría demostrando su eficacia. Era casi imposible defenderse de este tipo de delación. Podía producirse en cualquier lugar, a cualquier hora y en cualquier circunstancia, ya fuera en cumplimiento de una actividad militante o en la vida cotidiana. Los guerrilleros y su entorno político se encontraban cada vez más acorralados.

Ante la delación evidente, en algunos casos de cuadros importantes de la organización, la conducción optó por negarla reconociendo sólo sucesos aislados; decidió también implantar el uso obligatorio de una pastilla de cianuro para que nadie cayera vivo, con la indicación de combatir primero (ya que todos los militantes debían circular permanentemente armados) y eliminarse luego y, por último, optó por declarar traidores, sujetos a fusilamiento, a quienes no cumplieran estas órdenes o a quienes, cayendo en manos de la Fuerzas Armadas, dieran cualquier tipo de información.

Muchos militantes murieron por efecto de "la pastilla". Sin embargo, ya en 1977, el personal de algunos campos sabía cómo neutralizar el efecto del cianuro y podía revivir a una persona "empastillada". Obviamente pasaba del médico al torturador; sacar a alguien del envenenamiento ya había insumido un tiempo importante, por lo que la tortura se debía aplicar de inmediato e intensivamente para obtener información antes que la detención pudiera conocerse dentro de la organización (vencido el tiempo de "emergencia") e inutilizara los datos que el secuestrado pudiera eventualmente brindar a los torturadores.

Hay un hecho significativo que no conviene soslayar. Algunos de los militantes que fueron rescatados del cianuro o incluso que sobrevivieron a enfrentamientos armados, luego dieron información, bajo tormento. Más allá de las reflexiones que se podrían hacer sobre qué tanto, cómo y en qué condiciones puede ser soportable o no la tortura, lo interesante es que los militantes parecían estar más preparados para enfrentar la muerte que una resistencia en las condiciones especialmente difíciles que les imponía el campo. Es decir, lo que movió en muchos casos a la delación no fue tanto la inconsistencia o la indecisión a jugar la vida sino más bien una especie de gran cansancio, de imposibilidad de resistir, una necesidad de terminar.

Los militantes caían agotados. El manejo de concepciones políticas dogmáticas como la infalibilidad de la victoria, que se deshacían al primer contacto con la realidad de los campos; la sensación de acorralamiento creciente vivida durante largos meses de pérdida de los amigos, de los compañeros, de las propias viviendas, de todos los puntos de referencia; la desconfianza latente en las conducciones, mayor a medida que avanzaba el proceso de destrucción; la soledad personal en que los sumía la clandestinidad, cada vez más dura; la persistencia del lazo político con la organización por temor o soledad más que por convicción en buena parte de los casos; el resentimiento de quienes habían roto sus lazos con las organizaciones pero por la falta de apoyo de éstas no habían podido salir del país; las causas de la caída, generalmente asociadas con la delación e incluso, en muchos casos, con la delación de los superiores jerárquicos, eran sólo algunas de las razones por las que el militante caía derrotado de antemano. No tenía la posibilidad de resistir; no quería resistir.

Estos hechos facilitaron y posibilitaron la modalidad represiva del "chupadero". Los militares decían que sólo era necesario "agarrar una punta y tirar del hilo". Pero esto, que parece tan sencillo, no había sido así en otras épocas, por ejemplo durante la dictadura de Lanusse, en que la tortura también era una práctica de uso corriente. Es cierto que el tormento indiscriminado e ilimitado tuvo un papel importante en los niveles de colaboración que lograron las Fuerzas Armadas, pero no es menos cierto que estos otros factores permitieron que se encontraran con un "enemigo" que no tenía la ferocidad ni la consistencia que pretendieron atribuirle. Los montoneros estaban en un punto en que sabían más cómo morir que cómo vivir o sobrevivir, aunque estas posibilidades fueran escasas.

La delación existió y fue un fenómeno importante que permitió la destrucción de las organizaciones. También se podría afirmar que las Fuerzas Armadas supieron detectar cuáles eran las debilidades de la guerrilla y las explotaron adecuadamente para alcanzar sus fines. Cuando a una persona derrotada, que intenta morir, en muchos casos de manera digna, en lugar de una muerte puntual se le ofrece un sufrimiento ilimitado y una muerte siempre presente y siempre diferida; cuando esa persona se siente acabada no sólo desde que fue secuestrada sino aun desde tiempo antes; si se le ofrece la menor posibilidad de vivir, es muy probable que se aferre con desesperación a ella. Esta promesa siempre enunciada, casi nunca cumplida, fue causa de más de una delación en personas que hubieran estado probablemente dispuestas a una muerte abierta, circunstancia que los militares supieron aprovechar en su beneficio.

¿De qué características fue la delación? Tanto las actitudes heroicas, de quienes resistieron enormes sufrimientos sin entregar ningún tipo de información, como las de aquellos que se convirtieron en colaboradores directos e incondicionales de los militares, fueron excepcionales. Juan Carlos Scarpatti y Nilda Haydée Orazi, sobrevivientes de los campos de concentración de Campo de Mayo y la Escuela de Mecánica de la Armada respectivamente, estiman que sólo el 5 por ciento de los secuestrados de Campo de Mayo y la ESMA fueron capturados por casualidad o por acciones de inteligencia. Afirman que el 95 por ciento restante de las detenciones se originó en la delación directa o indirecta.<sup>67</sup> Más allá de la exactitud de las cifras, éste y otros testimonios permiten afirmar que la actitud promedio de los militantes consistió en entregar algo que les permitiera prestar una colaboración parcial, a veces más simulada que real, y detener la tortura. Es decir, roto los lazos orgánicos y la confianza en un proyecto colectivo, se buscó la salvación personal o, cuando menos, la atenuación del sufrimiento.

---

<sup>67</sup> Orazi, Nilda Haydée y Scarpatti, Juan Carlos. *Reflexiones críticas y autocríticas acerca de la lucha armada en la Argentina y de la estrategia de Montoneros para la etapa actual*, documento, 15 de octubre de 1979.

Aun dentro de estos casos hubo muy diversas posibilidades. Desde aquéllos que denunciaron gente pero reservando una parte de la información que poseían, hasta quienes dieron datos que consideraban inútiles, aunque a veces, por factores imponderables para el detenido esta información condujera indirectamente a la captura de personas. Existieron todas las variantes, con más o menos suerte, pero la actitud predominante fue la de buscar una salida personal evitando la colaboración total con las Fuerzas Armadas.

Evidentemente, esta actitud favoreció, a veces de manera directa y otra indirectamente la política de "agarrar una punta y tirar del hilo". Traspasada la sala de interrogatorio, se abría la extraña realidad del campo de concentración.

## **Capítulo 3**

# **Los campos de concentración**

## Los campos de concentración

*"...el experimento de dominación total en los campos de concentración depende del aislamiento respecto del mundo de todos los demás, del mundo de los vivos en general...Este aislamiento explica la irrealidad peculiar y la falta de credibilidad que caracteriza a todos los relatos sobre los campos de concentración...tales campos son la verdadera institución central del poder organizador totalitario."*

*"Cualesquiera que hable o escriba acerca de los campos de concentración es considerado como un sospechoso; y si quien habla ha regresado decididamente al mundo de los vivos, él mismo se siente asaltado por dudas con respecto a su verdadera sinceridad, como si hubiese confundido una pesadilla con la realidad."<sup>1</sup>*

## Poder y represión

El poder, a la vez individualizante y totalitario, cuyos segmentos molares, siguiendo la imagen de Deleuze, están inmersos en el caldo molecular que los alimenta<sup>2</sup> es, antes que nada, un multifacético mecanismo de represión.

Las relaciones de poder que se entretajan en una sociedad cualquiera, las que se fueron estableciendo y reformulando a lo largo de este siglo en Argentina y de las que se habló en el capítulo 1, son el conjunto de una serie de enfrentamientos, las más de las veces violentos y siempre con un fuerte componente represivo. No hay poder sin represión pero, más que eso, se podría afirmar que la represión es el alma misma del poder. Las formas que adopta lo muestran en su intimidad más profunda, aquella que, precisamente porque tiene la capacidad de exhibirlo, hacerlo obvio, se mantiene secreta, oculta, negada.

En el caso argentino, la presencia constante de la institución militar en la vida política manifiesta una dificultad para ocultar el carácter violento de la dominación, que se muestra, que se exhibe como una amenaza perpetua, como un recordatorio constante para el conjunto de la sociedad. "Aquí estoy, con mis columnas de hombres y mis armas; véanme", dice el poder en cada golpe pero también en cada desfile patriótico.

Sin embargo, los uniformes, el discurso rígido y autoritario de los militares, los fríos comunicados difundidos por las cadenas de radio y televisión en cada asonada, no son más que la cara más presentable de su poder, casi podríamos decir su traje de domingo. Muestran un rostro rígido y autoritario, sí, pero también recubierto de un barniz de limpieza, rectitud y brillo del que carecen en el ejercicio cotidiano del poder, donde se asemejan más a crueles burócratas avariciosos que a los cruzados del orden y la civilización que pretenden ser.

Ese poder, cuyo núcleo duro es la institución militar pero que comprende otros sectores de la sociedad, que se ejerce en gobiernos civiles y militares desde la fundación de la nación, mutando y clonando a un tiempo, se pretende a sí mismo como total. Pero este intento de totalización no es más que una de las pretensiones del poder. "Siempre hay una hoja que se escapa y vuela bajo el sol." *Las líneas de*

<sup>1</sup> Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, Madris, Alianza Editorial, 1987, pp. 653-654.

<sup>2</sup> Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. *Mil mesetas*, Valencia, Pre-textos, 1988.

fuga, los hoyos negros del poder son innumerables, en toda sociedad y circunstancia, aun en los totalitarismos más uniformemente establecidos.

Es por eso que para describir el poder, la índole específica de cada poder es necesario referirse no sólo a su núcleo duro, a lo que él mismo acepta como constitutivo de sí, sino a lo que excluye y a lo que se le escapa, a aquello que se fuga de su complejo sistema, a la vez central y fragmentario.

Allí cobra sentido la función represiva que se despliega para controlar, apresar, incluir a todo lo que se le fuga de ese modelo pretendidamente total. La exclusión no es más que un forma de inclusión, inclusión de lo disfuncional en el lugar que se le asigna. Por eso, *los mecanismos y las tecnologías de la represión revelan la índole misma del poder*, la forma en que éste se concibe a sí mismo, la manera en que incorpora, en que refuncionaliza y dónde pretende colocar aquello que se le escapa, que no considera constitutivo.

La represión, el castigo, se inscriben dentro de los procedimientos del poder y reproducen sus técnicas, sus mecanismos. Es por ello, que las formas de la represión se modifican de acuerdo con la índole del poder. Es allí donde pretendo indagar.

Si ese núcleo duro exhibe una parte de sí, la "mostrable" que aparece en los desfiles, en el sistema penal, en el ejercicio legítimo de la violencia; también esconde otra, la "vergonzante", que se desaparece en el control ilícito de correspondencias y vidas privadas, en el asesinato político, en las prácticas de tortura, en los negociados y estafas.

*Siempre el poder muestra y esconde; y se revela a sí mismo tanto en lo que exhibe como en lo que oculta.* En cada una de esas esferas se manifiestan aspectos aparentemente incompatibles pero entre los que se pueden establecer extrañas conexiones. Me interesa aquí hablar de la cara negada del poder, que siempre existió pero que fue adoptando distintas características.

En Argentina, su forma más tosca, el asesinato político, fue una constante; por su parte, la tortura adoptó una modalidad sistemática e institucional en este siglo, después de la Revolución del 30 para los prisioneros políticos, y fue una práctica constante e incluso socialmente aceptada como normal en relación con los llamados delincuentes comunes. El secuestro y posterior asesinato con aparición del cuerpo de la víctima se realizó, sobre todo a partir de los años setenta, aunque de una manera relativamente excepcional.

Sin embargo todas esas prácticas, aunque crueles en su ejercicio, se diferencian de manera sustancial de la desaparición de personas, que merece una reflexión aparte. La *desaparición* no es un eufemismo sino una alusión literal: una persona que a partir de determinado momento *desaparece*, se esfuma, sin que quede constancia de su vida o de su muerte. *No hay cuerpo de la víctima ni del delito.* Puede haber testigos del secuestro y presuposición del posterior asesinato pero no hay un cuerpo material que dé testimonio del hecho.

La *desaparición*, como forma de represión política, apareció después del golpe de 1966. Tuvo en esa época un carácter esporádico y muchas veces los ejecutores fueron grupos ligados al poder pero no necesariamente los organismos destinados a la represión institucional.

Esta modalidad comenzó a convertirse en un uso a partir de 1974, durante el gobierno peronista, poco después de la muerte de Perón. En ese momento las desapariciones corrian por cuenta de la AAA y el Comando Libertadores de América, grupos que se podía definir como *parapoliciales o paramilitares*. Estaban compuestos por miembros de las fuerzas represivas, apoyados por instancias

gubernamentales, como el Ministerio de Bienestar Social, pero operaban de manera independiente de esas instituciones. Estaban sostenidos por y coludidos con el poder institucional pero también se podían diferenciar de él.

No obstante, ya entonces, cuando en febrero de 1975, por decreto del poder ejecutivo se dio la orden de *aniquilar* a la guerrilla, a través del Operativo Independencia se inició en Tucumán una *política institucional de desaparición* de personas, con el silencio y el consentimiento del gobierno peronista, de la oposición radical y de amplios sectores de la sociedad. Otros, como suele suceder, no sabían nada; otros más no querían saber. En ese momento aparecieron las primeras instituciones ligadas indisolublemente con esta modalidad represiva: los campos de concentración-exterminio.

Es decir que la figura de la desaparición, como tecnología del poder instituido, con *su correlato institucional, el campo de concentración-exterminio*, hicieron su aparición estando en vigencia las llamadas instituciones democráticas y dentro de la administración peronista de Isabel Martínez. Sin embargo, eran entonces apenas una de las tecnologías de lo represivo.

El golpe de 1976 representó un cambio sustancial: la desaparición y el campo de concentración-exterminio dejaron de ser una de las formas de la represión para convertirse en la modalidad represiva del poder, ejecutada de manera directa desde las instituciones militares. Desde entonces, el eje de la actividad represiva dejó de girar alrededor de las cárceles para pasar a estructurarse en torno al sistema de desaparición de personas, que se montó desde y dentro de las Fuerzas Armadas.

¿Qué representó esta transformación? Las nuevas modalidades de lo represivo nos hablan también de modificaciones en la índole del poder. Parto de la idea de que el Proceso de Reconstrucción Nacional no fue una extraña perversión, algo ajeno a la sociedad argentina y a su historia, sino que forma parte de su trama, está unido a ella y arraiga en su modalidad y en las características del poder establecido.

Sin embargo, afirmo también que el Proceso no representó una simple diferencia de grado con respecto a elementos preexistentes, sino una reorganización de los mismos y la incorporación de otros, que dio lugar a nuevas formas de circulación del poder dentro de la sociedad. Lo hizo con una modalidad represiva: los campos de concentración-exterminio.

Los campos de concentración, ese secreto a voces que todos temen, muchos desconocen y unos cuantos niegan, sólo es posible cuando el intento totalizador del Estado encuentra su expresión molecular, se sumerge profundamente en la sociedad, perméandola y nutriéndose de ella. Por eso son una modalidad represiva específica, cuya particularidad no se debe desdeñar. No hay campos de concentración en todas las sociedades. Hay muchos poderes asesinos, casi se podría afirmar que todos lo son en algún sentido. Pero no todos los poderes son concentracionarios. Explorar sus características, su modalidad específica de control y represión es una manera de hablar de la sociedad misma y de las características del poder que entonces se instauró y que se ramifica y reaparece, a veces idéntico y a veces mutado, en el poder que hoy circula y se reproduce.

No existen en la historia de los hombres paréntesis inexplicables. Y es precisamente en los periodos de "excepción", en esos momentos molestos y desagradables que las sociedades pretenden olvidar, colocar entre paréntesis, donde aparecen sin mediaciones ni atenuantes, los secretos y las vergüenzas del poder cotidiano. El análisis del campo de concentración, como modalidad represiva, puede ser una de las claves para comprender las características de un poder que circuló en todo el tejido social y que no puede haber desaparecido. Si la ilusión del poder es su capacidad para



*desaparecer* lo disfuncional, no menos ilusorio es que la sociedad civil suponga que el poder desaparecedor desaparezca, por arte de una magia inexistente.

### **Somos compañeros, amigos, hermanos**

Entre 1976 y 1982 funcionaron en Argentina 340 campos de concentración-exterminio, distribuidos en todo el territorio nacional. Se registró su existencia en 11 de las 23 provincias argentinas, que concentraron personas secuestradas en todo el país. Su magnitud fue variable, tanto por el número de prisioneros como por el tamaño de las instalaciones.

Se estima que por ellos pasaron entre 15 y 20 mil personas, de las cuales aproximadamente el 90 por ciento fueron asesinadas. No es posible precisar el número exacto de *desapariciones* porque, si bien la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas recibió 8 960 denuncias, se sabe que muchos de los casos no fueron registrados por los familiares. Lo mismo ocurre con un cierto número de sobrevivientes que, por temor u otras razones, nunca efectuaron la denuncia de su secuestro.

Según los testimonios de algunos sobrevivientes, Juan Carlos Scarpatti afirma que por Campo de Mayo habrían pasado 3 500 personas entre 1976 y 1977; Graciela Geuna dice que en La Perla hubo entre 2 mil y 1 500 secuestrados; Martín Grass estima que la Escuela de Mecánica de la Armada alojó entre 3 mil y 4 500 prisioneros de 1976 a 1979; el informe de Conadep indicaba que El Atlético habría alojado más de 1 500 personas. Sólo en estos cuatro lugares, ciertamente de los más grandes, los testigos directos hacen un cálculo que, aunque parcial por el tiempo de detención, en el más optimista de los casos, asciende a 9 500 prisioneros. No parece descabellado, por lo tanto, hablar de 15 o 20 mil víctimas a nivel nacional y durante todo el período. Algunas entidades de defensa de los derechos humanos, como las Madres de Plaza de Mayo, se refieren a una cifra total de 30 mil desaparecidos.

Diez, veinte, treinta mil torturados, muertos, desaparecidos... En estos rangos las cifras dejan de tener una significación humana. En medio de los grandes volúmenes los hombres se transforman en números constitutivos de una cantidad, es entonces cuando se pierde la noción de que se está hablando de individuos. La misma *masificación* del fenómeno actúa deshumanizándolo, convirtiéndolo en una cuestión estadística, en un *problema de registro*. Como lo señala Todorov, "un muerto es una tristeza, un millón de muertos es una información".<sup>3</sup> Las larguísimas listas de desaparecidos, financiadas por los organismos de derechos humanos, que se publicaban en los periódicos argentinos a partir de 1980, eran un recordatorio de que cada línea impresa, con un nombre y un apellido representaba a un hombre de carne y hueso que había sido asesinado. Por eso eran tan impactantes para la sociedad. Por eso eran tan irritativas para el poder militar.

También por eso, en este texto intentaré centrarme en las descripciones que hacen los protagonistas, en los testimonios de las víctimas específicas que, con un nombre y un apellido, con una historia política concreta hablan de estos campos desde su lugar en ellos. Cada testimonio es un universo completo, un hombre completo hablando de sí y de los otros. Sería suficiente tomar uno solo de ellos para dar cuenta de los fenómenos a los que me quiero referir. Sin embargo, para mostrar la vivencia desde distintos sexos, sensibilidades, militancias, lugares geográficos y captores, aunque haré referencia a otros testimonios, tomaré básicamente los siguientes: Graciela Geuna (secuestrada en el campo de concentración de La Perla, Córdoba, correspondiente al III Cuerpo de Ejército), Martín Grass (secuestrado en la Escuela de Mecánica de la Armada, Capital Federal, correspondiente a la Armada

---

<sup>3</sup> Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p.189.

de la República Argentina), Juan Carlos Scarpatti (secuestrado y fugado de Campo de Mayo, Provincia de Buenos Aires, campo de concentración correspondiente al I Cuerpo de Ejército), Claudio Tamburrini (secuestrado y fugado de la Mansión Seré, provincia de Buenos Aires, correspondiente a la Fuerza Aérea), Ana María Careaga (secuestrada en El Atlético, Capital Federal, correspondiente a la Policía Federal). Todos ellos *fugaron* en más de un sentido.

La selección también pretende ser una muestra de otras dos circunstancias: la *participación colectiva de las tres Fuerzas Armadas* y de la policía, es decir de las llamadas Fuerzas de Seguridad, y su involucramiento institucional, desde el momento en que la mayoría de los campos de concentración-exterminio se ubicó en dependencias de dichos organismos de seguridad, controlados y operados por su personal.

No abundaré en estas afirmaciones, ampliamente demostradas en el juicio que se siguió a las juntas militares en 1985. Sólo me interesa resaltar que en ese proceso quedó demostrada la *actuación institucional* de las Fuerzas de Seguridad, bajo comando conjunto de las Fuerzas Armadas y siguiendo la cadena de mandos. Es decir que el accionar "antisubversivo" se realizó *desde y dentro de la estructura y la cadena jerárquica de las Fuerzas Armadas*. "Hicimos la guerra con la doctrina en la mano, con las órdenes escritas de los comandos superiores", afirmó en Washington el general Santiago Omar Riveros, por si hubiera alguna duda.<sup>4</sup> En suma, fue la modalidad represiva del Estado, no un hecho aislado, no un exceso de grupos fuera de control, sino una *tecnología represiva adoptada racional y centralizadamente*.

Los sobrevivientes, e incluso testimonios de miembros del aparato represivo que declararon contra sus pares, dan cuenta de numerosos enfrentamientos entre las distintas armas y entre sectores internos de cada una de ellas. Geuna habla del desprecio de la oficialidad de La Perla hacia el personal policial y sus críticas al I Cuerpo de Ejército, al que consideraban demasiado "liberal". Grass menciona las diferencias de la Armada con el Ejército y de la Escuela de Mecánica con el propio Servicio de Inteligencia Naval. Ejército y Armada despreciaban a los "panqueques", la Fuerza Aérea, que como panqueques se daban vuelta en el aire; es decir, eran incapaces de tener posturas consistentes. Sin embargo, aunque tuvieran diferencias circunstanciales, *todos coincidieron en lo fundamental: mantener y alimentar el aparato desaparecedor, la máquina de concentración-exterminio*. Porque la característica de estos campos fue que todos ellos, independientemente de qué fuerza los controlara, llevaban como destino final a la muerte, salvo en casos verdaderamente excepcionales.

Durante el juicio de 1985, la defensa del brigadier Agosti, titular de la Fuerza Aérea, argumentó: "¿Cómo puede salvarse la contradicción que surge del alegato acusatorio del señor fiscal, donde palmariamente se demuestra que fue la Fuerza Aérea comandada por el brigadier Agosti la menos señalada en las declaraciones testimoniales y restante prueba coleccionada en el juicio, sea su comandante el acusado a quien se le imputen mayor número de supuestos hechos delictivos?"<sup>5</sup> Efectivamente, había menos pruebas en contra de la Fuerza Aérea, pero este hecho que la defensa intentó capitalizar se debía precisamente a que casi no quedaban sobrevivientes. El índice de exterminio de sus prisioneros había sido altísimo. Por cierto Tamburrini, un testigo de cargo fundamental, sobrevivió gracias a una fuga de prisioneros torturados, rapados, desnudos y esposados que reveló la desesperación de los mismos y la torpeza militar del personal aeronáutico. Otro testigo clave, Miriam Lewin, había logrado sobrevivir como prisionera en otros campos a los que fue trasladada con posterioridad a su secuestro por parte de la Aeronáutica.

<sup>4</sup> Declaraciones del general de división Santiago Omar Riveros, en Washington, el 24 de enero de 1980.

<sup>5</sup> Garona, José Ignacio. Abogado defensor del brigadier Agosti. *El Diario del Juicio*, núm. 21. Buenos Aires, 1985.

En síntesis, la *máquina de torturar, extraer información, aterrorizar y matar*, con más o menos eficiencia, funcionó y cumplió inexorablemente su ciclo en el Ejército, la Marina, la Aeronáutica, las policías. No hubo diferencias sustanciales en los procedimientos de unos y otros, aunque cada uno, a su vez, se creyera más listo y se jactara de mayor eficacia que los demás.

Dentro de los campos de concentración se mantenía la organización jerárquica, basada en las líneas de mando, pero era una estructura que se superponía con la preexistente. En consecuencia, solía suceder que alguien con un rango inferior, por estar asignado a un grupo de tareas, tuviera más información y poder que un superior jerárquico dentro de la cadena de mando convencional. No obstante, se buscó intencionalmente una extensa participación de los cuadros en los trabajos represivos para ensuciar las manos de todos de alguna manera y *comprometer personalmente al conjunto* con la política institucional. En la Armada, por ejemplo, si bien hubo un grupo central de oficiales y suboficiales encargados de hacer funcionar sus campos de concentración, entre ellos la Escuela de Mecánica de la Armada, todos los oficiales participaron por lo menos seis meses en los llamados grupos de tareas. Asimismo, en el caso de la Aeronáutica se hace mención del personal rotativo. También hay constancia de algo semejante en La Perla, donde se disminuyó el número de personas que se fusilaban y se aumentó la frecuencia de las ejecuciones para hacer participar a más oficiales en dichas "ceremonias".

Pero aquí surge de inmediato una serie de preguntas: ¿Cómo es posible que unas Fuerzas Armadas, ciertamente reaccionarias y represivas, pero dentro de los límites de muchas instituciones armadas, se hayan convertido en una máquina asesina? ¿Cómo puede ocurrir que hombres que ingresaron a la profesión militar con la expectativa de defender a su Patria o, en todo caso, de acceder a los círculos privilegiados del poder como profesionales de las armas, se hayan transformado en simples ladrones muchas veces de poca monta, en secuestradores y torturadores especializados en producir las mayores dosis de dolor posibles? ¿Cómo un aviador formado para defender la soberanía nacional, y convencido de que esa era su misión en la vida, se podía dedicar a arrojar hombres vivos al mar?

No creo que los seres humanos sean potencialmente asesinos, controlados por las leyes de un Estado que neutraliza a su "lobo" interior. No creo que la simple inmunidad de la que gozaron los militares entonces los haya transformado abruptamente en monstruos, y mucho menos que todos ellos, por el hecho de haber ingresado a una institución armada sean delincuentes en potencia. Creo más bien que fueron parte de una maquinaria, construida por ellos mismos, cuyo mecanismo los llevó a una dinámica de burocratización, rutinización y naturalización de la muerte, que aparecía como un dato dentro de una planilla de oficina. La sentencia de muerte de un hombre era sólo la leyenda "QTH hijo", sobre el legajo de un desconocido.

¿Cómo se llegó a esta rutinización, a este "vaciamiento" de la muerte? Casi todos los testimonios coinciden en que la dinámica de los campos reconocía, desde la perspectiva del prisionero, diferentes grupos y funciones especializadas entre los captores. Veamos cómo se distribuían.

### **Las patotas**

La *patota* era el grupo operativo que "chupaba" es decir que realizaba la operación de secuestro de los prisioneros, ya fuera en la calle, en su domicilio o en su lugar de trabajo.

Por lo regular, el "blanco" llegaba definido, de manera que el grupo operativo sólo recibía una orden que indicaba a quién debía secuestrar y dónde. Se limitaba entonces a planificar y ejecutar una acción militar corriendo el menor riesgo posible. Como podía ser que el "blanco" estuviera armado y se defendiera, ante cualquier situación dudosa, la patota disparaba "en defensa propia".

Si en cambio se planteaba un combate abierto podía pedir ayuda y entonces se producían los operativos espectaculares con camiones del Ejército, helicópteros y decenas de soldados saltando y apostándose en las azoteas. En este caso se ponía en juego la llamada "superioridad táctica" de las fuerzas conjuntas. Pero por lo general realizaba tristes secuestros en los que entre cuatro, seis u ocho hombres armados "reducían" a uno, rodeándolo sin posibilidad de defensa y apaleándolo de inmediato para evitar todo riesgo, al más puro estilo de una auténtica patota.

Si ocupaban un casa, en recompensa por el riesgo que habían corrido, cobraban su "botín de guerra", es decir saqueaban y rapiñaban cuanto encontraban.

En general, desconocían la razón del operativo, la supuesta importancia del "blanco" y su nivel de compromiso real o hipotético con la subversión. Sin embargo, solían exagerar la "peligrosidad" de la víctima porque de esa manera su trabajo resultaba más importante y justificable. Según el esquema, según su propia representación, ellos se limitaban a detener delincuentes peligrosos y cometían "pequeñas infracciones" como quedarse con algunas pertenencias ajenas. "(Nosotros) entrábamos, pateábamos las mesas, agarrábamos de las mechas a alguno, lo metíamos en el auto y se acabó. Lo que ustedes no entienden es que la policía hace normalmente eso y no lo ven mal.<sup>6</sup> El señalamiento del cabo Vilaríño, miembro de una de estas patotas, es exacto; la policía realizaba habitualmente esas prácticas contra los delincuentes y prácticamente nadie lo veía mal... porque eran delincuentes, otros. Era "normal".

### *Los grupos de inteligencia*

Por otra parte, estaba el grupo de inteligencia, es decir los que manejaban la información existente y de acuerdo con ella orientaban el "interrogatorio" (tortura) para que fuera productivo, o sea, arrojará información de utilidad.

Este grupo recibía al prisionero, al "paquete", ya reducido, golpeado y sin posibilidad de defensa, y procedía a extraerle los datos necesarios para capturar otras personas, armamento o cualquier tipo de bien útil en las tareas de contrainsurgencia. Justificaba su trabajo con el argumento de que el funcionamiento armado, clandestino y compartimentado de la guerrilla hacía imposible combatiría con eficiencia por medio de los métodos de represión convencionales; era necesario "arrancarle" la información que permitiría "salvar otras vidas".

Como ya se señaló, la práctica de la tortura, primero sobre los delincuentes comunes y luego sobre los prisioneros políticos ya estaba para entonces profundamente arraigada. No constituía una novedad puesto que se había realizado a partir de los años 30 y de manera sistemática y uniforme desde la década del sesenta. La policía, que tenía larga experiencia en la práctica de la picana, enseñó las técnicas; a su vez, los cursos de contrainsurgencia en Panamá, instruyeron a algunos oficiales en los métodos eficientes y novedosos de "interrogatorio".

---

<sup>6</sup> Vilaríño, Raúl David. *La Semana*, "Yo secuestre, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada", núm. 370, 5-1-84.

"Yo capturo a un guerrillero, sé que pertenece a una organización (se podría agregar, o presumo y quiero confirmarlo, o pertenece a la periferia de esa organización, o es familiar de un guerrillero, o...) que está operando y preparando un atentado terrorista en, por ejemplo, un colegio (jamás los guerrilleros argentinos hicieron atentados en colegios)... Mi obligación es obtener rápidamente la información para impedirlo... *Hay que hacer hablar al prisionero* de alguna forma. Ese es el tema y eso es lo que se debe enfrentar. La guerra subversiva es una guerra especial. No hay ética. El tema es si yo permito que el guerrillero se ampare en los derechos constitucionales u *obtengo rápida información para evitar un daño mayor*", señala Aldo Rico, perpetuo defensor de la "guerra sucia".<sup>7</sup> Por su parte, los mandos dicen: "Nadie dijo que aquí había que torturar. Lo efectivo era que se consiguiera la información. Era lo que a mí me importaba."<sup>8</sup>

Como resultado, después de *hacer hablar al prisionero*, los oficiales de inteligencia producían un informe que señalaba los datos obtenidos, la información que podía conducir a la "patota" a nuevos "blancos" y su estimación sobre el grado de peligrosidad y "colaboración" del "chupado". También ellos eran un eslabón, si no aséptico, profesional, de especialistas eficientemente entrenados.

### *Los guardias*

Entonces, ya desposeído de su nombre y con un número de identificación, el detenido pasaba a ser uno más de los cuerpos que el *aparato de vigilancia y mantenimiento* del campo debía controlar.

Las guardias internas no tenían conocimiento de quiénes eran los secuestrados ni por qué estaban allí. Tampoco tenían capacidad alguna de decisión sobre su suerte. Las guardias, generalmente constituidas por gente muy joven y de bajo nivel jerárquico, sólo eran responsables de hacer cumplir unas normas que tampoco ellos habían establecido, "obedecían órdenes".

La rigidez de la disciplina y la crueldad del trato se "justificaba" por la alta peligrosidad de los prisioneros, de quienes muchas veces no llegaban a conocer ni siquiera sus rostros, eternamente encapuchados. Es interesante observar que todos ellos *necesitaban creer* que los "chupados" eran *subversivos*, es decir menos que hombres (según palabras del general Camps "no desaparecieron personas sino subversivos"<sup>9</sup>), verdadera amenaza pública que era preciso *exterminar* en aras de un bien común incuestionable; sólo así podían convalidar su trabajo y desplegar en él la ferocidad de que dan cuenta los testimonios.

También hay que señalar que esta lógica se repetía punto por punto, en amplios sectores de la sociedad; la prensa de la época da cuenta de la "imperiosa necesidad" de erradicar la "amenaza subversiva" con métodos "excepcionales" de los que esos guardias eran parte. Un día, llegaba la orden de traslado con una lista, a veces elaborada incluso fuera del campo de concentración como en el caso de La Perla, y el guardia se limitaba a organizar una fila y entregar los "paquetes".

---

<sup>7</sup> Rico, Aldo. En : Grecco, Jorge; González, Gustavo. *Argentina: El Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 138. (Lostexts entre paréntesis son míos.)

<sup>8</sup> General Suárez Mason, Comandante de l Cuespo de Ejército. *Siete Días*, "Toda la verdad sobre Suárez Mason", núm. 876, 4-4-84.

<sup>9</sup> Camps, Ramón. *La Semana*, "En Punta del Este....", núm. 368, 22-12-83.

### *Los desaparecidos de cadáveres*

Aquí los testimonios tienen lagunas. El secreto que rodeaba a los procedimientos de *traslado* hace que sea una de las partes del proceso que más se desconocen.

Se sabe que estaban rodeados de una enorme tensión y violencia. En unos casos, se transportaba a los prisioneros lejos del campo, se los fusilaba, atados y amordazados, y se procedía al entierro y cremación de los cadáveres, o bien a tirar los cuerpos en lugares públicos simulando enfrentamientos.

Pero el método que aparentemente se adoptó de manera masiva, consistía en que el personal del campo inyectaba a los prisioneros con somníferos y los cargaba en camiones, presumiblemente manejados por personal ajeno al funcionamiento interno. La aplicación del somnífero arrebatava al prisionero su última posibilidad de resistencia pero también sus rasgos más elementales de humanidad: la conciencia, el movimiento. Los "bultos" amordazados, adormecidos, maniatados, encapuchados, los "paquetes" se arrojaban vivos al mar.

En suma, el dispositivo de los campos se encargaba de *fraccionar, segmentarizar* su funcionamiento para que nadie se sintiera finalmente responsable. "Mientras mayor sea la cantidad de personas involucradas en una acción, menor será la *probabilidad* de que cualquiera de ellas se considere un agente causal con responsabilidad moral."<sup>10</sup> La fragmentación del trabajo "suspende" la responsabilidad moral, aunque en los hechos siempre existen posibilidades de elección, aunque sean mínimas.

La autorización por parte de los superiores jerárquicos "legalizaba" los procedimientos, parecía justificarlos de manera automática, dejando al subordinado sin otra alternativa *aparente* que la obediencia. El hecho de formar parte de un dispositivo del cual se es sólo un engranaje creaba una *sensación de impotencia* que además de desalentar una resistencia virtualmente inexistente fortalecía la *sensación de falta de responsabilidad*. Los mecanismos para despojar a las víctimas de sus atributos humanos, facilitaban la *ejecución mecánica y rutinaria* de las órdenes. En suma, un dispositivo montado para acallar conciencias, previamente entrenadas para el silencio, la obediencia y la muerte.

Todo adoptaba la *aparición de un procedimiento burocrático*: información que se recibe, se procesa, se recicla; formularios que indican lo realizado; legajos que registran nombres y números; órdenes que se reciben y se cumplen; acciones autorizadas por el comando superior; turnos de guardia "24 por 48"; vuelos nocturnos ordenados por una superioridad vaga, sin nombre ni apellido. Todo era impersonal, la víctima y el victimario, órdenes verbales, "paquetes" que se reciben y se entregan, "bultos" que se arrojan o se entierran. Cada hombre como la simple pieza de un mecanismo mucho más vasto que no puede controlar ni detener, que disemina el terror y acalla las conciencias.

La fragmentación de la maquinaria asesina no fue un invento de los campos de concentración argentinos. En realidad es asombroso ver qué poco inventó la Junta Militar y hasta qué punto sus procedimientos se asemejan a las demás experiencias concentracionarias de este siglo. No creo que ello se deba a que "copiaron" o se "inspiraron" en los campos de concentración nazis o stalinistas, sino más bien en la similitud de los poderes totalizantes y, por lo mismo, en la semejanza que existe en sus formas de castigo, represión y normalización.

---

<sup>10</sup> Kelman, Herbert; Lee Hamilton. *Crímenes de obediencia*, Buenos Aires, Planeta, 1990, p. 183.

Aunque los asesinos de guerra nazis, como Eichman o Hoess, participaron en la ejecución de millones de personas, lo hicieron ocupándose también de un pequeño eslabón de la cadena. Por eso no se sentían responsables de sus actos. Eichman se defendió durante el juicio que se le siguió afirmando: "Yo no tenía nada que ver con la ejecución de judíos, no he matado ni a uno solo."<sup>11</sup>

De manera semejante, en Argentina existieron 172 niños desaparecidos y consta, por denuncias realizadas a la Conadep, la tortura de algunos de ellos así como el asesinato de otros. Un caso demostrado, por la aparición de los cadáveres, es el de la familia de Matilde Lanuscou, cuyos hijos de seis y cuatro años fueron asesinados con sus padres, militantes Montoneros, en un operativo realizado por el Ejército y la Policía de la Provincia de Buenos Aires en 1976. No obstante, el general Ramón Camps, jefe de la Policía de la Provincia de Buenos Aires en esa fecha, respondió durante una entrevista: "Personalmente no eliminé a ningún niño"<sup>12</sup>, como si ese hecho lo eximiera de la responsabilidad.

Para ver cómo opera la fragmentación desde adentro, es ilustrativa una entrevista realizada por *La Semana* a Raúl David Vilariño, cabo de la Marina que prestó servicios en los grupos operativos de la Escuela de Mecánica de la Armada. En ella se desarrolló el siguiente diálogo:

"- Una vez que ustedes entregaban a las personas secuestradas a la Jefatura del Grupo de Tareas, ¿qué sucedía?

"- Bueno, eso era parte de *otro grupo*.

"- ¿Qué otro grupo?

"- El Grupo de Tareas estaba dividido en dos subgrupos: los que salían a la calle y los que hacían el denominado trabajo sucio.

"- ¿Usted a qué grupo pertenecía?

"- ¿Yo? Al que salía a la calle... Nosotros *sólo llevábamos al individuo a la Escuela de Mecánica de la Armada...* Siempre esperé que me tiraran antes de tirar yo... Yo, por mi parte, entiendo por asesino a aquel que mata a sangre fría. Yo, gracias a Dios, eso no lo hice nunca... los chupadores deteníamos al tipo y lo entregábamos. Y perdíamos el contacto con el tipo... lo dejabas allí. *Lo más peligroso para el detenido comenzaba allí...* nunca me iba a tocar torturar. Porque a eso se dedicaban otras personas... No está dentro de mí el torturar. *No lo siento...*

" (Sigue Vilariño)... Allí por el 78 (se van las patotas y) se quedan los torturadores, los que habían matado, los que habían quemado... Veo cómo se había perdido sensibilidad... Noté que faltaba sensibilidad, delicadeza... O que ya estaban tan, tan *rutinados* con eso que ya era normal que... No sé cómo explicarle: se les había hecho carne.

"-¿Qué era lo que se había hecho rutina?

<sup>11</sup> En: Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p. 180.

<sup>12</sup> Camps, Ramón. *La Semana*, "En Punta del Este.....", núm 368, 22-12-83.

"- El torturar, el no sentir sensibilidad, el no importar los gritos, el no tener delicadeza cuando uno comía: contaban herejías."<sup>13</sup>

Aunque parezca extraño, también los oficiales de inteligencia, los torturadores, el alma de todo el dispositivo, descargaba su responsabilidad de alguna manera. Cuenta Graciela Geuna, sobreviviente de La Perla:

"Barreiro es un buen representante de los torturadores, porque tenía lucidez y conciencia de su participación en las tareas represivas. Su pensamiento era circular en ese sentido: su propia responsabilidad personal la transfería a los militantes populares y, fundamentalmente, a las direcciones partidarias, porque no cedían. Es decir, *la tortura era necesaria* ante la resistencia de la gente. Si la gente no resistía el no tenía que torturar."<sup>14</sup>

Por el secreto que los envuelve, no hay testimonios directos de los *desaparecidos de cuerpos* pero se puede suponer que tendrían justificaciones similares y la misma sensación de carecer de responsabilidad. En última instancia ellos sólo ponían el punto final de un proceso irreversible; arrojaban "paquetes" al mar.

Es significativo el uso del lenguaje, que evitaba ciertas palabras, reemplazándolas por otras: En los campos no se tortura, se "interroga", luego los torturadores son simples "interrogadores". No se mata, se "manda para arriba" o "se hace la boleta". No se secuestra, se "chupa". No hay picanas, hay "máquinas"; no hay asfixia, hay "submarino". No hay masacres colectivas, hay traslados, cochecitos, ventiladores. También se evita toda mención a la humanidad del prisionero. Por lo general no se habla de personas, gente, hombres, sino de bultos, paquetes, a lo sumo subversivos, que se arrojan, se van para arriba, se quiebran. El uso de palabras sustitutas resulta significativo porque denota intenciones bastante obvias, como la deshumanización de las víctimas, pero cumple también un objetivo "tranquilizador" que inocentiza las acciones más penadas por el código moral de la sociedad, como matar y torturar. Ayuda, en este sentido a "aliviar" la responsabilidad del personal militar. Por eso, la furia del personal de La Perla cuando Geuna los llamó asesinos, "... se reiniciaron los golpes, deteniéndose en el castigo sólo para decirme 'Decí asesino...'" y cuando yo lo hacía ellos volvían a castigarme."<sup>15</sup>

En suma, el dispositivo desaparecedor de personas y cuerpos incluye, por medio de la fragmentación y la burocratización, mecanismos para diluir la responsabilidad, igualarla y, en última instancia desaparecerla. Es muy significativo las Fuerzas Armadas hayan negado la existencia de los campos como una tecnología gubernamental de represión, como una instancia en la que el Estado se convirtió en el perseguidor y exterminador institucional. Al soslayar este hecho se ignora la responsabilidad fundamental que le cabe al aparato del Estado en la metodología concentracionaria, en tanto que los campos de concentración-extermínio sólo son posibles desde y a partir de él.

Dentro de las Fuerzas Armadas, la política de involucramiento general también tendía a un compartir responsabilidades, cuyo objetivo era la disolución de las mismas. Dentro del trabajo que fuera, se trataba de que todos los niveles y un buen número de efectivos tuviera una participación directa, aunque fuera circunstancial. Sus funciones podían ser distintas pero todos debían estar implicados. Dar consistencia y cohesión a las Fuerzas Armadas en torno a la necesidad de exterminar a una parte

<sup>13</sup> Vilariño, Raúl David. *La Semana*, "Yo secuestré, maté y vi torturar en la Escuela de Mecánica de la Armada", núm 370, 5-1-84.

<sup>14</sup> Geuna, Graciela. Testimonio presentado ante CADHU.

<sup>15</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 8, segunda parte.



de la población por medio de la metodología de la desaparición era un objetivo prioritario, que se cumplió en forma cabal. Es un hecho que, si hubo un punto en que las Fuerzas Armadas fueron monolíticas después de 1976, fue la defensa de la "guerra sucia", la reivindicación de su necesidad y lo inevitable de la metodología empleada. Desde los carapintadas hasta los sectores más legalistas lo declararon públicamente. Esto es efecto de una auténtica cohesión política interna que no reside tanto en la adscripción a determinada doctrina sino más bien en la certeza del rol político dirigente que le cabe a las Fuerzas Armadas y en su autoadjudicado derecho de "salvar" la sociedad cada vez que lo consideraran necesario y con la metodología *ad hoc* para tan noble empresa.

Sin embargo, así como en la cerrada defensa que la institución hace de su actuación se puede detectar un alto grado de cohesión interna, también se adivina el compromiso de la complicidad. La convicción ideológica se entrelaza con la culpa, la recubre, atenuándola y encubriéndola. Al mismo tiempo, impide el deslinde de responsabilidades que el dispositivo desaparecedor se encargó de enmarañar, igualar y esfumar.

### La vida entre la muerte

Intentaré describir aquí cómo eran los campos de concentración y cómo era la vida del prisionero dentro de ellos, para mirar el rimbombante poder militar desde ese lugar oculto y negado.

En general funcionaban disimulados dentro de una *dependencia militar o policial*. A pesar de que se sabía de su existencia, los movimientos de las patotas se trataban de disimular como parte de la dinámica ordinaria de dichas instituciones. No obstante se trataba de un secreto en el que no se ponía demasiado empeño. Los vecinos de la mansión Seré cuentan que oían los gritos y veían "movimientos extraños". La Aeronáutica hizo funcionar un centro clandestino de detención en el policlínico Alejandro Posadas. Los movimientos ocurrían a la vista tanto de los empleados como de las personas que se atendían en el establecimiento, "ocasionando un generalizado terror que provocó el silencio de todos".<sup>16</sup> En efecto, es preciso mostrar una fracción de lo que permanece oculto para diseminar el terror, cuyo efecto inmediato es el silencio y la inmovilidad.

Para el funcionamiento del campo de concentración no se requerían grandes instalaciones. Se habilitaba alguna oficina para desarrollar las actividades de inteligencia, uno o varios cuartos para torturar a los que solían llamar "quirófanos", a veces un cuarto que funcionaba como enfermería y una cuadra o galerón donde se hacinaba a los prisioneros.

La población masiva de los campos estaba conformada por militantes de las organizaciones armadas, por sus periferias, por activistas políticos de la izquierda en general, por activistas sindicales y por miembros de los grupos de derechos humanos. Pero cabe señalar que, si en la búsqueda de estas personas, las fuerzas de seguridad se cruzaban con un vecino, un hijo o el padre de alguno de los implicados, que les pudiera servir, que les pudiera perjudicar o que, simplemente fuera un testigo incómodo, ésta era razón suficiente para que dicha persona, cualquiera que fuera su edad, pasara a ser un "chupado" más, con el mismo destino final que el resto. Existieron incluso casos de personas secuestradas simplemente por presenciar un operativo que se pretendía mantener en secreto, y que luego fueron asesinados con sus compañeros casuales de cautiverio.

---

<sup>16</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 148.

Si bien el grupo mayoritario entre los prisioneros estaba formado por militantes políticos y sindicales, muchos de ellos ligados a las organizaciones armadas, y si bien las víctimas casuales constituían la excepción (aunque llegaron a alcanzar un número absoluto considerable), también se registraron casos en donde el dispositivo concentracionario sirvió para canalizar intereses estrictamente delictivos de algunos sectores militares, que "desaparecían" personas para cobrar un rescate o consumir una venganza personal.

Aunque el grupo de víctimas casuales fuera minoritario en términos numéricos, desempeñaba un papel importante en la *diseminación del terror* tanto dentro del campo como fuera de él. Eran la prueba irrefutable de la *arbitrariedad* del sistema y de su verdadera *omnipotencia*. Es que además del objetivo político de exterminio de una fuerza de oposición, los militares buscaban la demostración de un *poder absoluto*, capaz de decidir sobre la vida y la muerte, de arraigar la certeza de que esta decisión es una función legítima del poder. Recuerda Grass que los militares "sostenían que el exterminio y la desaparición definitiva tenían una finalidad mayor: sus efectos 'expansivos', es decir el terror generalizado. Puesto que, si bien el aniquilamiento físico tenía como objetivo central la destrucción de las organizaciones políticas calificadas como 'subversivas', la represión alcanzaba al mismo tiempo a una periferia muy amplia de personas directa o indirectamente vinculadas a los reprimidos (familiares, amigos, compañeros de trabajo, etc.), haciendo sentir especialmente sus efectos al conjunto de estructuras sociales consideradas en sí como 'subversivas por el nivel de infiltración del enemigo' (sindicatos, universidades, algunos estamentos profesionales).<sup>17</sup>

Si los campos sólo hubieran encerrado a militantes, aunque igualmente monstruosos en términos éticos, hubieran respondido a otra lógica de poder. Su capacidad para diseminar el terror consistía justamente en esta arbitrariedad que se erigía sobre la sociedad como amenaza constante, incierta y generalizada. Una vez que se ponía en funcionamiento el dispositivo desaparecedor, aunque se dirigiera inicialmente a un objetivo preciso, podía arrastrar en su mecanismo, virtualmente a cualquiera. Desde ese momento, el dispositivo echaba a andar y ya no se podía detener.

Cuando el "chupado" llegaba al campo de concentración, casi invariablemente era sometido a tormento. Una vez que concluía el período de interrogatorio-tortura, que analizaré más adelante, el secuestrado, generalmente herido, muy dañado física, psíquica y espiritualmente, pasaba a incorporarse a la vida cotidiana del campo.

De los testimonios se desprende un modelo de *organización física del espacio*, con dos variables fundamentales para el alojamiento de los presos: el sistema de celdas y el de cuchetas, generalmente llamadas cuchas. Las cuchetas eran compartimentos de madera aglomerada, sin techo, de unos 80 centímetros de ancho por 200 centímetros de largo, en las que cabía una persona acostada sobre un colchón de goma espuma. Los tabiques laterales tenían alrededor de 80 centímetros de alto, de manera que impedían la visibilidad de la persona que se alojaba en su interior, pero permitían que el guardia estando parado o sentado pudiera verlas a todas simultáneamente, símil de un pequeño panóptico. Dejaban una pequeña abertura al frente por la que se podía sacar al prisionero.

Por su parte, las celdas podían ser para una o dos personas, aunque solían alojar a más. Sus dimensiones eran aproximadamente de 2.50 x 1.50 metros y también estaban provistas de un colchón semejante, una puerta y, en la misma, una mirilla por la que se podía ver en cualquier momento el interior. En otros lugares, como la mansión Seré, los prisioneros permanecían sencillamente tirados en el piso de una habitación, con su correspondiente trozo de goma espuma. En suma, un sistema de

---

<sup>17</sup> Gras, Martín. Testimonio, p. 5.

*compartimentos o contenedores, ya fueran de material o madera, para guardar y controlar cuerpos, no hombres, cuerpos.*

Desde la llegada a la cuadra en La Perla, a los pabellones en Campo de Mayo, a la capucha en la Escuela de Mecánica, a las celdas en El Atlético o como se llamara al depósito correspondiente, el prisionero perdía su nombre, su más elemental pertenencia, y se le asignaba un número al que debía responder. Comenzaba el proceso de *desaparición* de la identidad, cuyo punto final serían los NN (Lila Pastoriza: 348; Pilar Calveiro: 362; Oscar Alfredo González: X 51). Los números reemplazaban a nombres y apellidos, personas vivientes que ya habían *desaparecido* del mundo de los vivos y ahora *desaparecerían* desde dentro de sí mismos, en un proceso de "vaciamiento", que pretendía no dejar la menor huella. Cuerpos sin identidad; muertos sin cadáver ni nombre: desaparecidos. Como en el sueño nazi, supresión de la identidad, hombres que se desvanecen en la noche y la niebla.

Los detenidos estaban permanentemente *encapuchados* o "tabicados", es decir con los ojos vendados, *para impedir toda visibilidad*. Cualquier transgresión a esa norma era severamente castigada. También estaban esposados, o con grilletes, como en la Escuela de Mecánica de la Armada y La Perla, o atados por los pies a una cadena que sujetaba a todos los presos, como en Campo de Mayo. Esto variaba de acuerdo con el campo, pero la idea era que existiera *algún dispositivo que limitara su movilidad*. En la mansión Seré, además de esposar y atar a los prisioneros los mantenían desnudos, para evitar las fugas. Al respecto relata Tamburrini: "... nos hacían dormir con las esposas puestas, pero desnudos; nos habían sacado la ropa hacía un mes o un mes y medio y nos ataban los pies con unas correas de cuero para que durmiéramos casi en una posición de cucullitas."<sup>18</sup>

Los prisioneros permanecían *acostados y en silencio*; estaba absolutamente prohibido hablar entre ellos. Sólo podían moverse para ir al baño, cosa que sucedía una, dos o tres veces por día, según el campo y la época. Los guardias formaban a los presos y los llevaban colectivamente al *baño* o también podían hacer circular un balde en donde todos hacían sus necesidades.

Los testimonios de cualquier campo coinciden en la *oscuridad, el silencio y la inmovilidad*.

En El Atlético: "No nos imaginábamos cómo íbamos a poder contar hasta qué punto vivíamos constantemente encerrados en una celda, *a oscuras, sin poder ver, sin poder hablar, sin poder caminar*."<sup>19</sup>

En Campo de Mayo: "Este tipo de tratamiento consistía en mantener al prisionero todo el tiempo de su permanencia en el campo *encapuchado, sentado y sin hablar ni moverse*. Tal vez esta frase no sirva para graficar lo que significaba en realidad, porque se puede llegar a imaginar que cuando digo *todo el tiempo sentado y encapuchado*, esto es una forma de decir, pero no es así, a los prisioneros se los obligaba a permanecer *sentados sin respaldo y en el suelo*, es decir sin apoyarse a la pared, desde que se levantaban a las 6 horas, hasta que se acostaban, 20 horas, en esa posición, es decir 14 horas. Y cuando digo *sin hablar y sin moverse* significa exactamente eso, sin hablar, es decir sin pronunciar palabra durante todo el día, y sin moverse, quiere decir sin siquiera girar la cabeza... Un compañero dejó de figurar en la lista de los interrogadores por alguna causa y de esta forma 'quedó olvidado'... Este compañero estuvo *sentado, encapuchado, sin hablar, y sin moverse durante seis meses, esperando la muerte*."<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Tamburrini, Claudio. Testimonio en el juicio a los comandantes, *Diario del Juicio*, núm. 7.

<sup>19</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta, Carlos. *Todos somos subversivos*, Buenos Aires, Bruguera, 1983, p. 166.

<sup>20</sup> Scarpati, Juan Carlos. Testimonio presentado ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos. Los subrayados están en el original.

En La Perla: "Para nosotros fue la oscuridad total... No encuentro en mi memoria ninguna imagen de luz. No sabía dónde estaba. Todo era noche y silencio. Silencio sólo interrumpido por los gritos de los prisioneros torturados y los llantos de dolor... También tenía alterado el sentido de la distancia... Vivíamos 70 personas en un recinto de 60 metros de largo, siempre acostados..."<sup>21</sup>

En la Escuela de Mecánica de la Armada: "En el tercer piso se encontraba el sector destinado a alojar a los prisioneros... también en el tercer piso estaba ubicado el pañol grande, lugar destinado al almacenamiento del botín de guerra (ropas, zapatos, heladeras, cocinas, estufas, muebles, etc."<sup>22</sup> Hombres, objetos, almacenamientos semejantes.

Depósito de cuerpos ordenados, acostados, inmóviles, sin posibilidad de ver, sin emitir sonido, como anticipo de la muerte. Como si ese poder, que se pretendía casi divino precisamente por su derecho de vida y de muerte, pudiera matar antes de matar; anular selectivamente a su antojo prácticamente todos los vestigios de humanidad de un individuo, preservando sus funciones vitales para una eventual necesidad de uso posterior (alguna información no arrancada, alguna utilidad imprevisible, la mayor rentabilidad de un traslado colectivo).

La comida era sólo la imprescindible para mantener la vida hasta el momento en que el dispositivo lo considerara necesario; en consecuencia, era escasa y muy mala. Se repartía dos veces al día y constituía uno de los pocos momentos de cierto relajamiento. Sin embargo, en algunos casos, podía faltar durante días enteros; por cierto muchos testimonios dan cuenta del hambre, como uno de los tormentos que se agregaban a la vida dentro de los campos. "La comida era desastrosa, o muy cruda o hecha un masacote de tan cocinada, sin gusto... Estábamos tan hambrientos, habíamos aprendido tan bien a agudizar el oído, que apenas empezaban los preparativos, allá lejos, en la entrada, nos desesperábamos por el ruido de las cucharas y los platos de metal y del carrito que traía la comida. Se puede decir, casi, que vivíamos esperando la comida... la hora del almuerzo era la mejor, por eso apenas terminábamos y cerraban la puerta, comenzábamos a esperar la cena."<sup>23</sup>

Por la escasez de alimento, por la posibilidad de realizar algunos movimientos para comer, por el nexo obvio que existe entre la comida y la vida, el momento de comer es uno de los pocos que se registra como agradable: "...poco a poco, comencé a esperar la hora de la comida con ansiedad, porque con la comida volvía la vida a través del ruido de las ollas, con el ruido de la gente. Parecía que la cuadra donde estábamos los prisioneros despertaba entonces a la existencia."<sup>24</sup>

Si la comida era uno de los pocos momentos deseados, el más temido, el más oscuro era el traslado, la experiencia final. Se realizaba con una frecuencia variable. Casi siempre, los desaparecidos ocultaban cuidadosamente que los traslados llevaban a la muerte para evitar así toda posible oposición de los condenados al ordenado cumplimiento del destino que les imponía la institución. La certeza de la propia muerte podía provocar una reacción de mayor "endurecimiento" en los prisioneros durante la tortura, durante su permanencia en el campo o en la misma circunstancia de traslado. Ante todo, la maquinaria debía funcionar según las previsiones; es decir, sin resistencia.

Prácticamente en todos los campos se ocultaba, al tiempo que se sugería, que el destino final era la muerte. Los testimonios de los sobrevivientes demuestran la existencia de muchos secuestrados que prefirieron "desconocer" la suerte que les aguardaba; la negación de una realidad difícil de asumir se

<sup>21</sup> Geuna, Graciela. Testimonio

<sup>22</sup> Gras, Martín. Testimonio, p. 40.

<sup>23</sup> Careaga, Ana María. Testimonio. En Gabetta, Carlos. *op. cit.*, p. 168.

<sup>24</sup> Geuna Graciela. Testimonio, p. 20.

sumaba a los mensajes contradictorios del campo provocando un aferramiento de ciertos prisioneros a las versiones más optimistas e increíbles que circulaban dentro de los campos como la existencia de centros secretos de reeducación, la legalización de los desaparecidos y otros finales felices. Muchos desaparecidos se fueron al traslado con cepillos de dientes y objetos personales, con una sensación de alivio que no intúa la muerte inmediata. Otros no; salieron de los campos despidiéndose de sus compañeros y conscientes de su final, como Graciela Doldán, quien pidió morir sin que le vendaran los ojos y se dedicó a pensar un rato antes de que la trasladaran "para no desperdiciar" los últimos minutos de su vida. Aunque no supieran exactamente cómo, sin embargo, los prisioneros sabían. También ellos sabían y negaban pero las conjeturas, lo que se veía por debajo de las vendas y las capuchas, las amenazas proferidas durante la tortura ("Vas a dormir en el fondo del mar", "Acá al que se haga el loco, le ponemos un Pentonaval y se va para arriba"), las infidencias de guardias que no soportaban la presión a la que ellos mismos estaban sometidos, el clima que rodeaba a los traslados les permitía saber. Estos son relatos de lo que se sabía:

En la Escuela de Mecánica de la Armada "Los días de traslado se adoptaban medidas severas de seguridad y se aislaba el sótano. Los prisioneros debían permanecer en sus celdas en silencio. Aproximadamente a las 17 horas de cada miércoles se procedía a designar a quienes serían trasladados, que eran conducidos uno por uno a la enfermería, en la situación en que estuviesen, vestidos o semidesnudos, con frío o con calor."<sup>25</sup> "El día del traslado reinaba un clima muy tenso. No sabíamos si ese día nos iba a tocar o no... se comenzaba a llamar a los detenidos por número... Eran llevados a la enfermería del sótano, donde los esperaba el enfermero que les aplicaba una inyección para adormecerlos, pero que no los mataba. Así, vivos, eran sacados por la puerta lateral del sótano e introducidos en un camión. Bastante adormecidos eran llevados al Aeroparque, introducidos en un avión que volaba hacia el sur, mar adentro, donde eran tirados vivos... El capitán Acosta prohibió al principio toda referencia al tema 'traslados'.<sup>26</sup>

En La Perla, "cada traslado era precedido por una serie de procedimientos que nos ponían en tensión. Se controlaba que la gente estuviera bien vendada, en su respectiva colchoneta y se procedía a seleccionar a los trasladados mencionando en voz alta su nombre (cuando éramos pocos) o su número (cuando la cantidad de prisioneros era mayor). A veces, simplemente se tocaba al seleccionado para que se incorporara sin hablar... Los prisioneros que iban a ser trasladados eran amordazados... Luego se procedía a llevar a los prisioneros seleccionados hasta un camión marca Mercedes Benz, que irónicamente llamábamos Menéndez Benz, por alusión al apellido del general que comandaba el III Cuerpo... Antes de descender del vehículo los prisioneros eran maniatados. Luego se los bajaba y se los obligaba a arrodillarse delante del pozo y se los fusilaba... Luego, los cuerpos acribillados a balazos, ya en los pozos, eran cubiertos con alquitrán e incinerados..."<sup>27</sup>

Los traslados eran el recuerdo permanente de la muerte inminente. Pero no cualquier muerte "sino esa muerte que era como morir sin desaparecer, o desaparecer sin morir. Una muerte en la que el que iba a morir no tenía ninguna participación; era como morir sin luchar, como morir estando muerto o como no morir nunca"<sup>28</sup>. Por su parte, la permanencia en la mayoría de los campos representaba el peligro constante de retornar a la tortura. Esta posibilidad nunca quedaba excluida. Muerte y tortura: los disparadores del terror, omnipresente en la experiencia concentracionaria.

---

<sup>25</sup> Gras, Martín. Testimonio presentado ante la Comisión Argentina de Derechos Humanos, p. 42.

<sup>26</sup> Martí, Ana María; Solarsz de Osatinsky, Sara; Milla de Pirlés, Alicia. Testimonio ante la Asamblea Nacional Francesa.

<sup>27</sup> Geuna Graciela. Testimonio, pp. 17 y 18.

<sup>28</sup> Testimonio de un sobreviviente de Campode Mayo. En: Conadep. *Nunca más*, p. 184.

Los campos, concebidos como depósitos de cuerpos dóciles que esperaban la muerte, fueron posibles por la *diseminación del terror*... "un espacio de terror que no era ni de aquí, ni de allá, ni de parte alguna conocida... donde no estaban vivos ni tampoco muertos... Y también allí quedaban atrapados los espíritus apenados de los parientes, los vecinos, los amigos."<sup>29</sup> Un terror que se ejercía sobre toda la sociedad, un terror que se había adueñado de los hombres desde antes de su captura y que se había inscrito en sus cuerpos por medio de la tortura y el arrasamiento de su individualidad. El hermano gemelo del terror es la *parálisis, el "anonadamiento"* del que habla Schreer. Esa parálisis, efecto del mismo dispositivo asesino del campo, es la que invade tanto a la sociedad frente al fenómeno de la desaparición de personas como al prisionero dentro del campo. Las largas filas de judíos entrando sin resistencia a los crematorios de Auschwitz, las filas de "trasladados" en los campos argentinos, aceptando dócilmente la inyección y la muerte sólo se explican después del arrasamiento que produjo en ellos el terror. El campo es efecto y foco de diseminación del terror generalizado de los estados totalizantes.

### La pretensión de los "dioses"

El poder de los burócratas concentracionarios, no obstante constituirse como simple dispositivo asesino, como fría maquinaria de desaparición, como "servicio público criminal", tomando la expresión de Finkelkraut, al disponer del derecho de decisión de muerte sobre millares de hombres, se concebía a sí mismo con una omnipotencia virtualmente divina.

Aunque resulta irrisoria la sola formulación, El Olimpo, campo de concentración ubicado en dependencias de la Policía Federal, llevaba este nombre porque, según el personal que lo manejaba, era "el lugar de los dioses".<sup>30</sup>

La recurrente referencia de los desaparecidos a su condición "divina", aunque supongo que con un dejo irónico, merece algún análisis. A Norberto Liwsky, en la Brigada de Investigaciones de San Justo, al tiempo que lo golpeaban, sus captores le decían: "Nosotros somos todo para vos. La justicia somos nosotros. *Nosotros somos Dios*."<sup>31</sup> También Jorge Reyes relata que "cuando las víctimas imploraban por Dios, los guardias repetían con un mesianismo irracional: *acá Dios somos nosotros*".<sup>32</sup> Graciela Geuna refiere que un guardia encontró una hoja de afeitar que ella había guardado para suicidarse, entonces le dijo: "aquí dentro nadie es dueño de su vida, ni de su muerte. No podrás morirte porque lo quieras. *Vas a vivir todo el tiempo que se nos ocurra. Aquí adentro somos Dios*."<sup>33</sup>

Las referencias a la condición divina asociada a este *derecho de muerte*, que aparece como un derecho de vida y muerte puesto que el prisionero tampoco puede poner fin a su existencia, se reiteran en los testimonios. Prolongar una vida más allá del deseo de quien la vive; segar otra que pugna por permanecer; adueñarse de las vidas. Cuando la misma Graciela Geuna, ya sin la menor esperanza, sufriendo en la cuadra del campo de concentración, pide a Barreiro por su muerte, no por su vida, es quizás el momento en que sella su sobrevivencia.

<sup>29</sup> Buda, Blanca. *Cuerpo I, Zona IV*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 18.

<sup>30</sup> Graciela Trotta. Testimonio. En: Conadep. *Nunca más*, p. 163.

<sup>31</sup> Liwsky, Norberto. Testimonio. En: Conadep. *Nunca más*, p. 31.

<sup>32</sup> Reyes, Jorge. Testimonio. En: Conadep. *Nunca más*, p. 72.

<sup>33</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 17.

Hay un placer especial del poder concentracionario en ese *adueñarse de las vidas*. La muerte se administra a voluntad, haciendo exhibición de una arbitrariedad intencional. De hecho, la muerte alcanza a víctimas casuales, niños, familiares de los perseguidos, posibles testigos. Es en esta arbitrariedad donde el poder se afirma como absoluto e inapelable. Esta arbitrariedad no es irracional sino que su racionalidad reside en la validación de la inapelabilidad y la arbitrariedad del poder.

Así como la máquina asesina mata a millares, así también le impone la vida a otros. El esfuerzo que se realizaba en la Escuela de Mecánica de la Armada para "sacar" del cianuro a personas apresadas tiene que ver con algo más que con su potencial utilidad en términos de la información que posteriormente se le pudiera arrancar. Muchos prisioneros de la Escuela de Mecánica sobrevivieron a la ingestión de la pastilla de cianuro que portaban los militantes montoneros, gracias a un cuidadoso procedimiento que habían descubierto los marinos para *arrancarlos rápidamente de la muerte*. El caso de Norma Arrostito, dirigente de la organización Montoneros es particularmente significativo. Arrostito fue "salvada" dos veces del cianuro, ya que intentó suicidarse en dos oportunidades consecutivas; no brindó ninguna información útil durante la tortura y luego fue asesinada por uno de los médicos de la marina, curiosamente, con una inyección también de veneno. El mensaje parece claro: Tú no te envenenas; nosotros lo haremos cuando queramos. Suspender la vida; suspender la muerte; atributos divinos ejercidos no desde los cielos sino desde los sótanos de los campos de concentración.

Desde este punto de vista se puede comprender porqué los campos impedían la posibilidad de suicidio, aun de aquellos que ya estaban como material de depósito esperando la muerte. El ejercicio de un poder que se pretende total y absoluto debe ejercerse sobre la vida misma de los hombres. En este sentido, el suicidio enfurecía a los desaparecedores; la existencia de la pastilla de cianuro entre los montoneros era concebida por ellos como una abominación no por un supuesto código moral cristiano que se funda en el hecho de que sólo Dios tiene la autoridad para dar y quitar la vida, sino porque precisamente el suicidio, como un *último acto de voluntad*, les arrebatava la posibilidad de manifestar ese derecho de muerte que los convertía en "dioses". En este caso la muerte representaba la limitación y el fin de su poder.

Una vez más, el hecho encuentra paralelo con los campos nazis. Cuando los guardianes descubrieron que Filip Müller se había introducido voluntariamente en la cámara de gas para que su muerte tuviera, al menos, una brizna de elección personal, lo sacaron brutalmente gritándole: "Pedazo de mierda, maldito endemoniado, aprende que somos nosotros y no tú quienes decidimos si debes vivir o morir".<sup>34</sup> Para el poder concentracionario es tan importante adueñarse de la vida de otros como adueñarse de su muerte.

Por su parte, cuando los militantes de las organizaciones guerrilleras presentaban combate en el momento de su captura, no sólo tomaban una decisión sobre su muerte sino que además amenazaban la vida de los desaparecedores, estumando de un golpe su pretendida divinidad. Geuna relata que la muerte de uno de los "dioses" de La Perla, el sargento Elpidio Rosario Tejeda, en un enfrentamiento armado, impactó mucho al personal de inteligencia del campo porque "todos temieron en realidad la muerte propia. Estaban asustados: había muerto su mito y, por tanto, ellos también podían morir". Desde la perspectiva de los desaparecedores de La Perla, este hombre, que permanentemente hacía alusión a la muerte de los otros, que se complacía en llamar a los prisioneros "muertos que caminan", podía administrar la muerte pero no padecerla.

---

<sup>34</sup> Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p. 70.

Probablemente el orgullo que producían al capitán Acosta sus instalaciones para las embarazadas, que se reducían a un simple cuarto con camas y una mesa, de las que se jactaba denominándolas "su Sardá" (la maternidad pública más importante de Buenos Aires), se relacionaran con la contraparte del poder de muerte, que lo completa y cierra el círculo haciéndolo total, el ejercicio de un supuesto "poder de vida". No ya la simple capacidad asesina de decidir quién muere, cuándo muere y cómo muere sino más aun, determinar quién sobrevive e incluso quién nace, porque muchas mujeres embarazadas murieron en la tortura, pero otras no. Otras tuvieron sus hijos y los desaparecidos decidieron la vida del hijo y la muerte de la madre. Otras más, sobrevivieron ellas y sus hijos. Esto es lo que subyace más directamente a la afirmación "Aquí adentro nosotros somos Dios" o esta otra "Sólo Dios da y quita la vida. Pero Dios está ocupado en otro lado, y somos nosotros quienes debemos ocuparnos de esa tarea en la Argentina"<sup>35</sup>; subyace la pretensión de dar muerte y dar vida.

Casi todos los sobrevivientes reconocen un captor al que le "deben" la vida, alguien que los protegió y les "concedió" la vida. Estos "dadores de vida" son los mismos que aparecen torturando y asesinando, arrojando cadáveres al mar o quemándolos, ya sea en otros o en los mismos testimonios. El general Galtieri le dijo a Adriana Arce que "era la única persona que podía decidir sobre mi vida";<sup>36</sup> y se la dio al tiempo que se la quitó a tantísimos otros, como la familia Valenzuela. Dadores de vida y dadores de muerte coinciden; ellos son los dioses de los campos de concentración. Sin duda, se podría leer este hecho como un humano acto de compensación individual para mantener cierto equilibrio psicológico pero, al mismo tiempo, se completaba así el ejercicio de un poder total, "divino". Dar y quitar la vida.

La afirmación del capitán Acosta, que refieren muchos de los sobrevivientes de la Escuela de Mecánica, cuando repetía con orgullo: "Esto no tiene límites" o de uno de los militares de La Perla "Aquí nadie se quebra a medias. Esto es total", también se asocian con atributos divinos: el carácter ilimitado de Dios, su omnipotencia. La contraparte de este poder que, en su potencia absoluta, se despliega ilimitado y omnipotente es precisamente la sensación de impotencia total que registraba la víctima del campo de concentración. Sin embargo, tanto la omnipotencia del secuestrador como la impotencia absoluta del secuestrado son ilusorias. Todo poder reconoce un límite y frente a todo poder hay alguna posibilidad de resistencia.

¿De dónde provenía la pretensión de los torturadores de ser dioses? Sin duda de esta convicción de ser amos de la vida y la muerte; de hecho tenían la capacidad de decidir la muerte de muchísimas personas, casi de cualquiera en el marco de una sociedad en que todos los derechos habían sido suprimidos. Podían ser dadores de muerte y, más que de vida, de no muerte. En verdad, como ya lo señaló Foucault, el poder de vida y muerte es solamente un poder de muerte, que se ejerce o se resigna.

El suplicio en la Edad Media y el derecho soberano de matar de los reyes, que a primera vista podría parecer semejante a lo que aquí se describió, implicaba "determinada mecánica del poder: de un poder que no sólo no disimula que se ejerce directamente sobre los cuerpos sino que se exalta y se refuerza en sus manifestaciones físicas; de un poder que se afirma como poder armado y cuyas funciones de orden, en todo caso, no están separadas de las funciones de guerra".

Por el contrario, el poder militar en Argentina corresponde más a una estructura burocrático represiva que a un aparato de guerra. Su ineptitud y desconcierto frente a la única circunstancia de guerra real que debió enfrentar en este siglo, la de las Malvinas, así lo demuestra. Astiz, uno de los protagonistas

<sup>35</sup> Timerman, Jacobo. *El caso Camps, punto inicial*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1982, p. 31

<sup>36</sup> Arce Adriana. En: Conadep. *Nunca más*, p. 199.



destacados de la represión concentracionaria, se rindió sin combatir frente a los ingleses; estaba más preparado para combatir contra un peronista que contra un oficial británico. Ese fue sólo el más publicitado de los casos, pero la investigación de los sucesos llevó a mostrar la incapacidad militar y política del Ejército, la Armada y la Aeronáutica. Mario Benjamín Menéndez, comandante de las fuerzas militares en Malvinas, el mismísimo jefe del III Cuerpo de Ejército que fusilaba prisioneros amordazados en La Perla, además de mostrar su incapacidad militar, según sus propias declaraciones "No encontraba la manera de decir, ¿esto se podrá parar?"<sup>37</sup>, razonamiento inverso al de un guerrero que se pregunta más bien si "esto" se podrá ganar. Las Fuerzas Armadas resultaron más aptas para una sangrienta represión interior que para una guerra frontal entre ejércitos.

En lo que se refiere al ejercicio interno del poder, asesinaron y torturaron de manera institucional pero manteniéndolo en secreto, de manera subterránea y vergonzante, efectivizando un derecho de muerte que la sociedad nunca les reconoció explícitamente. Destrozaron los cuerpos, hicieron exhibición de ellos en algunos casos, pero *nunca asumieron la responsabilidad* de estos actos. El rey vengaba una ofensa a su persona en el cuerpo de los condenados. La Junta Militar castigaba y mataba como un exterminador clandestino, que al decir "Yo no fui", negaba él mismo la legitimidad de sus actos.

La exhibición de un poder arbitrario y total en la administración de la vida y la muerte pero, al mismo tiempo, negado y subterráneo, emitía un mensaje: toda la población estaba expuesta a un derecho de muerte por parte del Estado. Un derecho que se ejercía con una única racionalidad: la omnipotencia de un poder que quería parecerse a Dios. Vidas de hombres y mujeres, destinos de niños e incluso de seres que aún no habían nacido, nada podía escapar a él.

Utilizó su derecho arbitrario de muerte como forma de diseminación social del terror para disciplinar, controlar y regular una sociedad cuya diversidad y alto nivel de conflicto impedían su establecimiento hegemónico.

*El antiguo derecho de vida y muerte latente sobre toda la población se superponía y hacía posible las funciones disciplinadoras y reguladoras manifiestas. Morir, pero esperar la muerte sentado y en determinada posición. Morir, pero antes de ello, contestar "Sí, señor", cuando se habla con un oficial. Morir sin combatir, en una fila de presos ordenados y amordazados, esas "procesiones de seres humanos caminando como muñecos hacia su muerte"*<sup>38</sup>, que ya habían existido en los campos nazis. No hay espacio aquí para el condenado que insulta a sus perseguidores; no hay espacio para la muerte heroica; no hay espacio para el suicidio en el seno de este poder burocrático.

El poder de vida y muerte es uno con el poder disciplinario, normalizador y regulador. Un *poder disciplinario-asesino, un poder burocrático-asesino*, un poder que se pretende total, que articula la individualización y la masificación, la disciplina y la regulación, la normalización, el control y el castigo, recuperando el derecho soberano de matar. Un poder de burócratas ensoberbecidos con su capacidad de matar, que se confunden a sí mismos con Dios. Un poder que se dirige al cuerpo individual y social para someterlo, uniformarlo, amputarlo, desaparecerlo.

<sup>37</sup> Menéndez, Mario Benjamín. En: *Gente*, "El interrogatorio", p. 10.

<sup>38</sup> Arendt, Hannah. *El totalitarismo*, p. 676.

## El tormento

Fue la *ceremonia iniciática* en cada uno de los campos de concentración-extermínio. La llegada a ellos implicaba automáticamente el inicio de la tortura, instrumento para "arrancar" la confesión, método por excelencia para *producir la verdad* que se esperaba del prisionero, criterio de verdad para producir el *quebre* del sujeto. Su duración y las características que adoptara dependían del campo de concentración del que se trataba, de las características del prisionero, de su tenacidad en ocultar la información y de un sinnúmero de imponderables. No obstante, por su centralidad en el dispositivo concentracionario, estuvo pautada por criterios generales y adquirió características básicas comunes en todos los campos.

La aplicación de tormentos tenía una función principal, la obtención de *información operativamente útil*. Es decir, lograr que el prisionero entregara datos que permitieran la captura de personas o equipos vinculados con la llamada subversión, que comprendía todo tipo de oposición política pero preferentemente a la guerrilla y su entorno. La tortura era el mecanismo para "alimentar" el campo con nuevos secuestrados.

Dentro de las organizaciones guerrilleras existían mecanismos de control de sus militantes, generalmente cada 24 o 48 horas, de manera que, al momento de la captura, el dispositivo del campo contaba con un día, dos, a veces un poco más, para extraer de cada hombre información inmediatamente útil. Una vez que vencía el plazo, las organizaciones "desactivaban" toda las citas y desalojaban las casas y los militantes que la persona capturada conocía.

A partir de entonces, los secuestradores podían obtener otro tipo de datos que a veces conducían también a la captura de personas o armamento, como el reconocimiento de fotos o información que, unida a otra, llevaba indirectamente a ubicar una persona, una casa, una base operativa, un depósito de armas. Además, el prisionero tenía un conocimiento precioso: las caras de otros militantes. Si se lograba "trabajar" sobre él de tal manera que estuviera dispuesto a identificarlos en lugares públicos, "marcarlos", se podía capturar a muchas personas. Cada militante que accedía a esta práctica podía provocar decenas de muertes y detenciones. Por último, cada preso era una muestra viviente del "enemigo", de su forma de actuar, pensar, razonar política y militarmente. También esto representaba una información valiosa.

La tortura perseguía, por lo tanto, toda la información que sirviera de inmediato pero necesitaba también *arrasar toda resistencia* en los sujetos para modelarlos y *procesarlos* en el dispositivo concentracionario, para "chupar", succionar de ellos todo conocimiento útil que pudieran esconder; en este sentido hacerlos transparentes. El eje del mecanismo desaparecedor era obtener la información necesaria para multiplicar las desapariciones hasta acabar con el "enemigo" (más adelante se verá la vastedad que alcanzaba el término). En consecuencia, la tortura era la clave, el eje sobre el que giraba toda la vida del campo.

En tanto *ceremonia iniciática*, el tormento marcaba *un fin y un comienzo*; para el recién llegado el mundo quedaba atrás y adelante se abría la incertidumbre del campo de concentración "...una hora antes tenían vida. Al desaparecer ya no tenían vida", así explicaría el suboficial Vilaríño la realidad de estos "muertos que caminan".<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup>Vilaríño, Raúl David. *La Semana*, 5-1-84, p. 41

La desnudez, la capucha que escondía el rostro, las ataduras y mordazas, el dolor y la pérdida de toda pertenencia personal eran los signos de la iniciación en este mundo en donde todas las propiedades, normas, valores, lógicas del exterior parecen canceladas y en donde la propia humanidad entra en suspenso. La desnudez del prisionero y la capucha aumentan su indefensión pero también expresan una voluntad de hacer transparente al hombre, violar su intimidad, apoderarse de su secreto, verlo sin que pueda ver, que subyace a la tortura, y constituye una de "las normas de la casa". La capucha y la consecuente pérdida de la visión aumentan la inseguridad y la desubicación pero también le quitan al hombre su rostro, lo borran; es parte del proceso de deshumanización que va minando al desaparecido y, al mismo tiempo, facilita su castigo. Los torturadores no ven la cara de su víctima; castigan cuerpos sin rostro; castigan subversivos, no hombres. Hay aquí una negación de la humanidad de la víctima que es doble: frente a sí misma y frente a quienes lo atormentan.

La tortura, como "procedimiento de ingreso o admisión", despoja al recién llegado de todos sus apoyos anteriores, entre otros, cualquier contacto personal que pueda fortalecerlo; es la forma en que se lo procesa para aceptar las reglas del campo.<sup>40</sup> Señala el antes y el después. De hecho, casi todos los testimonios pasan del relato del secuestro que corresponde al "afuera", al de la tortura, primer paso del "adentro". Los testimonios también señalan que durante el período de tortura, se mantenía a los prisioneros aislados en los cuartos de interrogatorio, separados del resto; por lo general sólo cuando esta etapa inicial, de asimilación y si es posible de *quebre* concluía, se los integraba a la cuadra, al lugar de depósito. En el testimonio de Geuna resulta evidente este antes y después, como un abismo que se abre frente a la persona, en su caso agudizado por la muerte de su marido en el momento de la detención. Al día siguiente de su captura, después de la tortura, "estaba a kilómetros de distancia de la millanta que era el día anterior. Ahora mi esposo estaba muerto y yo sentía que no tenía fuerzas para resistir."<sup>41</sup>

Como ya se señaló, la tortura se había aplicado sistemáticamente en el país desde muchos años antes, pero los campos daban una nueva posibilidad: usarla de manera *irrestricta e ilimitada*. Es decir, no importaba dejar huellas, no importaba dejar secuelas o producir lesiones; no importaba siquiera matar al prisionero. En todo caso, si se evitaba su muerte era para no "desperdiciar" la información que pudiera tener. Lo ilimitado de los métodos se unía a su uso por un tiempo también ilimitado. Grass señala que los oficiales de la Escuela de Mecánica de la Armada afirmaban que eran necesarias formas "no convencionales" de respuesta a la acción subversiva, de las cuales, el "instrumento central era la tortura aplicada en forma *irrestricta e ilimitada* en el tiempo". Decían: "No hay otra forma de identificar a este enemigo oculto si no es mediante la información obtenida por la tortura y ésta, para ser eficaz, debe ser *ilimitada*".<sup>42</sup> También Geuna lo registra de la siguiente manera: "Si no te quebraban en horas, disponían de días, semanas, meses. 'Nosotros no tenemos apuro' nos advertían. 'Aquí -subrayaban- el tiempo no existe.'<sup>43</sup>

Lo ilimitado suponía también que la tortura, una vez terminada, se podía reiniciar. En muchos campos, como La Perla o la mansión Seré, se registró el hecho de que por detectar que el prisionero no había dado determinada información o por represalia ante una actitud de desobediencia, se reiniciaba la tortura. Aun en lugares como la Escuela de Mecánica de la Armada, en donde no se acostumbraba volver a torturar al prisionero una vez concluida la etapa de interrogatorio, sin embargo la amenaza

<sup>40</sup> Goffman, Erving. *Internados*, Buenos Aires, Porrúa, 1992, p. 58.

<sup>41</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 9, segunda parte.

<sup>42</sup> Grass, Martín. Testimonio, p. 4.

<sup>43</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 18, segunda parte.

permanecía latente para el secuestrado que convivía con los instrumentos, los objetos y los sujetos de tortura durante toda su permanencia en el campo.

¿En qué consistía la tortura? El método de tormento "universal" de los campos de concentración argentinos, por el que pasaron prácticamente todos los secuestrados fue la picana eléctrica. Es natural; se trata de un instrumento nacional, "vernáculo", inventado por un argentino. Consiste en provocar descargas; cuanto más alto es el voltaje, mayor es el daño. Su aplicación es particularmente dolorosa en las mucosas, por lo que éstas se convierten en el lugar preferido de los "técnicos". Puede y suele provocar paros cardíacos; de esta manera se mató a muchos prisioneros; en algunos casos porque "se les fue la mano", en otros de manera intencional.

La picana, ya mencionada tuvo variantes; una fue la picana doble que consistía en lo mismo pero multiplicado por dos; otra fue la picana automática. Esta se ponía a funcionar sin que hubiera ningún interrogador, ninguna pregunta. Sufrir para sufrir, sin otro fin que el propio sufrimiento, como castigo, y la domesticación del hombre al campo, como ablande. Quebrar la voluntad de resistencia frente al vacío, frente a ninguna pregunta, frente a la sola manifestación de poder del secuestrador.

No describiré los distintos métodos utilizados pero sí haré mención de los más frecuentes. Es importante saber qué se le hace a un hombre para entender cómo se lo atormenta y se lo procesa. El terror corresponde a un registro diferente que el miedo.

Mientras uno está sentado, leyendo, el terror es apenas un concepto que se asocia vagamente con una especie de miedo grande, tal vez con un género cinematográfico, pero basta seleccionar cualquiera de estas técnicas, la que personalmente pueda parecer más tolerable, y pensar en su aplicación sobre el propio cuerpo, de manera irrestricta e ilimitada, repetida e interminablemente, para tener una aproximación a cómo se produce el terror. Interminablemente quiere decir exactamente sin fin, hasta la muerte o hasta un fin arbitrario que no depende de uno.

Para obtener la información necesaria, los interrogadores "se vieron obligados" a usar técnicas de asfixia, ya fuera por inmersión en agua o por carencia de aire. Aplicaron golpes con todo tipo de objetos, palos, látigos, varillas, golpes de karate y práctica sobre los prisioneros de golpes mortales, así como palizas colectivas. Practicaron el colgamiento de los seres humanos por las extremidades dentro de los campos y también desde helicópteros. Hicieron atacar gente con perros entrenados. Quemaron a las personas con agua hirviendo, alambres al rojo, cigarrillos y les practicaron cortaduras de todo tipo. También despellejaron personas, como Norberto Liwsky en la Brigada de Investigaciones de San Justo. En muchos campos, en particular en los que dependían de la Fuerza Aérea y la policía, los interrogadores se valieron de todo tipo de abuso sexual. Desde violaciones múltiples a mujeres y a hombres, hasta más de 20 veces consecutivas, así como vejámenes de todo tipo combinados con los métodos ya mencionados de tortura, como la introducción en el ano y la vagina de objetos metálicos y la posterior aplicación de descargas eléctricas a través de los mismos. En estos lugares también era frecuente que a una prisionera "le dieran a elegir" entre la violación y la picana.<sup>44</sup> De ahí en más hicieron todo lo que una imaginación perversa y sádica pueda urdir sobre cuerpos totalmente inermes y sin posibilidad de defensa. Lo hicieron sistemáticamente hasta provocar la muerte o la destrucción del hombre, amoldándolo al universo concentracionario, aunque no siempre lo lograron. El abuso con fines informativos, el abuso para modelar y producir sujetos, el abuso arbitrario, todos atributos principales del poder pretendidamente total: saber todo, modelar todo incluso la vida y la muerte, ser inapelable.

---

<sup>44</sup> Cf. Conadep. *Nunca más*.

La práctica de estas formas de tortura de manera *irrestricta, reiterada e ilimitada se ejerció en todos los campos de concentración* y fue clave para la diseminación del terror entre los secuestrados. Una vez que el prisionero pasaba por semejante tratamiento, prefería literalmente morir que regresar a esa situación; son muchos los testimonios que así lo afirman. La muerte podía aparecer como una liberación. De hecho, los torturadores usaban la expresión "se nos fue" para designar a alguien que se les había muerto durante la tortura. Y sin embargo, decidir la propia muerte era una de las cosas que estaba vedadas para el desaparecido, que descubría entonces no ya la dificultad de vivir sino la de morir. Morir no era fácil dentro de un campo. Teresa Meschiali, Susana Burgos y muchos otros sobrevivientes relatan intentos a veces absurdos pero desesperados para encontrar la muerte: tomar agua podrida, dejar de respirar, intentar suspender voluntariamente cualquier función vital. Pero no era tan simple. La máquina inexorable se había apropiado celosamente de la vida y la muerte de cada uno.

No obstante estos denominadores comunes, existieron *modalidades diferentes*. En algunos casos, relatados por sobrevivientes de campos de la Fuerza Aérea y la policía, el tormento tomaba las características de un *ritual purificador*. Más que centrarse en la información operativamente valiosa buscaba el *castigo* de las víctimas, su desmembramiento físico, una especie de venganza que se concretaba en *signos visibles sobre los cuerpos*. En esos lugares se usaba mucho el castigo con palos y fatigazos, que deja huellas. El tratamiento se acompañaba con tortura sexual, fundamentalmente denigrante; eran frecuentes, por ejemplo, las violaciones de hombres. Toda la sesión, desde que iban a buscar al prisionero, tenía un ritmo de excitación ascendente, mientras que, por ejemplo en la Mansión Seré, no faltaba un torturador cristiano que rezaba y "confortaba" a la víctima instándola a que tuviera fe en Dios, mientras era atormentada. También en ese centro, uno de los miembros de la "patota, al grito de hijos del diablo, hijos del diablo, agarró un látigo y empezó a pegarnos. Son todos judíos, decía hay que matarlos".<sup>45</sup>

En la Brigada de Investigaciones de San Justo: "Cuando me venían a buscar para una nueva sesión lo hacían gritando y entraban a la celda pateando la puerta y golpeando lo que encontrarán. Violentamente. Por eso, antes de que se acercaran a mí, ya sabía que me tocaba".<sup>46</sup> A continuación sigue un relato espeluznante, que incluye el despellejamiento del prisionero.

En la Delegación de la Policía Federal: "Allí me golpearon ferozmente por espacio de una hora aproximadamente, lo hicieron con total sadismo y crueldad pues ni siquiera me interrogaban, sólo se refan a carcajadas y me insultaban".<sup>47</sup>

En la mansión Seré: "... entra la patota en la pieza haciendo mucho escándalo, como ellos hacían, con el fin de crear un clima de terror y pánico a su alrededor... me sacan entre comentarios jocosos y risotadas, me anuncian que me van a dar un baño; me hundían cada vez más frecuentemente y por espacios más prolongados de tiempo, a punto tal de, digamos, de terminar por provocarme asfixia... nos atan a los dos juntos... nos torturan con picana alternativamente a uno y a otro... se me introdujo un objeto metálico en el ano y se me transmitía corriente eléctrica por él; se me torturó en los genitales y en la boca, en las órbitas de los ojos..."<sup>48</sup>

En estos campos crecía el número de víctimas casuales. En la misma mansión Seré, secuestraron y torturaron a un levantador de quiniela y, en mayo de 1977, buscando a un militante, "la patota" se

<sup>45</sup> Tamburrini, Claudio, En: Cincaglino. *op. cit.*, p. 28.

<sup>46</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 30.

<sup>47</sup> Conadep. *Ibid.*, p. 53.

<sup>48</sup> *Diario del Juicio*, núm 7, p. 160, 162.

equivocó de dirección y registró los cuartos de una pensión. En uno de ellos encontraron fotos que consideraron pornográficas, en las que se veía a menores, por lo que dedujeron que la persona que allí habitaba era un perverso sexual. Así que procedieron a esperar su llegada y a secuestrar a aquel hombre. Así lo hicieron, lo llevaron hasta la mansión Seré y allí lo torturaron hasta su muerte, que se produjo esa misma noche. Habían consumado un acto de "purificación". Cruzados del "bien y la moralidad", castigaban el mal, entre rezos, risas y vejámenes.

En este tipo de "rituales" murieron muchas personas. La duración era indeterminada; la reiteración de la tortura imprevisible y el sentido se asemejaba más a una ceremonia de venganza y locura, entre risas, gritos y golpes, que a un acto de inteligencia militar. A pesar de la aparente irracionalidad, estos campos cobraron un importantísimo número de víctimas y cumplieron un papel fundamental en la destrucción física de toda oposición política, sin discriminación alguna, y de la diseminación del terror. Fueron funcionales para el proyecto militar y dejaron muy pocos sobrevivientes, algunos de ellos lo suficientemente aterrados como para no relatar jamás lo que sufrieron.

Las prácticas de tortura en otros campos, como la Escuela de Mecánica de la Armada o La Perla, tenían diferencias considerables con respecto a lo que acabo de describir, al menos a partir de la existencia de sobrevivientes.

En esos lugares la tortura era enérgica, con un fin "profesional": obtener información operativamente valiosa. Durante el periodo "útil" del prisionero se le aplicaban picana, submarino (asfixia por inmersión) y golpes, como tratamiento regular, y la promesa de respetar su vida en caso de que colaborara, es decir que proporcionara información suficiente para capturar a otras personas.

Para dar credibilidad a la oferta de vida, antes de torturarlo se exhibían ante el preso otros secuestrados, preferentemente militantes conocidos, que en el exterior se daban por muertos. La idea era inducir en el recién llegado la suposición de que estas personas conservaban la vida porque estaban colaborando activamente con los desaparecidos (lo que no necesariamente era verdad). A ello se sumaba el hecho de que, en muchos casos la detención de la persona se había producido por la delación de un compañero de militancia, a veces con más experiencia o responsabilidades políticas que él mismo. Esto reforzaba la idea que trataba de generar el campo de concentración de que "todos" colaboraban; nadie podía contra su poder y era mejor no intentarlo. La exhibición de omnipotencia que creaba en el secuestrado una sensación de impotencia también total.

La oferta de vida y la prueba "palpable" de que así era, (unos meses de vida en esas circunstancias parecían una promesa de inmortalidad) rompía la lógica con que los militantes llegaban al campo de concentración: enfrentar la propia muerte: Se trataba de producir en el secuestrado un *shock* psíquico primero y físico después, mediante una tortura intensiva, que lo desestructurara lo suficiente como para dar una "punta del hilo", un dato más para desenredar la madeja de las organizaciones políticas y sindicales. Después de ello, manteniendo la presión, se podía esperar una colaboración más abierta.

El procedimiento se caracterizaba por una cierta *asepsia*; el objetivo era obtener información útil, pero además, *quebrar* al individuo, *romper* al militante anulando en él toda línea de fuga o resistencia, *modelando* un nuevo sujeto adecuado a la dinámica del campo, un cuerpo sumiso que se dejara incorporar a la maquinaria, cualquiera que fuera el lugar que se le asignara. Este *quebre* era el producto más preciado de la tortura; alcanzarlo era el mayor desafío para el dispositivo concentracionario y la prueba evidente, insoslayable del poder del interrogador.

Para lograr el *quiebre*, valían todos los medios, pero siempre conservaban esa racionalidad, la búsqueda de información operativamente valiosa. Pasado el periodo de utilidad del preso, éste dejaba de ser un cuerpo atormentado para *producir la verdad* a ser un cuerpo de desecho, material en depósito hasta la decisión de su destino final: la eliminación o, muy eventualmente, la liberación. La posibilidad de reiniciar la tortura siempre estaba presente pero era relativamente excepcional.

Desde el momento en que cesaba la tortura física directa, iniciaba la tortura sorda, la de la incertidumbre sobre la vida, la oscuridad y el aislamiento permanentes, la desconfianza hacia todos, la mala alimentación, el mal trato y la humillación.

En algunos casos, la decisión final sobre la suerte del preso se difería, pasando por un periodo intermedio en el que se lo incorporaba al régimen de capucha o cuadro pero se pretendía *ganar al prisionero, sacarle* algo o algo más; la lógica concentracionaria es avariciosa, intenta *chupar* todo lo vital que hay en el hombre. Se trataba entonces de obtener algún tipo de colaboración voluntaria, operacional, técnica, política, al cabo de la cual, e independientemente de lo que hubiera proporcionado, el destino último también era incierto.

Así pues, aparecen por lo menos dos mecanismos posibles en la tortura: el tormento que llamaré inquisitorial y el tormento como tecnología eficaz, fría, aséptica y eficiente de "chupar". Los dos pretenden *producir la verdad, producir un culpable y arrasar al sujeto* pero lo hacen de maneras diferentes. Ambas formas implican el *procesamiento* de los cuerpos, la *extracción* de lo que sirve y el *desecho* del hombre. Sin embargo, la modalidad inquisitorial destruye más los cuerpos, es más brutal, arroja más sufrimiento directo sobre sus víctimas, pero es menos eficiente para extraer, está menos preparada para aprovechar hasta la última gota útil de un hombre.

También es probable que la modalidad "aséptica" produzca un menor deterioro personal en los hombres que la aplican y les permita concebirse a sí mismo como simple personal técnico. Finalmente, en términos institucionales, cabe pensar que en nuestra época es más fácil mantener el espíritu de cuerpo y la adhesión ideológica de una fuerza profesional y clasemediera, por vía de un discurso técnico-aséptico que por vía de uno fanático-inquisitorial. Este último es psíquica e institucionalmente desquiciante.

Los oficiales de inteligencia que ejecutaron la tortura, sobre todo en el modelo aséptico, eran hombres comunes y corrientes, las más de las veces insignificantes, como Juan Carlos Rolón, cuyo ascenso salió a defender el Presidente Menem en 1994. También ellos, pequeños engranajes que no correspondían a un único patrón. Geuna los describe uno por uno; la diversidad comprende tontos e inteligentes, audaces y cobardes, religiosos y ateos, vanidosos, arrogantes, pusilánimes, de todo; hombres como cualquier otro, que caminan por la calle. Muchos se preguntaban, con auténtica curiosidad, si los prisioneros los consideraban "torturadores". Como si la condición de torturador fuera parte de una esencia que no poseían, como si su práctica cotidiana se debiera a una función circunstancial que se vieron obligados a cumplir; como si hubiera "otros", no ellos, que sí eran torturadores porque disfrutaban haciendo sufrir. Estos hombres sólo trabajaban y "cumplían órdenes".

El cumplimiento de órdenes fue la fórmula más burda de descargo del torturador. Otra muy usual, de acuerdo a los testimonios, fue responsabilizar a las conducciones de las organizaciones armadas porque "mandaban a matar" a su gente, "obligándolos" a ellos a hacerlo. También era común que descargaran la culpa sobre la propia víctima, que por su tozudez, los "obligaba" a torturarla. La expresión que se registra es "no te hagás dar", es decir que la víctima "se hacía dar", se hacía torturar. Si para detener a alguien habían torturado a otras personas, el responsable de tales castigos era el

buscado, o el que daba la información o cualquier otro que no fuera el torturador "Vos sos la culpable de que haya hecho cagar a esos infelices", le decía un torturador de la policía federal a Mirtha Gladys Rosales, para justificar que había golpeado salvajemente a su padre y a otras personas.<sup>49</sup>

Sin embargo, y por más desplazamientos que pueda hacer, hay algo que se agita internamente en un hombre que destroza a otro. Hay algo que reclama la afirmación de su propia humanidad, porque en el intento de despersonalización de la víctima él mismo se despersonaliza, se deshumaniza. En muchos relatos aparece el intento de "reparación" del torturador sobre la propia víctima, como si pudiera *escindir* su condición de torturador frente a un cuerpo sin rostro de su condición humana frente a la persona del torturado. Cuenta una sobreviviente: "Después de esas 'sesiones' (de tortura) me hacían vestir, y con buenos modos y palabras de consuelo me llevaban al dormitorio e indicaban a otra prisionera que se acercara y me consolara".<sup>50</sup> Ana María Careaga relata: "El hombre que había dirigido la tortura, que me había torturado personalmente, ahora me hablaba de una manera paternal".<sup>51</sup> Otro testimonio dice: "El domingo por la noche, el hombre que me había violado estuvo de guardia obligándome a jugar a las cartas con él".<sup>52</sup> Un relato casi idéntico de la mansión Seré señala que la patota secuestró a una maestra muy joven por haber escrito en el pizarrón de su clase "Las Montoneras recorren el país", como frase de ejercitación gramatical y en obvia referencia a las Montoneras del siglo pasado. Después de haber sido torturada "preventivamente", fue presionada con insistencia por uno de sus torturadores a jugar a las cartas con él. La muchacha, que primero se negó, al cabo de un rato jugaba al *chin-chon* con un hombre poco mayor que ella y que la había sometido a tormento minutos antes. La figura de estas dos personas jugando a los naipes dentro de un campo de exterminio es la viva imagen de una suerte de perversión de la realidad que se opera en el dispositivo concentracionario, cuyo eje es la tortura. En ella se conjugan el poder, la arbitrariedad, la culpa y la necesidad de crear una "ilusión de reparación", que persiguió a buena parte de los torturadores.

Mediante el tormento se arrancaba al hombre información y su misma humanidad, hasta dejarlo vacío. La sala de torturas, el "quirófano" en la jerga concentracionaria, era el lugar donde se operaba sobre la persona para producir ese vaciamiento. Era un largo proceso que duraba días, semanas, meses hasta lograr la producción de un nuevo sujeto, completamente sumiso a los designios del campo: "Ya uno no tiene nada que darles, ni ellos quieren nada de mí. Tenía un gran cansancio y sólo quería que todo terminara de inmediato".<sup>53</sup>

El campo logró la sumisión. El "Sí, señor" del lenguaje militar, en boca de los prisioneros fue un signo de esa sumisión. "Se ensañaron mucho más porque no les había dicho que estaba embarazada... Me decían: '¿Por qué no lo dijiste, pelotuda? ¿Querés que te lo saque ahora?' (al hijo) ¡No! 'No, qué pelotuda.' No, señor. 'Ah, así está mejor.'"<sup>54</sup>

Sin embargo, la sumisión nunca es total; el campo intentó arrasar la personalidad y toda forma de resistencia a través de la tortura sistemática, ilimitada, irrestricta, produciendo dolor, terror, parálisis, pero no necesariamente lo logró.

No hay técnicas infalibles, y la tortura tampoco lo fue. A pesar de los interrogadores, frente a ella había hombres, no masilla moldeable. Seres humanos que reaccionaron de las más diversas maneras.

<sup>49</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 53.

<sup>50</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 49.

<sup>51</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta, *op. cit.*, p. 162.

<sup>52</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 155.

<sup>53</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 19, segunda parte.

<sup>54</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta, *op. cit.*, p. 163



Existió la resistencia abierta de quienes, poseyendo información, desafiaron con éxito la tortura. Geuna relata el de una madre que dirigiéndose a su hija, mientras las torturaban a ambas en La Perla, le gritaba "No habléis, nena; a estos hijos de puta ni una palabra". Aquí, el campo de concentración y la tortura se enfrentan a su zona de impotencia: la resistencia interna del hombre. En este caso sólo pueden funcionar como máquina asesina, y matar.

Hay otros que simularon colaborar, dando datos falsos que pudieran pasar por verdaderos, y en realidad no entregaron algo útil para "alimentar" y reproducir el mecanismo. Intentaban así detener la tortura y ganar tiempo. En este caso, la tortura tampoco logró su objetivo. No sólo no produjo la "verdad", sino que el prisionero la contabilizó internamente como una batalla ganada al campo de concentración; se fortaleció, aunque le costara la vida. Es el caso de Fernández Samar que se relata también en el testimonio de Geuna, quien mientras agonizaba a causa de los tormentos padecidos, en los que había ocultado la información clave, repetía "Los jodi; los jodi".<sup>55</sup> Entre los sobrevivientes hay mucha gente que resistió la tortura y seguramente esta primer victoria los rearmó para tolerar la capucha, el aislamiento, las presiones y todo lo que padecieron después hasta su liberación. La resistencia a la tortura es una de las formas más claras de la limitación del poder del campo.

Otros más, no aguantaron la presión y brindaron información útil pero no entregaron todo; guardaron cuidadosamente aquello que consideraban más importante; ese era su último bastión de resistencia, su secreto. Estas personas, aunque hubieran sido *arrasadas* por el dispositivo solían recuperarse. Es decir, pasada la presión directa, recobraban las nociones de solidaridad y compromiso con sus compañeros de cautiverio, recuperaban alguna capacidad de resistencia. Este grupo fue muy importante en términos cuantitativos y cualitativos ya que fue numeroso y permitió la reproducción del dispositivo, alimentándolo y generando más secuestros. Desde este punto de vista, la tortura irrestricta e ilimitada demostró su eficacia. Mucha de esa gente podía estar dispuesta a morir, pero sencillamente no soportó las condiciones de tormento y "entregó" algo, o mucho.

Hubo otros prisioneros que una vez que comenzaron a dar información bajo tortura ya no se detuvieron, y se fueron desplazando progresivamente de la categoría de víctimas a la de victimarios. Esta gente, que existió en La Perla, en el ministaff de la Escuela de Mecánica y en otros lugares de manera aislada, se convirtió en una especie de presos intermediarios entre los desaparecedores y los desaparecidos. Fueron *quebrados* por la tortura, muchas veces espantosa, y se desintegraron. No se sentían presos. Suzzara, una secuestrada de este tipo, decía de sus compañeros presos: "Les tengo asco". Algunos de ellos realizaban operativos militares con sus propios captores; otros llegaron incluso a torturar. Estas personas eran un enemigo de los presos igual o peor que los guardias. Necesitaban que todos se desintegraran como ellos, que dejaran de ser, para encontrar su propia justificación; por eso vigilaban meticulosamente a los otros prisioneros, "certificaban" los "quebres"; temían la sobrevivencia de quienes no estuvieran en su misma situación porque eran testigos de su vergüenza. En general, los militares sentían un profundo desprecio por esta gente. Sobre ellos el campo de concentración *funcionó*, alcanzó su objetivo, aunque numéricamente representaron algo así como el uno por mil fueron muy útiles al dispositivo. Cada uno de ellos fue responsable de muchas decenas de secuestros. Además orientaron el trabajo de los interrogadores; les permitieron aumentar su eficiencia; saber qué preguntar, cómo hacerlo, cuáles eran las debilidades de una persona. En fin, fueron de gran utilidad y constituyen el tipo de sujeto que *produce* el campo de concentración y la tortura: temerosos, sumisos, autoritarios, inestables. Muchos de ellos permanecieron ligados a las fuerzas de seguridad y siguieron trabajando para ellas una vez clausurados los campos de concentración.

---

<sup>55</sup> Geuna, Graciela. Testimonio. p. 58, segunda parte.

Por último existieron personas que "negociaron" su captura. Es decir, aquellos que sin ofrecer resistencia alguna, sin intentar siquiera presentar batalla, "se pasaron" aparentemente de bando y se prestaron a trabajar para las fuerzas de seguridad como lo habían hecho para organizaciones políticas opositoras. Llegaron a los campos de concentración con maletas y jamás les tocaron un pelo. De estos casos se registran el de Pinchevsky en La Perla y el de Máximo Nicoletti y su mujer, María Emilia Peuriot, en la Escuela de Mecánica de la Armada. Estas personas no se pueden considerar como éxitos del dispositivo concentracionario; son otra cosa. No fueron *quebrados* puesto que no había nada que romper, que opusiera resistencia.

En síntesis, la tortura como eje del trabajo de inteligencia fue altamente productiva y eficiente. Logró la información suficiente para destruir las organizaciones guerrilleras y sus entornos, asesinar a los dirigentes sindicales no conciliadores, arrasar toda organización popular, golpear y dificultar la acción de los organismos de derechos humanos. Lo hizo gracias a la existencia de los campos de concentración con los supuestos de una práctica irrestricta e ilimitada del tormento. Consiguió obtener información parcial significativa; logró la colaboración total de un pequeño grupo de gente que logró modelar, desintegrar y reordenar según la lógica del poder autoritario. En suma fue el método que permitió obtener la información necesaria para destruir una generación de militantes políticos y sindicales que *desaparecieron* en los campos de concentración. Para quienes deseaban este resultado, el método parece haber sido el adecuado. En todo caso se abren otras preguntas: ¿Debía la sociedad argentina *desaparecer* una generación de molestos activistas sindicales y políticos? ¿Hay posibilidad de separar medios y fines? Desaparecer, borrar del mapa, ¿no lleva casi irremediablemente a esto?

### **Una lógica perversa, una realidad tabicada y compartimentada**

El campo es un lugar de contrarios que coexisten, de ambivalencia y conflicto superpuesto, no resuelto, en donde la confrontación se resuelve por la separación, clasificación y eliminación de lo disfuncional.

Al tiempo que es un *centro de reunión* de prisioneros, es donde el hombre encuentra el mayor grado de *aislamiento* posible. Prisioneros concentrados en una barraca, cuidadosamente separados entre sí por tabiques, celdas, cuchetas. Compartimentos que separan lo que está profundamente interconectado.

Los planos de los campos de concentración parecen graficar esta idea de la compartimentación como antídoto del conflicto, que permea todo el proceso. Largas secuencias de compartimentos; depósitos ordenados y separados en la arquitectura, en las etapas del proceso desaparecedor (captura, tortura, asesinato, desaparición de los cuerpos), entre los servicios que obtienen y procesan la información (Armada, Ejército, Aeronáutica), del campo mismo como un compartimento separado de la realidad.

También los hombres aparecen fragmentados, compartimentados interna y externamente: "subversivos" a los que se despoja de identidad, cuerpos sin sujeto, torturadores que ostentan una ideología liberal, cristianos que se confunden a sí mismos con Dios. Todo sin entrar en colisión aparente, subsistiendo gracias a una separación cuidadosa, *esquizofrénica*, que atraviesa a la sociedad, al campo de concentración y a los sujetos.

Los compartimentos estancos son la condición de posibilidad de coexistencia de elementos sustancialmente inconsistentes y contradictorios. Algunos de ellos:

Salta a la vista que precisamente las *fuerzas legales*, como se identificaban a sí mismas las fuerzas represivas, operaran con una estructura, un funcionamiento y una tecnología "por izquierda", es decir *ilegal*. El secuestro, la tortura ilimitada y el asesinato eran claves para lograr el exterminio de toda oposición política y diseminar el terror al que ya se hizo referencia. Dichas "técnicas" no se hubieran podido aplicar desde la legalidad existente y, de hecho, el gobierno militar, a diferencia de los nazis, nunca creó leyes que respaldaran la existencia de los campos de concentración, antes bien optó por negar su existencia. Las "fuerzas legales" eran los GT *clandestinos* mientras que toda acción legal, como la presentación de habeas corpus, denuncias, búsqueda de personas, juicios, era considerada "subversiva". Extraña coexistencia de lo legal y lo ilegal, pérdida de los referentes, inversión constante y sucesiva de los términos, confusión de los contrarios que impide reconocer desde la sociedad por dónde pasa la distinción entre uno y otro. La ilegalidad de los campos, en coexistencia con su inserción perfectamente institucional, aunque parezca contradictorio, fue una de las claves de su éxito como modalidad represiva del Estado.

Directamente vinculado con la legalidad aparece el problema del secreto. El secreto, lo que se esconde, lo subterráneo es parte de la centralidad del poder. Durante el Proceso de Reorganización Nacional se sancionaron 16 leyes de carácter secreto. El general Tomás Sánchez de Bustamante declaró: "En este tipo de lucha (la antisubversiva) el secreto que debe envolver las operaciones especiales hace que no deba divulgarse a quién se ha capturado y a quién se debe capturar. Debe existir una *nube de silencio* que rodee todo..."<sup>56</sup> También existían sanciones legales de carácter secreto y decisiones secretas que inhabilitaban políticamente a ciertos ciudadanos. Los campos de concentración eran secretos y las inhumaciones de cadáveres NN en los cementerios, también. Sin embargo, para que funcionara el dispositivo desaparecedor debían ser secretos a voces; era preciso que se supiera para diseminar el terror. La *nube de silencio* ocultaba los nombres, las razones específicas, pero todos sabían que se llevaban a los que "andaban en algo", que las personas "desaparecían", que los coches que iban con gente armada pertenecían a las fuerzas de seguridad, que los que se llevaban no volvían a aparecer, que existían los campos de concentración. En suma, un secreto con publicidad incluida; mensajes contradictorios y ambivalentes. Secretos que se deben saber; lo que es preciso decir como si no se dijera pero que todos conocen.

La manera en que se fraccionó el dispositivo concentracionario, separando trabajos y diluyendo responsabilidades es otra manifestación de esta misma esquizofrenia social, manifestándose dentro mismo de los campos. El mecanismo por el cual los desaparecedores concebían su participación personal como un simple paso dentro de una cadena que nadie controlaba, es otra forma de fraccionar un proceso básicamente único. Cada uno de los actores concebía la responsabilidad como algo ajeno; fragmentaba el proceso global de la desaparición y tomaba sólo su parte, escindiéndola y la justificándola, al tiempo que condenaba a otros, como si su participación tuviera algún sentido por fuera de la cadena y no coadyuvara de manera directa al dispositivo asesino y desaparecedor. Recuérdense en este sentido las declaraciones de Vilaríño.

De manera semejante, los grupos operativos se concebían como diferentes y enfrentados, se retaceaban la información unos a otros, entre las distintas armas y aun dentro de una misma arma. Cada uno se creía, o bien más eficiente, o bien menos brutal que los otros. Grass se refiere a las diferencias entre el grupo operativo de la Escuela de Mecánica y el del Servicio de Inteligencia Naval; Geuna narra el terrible enfrentamiento entre la policía y el Ejército; Graciela Dellatorre cuenta la

---

<sup>56</sup> Sánchez de Bustamante, Tomás. En: Lozada, Salvador et al. *La ideología de la seguridad nacional*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983, p. 42.

competencia que existía entre los tres grupos operativos de El Vesubio.<sup>57</sup> Cada uno era un compartimento del dispositivo concentracionario, con sus hombres, sus armas, su información, sus secuestrados. Su seguridad podía depender de mantener esta separación; el incremento de su poder también. Es decir, el mecanismo favorecía la compartimentación y la competencia, al tiempo que imponía su totalidad sobre el conjunto. Es importante señalar que cuanto mayor sea la fragmentación, más necesidad existirá de una instancia totalizadora. Lo fragmentario no se opone a lo totalizante; por el contrario, se combinan y superponen, sin encontrar consistencia ni coherencia alguna.

Para el secuestrado, la incoherencia entre unas acciones y otras creaba un desquiciamiento de la lógica dentro de los campos, *otra lógica* que no alcanzaba a comprender, pero que sin embargo es constitutiva del poder, de su parte más íntima, de su racionalidad no admitida, negada, subterránea. Una racionalidad que incorpora lo esquizofrénico como sustancial. La incongruencia entre las acciones de los secuestradores fue una de sus manifestaciones que se hizo particularmente patente en los campos que correspondieron a la modalidad *técnico-aséptica*.

Por ejemplo, la posibilidad de supervivencia no aumentó para quienes brindaron información útil ni para las víctimas producto de la casualidad, del error, o que después de los interrogatorios hubieran demostrado tener muy poca o nula vinculación con la guerrilla. Por el contrario, en muchos casos fue exactamente al revés; los militantes de cierta trayectoria podían ser más útiles a largo plazo lo que aumentó inicialmente su sobrevida y luego la posibilidad de "reaparecer". El procedimiento no carecía de lógica pero al mismo tiempo parecía incomprensible; pertenecía a otra lógica que el secuestrado no podía comprender. Por un lado, la existencia de lógicas incomprensibles, por otro, la ruptura y la esquizofrenia dentro de la lógica concentracionaria desquiciaban a los prisioneros e incrementaban la sensación de locura.

La visita casi diaria en la Escuela de Mecánica de la Armada de un médico que atendía a los prisioneros era un dato aparentemente contradictorio con la suposición de que los traslados implicaban la muerte. Geuna también relata que: "se interesaban por mi salud, por mis heridas, por mi debilidad (había adelgazado diez kilos en veinte días). Me trajeron vendas y vitaminas. Me cuidaban y al mismo tiempo me decían que me iban a matar".<sup>58</sup> ¿Para qué se curaba de anginas o se administraba vitaminas a alguien que se iba a asesinar? La incongruencia llevaba al preso a pensar que o bien era cierta una cosa o la otra y, dado que efectivamente le llevaban vitaminas, no lo iban a matar, lo cual era falso. Esta "lógica perversa" o falta aparente de lógica dañó terriblemente a los secuestrados.

Se puede pensar, aunque Hannah Arendt discutiría la supuesta finalidad productiva de los campos de concentración nazis, que en ellos, a pesar del exterminio que se reservaba a los prisioneros, la existencia del médico tenía un sentido: mantener al hombre con cierta capacidad de trabajo, ya que se lo usaba en tareas productivas. Pero éste no era el caso de los campos argentinos, en que los secuestrados permanecían tirados en el piso, sin hacer nada a veces durante meses. ¿Qué lógica podía tener la presencia del médico en esas circunstancias?

No es claro, pero probablemente se jugaba un cierto sentido de humanidad manteniendo al hombre en condiciones relativamente aceptables hasta su muerte. Esta hipótesis, la menos congruente con el resto del funcionamiento del campo, es quizás la más probable; hay que recordar que la preservación de la vida de algunos niños en el vientre de su madre respondía a una lógica semejante que no sería más que otro de los tantos mecanismos de autohumanización que debieron usar los desaparecidos

<sup>57</sup> Dellatorre, Graciela. En: Conadep. Nunca más, p. 158.

<sup>58</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 24, segunda parte.

para justificarse a sí mismos. Desde una concepción más consistentemente utilitarista se podría suponer que prevenían epidemias que pudieran afectar a prisioneros todavía útiles o al propio personal. También es probable; en algunos sentidos el campo funcionaba como una fría y no muy selectiva máquina de matar; en otros irrumpían estas rupturas de la lógica, estas compartimentaciones incomprensibles a primera vista. Lo cierto es que la atención médica era uno de los elementos que lograba dificultar la comprensión del prisionero de que sería ejecutado, por la aparente contradicción entre una acción y otra. Esa confusión, alimentada por el campo y multiplicada por el temor y la negación de los prisioneros creaban una "predisposición" para interpretar la lógica perversa que desataba el campo como auténticos indicios de la posibilidad de supervivencia. Todo ello confluía para desalentar las formas de resistencia más desesperadas.

Algo semejante ocurrió con la atención a las mujeres embarazadas que llegaron a dar a luz, en la "Sardá" de la Escuela de Mecánica. A partir de cierto momento del embarazo, esas prisioneras pasaban a ocupar un cuarto con camas, una mesa con sillas, ropa, y podían permanecer allí con los ojos descubiertos y hablar. Días antes del alumbramiento, los marinos le hacían llegar a la madre un ajuar completo, a veces muy hermoso, para su bebé. El parto se atendía con un médico y respetando ciertos requerimientos de asepsia, anestesia y cuidados generales. La madre le ponía nombre a su hijo y daba las indicaciones para que lo entregaran a la familia. Este trato dificultaba la comprensión del destino final de madre e hijo. Las atenciones hacían presuponer que ambos vivirían pero que, cuando menos el bebé sería respetado. La realidad era muy otra: la madre solía ser ejecutada pocos días después del alumbramiento y el bebé se enviaba a un orfanato, se daba en adopción o, eventualmente, se entregaba a la familia. Quedaba así limpia la conciencia de los desaparecidos: mataban a quien *debían* matar; preservaban la otra vida, le evitaban un hogar subversivo y se desentendían de su responsabilidad. No es que no existiera una racionalidad; sencillamente no era una lógica total y perfectamente congruente sino fraccionada y contradictoria.

Muchas de las inconsistencias de los campos estuvieron ligadas a la participación de médicos y psicólogos, cuyas profesiones se asocian, precisamente, con evitar el dolor y preservar la vida. En los campos, estos profesionales cumplieron las funciones exactamente inversas. Los médicos de los campos (los hubo en todos), que se dedicaban también a curar gente fuera de ellos, ayudaron a señalar cómo provocar más dolor, cómo prolongarlo, cómo evitar la muerte cuando el preso era potencialmente "útil" y cómo matarlo sin que ofreciera resistencia. Uno de los casos más abrumadores fue el de Jorge Vázquez, médico, prisionero que pertenecía a la organización Montoneros, que asesoraba en la tortura y que autorizó continuar con el tormento de Víctor Melchor Basterra después que éste padeciera un paro cardíaco.<sup>59</sup> Estos hombres sólo pueden haber convivido con sus funciones reparadoras y sus funciones asesinas haciendo coexistir lo antagónico por medio de la compartimentación, la separación de sus funciones. Como señaló Franz Stangl, comandante del campo de concentración de Treblinka: "No podía vivir si no compartimentaba mi pensamiento".<sup>60</sup>

Los sacerdotes tampoco estuvieron ausentes de los campos de concentración y de su lógica esquizofrénica. Además de que muchos de ellos, así como religiosas católicas, los padecieron y fueron sus víctimas, otros se dedicaron a tranquilizar las conciencias de los desaparecidos y a atormentar a los secuestrados. Un miembro de los grupos represivos, Julio Alberto Emmet, relató que después de asesinar a tres hombres con inyecciones de veneno aplicadas directamente al corazón, en presencia del sacerdote Christian Von Wernich,, "el cura Von Wernich me habla de una forma especial por la

<sup>59</sup> Basterra, Víctor Melchor. Testimonio presentado ante el Centro de Estudios Legales y Sociales, Buenos Aires, octubre de 1984, p. 3.

<sup>60</sup> Stangl, Franz. En: Todorov, Tzvetan, *op. cit.*, p. 174.

impresión que me había causado lo ocurrido; me dice que lo que habíamos hecho era necesario, que era un acto patriótico y que Dios sabía que era para bien del país. Estas fueron sus palabras textuales.<sup>61</sup> A su vez, el R.P. Felipe Pelanda López, capellán del batallón 141 de ingenieros de La Rioja, le dijo a un detenido apaleado: "¡Y bueno mi hijo, si no quiere que le peguen, hable!"<sup>62</sup> Abundan estos testimonios que, como en el caso de los médicos, dan cuenta de una "inversión" de la misión que se supone cumple un sacerdote. En lugar de reprobador del asesinato, convalidarlo; en lugar de confortar al que sufre, agradecerlo. Estos hombres, al mismo tiempo, celebraban misa y leían cada domingo los Evangelios.

Los intentos de reparación que realizaban los torturadores sobre sus propias víctimas, y la extraña convivencia de la crueldad con la clemencia, sin solución de continuidad, aparecen en muchísimos testimonios, en una suerte de mosaico "enloquecido"; "lo normal eran las categorías demenciales" diría Geuna.<sup>63</sup> Un mismo hombre podía hacer matar a decenas de prisioneros y compadecerse de otro. Los responsables de decenas de muertes, casi siempre, "salvaron" a alguien. El capitán Acosta, después de exhibir frente a los prisioneros el cadáver acribillado de Maggio, seleccionó a un grupo y lo obligó a cenar con él como si nada hubiera ocurrido. El comandante Quijano, que amaba a los animales, después de secuestrar a Geuna y participar en el asesinato de su esposo le dijo que ya se había encargado de colocar al gato y al perro, así que se quedara tranquila por los animales. ¿Actos de reparación? Bondad y maldad, superpuestas y separadas, sin posibilidad de una mínima congruencia.

Rupturas brutales entre el discurso y la práctica o entre dos momentos del discurso o de la práctica, es indiferente, nos muestran a oficiales de inteligencia que afirman con convicción que "el fin no justifica los medios" (Escuela de Mecánica); torturadores y asesinos que reprochan la utilización de palabras soeces a los secuestrados (La Perla); torturadores que se niegan a violar el secreto del voto (Cuerpo I de Ejército); militares que desean "Feliz Navidad" y brindan con los prisioneros (Escuela de Mecánica). Todos estos elementos coexistiendo sin contradicción aparente, en una atmósfera de locura, que resulta increíble, que "enloquece". Blanca Buda, militante del Partido Intransigente, hace un relato desopilante. Dice que después de las torturas comenzó un interrogatorio más tranquilo: "-¿Estás completamente segura de que no sabés por quién votó tu gente? -Señor, no puedo decirle por quién votaron ellos, pero -acoté- ¿quiere que le diga por quién voté yo? Saltaron dos o tres al mismo tiempo. No supe si me tomaban el pelo o si los atacaba una reacción 'legalista', cuando los oí gritar indignados -¡No, eso no! ¡El voto es secreto! Al principio no entendí. Cuando mi confundido cerebro captó el verdadero sentido de la frase no pude contenerme y lancé una carcajada... Me torturaron bestialmente pretendiendo saber los íntimos detalles de mi vida, la filiación política de mis vecinos, cuántas ollas populares habíamos impulsado, la capacidad organizativa de los partidos políticos de la localidad y ahora salían con que el voto era secreto."<sup>64</sup>

La locura y lo ilimitado que exaltaba el capitán Acosta se manifiestan hasta el absurdo en este relato o en el hecho de secuestrar un toro e ingresarlo a La Perla con el número de prisionero 428.

La fragmentación, que permitía "funcionar" a los desaparecidos, se iba adueñando también del prisionero. De hecho, el quiebre en sí mismo implicaba esta ruptura y la necesidad de acondicionar en compartimentos separados lo que correspondía a un mismo sujeto. Cuanto mayor arrasamiento mayor fragmentación, escondida bajo un discurso "total". Este es el caso de los prisioneros que creían

<sup>61</sup> Emmed, Julio Alberto. Testimonio. En: Conadep. *Nunca más*, p. 260.

<sup>62</sup> Paoletti, Mario Argentino. Testimonio. En: Duhalde. *op. cit.*, p. 134.

<sup>63</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 21, segunda parte.

<sup>64</sup> Buda, Blanca. *Cuerpo I, Zona IV*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, pp. 111-112.

haberse pasado de bando, en consecuencia hablaban y actuaban como si fueran militares, como si no notaran que... permanecían secuestrados.

La rotura física que provoca la tortura, puede ser también una rotura interior, que el prisionero registra, al mismo tiempo que tiende a ver el campo como una totalidad congruente aunque incomprendible. Le cuesta mucho más percibir el fraccionamiento de sus captores que el propio. Sin embargo, *la fragmentación es constitutiva del campo y se proyecta sobre el preso*. Dice Geuna: "La realidad de La Perla era una *realidad absoluta, total*, con sus propias reglas. Y esa realidad comienza a imponerse con la venda y el proceso de aislamiento que desata: uno va encerrándose en sí mismo, se retrae y penetra cada vez más adentro de su conciencia. En esa situación *uno se encuentra todo roto...* La venda te lleva a tu interior y tu interior está destrozado y cada vez *se fragmenta* más hasta entrar en un mundo de categorías demenciales, irreales, donde todo lo que puede ser la vida está falseado y la propia vida es otra cosa."<sup>65</sup>

En efecto, la vida sin ver ni oír, la vida sin moverse, la vida sin los afectos, la vida en medio del dolor es casi como la muerte y sin embargo, el hombre está vivo; es la muerte antes de la muerte; es *la vida entre la muerte*. Otra superposición enloquecida, la de estos "muertos que caminan".

Todos estos contrarios coexistiendo con total "naturalidad" refuerzan la *sensación de locura*. "Unos iban hacia la libertad, otros a la muerte; un grupo se vestía como para una fiesta, la mayoría estaba semidesnuda. Oíamos los gritos de los torturados y las risas de los militares. Festejaron con chocolate el cumpleaños de Di Monte. Al día siguiente, otro traslado".<sup>66</sup>

La superposición de contrarios de una manera incomprendible, el hecho de estar dentro de una especie de útero cerrado por fuera de las leyes, del tiempo y del espacio, acentúa la sensación de que el campo constituye una *realidad aparte y total*. "Todo comenzaba y terminaba en La Perla",<sup>67</sup> diría Geuna. Sin embargo, el campo está perfectamente instalado en el centro de la sociedad; se nutre de ella y se derrama sobre ella. Quizás es el hecho de permanecer tan apartado, al mismo tiempo que está en medio, lo que más enloquecedor resulta para el prisionero, lo que produce la sensación de irrealidad.

Cuenta Careaga "Un día viví una sensación de *irrealidad* tal, que en ese momento creí que iba a perder, o que había perdido ya la razón. Estaba en la enfermería, cerca de la calle, de la gente, y nadie sabía que yo estaba allí. Ese día había habido un partido de fútbol; había ganado Boca, yo escuchaba las bocinas, los gritos de la hinchada festejando. Adentro, al lado de la enfermería, los verdugos jugaban al truco [y escuchaban un cassette con los discursos de Hitler! Tuve que cerrar los ojos y taparme los oídos!"]<sup>68</sup> También el extraordinario testimonio de Geuna lo señala: "Yo creía en un principio que La Perla estaba ubicada en algún paraje remoto... Casi enfrente nuestro se levantaba la fábrica de cemento Corcemar, a sólo 14 kilómetros e la ciudad de Córdoba, a unos cien metros de una de las principales rutas de la provincia, que tiene una densidad de tránsito importante. Vi pasar varios coches y pensé si no nos verían. ¡Estábamos *tan cerca y sin embargo tan lejos!*"<sup>69</sup>

El hecho de que el campo es una realidad aparte constituye una ilusión. El poder intenta colocarlo aparte pero este no es más que otro de los múltiples compartimentos que se pretenden separar,

<sup>65</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 19.

<sup>66</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 27, segunda parte.

<sup>67</sup> Geuna, Graciela. *Ibid.* p. 64, segunda parte

<sup>68</sup> Careaga, Ana María. *Ibid.*, p. 169.

<sup>69</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 31, segunda parte.

acotar. Como las cuquetas que separan presos, como las cabezas que separan ideas, como los hombres que separan sentimientos porque no los pueden conciliar, así se separa al campo de la sociedad. La esquizofrenia social que separa lo que resulta contradictorio para permitir su coexistencia con "naturalidad", es la que se expresa en la propia existencia del campo y en las dinámicas internas a él. La eliminación del conflicto se puede hacer por su negación (la desaparición) por su eliminación (el asesinato) por su separación y compartimentación para evitar que contamine (la cárcel). El campo de concentración fue una extraña combinación de todos estos mecanismos. Es cierto que formó, efectivamente, una red propia, pero esa red estuvo perfectamente entretejida con el entramado social.

## Un universo binario

Las lógicas totalitarias son lógicas binarias que conciben el mundo como *dos grandes campos enfrentados*: el propio y el ajeno. Pero además de creer que todo lo que no es idéntico a sí mismo es parte de un otro amenazante, el pensamiento autoritario y totalizador entiende que *lo diferente constituye un peligro* inminente o latente que es preciso conjurar. La reducción de la realidad a dos grandes esferas pretende finalmente la eliminación de las diversidades y la *imposición de una realidad única y total* representada por el núcleo duro del poder, el Estado.

Es una construcción de tipo guerrero, que reduce la realidad política a los términos del enfrentamiento militar, de manera que se mueve con las *nociones de amigo-enemigo*, batallas, guerras y aniquilamientos. La concepción de la guerra fría, que dividía al mundo en dos grandes bloques amenazantes y exclusivos uno del otro, es un modelo de esta lógica binaria que en América Latina se articuló en torno a la doctrina de la seguridad nacional. Como ya lo señaló Deleuze en *Mil mesetas*, la macropolítica de la seguridad que se corresponde con la micropolítica del terror.

Desde la concepción militar, la Argentina estaba en *guerra*; una guerra contra la subversión que se libraba adentro y afuera de las fronteras nacionales. Los militares se habían apresurado a declararla y la guerrilla recogió el guante. Ambos grupos hablaban de la guerra. Para los militares, pensar la cuestión en términos bélicos los ponía en una situación "profesional", apartándolos de las funciones meramente represivas, destinadas históricamente a la policía, al tiempo que alimentaba esta visión binaria de amigos y enemigos. "Hicimos la guerra doctrina en mano y con órdenes escritas de la superioridad. Jamás tuvimos necesidad, como se nos acusa, de organismos paramilitares. Nuestra capacidad y nuestra organización legal son más que suficientes para combatir contra fuerzas irregulares. Hemos ganado y eso es lo que no se nos perdona".<sup>70</sup> La noción de guerra victoriosa "ennoblece" a los militares que, de otro modo, deberían verse como vulgares represores.

Por su parte, la guerrilla prefería representarse como un Ejército que desafiaba a otro antes que como una pequeña fuerza insurreccional, con cierta capacidad de violencia. Como ya se señaló, cuanto más cercada se encontraba militarmente, mayor énfasis ponía en la resolución armada del conflicto y en su estructura regular, con grados militares, estados mayores y órdenes cerrados completamente desvinculados de su realidad de fuerza irregular con un mediano o escaso poder de fuego. Preferió mostrarse a sí misma como un ejército en guerra para aumentar su importancia y su aparente

---

<sup>70</sup> Riveros, Santiago Omar. En: Bousquet, Jean Pierre. *Las locas de la Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983, p. 170.



peligrosidad. En este sentido, propició la lógica militar y ayudó conscientemente a extender la ficción de una guerra popular contra un ejército imperialista.

Para librar una guerra, es preciso tener un *enemigo*. El enemigo es ese *Otro*, que comprende todo aquello que no es como yo; un *Otro amenazante*, peligroso. La lógica binaria es una lógica paranoica, en donde el *Otro* pretende mi destrucción y es lo suficientemente fuerte como para lograrla. Intenta ejercer sobre mí una dominación total, por ello su *persecución* también debe ser *total*.

Como el universo se divide entre mis amigos y mis enemigos, todo aquel que *potencialmente* considere enemigo, pasa a serlo de hecho. Es un *Otro extraño*, preferentemente extranjero o infiltrado, un intruso, perfectamente diferente a mí, a quien puedo reconocer de inmediato porque está desprovisto de cualidades humanas. El general Camps, como siempre, lo dijo con gran claridad: "Aquí libramos una guerra... No desaparecieron personas sino subversivos"<sup>71</sup> Los atributos subhumanos del *Otro* hacen que sea fácilmente reconocible, por características despreciables. Vergés, uno de los militares de La Perla, le dijo a Graciela Geuna: "A tu marido lo agarré yo, y lo detecté por el olor, por el olor a sucio, a montonero sucio que tenía."<sup>72</sup>

El olor, podría haber sido la nariz, la avaricia o cualquiera de los atributos que se asigna a ese *Otro* temido y temible. El racismo, como concepción binaria, ofrece muestras variadas de la construcción arbitraria, amenazante y, a la vez, denigrante del *Otro*. Rasgos tan poco significativos, como la barba, pueden llegar a identificar al *Otro*. El general Auel, haciendo gala de su liberalidad, le dijo a dos periodistas que no tenía problemas para "hablar con personas de pensamiento diferente al mío. Incluso -acotó- yo los recibo a ustedes sin ninguna dificultad, aunque tengan barba."<sup>73</sup> Es digna de señalar la sorprendente relación entre una forma de pensamiento y la posesión de barba.

El *Otro* que construyeron los militares argentinos, que era preciso encerrar en los campos de concentración y luego eliminar era el *subversivo*. Subversivo era una categoría verdaderamente incierta. Comprendía, en primer lugar, a los miembros de las organizaciones armadas y sus entornos, es decir militantes políticos y sindicales vinculados de cualquier manera que fuese con la guerrilla. Inmediatamente se pasaba a incluir en la categoría de subversivo a todo grupo político o partido opositor, así como a cualquier organismo de defensa de los derechos humanos, todos ellos dedicados, por una conspiración internacional, a desprestigiar al gobierno. Por ejemplo, el torturador de Norberto Liwsky "manifestó que ellos sabían que mi actividad no se vinculaba con el terrorismo o la guerrilla, pero que me iban a torturar por opositor"<sup>74</sup>

Cualquier tipo de militancia popular entraba dentro del rango de subversivo. Al sacerdote Orlando Virgilio Yorio, la persona que lo interrogaba le dijo: "Vos no sos un guerrillero, no estás en la violencia, pero vos no te das cuenta que al irte a vivir allí (a la villa de emergencia) con tu cultura, unís a la gente, unís a los pobres, y unir a los pobres es subversión".<sup>75</sup>

También existía la subversión fabril que según el ministro de Trabajo Horacio Tomás Liendo comprendía "el adoctrinamiento individual", levantar "falsas reivindicaciones", desprestigiar a los

<sup>71</sup> Entrevista al general Camps. *La Semana*, núm 368, 22-12-83.

<sup>72</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 10, segunda parte.

<sup>73</sup> En: Grecco, Jorge. *Argentina: El Ejército que tenemos*, p. 56.

<sup>74</sup> Liwsky, Norberto. En: Conadep, *Nunca más*, p. 28.

<sup>75</sup> En: Conadep. *Nunca más*, p. 349.

"auténticos dirigentes obreros", con la advertencia de que "aquellos que se apartan del normal desarrollo del Proceso... se convierten en cómplices de esa subversión que debemos destruir"<sup>76</sup>

Subversión económica, subversión sindical, subversión política; en todos los órdenes aparecía ese terrible enemigo, tan vasto, tan inapresable, conformado por todos los que se oponían "de alguna manera" al proyecto militar. La amistad o el parentesco con un subversivo podían ameritar la inclusión en el grupo. Así, el expresidente Héctor J. Cámpora, por haber concedido la amnistía de 1973; el periodista Jacobo Timerman por publicar en su periódico pedidos de habeas corpus; el abogado radical Pisarello, por haber defendido alguna vez presos políticos; el sindicalista Di Pasquale por estar vinculado al gremialismo independiente de la burocracia sindical, todos entraron en la categoría de subversivos, y lo pagaron caro.

La amplitud del concepto "subversivo" queda perfectamente expresada en las siguientes declaraciones del general Videla: "Por encima de todo está Dios. El hombre es criatura de Dios, creado a su imagen. Su deber sobre la tierra es crear una familia, piedra angular de la sociedad, y de vivir dentro del respeto del trabajo y de la propiedad del prójimo. Todo individuo que pretenda trastornar estos valores fundamentales es un subversivo, un enemigo potencial de la sociedad y es indispensable impedirle que haga daño".<sup>77</sup> Otra: "El terrorista no sólo es considerado tal por matar con un arma o colocar una bomba, sino también por activar a través de ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana."<sup>78</sup> En suma, dada la vaguedad del concepto, cualquiera podía entrar en la categoría de subversivo e, incluso, en la de terrorista.

Así pues, declarada la guerra y definido el enemigo, procedía su eliminación inmediata, y para ello se crearon los campos. Grass afirma haber escuchado en reiteradas oportunidades a los marinos de la Escuela de Mecánica que las Fuerzas Armadas dieron el golpe militar de 1976 "para asumir el control de la totalidad del aparato del Estado y ponerlo al servicio de una política de exterminio de los activistas de las organizaciones populares, tanto políticos como sindicales, estudiantiles y de los distintos estratos de la sociedad que expresaran su adhesión a proyectos de transformación social, calificados por las Fuerzas Armadas como 'contrarios al ser nacional y al orden social natural'"<sup>79</sup>

Los campos de concentración fueron el dispositivo ideado para concretar la política de exterminio, producto de esta concepción binaria de lo político y lo social. La política concentracionaria como concepción pertenece a este universo binario que separa amigos de enemigos; el campo de concentración, como el cuartel o el psiquiátrico, son instituciones totales, también de carácter binario. Su objetivo es constituir un universo cerrado que "normaliza" a las personas internadas en ellas, y funcionan a partir de dos grandes grupos: los internos, que se someten al proceso de transformación o cura, y el personal, responsable de producir esa mutación. En el caso de los campos de concentración se registra una primer ruptura entre un adentro y un afuera de la sociedad, imagen invertida del adentro y afuera del campo, como si éste perteneciera a otra realidad, separada y escindida. A su vez, los internos o prisioneros, perfectamente diferenciados del personal militar que maneja el campo, son objeto del tratamiento o procesamiento que realiza la institución.

Goffman señala que las instituciones totales son "invernaderos donde se transforma a las personas"<sup>80</sup> Si bien el objetivo final de los campos de concentración era el exterminio, para completar su circuito y

<sup>76</sup> En: *La Nación*, 12 de diciembre de 1977.

<sup>77</sup> Videla, Jorge Rafael, declaraciones a *L'Express*. En: Bousquet, Jean Pierre. *op. cit.* p. 40

<sup>78</sup> En: Conadep. *Nunca más*, p. 342

<sup>79</sup> Grass, Martín. Testimonio, p. 3.

<sup>80</sup> Goffman, Erving. *Internados*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 25.

obtener la información que alimentaba el dispositivo, los campos necesitaban transformar a las personas antes de matarlas. Era una transformación que consistía básicamente en deshumanizarlas y vaciarlas, procesarlas por medio de la tortura para que aceptaran los mecanismos del campo y colaboraran con ellos. Una parte central de esta transformación consistía en borrar en el hombre toda capacidad de resistencia.

Los dos universos escindidos que dentro del campo de concentración forman los presos y los guardianes, se conciben como mundos sin contacto humano alguno. Las técnicas que ya mencionamos, como la capucha, son parte de una disciplina que intenta mantener perfectamente compartimentadas estas dos esferas. Sin embargo la realidad que se produjo fue algo diferente.

El mundo de los captores estaba constituido por diferentes rangos, con una relación jerárquica entre sí. En primer lugar estaba la alta oficialidad que tomaba las decisiones políticas y militares pero tenía un contacto esporádico con los prisioneros, apenas el suficiente para "ensuciarse las manos".

En segunda instancia, se encontraba la oficialidad del campo, de baja y mediana graduación, que ejecutaba los secuestros, las torturas y se encontraba en contacto directo con los prisioneros. Era el mando concreto y operativo del campo y a ella pertenecían los célebres Astiz, Acosta, Barreiro; también Rico y Seinfeldín.

Por último, estaban los suboficiales, que se encargaban básicamente de las funciones de guardia de los presos y el establecimiento, mantenimiento de la infraestructura, logística y constituían la tropa de las "patotas". También participaban de las torturas y eran los que organizaban los traslados, aunque obviamente bajo las órdenes de un oficial.

El mundo de los secuestrados era aparentemente homogéneo, como ya lo señalamos, cuerpos y capuchas. Un universo de enemigos peligrosos, los subversivos, el Otro que era preciso exterminar, aniquilar, cuya condición menos que humana, justificaba que se le diera un trato también inhumano. Veamos cómo se construyó ese Otro, en particular para los rangos más bajos y que estaban en contacto más estrecho con los presos.

El arquetipo del guerrillero, eje de la subversión, que construyeron los militares lo mostraban como alguien que servía a intereses extranjeros, generalmente comunistas, un extraño. Supuestamente también era muy peligroso, arriesgado y cruel como combatiente, en virtud de entrenamientos especiales que había recibido, algunos de los cuales consistían incluso en métodos para soportar la tortura. En su vida privada, no poseía pautas morales de ningún tipo; no valoraba la familia, abandonaba a sus hijos, sus parejas eran inestables, no se casaban legalmente y se separaban con frecuencia. Se suponía que no podía ser sinceramente religioso y buena parte de ellos eran comunistas, encubiertos o no y, los más peligrosos, también judíos. Las mujeres ostentaban una enorme liberalidad sexual, eran malas amas de casa, malas madres, malas esposas y particularmente crueles. En la relación de pareja eran dominantes y tendían a involucrarse con hombres menores que ellas para manipularlos. El prototipo construido correspondía perfectamente con la descripción que hizo un suboficial chileno, ex alumno de la Escuela de las Américas, como muchos militares argentinos: "...cuando una mujer era guerrillera, era muy peligrosa: en eso insistían mucho (los instructores de la Escuela), que las mujeres eran extremadamente peligrosas. Siempre eran apasionadas y prostitutas, y buscaban hombres".<sup>61</sup> Los militares, que detestaban casi tanto a Freud como a Marx, suponían que los

---

<sup>61</sup> Suboficial chileno de inteligencia militar, ex alumno de la Escuela de las Américas. En: Duhalde, Eduardo Luis. *El Estado terrorista argentino*, Buenos Aires, El Caballito, 1983, p. 42.

los subversivos tenían estas características porque provenían de familias desintegradas, con padres separados. Por eso, sus padres siempre eran responsables, en última instancia, y sospechosos en potencia.

Cabe hacer una mención especial a la ubicación de lo judío (que no es el "problema judío") dentro de este arquetipo. El racismo y el antisemitismo en particular, han sido formas privilegiadas en nuestro siglo para la circulación del pensamiento binario. Los nazis "cargaron" al pueblo judío con los más variados e ignominiosos atributos y se escudaron en mil falsedades para justificar su exterminio. Después de ello, muchos demócratas criticaron el holocausto pero, esquizofrénicamente, siguieron propagando el prejuicio y atribuyendo a los hombres, a cada individuo, unas supuestas características innatas que lo configuran como un Otro, siempre peligroso y muchas veces poco humano (frío, avaricioso, calculador). Los militares argentinos no escaparon a esta forma de lo binario, antes bien lo incentivaron en sus filas. Abundan los testimonios que dan cuenta cómo se maltrataba especialmente a los judíos y se los sometía a tratos humillantes, por el hecho de serlo. Graciela Geuna, Ana María Careaga, Miriam Lewin, Nora Stejčević, Juan Ramón Nazar y muchísimos más, judíos y no judíos, denunciaron la concepción y las prácticas antisemitas en los campos de concentración.

Por su parte, la guerrilla y buena parte de la militancia política había construido también su arquetipo: los militares eran el brazo armado de una oligarquía cipaya, a la que estaban ligados y al luchar contra la "subversión no hacían más que defender cínicamente sus propios privilegios económicos y políticos. En cuanto a su ideología, encarnaban de manera homogénea al "gorila" represor facistoide. Militarmente, eran cobardes y se escudaban en su superioridad numérica y técnica para entrar en combate. Su moralidad era exclusivamente formal, do apariencias, por lo que eran capaces de hacer cualquier cosa cuando contaban con la impunidad; por principio eran gente cruel y corrupta. No podían ser jóvenes, lindos, inteligentes ni cultos, porque eran parte de ese Otro, cuyos atributos no pueden corresponder con los que se asume como propios. En términos religiosos, practicaban un catolicismo rígido y convencional.

Estas dos imágenes construidas del Otro entraron en colisión dentro de los campos; los universos escindidos donde uno elimina al otro alcanzaron realidad. Pero así como el campo concentra y aísla a un tiempo, así también separa y une simultáneamente. El campo fue un espacio en el que, al acercar los dos polos del mundo binario, el blanco y el negro, las fuerzas legales y los subversivos, perfectamente separados y diferenciados en un espacio que los coloca en compartimentos estancos en tanto víctima y victimario, sin embargo los obligó a tomar contacto. Los presos que sobrevivieron meses, en particular los que se sometió a procesos de "recuperación", entraron en contacto con la oficialidad que atendía sus casos. Ese contacto fue muchas veces prolongado. De la misma manera, los guardias que llegaban turno tras turno a cuidar una cuadra, una capucha, comenzaron, a su pesar a identificar los bucos como personas, a ver caras, a aprender nombres. Lo mismo sucedió con los secuestrados. Sin proponérselo, el campo, dispositivo binario por excelencia, muchas veces ofreció un pequeñísimo espacio de gris.

Muchos militares podían responder al prototipo pero también los había convencidos, que no perseguían ningún interés personal o económico. Existían valientes y cobardes, listos y tontos, jóvenes y viejos, lindos y feos. Extrañamente, también los había liberales y ateos. Por su parte, los secuestrados, más que feroces subversivos, correspondían a una imagen menos amenazante. Eran en general jóvenes (el 70 por ciento tenía entre 20 y 35 años), muchos de ellos de clase media, como la oficialidad, otros de estratos populares muy semejantes a aquellos de los que provenían los suboficiales de los campos, a veces idealistas, otras, simples aventureros, pero por lo regular con una

moralidad de matices diferentes a la militar pero profundamente judeo cristiana, como la de sus captores. Es decir, unos y otros tenían elementos en común.

La convivencia de hecho entre captores y prisioneros que, de acuerdo con los relatos, muchos detenidos supieron entender y aprovechar, minaron parte de la "convicción antiguerrillera", en distintos niveles. El testimonio de Tamburrini registra que, cuando él y sus compañeros lograron fugarse, dejaron escrita en una pared la leyenda "Gracias Lucas". Lucas era un guardia que había tenido con ellos una conducta humana. También señala Geuna el caso del sargento Manzanelli, quien fue trasladado porque "mantuvo una relación bastante cercana a un grupo de prisioneros que lo influyeron".<sup>82</sup> Son muchos los testimonios que registran cómo, a pesar de estar dentro mismo de los campos, hubo casos en los que se rompió el tabicamiento binario y uno pudo reconocer al ser humano que había en el Otro, y al hacerlo, reivindicó su propia humanidad.

Al humanizarse las relaciones, el Otro se hace más real, aunque no por eso menos enfrentado. Es decir, se desintegra el carácter demoníaco del oponente y, por lo tanto, cuesta más "quemarlo vivo". En la relación secuestrador-secuestrado, la "humanización" del Otro afecta sustancialmente al secuestrador, debilita su poder porque desmonta el sostén del campo de concentración, que es la noción de guerra contra un enemigo infrahumano que hay que destruir. Al "recuperar" su humanidad, el secuestrado deja de ser el demonio primero y el enemigo después, para pasar a ser un oponente; al relativizar su peligrosidad, tambalea la lógica de la desaparición.

La humanización del captor, a su vez, permite al secuestrado desmitificar su poder, relativizarlo, para buscar y encontrar resquicios. Por ejemplo, para algunos secuestrados de la Escuela de Mecánica, descubrir las ansias desmedidas de poder del capitán Acosta, les permitió darse un plan de supervivencia que aprovechara esta característica, ofreciéndole una simulación de poder que se basaba en la sobrevida de un grupo importante de prisioneros.

En suma, las fisuras del dispositivo binario por las que los enemigos entraron en contacto, las vinculaciones que lograron atravesar la línea divisoria entre secuestrados y secuestradores beneficiaron sustancialmente a los prisioneros ya que al romper una de las bases de la lógica concentracionaria, debilitaron el poder de los desaparecedores.

Desde este punto de vista, la teoría de los dos demonios no es más que otra forma de reproducir el pensamiento binario. Según esa explicación, se pretende que la sociedad argentina fue agredida por dos "engendros", extraños y ajenos, crueles e inhumanos, Otros (dos en lugar de uno), una vez más perfectamente diferentes e incomprensibles, "locos", que es preciso desaparecer. Como se puede ver, exactamente los mismos elementos y la misma solución: la desaparición.

Una posibilidad de alternativa al pensamiento binario, lo constituye la idea de que en la lucha política no hay enfrentamientos entre blancos y negros sino sucesivas gamas de gris, por cierto, ésta es una imagen que aparece en distintos testimonios. Desde este punto de vista, que es el que intento sustentar en este trabajo, ni la guerrilla ni los militares, ni por supuesto los campos de concentración constituyeron algo ajeno a la sociedad en su conjunto. Tampoco resultan incomprensibles sino que son parte de la trama y el tejido social, lo que no es decir que todo es lo mismo ni que todas las responsabilidades se reparten simétricamente.

---

<sup>82</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 43.

## El hombre

Al ser capturados, los militantes políticos y sindicales caían derrotados. La izquierda del peronismo había pasado por una lucha interna muy desgastante dentro de su movimiento; Perón, antes de morir, había desconocido a la Tendencia y con ella a todo el llamado peronismo revolucionario, minando su base de sustentación política. La izquierda no peronista estaba en una situación semejante; su aislamiento había comenzado de manera más temprana y era bastante más profunda, como ya se señaló.

El avance de la derecha peronista, que incluía a la burocracia sindical, fue político y militar. Desde 1974 la AAA había cobrado muchísimas vidas de peronistas y no peronistas y arrinconaba de manera creciente a las organizaciones populares. A partir del golpe de 1976 se multiplicaron las detenciones pero sobre todo los secuestros, como política represiva institucional. La tecnología de la desaparición de personas, seguida de la tortura irrestricta e ilimitada dio sus frutos; la delación se incrementó, y con ella la persecución. Militantes políticos y sindicales huían de una casa a otra, de una región a otra, intentaban salir del país siendo capturados en las fronteras. La derrota política de sus proyectos ya era un hecho si no inexorable, previsible; la muerte una alternativa mucho más cercana que la victoria. Al ser capturados, los hombres tenían un gran cansancio vital y un agotamiento político que favorecía la actitud de "entrega"; su energía para oponerse y resistir a la dinámica del campo ya estaba dañada. El poder del captor era tan inmenso, tan aplastante, y la sensación de derrota tan fuerte que, con frecuencia, el prisionero era absorbido por la dinámica del campo, sin lograr oponerse a ella.

Cuando el secuestrado se encontraba allí con otros presos que habían provocado su detención, que brindaban información sobre él, o peor aún, que lo instaban a rendirse sin resistir, o le demostraban o incluso fingían su propia colaboración, la sensación de derrota crecía y colocaba al prisionero en una situación de mayor desprotección para encarar la tortura. Cualquiera de estas circunstancias era aprovechada por los secuestradores para inducir la idea que "todos lo hacían", que era imposible resistir y que era preferible que colaborara desde el primer momento para evitar sufrimientos innecesarios y asegurar su supervivencia. Ficciones que el campo alimentaba precisamente porque existía la resistencia y porque cualquiera de sus formas trababa el funcionamiento óptimo del dispositivo.

Los militantes caían agotados política y psíquicamente; por medio de la tortura se produciría su agotamiento físico hasta intentar desintegrarlos, desaparecerlos, "quebrar" toda posibilidad de "fuga" o resistencia, arrasar en ellos al hombre para dejar un cuerpo desechable o reprocessable, en el mejor de los casos.

En ese "procesamiento", el dolor era imprescindible pero no suficiente. Hay una auténtica labor del campo de concentración para destruir al hombre; para eso usa la tortura, el terror y un conjunto de mecanismos de deshumanización y despersonalización que, como ya se señaló tienen una doble función: destruir a la víctima y facilitar el trabajo del victimario.

Las capuchas que ocultaban los rostros, los números que negaban los nombres, el hacinamiento y depósito de las personas en calidad de bultos fueron formas de escamotear la humanidad del prisionero. Pero hubo otras, de igual poder destructivo, que tomaron la forma de la humillación y la animalización de los sujetos, como manera de negarles su condición humana.

Obligar a las personas a exhibirse y permanecer desnudas ante extraños, como lo hacían en todos los campos; hacerlas adoptar posturas ridículas y humillantes, como correr estando encapuchados o atarlos del cuello como si fueran perros (La Perla y Escuela de Mecánica); sumirlos en un terror que los haga temblar (mansión Seré); forzarlos a pelear entre sí estando encapuchados (Campo de Mayo); llevarlos hasta la desesperación por el hambre para que sólo piensen en la comida y luego devoren el alimento como bestias (comisaría de Castelar); hacer que una mujer desnuda y con los ojos vendados tenga un parto en medio de insultos (Brigada de Investigaciones de Banfield) son sólo algunas de las prácticas que constan en los testimonios y que se usaron para inducir un comportamiento aparentemente animal que justificara el tratamiento posterior de esos seres humanos como si en verdad no fueran hombres. Los secuestradores de la mansión Seré decían en tono de superioridad que los presos oían como bestias, a adrenalina, después que ellos los habían torturado hasta aterrarlos. Pero el hecho de que oleran como bestias les ayudaba a "creer" que lo eran y por eso merecían el trato que ellos suponían se le debía dar a una bestia.

Antonio Horacio Miño describió de una manera muy gráfica esta suerte de "animalización" en que intencionalmente se coloca a los prisioneros. Refiere que después de una golpiza colectiva "Nos dejaron todos apiñados, temblando, mojados, tiritantes, acercándonos unos a otros para darnos calor".<sup>63</sup> Bajo el influjo del terror, cuando se oíría a un ser humano a una precariedad tal que sólo puede sentir frío, hambre, sed, ganas de ir al baño, dolor, es decir deseos de satisfacer las necesidades más básicas, retrayéndolo a su núcleo primario, entonces la inteligencia, los valores culturales, la sensibilidad, la complejidad psíquica no desaparecen, pero como los mismos sentidos, entran en un estado de latencia. La intención es clara: destruir al sujeto y retraerlo a una existencia casi exclusivamente animal como si realmente se pudiera "animalizar" al hombre. Colocar a las personas en situaciones, posturas, actitudes que se asocian con la conducta animal tiende a reforzar una muy dudosa superioridad del poder y a resaltar su indefensión, denigrándolas.

La cosificación del prisionero, del paquete que "pertenec" a una fuerza o a un secuestrador no es más que otra modalidad de lo mismo. Uno de los oficiales de La Perla le decía a Graciela Doldán: "Gorda, decíle que sos nuestra". Muchos relatos registraron esta supuesta pertenencia de los prisioneros, como cosas, a un oficial, a un campo, a una fuerza. De hecho, los campos de concentración "se prestaban" prisioneros o se los "regalaban", cuando transferían a alguien sobre el que cedían todos sus derechos. También, en la misma línea de cosificación, señala Grass que en la Escuela de Mecánica los prisioneros con vida se mostraban "como piezas de caza" a otros militares que llegaban "de visita" al campo de concentración.

Una de las formas más crueles y eficientes de la humillación fue obligar a las personas a presenciar el castigo de otras, sin tener reacción alguna, sumiéndolas en la más brutal impotencia. Los desaparecidos escuchaban la tortura de los recién llegados en casi todos los campos, sin poder hacer otra cosa que replegarse en su interior. Muchos de ellos fueron obligados a presenciar el tormento de sus padres, esposos, hermanos, amigos. Además se los forzaba a presenciar actos crueles o denigrantes para con sus compañeros de cautiverio, sin acusar la menor reacción, como relata Miriam Lewin, o a renegar de la importancia de alguien muy cercano afectivamente para ellos, como lo refiere Mario Villani; provocándolos a reaccionar pero sabiendo que cualquier indicio de ello sería razón para su traslado inmediato. La explicación de estas acciones debe buscarse precisamente en este intento de humillar al hombre frente a sí mismo, sumir al castigado en la más absoluta soledad e indefensión y acrecentar frente a ambos la imagen de la autoridad para paralizarlos.

---

<sup>63</sup> Miño, Antonio Horacio. En: Conadep. *Nunca más*, p. 36.

También la delación de otros militantes fue una de las formas de la humillación, que degradan al que la realiza pero también a sus compañeros; por eso toda delación se publicita y se exagera dentro del campo, porque debilita colectivamente. En el testimonio de Geuna dice: "Muchos compañeros murieron sin hablar, sin humillarme." ¿Error de mecanografía? Tal vez no; sin duda, la humillación de un hombre alcanza a sus compañeros.

Desde otro punto de vista y pensando por un momento en los desaparecidos, denigrar y denigrarse son parte de una misma acción. En este sentido, la dinámica del campo, al buscar la humillación de los secuestrados encontró el denigramiento de su propio personal. Máquina deshumanizadora de la víctima y del victimario, el campo de concentración reclama de todos conductas menos que humanas, los fuerza a ocupar el lugar de simples piezas, cuerpos o engranajes.

La existencia de una lógica esquizofrénica que percibe como desquiciada; el enfrentamiento a una realidad diferente de la que esperaba (estas sorpresas que el campo tiene para el recién llegado como la posibilidad de una sobrevida incierta antes que la muerte inmediata, la presencia de una persona que creía muerta, o la suposición de la traición de alguien que consideraba un héroe); la pérdida de la propia humanidad y toda capacidad de elección, y la aparición del registro del terror crean una sensación de irrealidad y un efecto de deslumbramiento o anonadamiento en el ser humano.

Esta sensación domina al secuestrado durante un tiempo. Aunque el campo es una realidad perfectamente arraigada en el mundo que lo rodea, el secuestrado siente que, al entrar en él, se ha despedido para siempre de la realidad de que formó parte hasta ese momento. El campo se presenta como una "realidad irreal", en relación con los valores del sujeto que ingresa.

Por otra parte, y pese a todos los mecanismos de negación que se pueden desplegar, cada persona sabe, siente, intuye o sospecha que es, efectivamente, una especie de muerto que camina. Este hecho de tener sellada la suerte y seguir comiendo, durmiendo y teniendo sensaciones y sentimientos también tiene algo de fantástico, de increíble.

A todas estas sensaciones se suma la perpetua oscuridad, la pérdida de la noción del tiempo, regulado por otros. Incluso los tiempos biológicos se encuentran distorsionados; el baño, la comida, el sueño, la vigilia se violentan en forma permanente y arbitraria.

Pero lo verdaderamente fantástico es que el hombre sigue viviendo a pesar de la ruptura con su entorno y consigo mismo como sujeto. La vida humana es algo más que un hecho biológico. La vida del hombre cobra sentido en su relación con otros hombres. Cuando se rompen todas las referencias personales, afectivas, intelectuales y... se sigue viviendo, la existencia cobra un carácter irreal. El campo presupone la ruptura absoluta con el mundo que, sin embargo, estaba apenas del otro lado de la pared.

Todos estos elementos crearon ese efecto "anonadante" sobre el hombre. Lo que llamo anonadamiento es como un deslumbramiento que no permite ver y, al encegecer, paraliza. En realidad, paraliza la voluntad, la capacidad de elección, sumiendo al sujeto en una relación hipnótica con respecto al poder. Sólo puede reaccionar "en piloto automático", como si no fuera dueño de sí. En este punto, el campo funciona como un agujero negro que atrae hacia sí para desintegrar, que "chupa" al hombre para desaparecerlo, tratando de que no ofrezca la menor resistencia. Pero también como



señala Scheer, "aunque no puede salir nada de los agujeros negros, ni siquiera la luz, se constata sin embargo que ciertas partículas se escapan".<sup>84</sup>

La parte que es atraída por el agujero negro, que queda atrapada en la lógica del campo, resulta arrasada. Cuando digo arrasada me refiero a la desintegración de la personalidad y la asimilación automática del hombre al dispositivo concentracionario y sus mecánicas. El prisionero que se integra al campo sin ofrecer resistencia, cualquiera que sea el lugar desde el que lo haga, ha sido arrasado.

Las conductas pueden ser muy diferentes. Sin embargo, toda sumisión total a las reglas conlleva la autodestrucción y la reproducción del aparato represor-asesino. Los prisioneros que creyeron haber cambiado de bando y ser parte del poder militar, fueron arrasados. Los que se convirtieron en verdugos de sus propios compañeros, también. El "quebre" total del hombre que le impide toda reacción, inmovilizándolo, es otra de las formas de lo que llamo arrasamiento de la personalidad. Cuando el hombre resulta arrasado, el campo cobra su victoria: la voluntad de resistir se extingue; el sujeto está aterrorizado, se entrega y sólo quiere terminar.

El "quebre" de un hombre frente a la tortura puede significar un arrasamiento del sujeto, y sin embargo, éste suele ser un efecto parcial, que pasado un tiempo permite la recomposición. Después del quebre puede existir una reestructuración del sujeto, a veces más apta para enfrentar la realidad concentracionaria. Quiero insistir en esto. Contrariamente a las creencias que circulaban en los medios militantes, los testimonios muestran que aun cuando la gente hubiera sido "quebrada", este efecto podía ser transitorio. Considerar cualquier tipo de claudicación como el inicio de una caída interminable, que conduciría a la entrega lisa y llana del hombre, no permitiría explicar la conducta de buena parte de los prisioneros, tal vez la mayoría, en la que coexistieron, de maneras sutiles, la claudicación y la resistencia. Es que a pesar de la eficiencia de la tecnología concentracionaria, casi siempre hay una parte del hombre que es devastada y otras que resisten; esas son las partículas que se escapan.

El olvido, que el campo promueve en la sociedad para que admita sin más la "desaparición" de su gente, el mismo olvido que promueve en los secuestrados para que acepten la realidad del campo como única es, sin embargo, un mecanismo que favorece la dinámica concentracionaria y, al mismo tiempo, la sabotea. Porque el campo también requiere de la "memoria" del preso; esa memoria es el receptáculo de todo lo que importa, la información que el individuo posee y que se intentará arrancar de él, para vaciarlo y grabar en su lugar otro conocimiento: el de un poder omnipotente e inapelable.

El campo no es exactamente una máquina de olvido sino una máquina que reformatea la memoria, la amolda a sus necesidades. Su objetivo es borrar, vaciar y regrabar.

Cuando el militante es capturado, no solamente simula no saber, sino que auténticamente olvida; olvida la información que puede hacer peligrar a otras personas; olvida nombres, domicilios e incluso caras. El haber perdido la capacidad de recordar información precisa, sobre todo la relacionada con nombres y direcciones, es un dato recurrente entre los sobrevivientes. Hay "olvidos" que salvan a otros hombres y a aquél que posee la información lo protegen de una enorme dosis de angustia. En estos casos, el olvido es un mecanismo que sabotea la dinámica del campo.

Hay otra clase de olvido; la del mundo del exterior, el afuera. La distancia enorme y, al mismo tiempo la cercanía, que ya se describió como uno de los aspectos desquiciantes del campo, también crean la

---

<sup>84</sup> Scheer, Leo. *La sociedad sin amo*, p. 49.

sensación de que el mundo exterior ha "olvidado" al preso, es decir que se ha consumado la lógica concentracionaria. En la medida en que el prisionero cree en este olvido, resulta atrapado.

La clausura del mundo exterior, su cancelación, es uno de los mecanismos que el campo promueve para lograr la desintegración. Es significativo que el prisionero busque las ventanas, los hoyos que le permiten ver el exterior o bien cuando recién llega al campo o bien cuando ha pasado la etapa de "acosamiento" inicial y vislumbra alguna posibilidad de reintegración, es decir, cuando logra escapar a la idea del campo como única realidad. En este caso, ha ganado una parte de la batalla. La cercanía-distancia del afuera, y su connotación de aceptación-sumisión al poder concentracionario, es demasiado dolorosa para asomarse a ella si no existe la esperanza de una reintegración. Pero, al mismo tiempo, es la única posibilidad de escapar física y psicológicamente a la realidad del campo.

El recuerdo y la referencia al mundo exterior, la existencia de verdaderos vínculos con él, fundamentalmente los afectos, es doloroso para el secuestrado pero también es la condición de posibilidad para que sea capaz de romper el aislamiento real y falso a un tiempo que le propone el campo de concentración. Por el contrario, el abandono del hombre a la realidad concentracionaria como única y total fue el camino casi seguro para la desintegración de los sujetos.

El vínculo con el exterior, con algo que no perteneciera al mundo del campo, solía ser la fuente de la fuerza vital necesaria para resistir, no digo para vivir sino para resistir, es decir para preservar la humanidad y luchar dignamente por la vida. En algunos testimonios este lugar lo ocuparon los hijos, los padres o bien la pareja; los afectos parecen tener un lugar de privilegio con respecto a otros elementos más racionales, como los ideológicos o políticos. Ana María Careaga, capturada a los 17 años en estado de gravedad, lo relata así: "Un día, sentí por primera vez que la criatura se movía en mi vientre. Fue una alegría enorme; sentí que vivía, que había resistido... Fue la criatura la que me dio fuerzas para sobrevivir. Hablaba con ella todo el tiempo, le hacía poesías y le contaba cuentos... Ella había resistido a la muerte; eso era una forma de respuesta a la barbarie; yo tenía que resistir con ella y por ella".<sup>85</sup>

En la medida en que cede el terror inicial, el ser humano rescata sus nexos afectivos con el exterior, así como una racionalidad y una moralidad propias. La convicción religiosa parece haber jugado un papel importante, probablemente porque lo religioso pertenece a un universo al que no llega el poder concentracionario, porque constituye una instancia de "apelación" superior a ese poder que se pretende absoluto. La existencia de creencias religiosas, en este sentido, preservó al hombre. Muchos prisioneros, con los elementos más precarios se fabricaban una pequeña cruz que llevaban al cuello. Esta primera recomposición del hombre, casi siempre asociada con los referentes externos, al permitir "fugar" de la realidad concentracionaria como dispositivo inexorable y perfecto, también permite insertarse en ella construyendo una sociabilidad distinta a la que impone la institución.

¿Cómo se puede hablar de construir una sociabilidad en medio del silencio y la inmovilidad? Por más que se lo proponga, el campo no puede constituirse como una realidad sin fisuras, de vigilancia total y permanente. En medio de la aparente parálisis ocurren muchísimas cosas. Las personas aprenden a mirar por abajo de la capucha y entre las vendas; reconocen las voces de sus guardias porque los oyen hablar entre sí; saben quiénes son, cómo se llaman, los espían y les conocen sus caras; desarrollan una extraordinaria habilidad para comunicarse con gestos, pequeños sonidos, para saber en qué momento pueden burlar la vigilancia. Los seres humanos, reducidos a la inmovilidad y el silencio, aguzan los sentidos, distinguen los olores, los más pequeños ruidos, encuentran señales que

---

<sup>85</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta. *op. cit.*, p. 169.

los orientan en el laberinto (la hora de la comida, la hora del cambio de guardia, la hora en que entra un rayo de luz por cierta rendija). Ahora son ellos, los prisioneros, los que "disponen de todo el tiempo" para hacerlo.

A su vez, el dispositivo encuentra sus propias grietas y sus propios cansancios. Junto a los guardias que pegan para sentirse poderosos o que castigan por gusto, hay guardias que se "humanizan" a sí mismos permitiendo cierto relajamiento de la disciplina aun cuando ello pueda perjudicarlos, otros lo hacen siempre que no los comprometa, otros más, sencillamente se duermen. Son los turnos "buenos" de los que hablan los testimonios. Pero, dentro de la lógica esquizofrénica del campo, también puede haber, muy eventualmente, guardias que roben dulce de leche para convidar a los presos, que dejen hablar, repartir la comida, circular un libro y hasta que organicen "peñas" con los secuestrados, como consta en los testimonios de Graciela Geuna y Blanca Buda.

Estas circunstancias explican que aun cuando las condiciones de vida eran tal y como las describen los testimonios, las pequeñas "fugas" de autoridad, ya fuera por una transgresión de la disciplina que partiera del preso o del guardián, permitieran que sin embargo los presos supieran tanto. Cuanto mayor era el tiempo de permanencia, más conocimiento alcanzaba el prisionero. Además, algunos de los sobrevivientes que testimoniaron fueron incluidos en programas de "recuperación", a los que me referiré más adelante, lo que les permitió alcanzar un conocimiento mucho más profundo sobre el personal y las costumbres de su lugar de cautiverio.

Así pues, mal que le pese a los desaparecedores, debajo de las capuchas, había ojos que miraban todo lo que podían ver y hombres que se resistían a ser reducidos tan fácilmente a la condición de bultos. Entre una cucheta y otra, en un levisimo susurro y cuando había ruido de platos, se decían los nombres, las militancias, se contaban verdaderas historias en poquísimas palabras. Los presos se cruzaban unos con otros cuando iban al baño y se reconocían por un pie, una voz que llamaba al guardia. Cuando la disciplina se relajaba, lo primero que fluía era la información: dónde estaban, quiénes habían sido capturados, cómo fue la propia detención, qué personas eran más o menos confiables. "Estaba totalmente prohibido hablar, ya sea con el compañero de celda, en el baño o con los presos de las otras celdas. Nosotros lo hacíamos igual, cuando podíamos, incluso con las otras celdas, a través de los ventilucos, subiéndonos al camastro superior... Si pescaban a alguien hablando o con la venda levantada, lo sacaban de la celda y lo llevaban a torturarla, ya sea con picana eléctrica, golpes u otras formas de castigo", cuenta Ana María Careaga.<sup>86</sup>

A pesar de la atmósfera de desconfianza y suspicacia que invade las relaciones entre los prisioneros, a pesar de que la vida concentracionaria promueve la individualidad a ultranza, a pesar de que cualquier acción colectiva es objeto de castigo brutal, aun así los seres humanos no pueden ser despojados tan fácilmente de su humanidad ni, por ende, de su sociabilidad. En primer término, el individuo se aferra a otro ser humano, que le permite reconocerse como tal. Cada uno es el espejo del otro; cada uno recupera y ofrece la condición humana para sí y para el otro. Cuando esto ocurre, la hipnosis concentracionaria comienza a ceder. Los relatos de sobrevivientes se refieren a "parejas" de presos, "parejas" de amigos, muchas veces del mismo sexo, que se sostienen uno a otro.

El mismo hombre que pudo haber estado reducido a una conducta denigrante, humillante, resulta ahora necesario y querido para otro. Es capaz de actos de verdadera generosidad y entrega hacia ese otro que lo remite a su humanidad. ¿Cuál de los dos es el hombre? Ambos lo son. El ser humano, a

---

<sup>86</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta, Carlos, *op. cit.*, p. 166.

veces el mismo sujeto, parece ser capaz de encontrar su propia degradación y, casi de inmediato, la exaltación de su humanidad, el acto que lo "salva" frente a otro y frente a sí mismo.

El reconocimiento de la humanidad, nunca perdida, se acompaña de la recuperación del nombre, en el caso de los militantes solía ser el "nombre de guerra", que los remitía no sólo a su carácter humano sino a su condición de hombres políticos. Los presos nunca se llamaban entre sí por el número y generalmente no lo hacían por su nombre legal. Se puede observar cómo las listas de prisioneros que elaboraron los primeros sobrevivientes registran más apodos (nombres de guerra) que nombres legales.

Otro paso fundamental era recuperar la individualidad; ser alguien con alguna característica específica y diferenciadora. Geuna refiere que, en su caso, la resistencia que ofreció en el momento de su captura generó una curiosidad por ella que la benefició. "...aquellos prisioneros que se constituyen en casos extraordinarios, logran ir sobreviviendo. La cuestión es tener un rostro, un nombre y no ser apenas un número más".<sup>87</sup>

Al identificarse a sí mismo, el sujeto comienza a cuidarse; el cuidado físico, el tratar de mantener un aspecto lo más limpio y lo más digno posible son asimismo formas de defensa de su humanidad amenazada. Los prisioneros tratan de bañarse toda vez que se les permite, se peinan, lavan su ropa en el poquísimo tiempo de que disponen para ir al baño, consiguen de alguna manera tener dos mudas de ropa interior, se agencian cepillos de dientes y se lavan aunque sólo sea con agua. Todos estos cuidados, terriblemente dificultosos representan, sin embargo, una victoria contra la "animalización" que pretende el campo.

La realización de una actividad, la que sea, también es reestructurante. Permite moverse, ocuparse en algo físico y mentalmente. El hombre sabe que esto es fundamental. Tamburrini, licenciado en filosofía, dice que los prisioneros más antiguos, entre los que se encontraba, gozaban de ciertas "prerrogativas", entre otras, porque "se nos proporcionaba escobas para que barriéramos el sitio". En efecto, en muchos testimonios se refiere que realizar la limpieza, hacer labores de mantenimiento, repartir la comida o prepararla eran extraordinarios privilegios que permitían moverse, ocupar la cabeza, conocer el lugar, hablar con otros presos.

Cuando existía la posibilidad, los secuestrados inventaban actividades que les permitieran usar sus manos, su cabeza, su imaginación. Según las características del campo y de las guardias, podían hacer objetos con miga de pan con la capucha puesta, los que compartían un calabozo jugaban cartas en silencio con naipes hechos en pequeños pedacitos de papel o interminables partidas mentales de ajedrez, se relataban o enseñaban cosas unos a otros cuando podían hablar, si existía un libro, como se podía leer sin moverse ni hablar sólo era necesario esperar una guardia permisiva. En la Escuela de Mecánica los presos de capucha llegaron a fabricar pequeños libritos con chistes recortados de periódicos, como regalo de navidad en diciembre de 1977 para sus compañeros; allí mismo, Norma Arostito pasaba horas memorizando el Romancero Gitano.

El trabajo, el juego, y con ellos la risa fueron formas de defensa del sujeto amenazado. En efecto, la risa aparece en muchos de los relatos y confirma la persistencia, la tozudez de lo humano para protegerse y subsistir.

---

<sup>87</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, p. 13, segunda parte.

Todas estas actividades, en un ritmo muy lento, de una manera muy disimulada, con la humildad de lo cotidiano que parece insignificante, permitieron ir construyendo la red de relaciones que existía en cada campo. No se trataba de redes estables; de hecho, los traslados la rompían permanentemente. Sin embargo, a partir de las relaciones entre dos, de los presos más antiguos que conocían las reglas de la casa, se iban estructurando ciertas dinámicas de sobrevivencia, de intercambio de información, de apoyo y también de traición. No pretendo describir un mundo de prisioneros solidarios enfrentados a sus captores, pero tampoco un espacio de soledad absoluta, carente de todo valor humano y moral. De hecho, no hay un solo sobreviviente que no haya contado con la ayuda de otros, a veces muertos; nadie salió solo ni tampoco nadie se desintegró solo.

La solidaridad es un valor que aparece en la experiencia concentracionaria, como clave para la subsistencia. Compartir la comida, cigarrillos, un dulce en condiciones de auténtica desnutrición, regalar objetos útiles y siempre preciadísimos por la carencia total de los mismos, como un lápiz, consolar o tranquilizar a otro preso para que no se descontrola y evitarle así un castigo, informar o prevenir a alguien sobre posibles peligros, coordinar acciones para distraer a los guardias y permitir cierto contacto entre prisioneros, son algunos de los muchos gestos solidarios que se encuentran en los testimonios.

En el campo, como en la vida, conviven las dimensiones de la solidaridad y la traición, sólo que ésta aparece expuesta mientras la primera es subterránea. Lo que quiero decir es que aun en condiciones tan aplastantes el poder no llega a constituirse en total. Aun en medio de un proyecto de destrucción y arrasamiento de la personalidad, el hombre busca y encuentra su dignidad. Cuando se defiende de la suciedad, cuando protege a otro ser humano, cuando se solidariza con el compañero, cuando se resiste a caer bajo los golpes, cuando aguanta la tortura hasta donde puede, cuando camina hacia la muerte con entereza el hombre está resguardando su dignidad. Decía Jorge Semprún, sobreviviente de Buchenwald: "En los campos el hombre se convierte en ese animal capaz de robar el pan de un camarada, de empujarlo hacia la muerte. Pero en los campos el hombre se hace también ese ser invencible capaz de compartir hasta su última colilla, hasta su último pedazo de pan, hasta su último aliento, para sostener a los camaradas".<sup>68</sup>

### **Resistencia y fuga**

El campo de concentración argentino fue el intento más claro del poder por apresar y desaparecer todo aquello que escapara de su control. No obstante la realidad, y el campo como parte de ella, generan de manera constante las líneas de fuga y los dispositivos que disparan contra el núcleo duro del poder y contra sus segmentos, abriendo brechas dondequiera.

Si, como propone Deleuze, "Los centros de poder se definen por lo que se les escapa y por su impotencia más que por su zona de poder",<sup>69</sup> es importante detenernos en las formas de resistencia y de impotencia del poder.

Ya vimos que el hombre no permanece inerte sino que desarrolla y despliega una serie de habilidades para resistir y, cuando puede, sobrevivir. Puede lograrlo o no, como en todo escape, pero su solo intento implica la capacidad de resistencia, no de sumisión. Interpretarlo de manera inversa es

<sup>68</sup> Semprún, Jorge. En Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p. 46.

<sup>69</sup> Deleuze, Gilles. *Mil mesetas*, p. 222.

arrebatarle al hombre su capacidad de oponerse al poder y regalarle a éste la vana omnipotencia que pretende.

Muchas veces se ha hablado de los escasos intentos de fuga que existieron en los campos de concentración, como la consumación del poder destructor y anonadante del campo. Este razonamiento es sólo parcialmente cierto. Es preciso acotar que existieron muchísimas formas de fugar del dispositivo concentracionario, no solamente el escape físico, todas ellas asociadas con la preservación de la dignidad, la ruptura de la disciplina y la transgresión de la normatividad, saboteando los objetivos del campo.

Todo ocultamiento al poder totalizante que intentaba hacer transparentes a los hombres, toda defensa de la propia memoria contra el reformateo del campo, toda burla, todo engaño fueron formas de resistencia a su poder. Tratar de sobrevivir sin "entregarse", sin dejarse arrasar, era ya un primer acto de resistencia que se oponía al mecanismo succionador y desaparecedor. De la misma manera, ampliar el círculo de los que se creía que tenían más posibilidades de sobrevivir, ya fuera por su inclusión en trabajos de mantenimiento, por recuperación del contacto con su familia o por otras razones, fue un elemento clave. Los sobrevivientes hablan de manera recurrente de una obsesión: estando dentro del campo una de las ideas más fuertes era que alguien debía salir con vida; alguien debía sobrevivir para testimoniar y contar; alguien debía construir la memoria de los campos de concentración. Esta obsesión muestra la resistencia a algunos objetivos prioritarios del campo: la desaparición de lo disfuncional, la diseminación del terror y la producción de sujetos y sociedades sumisas. De hecho, este objetivo de los prisioneros se cumplió; hubo no uno sino muchos sobrevivientes y un gran porcentaje de ellos testimonió en el juicio que se siguió a la Junta Militar en 1985.

En el otro extremo, el suicidio. En muchos casos, la decisión de la muerte fue también una forma de resistencia y fuga que entorpeció los designios concentracionarios, en la medida en que selló de manera definitiva la información que poseía un hombre, le arrebató al campo el derecho soberano de vida y muerte, y con ello debilitó su aparente omnipotencia.

Hubo formas de fuga, terriblemente personales pero no por ello menos eficientes. En este sentido, me llamó poderosamente la atención un relato de Blanca Buda, por su carácter de experiencia extraordinaria. Buda afirma no saber si lo que le ocurrió fue una alucinación o una experiencia real, aunque ella se inclina a pensar esto último. Sea lo que haya sido, el efecto fue claramente liberador, de fuga y burla al poder, bajo la circunstancia misma de la tortura. Refiere Buda que, en el momento en que estaba siendo atormentada, se desdobló, salió de su cuerpo y vio, *sin sensación de dolor* cómo era lastimada por los "interrogadores". "En aquella dimensión me sentía absolutamente protegida por una presencia superior luminosa que me llenaba de fuerza y de paz. Algo sobrenatural me estaba aconteciendo, pues ni por un instante odié a mis verdugos... Me fue introduciendo lentamente en otra dimensión, más alta aún, mientras el tiempo y el espacio desaparecían. Todo era de color intenso y brillante. No existían límites..." Sigue un relato larguísimo de una experiencia que, sea alucinación o no, lo cierto es que sacó a Blanca Buda de la tortura y le permitió fugarse de ella, de manera insospechada para sus captores. Tal vez este tipo de "fugas" haya existido en muchos otros casos, pero la índole de los testimonios, ante organismos de derechos humanos y juzgados, no se prestaba para relatos de este tenor.

Muchos de los textos también se refieren al valor liberador de la risa. Dice Geuna: "Aun en las situaciones más trágicas el hombre es capaz de reír... surge la broma, que no es otra cosa sino la búsqueda inconsciente del hombre para recuperar su humanidad destrozada... La capacidad humana

de recuperarse es absolutamente asombrosa. Temblando de miedo, esperando el camión que puede trasladarte hasta la muerte, y riendo... Como en Navidad reíamos o como cuando Boca Juniors ganó el campeonato metropolitano, la vida se metía por La Perla, por alguna rendija descuidada, y transformaba el campo de concentración en una fiesta efímera, puntual, instantánea. Porque la vida siempre es más potente que la muerte.<sup>90</sup> La risa es una de las formas más eficientes de la resistencia del hombre porque reafirma la vida en un medio en el que se pretende que el hombre se entregue sin resistencia a la muerte.

La risa fue, para el desaparecido, un elemento de afirmación de la humanidad propia y de la del secuestrador; con ella, el sarcasmo y la burla, permitían desmitificar al desaparecido, revelarlo en una existencia muchas veces patética que desvanecía de un golpe la omnipotencia. Los hombres importantes de estos campos, con nombres de animales feroces muchos de ellos, Tigre, Puma, Pantera, solían ser terriblemente ridículos. Dice Blanca Buda que cuando sus interrogadores, que la habían castigado intentando que revelara sus más íntimos secretos se negaron a que dijera por quién había votado aduciendo que "el voto es secreto", ella lanzó una carcajada y ... "desde ese instante perdieron para mí la imagen de 'lobos feroces' de 'tragamujeres' y de 'infalibles represores'... Lo consideré una burla de bajo vuelo que me puso de buen humor"<sup>91</sup>

Otra de las formas privilegiadas de la resistencia fue el engaño, que presupone una inversión de la situación de poder. El secuestrado engaña a su captor a pesar de estar en condiciones aparentes de indefensión total. El engaño señala por una parte a un sujeto, el que engaña, no destruido ni arrasado ni transparente, es decir a un sujeto que no ha sido reformateado. Por otra, señala la omnipotencia del desaparecido como generadora de su mayor impotencia. El secuestrador cree hasta tal punto en su omnipotencia que él mismo queda cegado por ella. Cuenta Ana María Careaga: "Creo que ellos pensaban en soltarme, pero dudaban. Lo que me ayudó fue eso: los convencí de que haría lo que ellos querían. Ellos estaban divididos, algunos decían que yo era una hija de puta, que si fuera por ellos, no salía. Los otros dudaban. Yo trataba de no exagerar, de mostrarme vencida, dispuesta a hacer cosas pero sin exagerar... Creo que los engañé, que me dejaron en libertad porque pensaron que yo iría a callarme o a convencer a mi familia para que se entregue. Es mi pequeña victoria sobre ellos".<sup>92</sup> ¿Pequeña?

El engaño fortalece a quien lo realiza pero también a los que lo observan. Cuando Graciela Doldán, en La Perla, logra decirle a Graciela Geuna, acerca de su supuesta colaboración: "Todo lo que te dije delante de Herrera son mentiras. No podía hacer otra cosa. Nada fue inútil. Hay que resistir." está realizando en ese momento un acto de resistencia que incluye a Geuna; así como el terror se expande, la resistencia también. Al atreverse a reconocer frente a otro preso que ha engañado al militar, Doldán invoca la dignidad y la solidaridad del otro. El acto abre una línea de fuga para Doldán, para Geuna y para Araujo, quien se sumaría a ellas en el único intento organizativo que existió en La Perla, según el relato de Geuna. Desde el momento en que el secuestrado conspira su vida cambia, comienza a pertenecer a algo distinto del campo y opuesto a él desde dentro; lucha contra el campo, es decir lucha por su vida en contra del poder succionador. Las personas se envían mensajes, realizan acuerdos, acumulan información, la comparten, intentan entorpecer el dispositivo, sostienen a los más vencidos; crean otra sociabilidad; conspiran. "Tratábamos de poner límites. Nuestro objetivo era muy humilde. Tratábamos de demorar el aniquilamiento." El intento de organización de La Perla fracasó pero una de las sobrevivientes fue Geuna; es muy probable que esta experiencia le haya dado la fuerza para

<sup>90</sup> Geuna Graciela. Testimonio, pp. 18, 32, 76, segunda parte.

<sup>91</sup> Buda, Blanca. *op. cit.* p. 112.

<sup>92</sup> Careaga, Ana María. En: Gabetta, Carlos. *op. cit.*, p.170.

continuar y posteriormente para testimoniar, para realizar la vieja consigna de esos días "alguno va a sobrevivir y tendrá que informar".<sup>93</sup>

Uno de los relatos más impresionantes de organización interna, resistencia y conspiración lo constituye el de Escuela de Mecánica de la Armada, cuyos protagonistas no dudan en calificar de "doble juego". En ese campo, hacia fines de 1976, se decidió dejar con vida, probablemente en forma temporal, a unos pocos exmilitantes de la organización Montoneros que habían facilitado la captura de otros y se prestaban a realizar actividades operativas y de inteligencia militar en contra de sus antiguos compañeros. Este grupo, que se dio en llamar *ministaff*, estaba formado por alrededor de una decena de hombres y mujeres, todos ellos conversos, con más o menos convicción, a la causa militar. No vivían en las mismas condiciones que los demás prisioneros y gozaban de cierta libertad de movimiento dentro de las instalaciones. Hacia mediados de 1977, salieron de la Escuela Mecánica para trabajar y vivir en "libertad", como personal naval.

Poco tiempo después, desde principios de 1977, se inició allí mismo un proceso muy diferente: la conformación del llamado *staff*, con un grupo de prisioneros, inicialmente militantes de bastante alto nivel político de la misma organización. Muchos de ellos eran de alguna manera "notables", tenían apellidos famosos, alto nivel organizativo o relaciones de parentesco con dirigentes guerrilleros. Estos presos descubrieron el interés de algunos oficiales de la marina por mostrarlos como trofeo y aprovechar, al mismo tiempo, su formación política e intelectual en beneficio propio. Comprendieron que, en el marco de la carrera política que intentaba emprender Massera, poseían un insumo valioso para los marinos, que podían entregar a cambio de mayor sobrevida, con la expectativa de que "alguno" podía salir libre.

La Escuela comenzó por utilizar a algunos de sus prisioneros en trabajos de clasificación y análisis de la prensa nacional y extranjera, realización de estudios monográficos sobre problemas diplomáticos, límites y políticos, elaboración de documentos de análisis de coyuntura y otras tareas semejantes. Dice Gras: "el grupo elegido para la realización de los nuevos trabajos había comenzado a darse formas de organización interna, cuyo objetivo básico era mantener la decisión de no colaborar, y en la medida de lo posible sabotear la actividad represiva, ya que los límites fijados a la falsa colaboración consistían en no afectar a personas y organismos populares, salvar la mayor cantidad posible de vidas y poder testimoniar en el futuro."<sup>94</sup>

Alrededor del grupo inicial se fueron congregando otras personas, según habilidades reales o inventadas por los propios prisioneros, teóricamente necesarias para la realización de los trabajos. Lo cierto es que el *staff* contaba, hacia mediados de 1978 con unas 30 personas que vivían en condiciones muy privilegiadas dentro del campo. En primer lugar, se pasaban el día en una especie de oficinas construidas primero en el subsuelo de la ESMA y más adelante a un costado de la famosa "capucha", en que se alojaba el grueso de los secuestrados. Trabajar, comer razonablemente bien, tener atención médica, ropa suficiente, derecho al baño diario, acceso a la prensa y los medios de comunicación y circular con libertad dentro de las oficinas eran privilegios que permitían afrontar el secuestro desde una perspectiva muy diferente.

Se perfilaron, a partir de entonces, dos grupos de prisioneros que no eran trasladados, el *staff* y otro grupo que se dedicó a tareas de mantenimiento dentro del campo de concentración. Ambos trataron de

<sup>93</sup> Geuna, Graciela. Testimonio, pp. 34-37, segunda parte.

<sup>94</sup> Gras, Martín. Testimonio, p. 22.



atraer hacia sí la mayor cantidad de prisioneros posible, con la idea de que el tiempo, en este caso, corría a favor de los secuestrados; es decir, a mayor sobrevivencia, mayor posibilidad de salir de allí.

Es difícil explicar con certeza las razones de la existencia del *staff*, cuya creación coincidió con el "lanzamiento" político del almirante Massera. La ambición política de la marina, que pretendía disputar el lugar rector que hasta ese momento había ocupado el ejército dentro de las Fuerzas Armadas, acompañada de la ineptitud, la inexperiencia y el arrabismo político de Massera, les permitió concebir la idea de utilizar el "capital político" que habían capturado en beneficio de sus propios objetivos.

En consonancia, la oficialidad de la Escuela de Mecánica estructuró lo que llamaba una política de "reeducación", por la cual supuestamente lograba "producir" de los militantes, nuevos sujetos, capaces de ser reincorporados a la sociedad dentro de su proyecto. Cabe señalar que éste no fue una suerte de absurdo de invención naval; todas las instituciones totales se proponen remodelar al hombre y en verdad producen en él un cambio permanente, aunque rara vez éste coincide con lo que la institución se había propuesto. La idea de reeducar, remodelar sujetos acrecentaba el despliegue de poder de la Armada, ya que no sólo la mostraba capaz de secuestrar a un número importante de militantes de alto nivel sino, además, de hacerlos defezionar y trabajar para sí, de reeducarlos y modelarlos; la omnipotencia concentracionaria en acción. El proyecto de la Escuela fue admirado por muchos oficiales de la Armada, así como del Ejército y la Aeronáutica. De hecho, el general Gattieri intentó algo semejante en jurisdicción del II Cuerpo, y en otros campos los llamados Consejos de prisioneros tuvieron cierto parecido aunque nunca llegaron a desarrollarse de manera tan ambiciosa.

A los marinos les complacía en particular la existencia de jerarquías militares entre sus "enemigos" y les gustaba hacer tratos o tener conversaciones "de oficial a oficial" con algunos de sus secuestrados o con "sus pares", los oficiales montoneros de mayor rango. Esto les alimentaba la fantasía de que estaban librando una guerra y les permitía mostrar su "caballerosidad", cuando se encontraban frente a un enemigo "digno". Justificaban así que la "guerra sucia" los "obligaba" a ser sucios, a pesar de sus propias inclinaciones ideológicas y personales.

Sigue Gras: "Durante este proceso, Acosta comienza a comprender que si gana la voluntad de este sector de prisioneros -a quienes comienza a considerar en 'proceso de recuperación'- puede obtener una victoria política que afirme su carrera y sus ambiciones. Entre estos prisioneros, en respuesta, se opera una simulación generalizada en torno a esa 'recuperación', consistente en manifestar en cada diálogo un cambio en sus escalas de valores personales, una supuesta adecuación al medio, etc., manteniendo realmente su negativa a la delación. Esta aparente dualidad demanda a dichos prisioneros un gran esfuerzo psíquico y nervioso y alimenta una constante situación de tensión."<sup>95</sup>

Más allá de la importancia relativa que pudieran tener, los documentos y opiniones del *staff* fueron de gran utilidad para dar poder y afianzar dentro del arma las posiciones de la oficialidad vinculada con la "guerra sucia", por haber logrado la colaboración de enemigos tan probados. Para aumentar su importancia, los propios oficiales se encargaron de magnificar su influencia sobre los secuestrados, a quienes presentaban como "fuerza propia" frente a otros grupos de tareas e incluso dentro de la Armada.

Esta lógica hizo que, por razones diferentes, tanto la oficialidad del campo como los miembros del *staff* tuvieran un mismo interés en exagerar la importancia de las actividades políticas que allí se desarrollaban. Para los primeros implicaba aumentar sus espacios de poder interno dentro del arma y

---

<sup>95</sup> Ib/d. p. 23

de ésta en relación con el ejército; para los otros representaba la posibilidad de "durar", y durar podría significar en algún momento sobrevivir.

Como ya se señaló, los prisioneros del *staff* trabajaban manteniendo contacto unos con otros, por lo que trabaron relaciones cotidianas y personales entre sí, que les permitieron, con mucha cautela, comenzar a sobrevivir estableciendo límites precisos en su relación con los militares, y rearmar relaciones de confianza colectiva, muy difíciles de establecer dentro de un campo de concentración.

Los lazos de confianza se fueron estableciendo en forma lenta y más bien interpersonal que grupal. Con el transcurso del tiempo, se formó una verdadera "red" de confianzas, complicidades y una sociabilidad con reglas propias, que precisaban qué se debía y qué no se debía hacer. Esto permitió la circulación de la información y una especie de mecanismo de acuerdo, más o menos colectivo. En este marco, se perfilaron ciertas "líneas" de actitud. Por ejemplo, los materiales escritos no debían proporcionar ningún tipo de información de utilidad operativa; era importante reforzar la idea de que sólo con el abandono del accionar represivo se abrirían posibilidades políticas para la Armada; se insistía en el costo político de las desapariciones y en la necesidad de cesar esa práctica; se exageraban las virtudes políticas de Massera y su posibilidad de convertirse en un caudillo político.

¿Cómo podían ganar espacio dentro de la Armada los oficiales más vinculados a los campos, representando posiciones que tendían a debilitar el accionar represivo? La lógica era más o menos la siguiente: "Una oficialidad brillante había logrado la victoria militar sobre un enemigo muy peligroso; había logrado capturar buena parte de sus cuadros políticos y, mediante un trabajo de reeducación, convertirlos en sus colaboradores. Una vez ganada la lucha militar, era el momento de la confrontación política. La conducción de la misma le correspondía a los vencedores de la anterior quienes, además, habían demostrado la astucia suficiente para doblegar a sus oponentes". Este era aproximadamente el razonamiento que se impulsaba.

En consecuencia, la marina se jactaba de tener vivos dentro de la Escuela de Mecánica cuadros guerrilleros que el Ejército hubiera matado de inmediato, dejando entrever que había alcanzado un grado de colaboración altísimo por parte de ellos. Por su parte, el *staff* dejaba correr y alimentaba estas versiones que representaban, aunque muy precariamente, una cierta protección. El mito de la Escuela de Mecánica crecía y adquiría una dinámica propia, en la que, por razones diferentes, coincidían los intereses de secuestrados y secuestradores.

Mientras tanto, el trabajo, la comunicación, la solidaridad y formas muy precarias de organización favorecieron la recuperación paulatina de los miembros del *staff*. Su existencia tuvo una utilidad real para el campo de concentración, en la que es difícil precisar los límites entre usar y ser usado. Por de pronto la vida misma de los sobrevivientes, como posibilidad de inducir en otros la idea de que el campo no exterminaba y permitía la subsistencia bajo determinadas condiciones, ayudaba a diseminar la perversión de la lógica concentracionaria.

Sin embargo, al mismo tiempo, el *staff* fue capaz de aprovechar los privilegios con que contaba dentro del campo para una verdadera tarea de resistencia que comprendía:

1. Incluir dentro de este grupo, que se suponía tenía más posibilidades de sobrevivir, a la mayor cantidad de gente posible; mejorar las condiciones de vida del resto haciendo circular comida, libros, información y los materiales a los que tenía acceso.

2. Aprovechar los privilegios de movimiento e información con que contaba para prevenir a las personas recién capturadas sobre las conductas que les convenía adoptar y sobre la información que conocían o no sus captores.
3. En virtud de ciertos contactos con el exterior, en algunas circunstancias excepcionales, dar aviso de posibles capturas.
4. Sesgar los análisis políticos para promover las posturas que consideraban menos peligrosas.
5. Aprovechar el mayor conocimiento que tenía de sus captores, en virtud de la convivencia diaria con los oficiales que supervisaban este trabajo y el campo en general, para valorar las posibilidades de supervivencia y las formas de lograrla, aunque fuera parcialmente, de manera que quedaran por lo menos algunos que pudieran testimoniar.
6. Sobrevivir sin ser arrasado.

Dada la intencionalidad de desviar y trabar la acción represiva simulando una colaboración, los protagonistas consideran haber realizado un doble juego. De hecho refieren que dos libros que encontraron entre el material incautado por la Escuela de Mecánica, y que leyeron con gran interés, fueron *La orquesta roja* y *El gran juego*. En ellos se relata cómo hizo Leonard Trepper, agente soviético capturado por los nazis durante la Segunda Guerra, para desarrollar un doble juego que protegió a la red soviética mientras simulaba una colaboración con los alemanes que jamás prestó.

Hay un ejemplo ilustrativo de esto que los prisioneros de la Escuela de Mecánica llamaron doble juego. Una de las razones por las que los marinos comenzaron a dejar gente viva era para exhibirlos como prueba de su colaboración ante las personas recién capturadas. Esto podía inducir en los prisioneros recién llegados la idea de una traición generalizada que minara su resistencia. Sin embargo, la misma acción podía convertirse en su contrario. Solía ocurrir que el secuestrado "notable" permaneciera unos instantes solo con el recién llegado para hacer más creíble la "actuación". Esos momentos se podían usar para indicar muy someramente al otro la irrealidad de la situación, o bien para darle alguna información clave de lo que debía o no mencionar. Cuando esto se producía, el efecto era inverso al esperado; el nuevo secuestrado encontraba a un compañero, a un cómplice, dentro mismo del campo y resultaba fortalecido para enfrentar la tortura que sufriría de inmediato. Sin embargo, la acción era muy riesgosa; de ser descubierta, seguramente el responsable sería trasladado de inmediato.

La doble posibilidad que se abre, desde toda situación, de aprovecharla en un sentido o en otro, permite afirmar, al mismo tiempo, que el simple prisionero que ayuda al guardia a repartir la comida dentro del campo, colabora con la funcionalidad del mismo. Pero, si al hacerlo aprovecha para hablar con otro secuestrado, para informarlo e informarse, para repartir un poco más de comida, en lugar de reproducir rompe las reglas de juego del campo, resiste.

La historia del doble juego de la Escuela de Mecánica es particularmente significativa porque muestra que el poder no es omnipotente, ni siquiera tan brillante. Es una historia de engaño y éxito. En efecto, los prisioneros del staff lograron sobrevivir y fueron liberados entre fines de 1978 y mediados de 1979; acordaron mantener silencio en torno a la experiencia hasta que quedara en libertad el último de ellos. Así lo hicieron y la mayor parte de sus miembros declararon luego ante comisiones de derechos humanos y en el juicio que se siguió a la Junta Militar en 1985. En suma, aprovecharon el punto ciego del poder: su soberbia, que les hizo creerse más listos, más valientes y mejores de lo que realmente eran. Una vez más, la trampa de creer en su propia omnipotencia.

Por último, me quiero referir al escape, a la fuga en sentido literal, como la forma de resistencia más clara. La estricta vigilancia de los campos, sumada a la destrucción de los sujetos y su anonadamiento paralizante, redujo bastante la concreción de fugas físicas, ya sea individuales o colectivas. Sin embargo, éstas existieron.

Se registran fugas de campos de Ejército, Armada y Aeronáutica. Dos de los testimonios que hemos tomado como centrales pertenecen a personas que se fugaron de campos de concentración. Se trata de Juan Carlos Scarpatti, que se fugó de Campo de Mayo y de Claudio Tamburrini, que se fugó de la mansión Seré, perteneciente a la Aeronáutica.

Hubo otras fugas memorables. De la Escuela de Mecánica de la Armada se escaparon dos prisioneros, que regresaron a su antigua militancia. Se trata de Horacio Maggio, asesinado poco después, y de Jaime Dri, quien sobrevivió. Tulio Valenzuela, secuestrado por el II Cuerpo de Ejército que pretendía usarlo para asesinar a dirigentes montoneros radicados en México, protagonizó una fuga espectacular en ese país, con denuncia en los medios de prensa y un desenlace completamente desafortunado, al que ya se hizo alusión en el capítulo anterior.

El caso de Scarpatti, también ilustra este tipo de fugas, todas muy impresionantes, llevadas a cabo por hombres desesperados pero no inmovilizados. Sin embargo, quiero referirme a la fuga que protagonizaron Claudio Tamburrini, Guillermo Fernández, Carlos García y Daniel Rusomano, de la mansión Seré. Existen aquí otros elementos. En primer lugar, se trató de una fuga colectiva, es decir fue preciso coordinar una acción entre cuatro personas, con una confianza suficiente entre sí como para organizar y ejecutar conjuntamente esta acción.

Los cuatro hombres adoptaron la decisión ante la certeza de su próximo aniquilamiento, pero fueron capaces de realizarla en las condiciones más adversas. Reconocieron el lugar aprovechando pequeñas coyunturas, como bajar a abrir la puerta cuando llegaba la comida; aprovecharon los escasísimos elementos con que contaban (un clavo, varias cobijas y el cable de una plancha); se animaron unos a otros. Por fin, escaparon totalmente desnudos, sin documentos ni dinero, sin ningún apoyo externo, habiendo perdido todo contacto con su familia y sus compañeros desde varios meses antes.

Realizar una acción de este tipo implica la existencia de relaciones de solidaridad y confianza, la ruptura de toda hipnosis inmovilizante, la no aceptación de los designios del campo de concentración, en suma, la resistencia. No significa que lo demás no haya pasado por estos hombres, sino que pudieron conjurarlo. En el relato de Tamburrini se refleja cómo les costó tomar la decisión, aun a pesar de que tenían la casi certeza de que los matarían. Incluso dos de las personas que fugaron dudaron seriamente en hacerlo, más bien Fernández les presentó el hecho consumado iniciando la fuga. Las dudas acerca de si los secuestradores conocían o no los preparativos, también indican que probablemente la confianza entre ellos no era total. Sin embargo, a pesar de que no eran inmunes al dispositivo, lograron sobreponerse a él y fugar.

También aquí aparece el punto ciego del poder: su autosobredimensionamiento. El poder totalizador tiene una gran debilidad; se cree auténticamente total. En el caso de la mansión Seré es Tino quien, al darles a los presos la noticia del asesinato de un antiguo compañero, los enfrenta con el hecho de su eliminación, poniéndolos en una situación sin salida. En definitiva, aquí es el poder que cree que puede matar sin resistencia, en otros casos el que cree que puede reformatear a su antojo, el que cree que puede atemorizar perpetuamente, el que cree que no puede ser engañado ni burlado. Ese es el poder concentracionario, que como no reconoce sus límites se cree ilimitado.

Todas las formas de fuga de que dan cuenta los distintos testimonios: el escape personal a las situaciones más dolorosas; la risa que permite recuperar la humanidad de desaparecido y desaparecedor, reinstalando cierto equilibrio; el engaño que invierte el control de la situación; la conspiración que restablece los lazos de solidaridad, cooperación y resistencia y la fuga que rompe de un golpe con el secuestro y la desaparición, son todas formas de lo que he llamado líneas de fuga y resistencia.

Todas ellas muestran que dentro del campo, a pesar del fantástico poder de aniquilamiento que se despliega, el hombre encuentra resquicios. Hay allí un poder que se reorganiza; puede haber redes que entrelacen a los prisioneros, los sostengan y les permitan conformar una nueva sociabilidad. Aun en esas circunstancias, los hombres hacen cosas, toman decisiones, apuestan, ganan y pierden. Pensar en la víctima total y absolutamente inerte es también creer en la posibilidad del poder total, que deseaban los desaparecedores. Muchos relatos desconocen los resquicios porque los consideran excepcionales, pero ellos muestran algo fundamental: que el poder, aunque se lo proponga, nunca puede ser total; que precisamente cuando se considera omnipotente es cuando comienza a ser ingenuo o sencillamente ridículo.

### **Héroes, traidores y víctimas inocentes**

El campo es una infinita gama no del gris, que supone combinación de blanco y negro, sino de distintos colores, siempre una gama en la que no aparecen tonos nítidos, puros, sino múltiples combinaciones. Si bien en la vida misma se podría afirmar la inexistencia de colores "puros" que excluyen combinaciones con otros, este hecho es particularmente cierto dentro del campo. Nadie puede permanecer en él "puro" o intocado; de ahí la falsedad de muchas versiones heroicas. Las posibilidades que se presentan pertenecen invariablemente a la noción de gama, en donde tanto la responsabilidad como el valor personal pueden y suelen ser difusos. En el mundo de los campos nadie puede atribuirse la inocencia pura ni la culpabilidad absoluta.

Se suele manejar una aparente oposición, la que existiría entre héroes y traidores, como los dos extremos, el bueno y el malo, el blanco y el negro, que delimitan la diversidad de conductas posibles. No se trata más que de una reproducción de la lógica binaria. En efecto, "el mundo de los héroes - y ahí es, tal vez, donde reside su debilidad- es un mundo unidimensional que no comporta más que dos términos opuestos: nosotros y ellos, amigo y enemigo, valor y cobardía, héroe y traidor, negro y blanco".<sup>98</sup>

El héroe es un ser dispuesto a sacrificar su vida y la de otros en pos de un ideal. Su heroicidad se realiza cuando entrega la vida en defensa de esa idea u objetivo superior que comprende hombres pero que va más allá de cualquiera de ellos en particular. Su acto se convierte en heroico al ser rescatado por una memoria colectiva que lo reivindica. En el caso argentino, los numerosos muertos en combate durante el Proceso de Reorganización Nacional, podrían corresponder a esta categoría, si alguien los reivindicara. Pero ellos murieron peleando contra el poder concentracionario sin llegar nunca a los campos de concentración. Su heroicidad es externa y consiste precisamente en morir sin ser arrastrado por la corriente succionadora del chupadero.

---

<sup>98</sup> Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p. 20.

El "desaparecido", en cambio, queda rodeado por la atmósfera difusa del campo, de manera que entra en una zona de indefinición, en la que nunca se sabe, a ciencia cierta a qué categoría pertenece. Es como si el campo automáticamente salpicara al hombre desvaneciendo toda posible heroicidad.

Así como desde la lógica concentracionaria, la simple sospecha de cualquier transgresión convierte en culpable al hombre y justifica el castigo que llevará a la producción de la verdad y del culpable confeso, así también desde la lógica de la heroicidad, el simple contacto con el campo, por la sombra de sospecha que proyecta sobre el individuo, desvanece la pureza necesaria del héroe. No hay héroes en los campos de concentración.

El sujeto irreducible que muere en la tortura sin dar ningún tipo de colaboración es el que más se aproxima a esa noción, pero no quedan pruebas de ello, no hay exhibición del acto heroico que se pueda testimoniar sin sombra de duda. La resistencia a la tortura es una representación solitaria del torturado ante sus torturadores. Algo semejante ocurre con el fusilado, muchas veces acribillado a balazos dentro de un coche, simulando un enfrentamiento, cuyo acto final puede ser digno pero no encierra la resistencia y el espectáculo de lo heroico; no hay testigos. El campo es también un dispositivo desaparecedor de los héroes; en lugar de matar hombres que pelean, prefiere arrojar seres adormecidos desde lo alto de un avión; escamotea la posibilidad del combate heroico.

El sujeto que se evade es, antes que héroe, sospechoso. Ha sido contaminado por el contacto con el Otro y su supervivencia desconcierta. El relato que hace del campo y de su fuga siempre resulta fantástico, increíble; se sospecha de su veracidad y por lo tanto de su relación y sus posibles vínculos con el Otro. Transita en una zona vaga de incredulidad. Además, resulta amenazante ya que conoce la realidad del campo pero también la magnitud de la derrota que las dirigencias tratan de ocultar. En los medios militantes se promueve entonces su desautorización, se aduce que su óptica ha sido distorsionada por la influencia de sus captores, y ello lo convierte automáticamente en un no-héroe.

En otros casos, como el de Horacio Maggio o Tulio Valenzuela, para despejar la sombra de sospecha que se cernía sobre ellos se los orilló a una autoinmolación que ésta sí, los convirtió en héroes. Nilda Haydée Orazi y Juan Carlos Scarpatti, ambos sobrevivientes de distintos campos de concentración, señalaron con amargura: "Esta es la única organización en el mundo (Montoneros) en la que un compañero escapa de manos del enemigo, salva a la conducción nacional, para lograrlo deja en manos del enemigo a su compañera embarazada, y en vez de felicitarlo se lo obliga a autocriticarse por 'simular' y se lo despromueve de mayor a aspirante".<sup>97</sup> Faltó señalar que después de eso se envió a Valenzuela a Argentina, donde se suicidó al ser recapturado.

En consecuencia, desde la perspectiva del blanco y el negro, no hay espacio dentro de los campos de concentración para el blanco perfecto. Si éste existe, se debe revelar antes; el acto heroico es previo a la captura. En cambio, detrás de los muros del campo tienen cabida todos los grises, hasta el negro profundo, representado por la traición de aquellos que sin la menor resistencia se ofrecieron al dispositivo concentracionario "sin luchar", en palabras de Graciela Geuna.

Pero la oposición entre el héroe y el traidor es una oposición falsa más que por injusta, porque sencillamente resulta insuficiente para describir la complejidad del problema. No hay aquí una gama de grises sino todo un abanico de color que incluye muchos otros tonos. No se trata de combinaciones de grado entre estos dos términos, heroicidad y traición, sino de la conjunción y el entramado que forman

---

<sup>97</sup> Orazi, Nilda y Scarpatti, Juan Carlos. *op. cit.*

todos los elementos que confluyen para articular formas de obediencia y formas de rebelión con respecto al poder concentracionario.

Es más, como ya se señaló, cada sujeto es un complejísimo conjunto en el que se combinan aspectos variados que, en unos casos se articulan en torno a la obediencia, en otros, en torno a la resistencia; puede propiciar fugas o parálisis hipnóticas; puede haber formas de obediencia que desemboquen en fugas (como no escapar del campo pero resistir en él) y resistencias que paralicen al hombre (como soportar la tortura pero no ser capaz de trazar una estrategia de supervivencia dentro del campo). Las posibilidades son infinitas y no se pueden reducir a los dos términos de la heroicidad y la traición, insuficientes e irrelevantes.

Un aspecto importantísimo dentro de los campos fue lo que Todorov llama virtudes cotidianas. Designa de esta manera a aquellas acciones individuales que rechazan el orden concentracionario en beneficio de una o varias personas, pero siempre de sujetos específicos no de ideas abstractas. Las virtudes cotidianas no se practican en grandes actos públicos sino como parte de la cotidianeidad; pasan desapercibidas salvo para quienes resultan beneficiados por ellas y suelen comportar un compromiso muy grave, incluso a veces ponen en juego la vida misma de quien las ejecuta. Por esta característica de "pasar desapercibidas" queda menos testimonio de ellas que de los actos heroicos.

Las virtudes cotidianas no se oponen a las heroicas, ni son mejores o peores, más o menos útiles o meritorias, son simplemente diferentes, pero si las menciono de manera especial es porque precisamente éstas fueron las que tuvieron oportunidad de manifestarse en los campos de concentración. La valentía personal de alguien podía hacer que se arriesgara a prevenir a un prisionero reciente acerca de no proporcionar determinada información, sabiendo que éste podía delatarlo poco después y provocar su muerte. Podía consistir en formas de la solidaridad y el apoyo que ayudaban a otro a resistir en el momento de mayor debilidad, en compartir con él un secreto; en ayudarlo a desobedecer. Podía manifestarse al encubrir a un compañero o al convertirlo en indispensable para un determinado trabajo y evitar su traslado. Casi siempre se asociaban con el engaño a los secuestradores.

En La Perla, cuando Geuna reconoció al Negro Lito en la calle y no lo delató, mirando sencillamente hacia otro lado, lo que estuvo a punto de costarle la vida; en la Escuela de Mecánica, cuando prisioneros que tenían contacto con el exterior avisaban de una posible captura o sacaban información, con riesgo de su integridad; en El Atlético, cuando los presos encubrían, sufriendo castigo físico, a otros que habían estado hablando; en todos los campos cuando se cuidaba a un compañero que había quedado destrozado por la tortura compartiendo con él lo que se tuviera y tratando de curarlo, se ponían en juego estas virtudes cotidianas. Se practicaron en forma constante y fueron la base de la subsistencia de la mayoría de los sobrevivientes, que multiplicó su fuerza física, psíquica y espiritual. La supervivencia hubiera sido sencillamente imposible sin la circulación de estas virtudes cotidianas.

Así como se desarrollaron estas virtudes, la permanencia en el campo implicó el traspaso de la frontera entre secuestrados y secuestradores, con numerosas consecuencias, muchas de ellas de carácter desintegrador. El juego de simular colaboración, que realizaron algunos sobrevivientes fue, sin duda, un juego peligroso. Existían los riesgos de que en la simulación de la colaboración, la casualidad o más bien el hecho de estar maniobrando sobre límites muy imprecisos, llevara a la colaboración de hecho. El prisionero que, con la total decisión de no "marcar" a nadie, salía sin embargo a la calle con un grupo operativo, simulando una colaboración que no estaba dispuesto a efectivizar, corría el riesgo de ser reconocido por un viejo compañero que, desconociendo su captura, se acercara a saludarlo y fuera detenido. Como ésta, se podrían enunciar decenas de circunstancias difusas.

Por otra parte, en la simulación de la colaboración el prisionero emprendía un juego de aproximación a su captor que, de una manera u otra, lo envolvía. La repetición interminable de una mentira puede convertirla en verdad; ésta es una de las premisas de la propaganda. El secuestrado debía hacer un verdadero esfuerzo para no terminar por creer la mentira que le contaba cada día a sus captores. Esta era de por sí una mecánica desquiciante, pero sus efectos podían ser más nefastos sobre individuos que habían sufrido rupturas internas importantes dada la destrucción de su mundo de referencia.

La cercanía y la humanización del otro permitieron una cierta relativización del poder del secuestrador, pero también se desarrollaron mecanismos de internalización-deslumbramiento del vencedor. Buena parte de los prisioneros entabló relaciones de proximidad con algunos de los oficiales. En la mayoría de los casos, estas relaciones no alteraba la percepción del prisionero de que el otro era su captor. Sin embargo, se crearon lazos afectivos ambiguos y lealtades ciertas. En casos excepcionales, existieron incluso relaciones amorosas entre unos y otros.

En estos espacios difusos, de fronteras imprecisas y móviles, sin embargo parece haber habido puntos de no retorno. Cada individuo parece tener un límite de tolerancia máxima, un límite de capacidad de procesamiento de sus propias roturas, traspuesto el cual, llega a una zona de "no retorno". No se puede decir cuál es este lugar y, evidentemente, depende de la estructura personal de cada uno.

Hay gente que, habiendo prestado una colaboración importante y siendo responsable de la captura de otros, una vez aflojada la presión, fue capaz de retomar sobre sí y limitar o interrumpir su colaboración. Hubo otros que una vez que dieron el primer paso ya no pudieron detenerse. Esto no ocurrió en la simulación de la colaboración. El efecto pudo ser más o menos desquiciante pero, en la medida en que los prisioneros tomaron distancia de la situación, más tarde o más temprano fueron recobrando y reformulando una visión propia de la vida del campo, independiente de su influencia hipnótica y anodante.

Estas reflexiones pretenden discutir las nociones de héroe, traidor, colaborador, como insuficientes, inútiles, pero particularmente distorsionantes, ya que pretenden atrapar en conceptos rígidos un fenómeno de características más complejas e imprecisas. Asimismo, quiero abordar la discusión de otro aspecto no menos vívido y recurrido, el de las víctimas inocentes.

Los campos de concentración-exterminio se crearon para desaparecer todo un espectro de la militancia política, sindical y social que impedía el asentamiento hegemónico del poder. El blanco principal de esta modalidad represiva fue la guerrilla, pero abarcó también el vastísimo espectro de la llamada subversión, del que ya se habló. Aunque la noción de subversivo fue lo suficientemente amplia como para incluir prácticamente a cualquiera, su uso estaba destinado a facilitar una persecución precisa: la de la militancia radicalizada y todos sus puntos de apoyo.

Sin embargo, como ya se mencionó, la existencia de víctimas casuales, producto del error o desvinculadas de toda participación política, también fue parte de la racionalidad concentracionaria. Se facilitó así la diseminación del terror al mostrar un poder arbitrario e inapelable, atributos principales de los modelos totalizantes. No obstante, estas víctimas, que sumaron un número absoluto considerable, representan un mínima proporción de las víctimas totales. El dispositivo estaba dirigido, sin duda a la militancia.

Con esta afirmación no pretendo negar o restringir el problema. Familiares de militantes detenidos virtualmente como rehenes, menores asesinados como el caso de Floreal Avellaneda de 14 años o de



una niña de 11 años secuestrada en Campo de Mayo, amigos de militantes secuestrados y asesinados por su relación con ellos, testigos de operativos que se pretendía mantener en secreto y fueron eliminados, muestran la monstruosidad de estos procedimientos.

Como todo lo que se relaciona con el dispositivo desaparecedor, el secuestro y asesinato de "inocentes" (¿de qué?) comprende una alta dosis de arbitrariedad y crueldad. Sin embargo, la recurrencia en los relatos de familiares de desaparecidos en insistir en que sus hijos no tenían militancia política alguna, no pertenecían a ningún partido, eran "inocentes", me parece especialmente significativa. El texto de Duhalde que ya hemos citado, dice en relación con el secuestro de adolescentes de entre 15 y 18 años que fueron detenidos, en su mayoría, en la casa de sus respectivos padres: "No se ocultaban, circulaban normalmente, mantenían sus naturales relaciones en el ámbito familiar, laboral o en los establecimiento educacionales a que concurrían. ¿Qué peligro podían significar para el Estado terrorista estos jovencitos, casi niños, que comenzaban a despertar a la vida?"<sup>98</sup> La pregunta que surge es, si se hubieran ocultado y, por ende, tuvieran militancia clandestina, si no hubieran vivido con sus padres y representaran un peligro real para el Estado terrorista, entonces, ¿no hubiera estado mal que los mataran? ¿O hubiera estado menos mal?

En la misma línea de razonamiento, Orgeira, uno de los abogados defensores de la Junta Militar aseguró que "todos los que fueron buscados y capturados en sus casas no eran personas que nada tenían que ver con la subversión"<sup>99</sup>, como si el hecho de ser "subversivos", es más, digamos guerrilleros activos, avalara el recurso del secuestro, robo, tortura irrestricta y asesinato con desaparición del cuerpo.

Estos razonamientos, se complementan con una frase de café que cita un interesante artículo psicoanalítico:<sup>100</sup> "Y bueno, si bajaron un subversivo no importa, lo que hay que evitar es que se torture a inocentes". Un político peronista, un abogado defensor de la Junta Militar y el hombre de la calle parecen coincidir: El problema es que se torture a inocentes. Es decir, la tortura y el asesinato, como forma de represión de la disidencia política tienen un valor sustancialmente diferente que si se usan contra inocentes; en el primer caso, están implícitamente admitidos. Entonces hay hombres que merecen el campo de concentración o que por lo menos lo merecen más que otros.

La reivindicación de la víctima inocente como si fuera más víctima que la víctima militante, por ejemplo, no es más que una manera de reforzar la noción de que efectivamente no se debe resistir al poder. Sólo si se es víctima inocente, es decir, no involucrada, no resistente, se es una víctima completa. Las demás, de alguna manera tienen un merecimiento del castigo. Esta sola idea implica que resistir al poder conlleva y merece una sanción, tanto más dura cuanto mayor sea la resistencia.

En Argentina existió un poder totalizante, despótico y concentracionario pero la sociedad sólo puede reivindicar víctimas, más aun, víctimas inocentes, como si hubiera habido otras cuya culpabilidad explica, aunque no necesariamente justifica, la existencia de los campos.

Pensar el campo de concentración como un universo de héroes y traidores permite separarlo de lo social, escindirlo de allí y hacer del campo una realidad otra a la que no se pertenece, en la que se debaten dos demonios, militares y guerrilleros, ajenos a una sociedad y a su vida cotidiana. La víctima

<sup>98</sup> Duhalde, Eduardo. *op. cit.*, p. 198.

<sup>99</sup> Orgeira, José María. En: Cincaglino, Sergio. *op. cit.*, p. 204.

<sup>100</sup> Rincón, Lía; Moise de Borgnia, Cecilia. *Argentina, psicoanálisis, represión política, "El torturador, un enfoque psicoanalítico"*, p. 281.

inocente es la figura perfectamente complementaria de esta explicación. Representa al "inocente" que jamás debió incluirse en el infierno porque no pertenecía a él.

Por el contrario, el infierno del campo y la sociedad se pertenecen, por eso héroes y traidores, víctimas y victimarios son también esferas interconectadas entre sí y constitutivas del entramado social, en el que todos están incluidos. Todas las víctimas son inocentes y ninguna lo es, en sentido estricto.

### **NI cruzados ni monstruos**

La existencia de los campos de concentración-exterminio se debe comprender como una acción institucional, no como una aberración producto de un puñado de mentes enfermas o de hombres monstruosos; no se trató de excesos ni de actos individuales sino de una política represiva perfectamente estructurada y normada desde el Estado mismo. De hecho, ya se habló del funcionamiento de los campos en medio de las instalaciones y las jerarquías militares, actuando a un tiempo como política oficial pero no reconocida, aparentemente clandestina, y entrelazando las modalidades legales y subterráneas de la represión. El intercambio de prisioneros entre campos de concentración y cárceles legales, la complicidad de la justicia y una serie de manejos que revelan la desaparición como una política de Estado, que combinó las formas legales con las clandestinas.

Por eso, cuando se realizó el juicio a la Junta Militar, Jorge Rafael Videla insistió en rechazarlo. Desde su punto de vista se estaba juzgando a las Fuerzas Armadas, es decir, no existían acciones personales que fueran objeto de análisis sino una acción estrictamente institucional. A su vez, como hombre de la institución, asumió sobre sí toda la responsabilidad, y libró de ella a sus hombres bajo la figura del acatamiento de órdenes. Salvaguardaba así un elemento clave en las instituciones armadas, la obediencia incondicional, clave de la disciplina. Al mismo tiempo, desplazaba el problema de su responsabilidad personal hacia la institución; efectivamente él no había actuado en términos individuales sino corporativos.

La metodología concentracionaria fue institucional y estuvo guiada por el principio de eficiencia en el desarrollo de una situación que las Fuerzas Armadas definieron de guerra, en la que se proponían triunfar.

Desde el razonamiento militar, la noción de guerra parecía justificar la metodología empleada. "La guerra provocada por el terrorismo que fuera derrotada en el ámbito único posible: el campo de batalla", fue uno de los argumentos usado incluso en el juicio a los comandantes por Juan Carlos Tavares, uno de sus defensores. El uso de una metodología clandestina se justificó por la necesidad de recurrir a los mismos métodos que la guerrilla, también violenta y clandestina. El fiscal Strassera redujo la argumentación con una lógica implacable: si no había habido guerra, los comandantes eran delincuentes comunes; si había habido guerra, eran delincuentes de guerra.

Pero desde la perspectiva castrense, y de otros sectores de la sociedad, el objetivo era triunfar sobre la subversión aniquilándola, como lo había ordenado Isabel Perón, y ese objetivo se logró. El principio rector, la eficiencia en el cumplimiento de dicha meta. El medio, los campos de concentración y el terror generalizado.

Los campos fueron el dispositivo represor del Estado, la máquina succionadora, desaparecedora y asesina que una vez creada cobró vida propia y ya nadie podía controlar; funcionaba inexorablemente.

Una tecnología, como ya se señaló, directamente ligada con un poder de tipo burocrático, en donde la fragmentación de las tareas desvanecía las responsabilidades.

La burocracia concentracionaria se atiborró de papeles y de registros. Muchísimos testimonios dan cuenta de la multitud de las fichas, fotos, archivos en computadoras y legajos que se llevaban en los distintos campos de concentración. Se conoce la existencia de registros cuidadosos en Campo de Mayo, La Perla, Escuela de Mecánica, El Atlético, El Olimpo, El Banco, entre otros. En El Atlético "los torturadores se turnaban y mantenían un control escrito de su trabajo, Las puertas eran grises y del lado de adentro había una planilla" que se debía llenar con los siguientes datos: nombre del interrogador, grupo al que pertenecía el secuestrado, número de caso, hora de entrada, hora de salida y estado de la víctima (normal o muerto).<sup>101</sup> El mismo testimonio hace referencia a otras planillas para solicitar el secuestro de alguien, para registrar el grado de peligrosidad de cada secuestrado, para asentar la resolución final del caso. Planillas que indican una responsabilidad pero que la diluyen en un dispositivo burocrático. También los sobrevivientes de la Escuela de Mecánica de la Armada se refieren a un cuidadoso sistema de control que incluía un legajo de cada prisionero con su foto, algunas de las cuales rescató Víctor Melchor Basterra. Según los sobrevivientes, la Aeronáutica también elaboraba legajos de sus prisioneros y les tomaba impresiones dactilares que incluía en los mismos.

Una burocracia obediente que complementaba los atributos oficinescos con la subordinación militar. Un nombre en una planilla y una orden eran suficientes para que se atormentara a alguien o se lo aniquilara. La defensa de su posición en torno al argumento de la obediencia debida, lejos de exculpar a la institución militar, muestra precisamente uno de sus aspectos más abominables: la pérdida del sujeto, la noción de que sus miembros deben resignar en otros su capacidad de elección sobre cuestiones tan sustanciales como la vida de un hombre, renunciando a toda responsabilidad sobre sus actos. No es más que la deshumanización, ahora actuando sobre su propia gente, aceptada, validada y defendida por su personal, la resignación de lo humano y lo ético como un deber ser correcto, adecuado y deseable.

En suma, la constitución de un "servicio público criminal" montado con burócratas perseverantes y capaces de una obediencia a ultranza, más allá de toda interrogación moral. Hombres que actúan sólo como engranajes de la maquinaria asesina; ni más ni menos, apenas engranajes. Desde el cabo de guardia a Videla o Massera, todos ellos hicieron posible que la máquina funcionara pero ninguno fue más que una pieza dentro de ella, que terminó también por deglutirlos.

Al afirmar que sólo fueron engranajes quiero señalar el fenómeno como institucional, la irrelevancia del hombre en su dinámica, pero en ningún momento esto equivale a reducir la responsabilidad. Por el contrario, es el dispositivo del campo el que "igual" falsamente, ya que compromete a todos, sin asumir ninguna responsabilidad, de manera que todos parecen igualmente responsables. Esta es una de las distorsiones de la lógica concentracionaria.

El dispositivo necesita que cada hombre se comporte como un engranaje, pero en verdad la "maquinaria" está formada por hombres; cada uno de ellos tiene una función diferente y una responsabilidad delimitable. Al rescatar al ser humano en el desaparecedor no se lo absuelve; se lo excluye de lo monstruoso, de lo sobrenatural, para incluirlo en lo humano, en la escala de lo que se puede valorar y juzgar.

---

<sup>101</sup> González, Oscar Alfredo. Testimonio, *La Semana*, 22-12-83, p. 38 y ss.

¿Cómo eran los hombres concretos que hicieron funcionar la maquinaria? Desde el relato de los sobrevivientes y de otros testimonios, no parecen haber sido más que hombres comunes y corrientes. Geuna hace una caracterización detallada del personal de La Perla, especialmente interesante. En su relato humaniza a los captores, quitándoles la magnificencia aterradora de los monstruos y mostrándolos más bien como seres relativamente insignificantes. Hay de todo un poco. De 22 descripciones, apenas cinco de ellos parecen sujetos más o menos conscientes del papel que jugaban, y con un grado de inteligencia aceptable. Otros cinco merecen la calificación de tontos o poco inteligentes; los demás recogen calificativos como mediocre, débil, torpe, incompetente, fanfarrón, pusilánime, cobarde, inseguro. Sin embargo, diez, casi la mitad, están catalogados como crueles o algún adjetivo semejante. También diez, algunos coinciden con los crueles, se describen como gente mediocre. Una mediocridad cruel.

Una descripción memorable, que ofrece similitudes con esta perspectiva, es la que hizo la revista *La Semana*, a partir de las declaraciones de Vilaríño sobre el almirante Chamorro, director de la Escuela de Mecánica de la Armada. Lo muestra como un hombre "gris y feo, peliso y mediocre". Sus compañeros de promoción lo recordaban como "un tipo insignificante... tenía la habilidad suficiente para pasar desapercibido, única forma inteligente en que podía hacer carrera". Resaltan "su notoria habilidad para ubicarse la gorra en lo más alto de la coronilla, estirando además el sostén superior de la funda, de modo de obtener 5 centímetros más de estatura, un crecimiento artificial que completaba duplicando la dimensión de los tacos y la suela de sus zapatos".<sup>102</sup> Un auténtico ridículo.

Sin embargo, la misma declaración deja constancia de dos actos de extrema crueldad protagonizados por este mismo hombre: la voladura de cinco prisioneros y la violación, secuestro y posterior asesinato de unas jóvenes que habían sido "seducidas" por personal de la Escuela de Mecánica. Mediocridad y crueldad no parecen ser términos contrapuestos.

También el general Videla, que fue ungido por la prensa con una imagen de hombre austero, profundamente cristiano y callado durante el Proceso de Reorganización Nacional, cuando se hizo pública la acción represiva de esos años mereció otros calificativos. Una edición de *La Semana* de agosto de 1984 decía "Solamente ahora -cuando los velos que ocultaban la verdad de la guerra sucia han sido descorridos con violencia- comienza a perfilarse la imagen de un Videla diferente. La de un hombre mediocre, pusilánime, cargado de temores y vacilaciones" Sin embargo, cabe pensar que las aparentes contradicciones no son excluyentes. Se puede ser austero y mediocre, cristiano y pusilánime, callado y temeroso, y al mismo tiempo cruel e implacable.

En el caso de Videla, cobra especial importancia el aspecto religioso. La familia Videla parecía salida de algún semanario católico cuando, cada domingo, sonrientes y emperifollados, caminaban todos juntos para asistir a la misa de 10.30 en la parroquia de San Martín de Tours. La señora Hartridge de Videla declaró que su marido "comulga todos los domingos y días de guardar". Después de comulgar el domingo, ¿sería el lunes cuando el general Videla daba las órdenes de asesinar prisioneros? ¿O tal vez ya lo había hecho el viernes y se confesaba el sábado? ¿O sólo lo hizo una vez, al principio, para poder olvidar cada domingo, antes de comulgar, que estaba usurpando el lugar de Dios al disponer de vidas y muertes? Porque los 30 mil desaparecidos, o poniendo la cifra menor, los 10 mil, fueron asesinados en conocimiento de Videla y por órdenes emanadas de él, en tanto Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, responsabilidad que nunca negó.

---

<sup>102</sup> *La Semana*, "La historia negra de Chamorro", 22-3-84, p. 62.

Durante el Juicio que se le siguió en 1985, el general Videla leía *Las siete palabras de Cristo*, mientras se lo acusaba por delitos que, según cálculos de la fiscalía, si se hubieran sumado los cargos, lo hubieran hecho merecedor de 10 248 años de cárcel. Mientras se desgranaba el relato de las atrocidades Videla leía y miraba el crucifijo que había en la sala; seguía convencido de que había cumplido con una misión altamente moral: borrar del mundo a los enemigos de Dios, la Patria y él mismo.

Así como se puede ser burócrata y asesino, mediocre y cruel, se puede ser buen padre de familia, cristiano, moralizante y desaparecedor. Esto es lo desquiciante, los desaparecedores solían ser hombres comunes y corrientes que también podían ir a misa los domingos. Para separar los compartimentos existe la esquizofrenia social y personal de la que ya hablamos. Ser cristiano y asesino es posible si una y otra esfera permanecen aisladas. La vida familiar y la vida profesional como depósitos independientes; ser uno en casa y otro en el cuartel, o en la calle no son rasgos exclusivos de la cúpula militar, se manifiestan a diario. Finalmente Videla es igual que aquel comandante de gendarmería que tranquilizaba a Geuna por su perro después de haber matado a su marido.

Hay otros ejemplos de la mediocridad de los altos mandos y también de las jerarquías intermedias que operaron los campos de concentración. Esta burocracia gris, con una moralidad tan mediocre como ella misma, cobijó en su seno las más diversas formas de delincuencia. Robos y negociados de todo tipo, secuestros para cobrar rescates millonarios, asesinato por razones pasionales, fueron moneda corriente, al abrigo del enorme dispositivo de arbitrariedad de los campos de concentración.

Una figura que descolló en este sentido fue la del almirante Massera, a quien no se podría tachar de mediocre sino, en todo caso, de inescrupuloso. Se lo acusó de la desaparición y asesinato de una diplomática, de asesinar al esposo de su amante, el industrial Branca, y toda clase de estafas y negociados. También el general Suárez Mason, como otros, apareció vinculado con la logia P 2 y oscuros manejos en relación con la venta de armamentos y con la industria petrolera.

Sin embargo, este tipo de delincuencia de alto vuelo, fue sólo la cara más elegante de una simple práctica de "rapiña" que ejerció el dispositivo represor en todos los niveles. Vilaríño cuenta cómo Chamorro y otros jefes militares depositaban en una gran bolsa el botín obtenido en un operativo. La Escuela de Mecánica guardaba en el pañol muebles, ropa y artefactos obtenidos en los operativos militares. La práctica de vender coches y casas de secuestrados utilizando documentación falsa fue moneda corriente. En muchísimos testimonios, los prisioneros relatan haber visto a sus captores con ropa, relojes y todo tipo de objetos de su pertenencia o de sus familiares. También es recurrente la referencia al robo de dinero en las casas allanadas por las fuerzas de seguridad.

Vilaríño dice que los famosos operativos rastrillo "no eran nada más ni nada menos que un triste mercado entre la Policía Federal, la Policía de la Provincia de Buenos Aires y las cabezas que andaban en los rastrillajes: se repartían las ganancias que obtenían, llamémosle televisores, aparatos telefónicos, vehículos que no tenían los papeles en regla, dinero de aquellas personas que no lo podían justificar, más que un operativo rastrillo era un operativo rapiña... Algunos grupos se encargaban de secuestrar a personas, más que para detenerlas, para comerciar... no era tanto que alguien era llevado por error, como a un guerrillero con cinco, seis o más, y se llevaban a todos porque se suponía que eran guerrilleros. No, no. Camps y su gente trabajaban directamente... Si sabían que había alguien que tenía plata y no tenía herederos, entonces se perdía. Ellos se quedaban, entonces, con todos sus bienes".<sup>103</sup>

---

<sup>103</sup> Vilaríño, Raúl David. *La Semana*, 5-1-84, pp. 36, 45.

Esta actividad de pillaje es un dato constante, que muestra a nuestros burócratas ejerciendo la corruptela propia de todos los servicios públicos, en algunos casos con grandes y sonados secuestros, en otros con el simple robo del ladrón de gallinas. Esta es una cara que no se debe olvidar. Frente al discurso grandilocuente de la guerra contra la subversión, una práctica que lejos de ser guerrera, se alimentó de torturas en sótanos oscuros, de administradores arbitrarios e implacables del castigo y la muerte y de ladrones de alto vuelo o poca monta, para el caso da lo mismo.

Existen dentro del cuadro las caras monstruosas, los psicópatas sádicos. Militares que degollaban a sus víctimas, que las electrocutaban, que las sometían a todo tipo de vejámenes en un juego que, aparentemente, les resulta placentero. Se los puede encontrar en los relatos de Geuna, Gras, Scarpatti y muchísimos otros.

De manera relativamente frecuente, los testimonios también se refieren a guardias y oficiales que llegaron a establecer una relación humana con los prisioneros. Así como muchas veces fueron precisamente los más crueles quienes se reservaron el privilegio de "salvar" a alguien; también así hubo hombres de las Fuerzas Armadas que pidieron su retiro porque no estaban dispuestos a admitir ninguna complicidad con lo que ocurría, o que estando dentro de los campos se cuestionaron profundamente su papel y "quebraron" internamente, "fugaron" del dispositivo. Esta gente prestó un servicio invaluable para los prisioneros. La escasez de relatos en este sentido se relaciona con su excepcionalidad pero también con el hecho de que revelar esas circunstancias incriminaría a los protagonistas ante sus compañeros.

En suma, sería imposible trazar el perfil del desaparecedor, del torturador, del guardián; en todos estos lugares hubo hombres terriblemente disímiles que, en ciertos casos facilitaron las cosas para los secuestrados y en otros, agregaron de su propia cosecha para hacérselas más difícil aún. Y, casi siempre, estas características se mezclaron dentro de un mismo hombre que fue simultáneamente capaz de atrocidades y de pasiones difíciles de explicar.

Casi siempre, los desaparecedores se despersonalizaron a sí mismos, en el ejercicio de la deshumanización ajena. Ellos fueron victimarios pero también víctimas de un dispositivo que los atrapó. Claudio Vallejos, exintegrante del Servicio de Inteligencia Naval dijo que estuvo tres meses prácticamente secuestrado y que fue "chupado" de su casa porque se quería retirar del grupo operativo; Vilariño refirió que cuando se empezaron a desarmar los grupos de tareas, algunos de sus miembros comenzaron a tener "accidentes" y que a los que se querían "echar para atrás" les hacían algún estudio psicológico y los mandaban a Río Santiago para hacerles un "chequeo". Ser un desaparecedor era un trabajo que no tenía retorno; cualquier pieza que afectara al funcionamiento de la maquinaria debía ser desechada.<sup>104</sup>

No interesa hacerlo, ni se podría establecer un prototipo, pero el grueso de los hombres que hizo funcionar el dispositivo concentracionario parece haberse acercado al perfil del burócrata mediocre y cruel, capaz de cumplir cualquier orden dada su calidad de subordinado, y dispuesto a sacar ventaja personal de la situación. Un enjambre de hombres medios, de no-sujetos, perfectamente sujetados, de simples "vivillos" llenos de contradicciones, ensobrecidos por su poder y dispuestos a usarlo, siempre que pudieran, en su beneficio personal. Carlos Levi vio a los nazis de una manera semejante. En *Si questo e un uomo* dice refiriéndose a los campos de concentración alemanes: "Los monstruos

---

<sup>104</sup> Cf. *La Semana*, núms 370, 378 y 380. *Siete Días*, núm 894.

existen pero son demasiado poco numerosos para ser verdaderamente peligrosos; los que son verdaderamente peligrosos son los hombres comunes".<sup>105</sup>

Ni monstruos ni cruzados, hombres comunes, de los que hay por miles en la sociedad; esos son los hombres útiles al campo de concentración. Hombres como nosotros, esa es la verdad difícil, que no se puede admitir socialmente. Los actos de esta naturaleza, que parecen excepcionales, están perfectamente arraigados en la cotidianeidad de la sociedad; por eso son posibles. Se engarzan con una "normalidad" admitida. Es la normalidad de la obediencia, la normalidad del poder absoluto, inapelable y arbitrario, la normalidad del castigo, la normalidad de la desaparición.

Al ver a los desaparecidos como parte de lo social cotidiano, no se esfuma su responsabilidad; simplemente se los ubica en un lugar que involucra y pregunta a toda la sociedad.

### **Campos de concentración y sociedad**

Lejos de la pretensión del poder totalitario, de depositar en el campo lo que desea desaparecer y, a su vez, hacer desaparecer el campo mismo de la sociedad, negarlo, campo y sociedad son parte de una misma trama.

Los campos de concentración, en tanto realidad negada-sabida, en tanto secreto a voces, son eficientes en la diseminación del terror. El auténtico secreto, el verdadero desconocimiento tendría un efecto de pasividad ingenua pero nunca la parálisis y el anonadamiento engendrados por el terror. Aterroriza lo que se sabe a medias, lo que entraña un secreto que no se puede develar.

La sociedad que, como el mismo desaparecido, sabe y no sabe, funciona como caja de resonancia del poder concentracionario y desaparecedor, que permite la circulación de los sonidos y ecos de este poder pero, al mismo tiempo es su destinataria privilegiada.

El campo de concentración, por su cercanía física, por estar de hecho en medio de la sociedad, "del otro lado de la pared", sólo puede existir en medio de una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad "desaparecida", tan anonadada como los secuestrados mismos. A su vez, la parálisis de la sociedad se desprende directamente de la existencia de los campos; una y otros alimentan el dispositivo concentracionario y son parte de él.

No puede haber campos de concentración en cualquier sociedad o en cualquier momento de una sociedad; la existencia de los campos, a su vez, cambia, remodela, reformatea a la sociedad misma. Como se señaló en el capítulo 1, la sociedad argentina tenía una larga historia de autoritarismo previa al golpe de estado de 1976, que había calado muy hondo en amplios sectores de la sociedad.

En el momento de tomar el poder, los militares contaron con un consenso nada despreciable en torno a su proyecto, uno de cuyos puntos centrales era la destrucción de la subversión. La jerarquía eclesial, cuya influencia en la Argentina era y sigue siendo significativa, había dicho por boca de monseñor Bonamín "Cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo, mediante el Ejército Argentino, a la nación argentina." Era noviembre de 1975 y se refería a la represión desatada en Tucumán, donde ya entonces se practicaba la política de desaparición en los primeros campos de concentración del país.

---

<sup>105</sup> Levi, Carlo. En: Todorov, Tzvetan. *op. cit.*, p. 131.

El silencio de sindicatos y partidos después del 24 de marzo fue significativo. La guerrilla y el clima de violencia creciente incomodaban a amplísimos sectores. Se hablaba entonces de erradicar "la violencia de uno y otro signo", refiriéndose a la guerrilla y la AAA, con el uso de la fuerza institucional del Estado. El razonamiento era muy semejante al que se utilizaría años después, en el juicio que se siguió a los comandantes, cuando amplios sectores desplegaron la teoría de los dos demonios. En ambos casos, la misma noción de que la pugna existente se libraba entre fuerzas oscuras ajenas a la sociedad, en lugar de reconocer hasta qué punto la disputa era parte de un debate arraigado profundamente en las relaciones sociales de poder.

Lo que en el discurso oficial de aquellos días aparecía como la eliminación de la violencia de ambos signos no era más que la destrucción de una de ellas como política de Estado, puesto que los sectores que asesinaban y secuestraban personas en la AAA se incorporaron de inmediato a los grupos de tareas de las Fuerzas Armadas. En muchos testimonios consta esta transferencia de personal e incluso de instalaciones. La metodología no fue detener el enfrentamiento sino usar una violencia mayor desatada desde el Estado. Gran parte de la sociedad quedó inmóvil, expectante, entendiendo a medias de qué se trataba pero sin atinar a reaccionar, aterrada.

Si había algo que no se podía aducir en ese momento era el desconocimiento. Los coches sin placas de identificación, con sirenas y hombres que hacían ostentación de armas recorrían todas las ciudades; las personas desaparecían en procedimientos espectaculares, muchas veces en la vía pública. Casi todos los sobrevivientes relatan haber sido secuestrados en presencia de testigos. Decenas de cadáveres mutilados de personas no reconocidas eran arrojados a las calles y plazas. Los periódicos, de gran circulación en Argentina, no hablaban de los campos de concentración pero sí de personas que desaparecían, cadáveres no identificados, enfrentamientos que arrojaban muchos muertos "guerrilleros" y ningún militar, cuerpos destrozados con cargas explosivas, calcinados, ahogados y muchísimos tiroteos.

Un año después del golpe, Rodolfo Walsh, cuya información provenía del mismo país, señalaba en su carta abierta a la Junta Militar: "Extremistas que panfletean el campo, pintan las acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un librito que no está hecho para ser creído... Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la masacre del año nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1 200 ejecuciones en 300 supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos."<sup>106</sup>

Con ese ambiente en las calles y esta información en los periódicos nadie podía aducir desconocimiento. Por todos lados se filtraba la información. Por si esto fuera poco, había colas de familiares de desaparecidos frente al ministro del Interior, y desde 1977 el movimiento de Madres de Plaza de Mayo, comenzó a denunciar las desapariciones y a manifestarse cada jueves frente a la Casa de Gobierno. Pero los ciudadanos, en lugar de escandalizarse como en 1984 cuando comenzaron a hacerse públicas las denuncias, se apartaban atemorizados o se indignaban. "Muchos transeúntes las interpelan. ¿Qué hacen aquí? ¿Se dan cuenta de la imagen que dan del país? ¿No ven que hay periodistas extranjeros que van a aprovecharse para atacarnos? ¿Ustedes no son argentinas?"<sup>107</sup>

---

<sup>106</sup> Walsh, Rodolfo. *Carta abierta a la Junta Militar*, Argentina's newsletter on human rights, junio 1977.

<sup>107</sup> Bousquet, Jean Pierre, *op. cit.*, p. 100.



La existencia misma de los campos de concentración no era un secreto, en sentido estricto. Dice Vilaríño: "Era impresionante la cantidad de gente que sabía del grupo de tareas. ¿Alguien habló? ¿Alguien dijo algo? Yo no lo recuerdo."<sup>108</sup> Hay numerosos testimonios de médicos, jueces, sacerdotes, que tuvieron constancia de la existencia de los campos de concentración.

La alta jerarquía eclesiástica y muchos sacerdotes conocían las violaciones a los derechos humanos y se solidarizaron con la Junta, como consta en numerosas denuncias. Hay otras que muestran la complicidad de muchos jueces que estuvieron en contacto con secuestrados y conocían perfectamente la metodología de la desaparición. Incluso algunos de ellos se negaron a tomar declaración sobre apremios ilegales a prisioneros con signos evidentes de tortura, que apenas podían mantenerse en pie, provenientes de campos de concentración y que luego fueron legalizados. Prácticamente todos los políticos del país no sólo conocían la existencia de campos de concentración sino incluso las dependencias en las que funcionaban algunos de ellos, como Campo de Mayo o la Escuela de Mecánica de la Armada. Buena parte del personal de los hospitales militares, médicos, enfermeras, radiólogos, pudo ver prisioneros encapuchados y esposados, en deplorable estado de salud, así como mujeres embarazadas en idéntica situación, que eran llevados a esas instalaciones por personal militar. Los conscriptos que hacían su servicio militar en dependencias de las Fuerzas Armadas también fueron testigos de los extraños movimientos de las patotas y del ingreso y salida de prisioneros de estos lugares. Si se suma, son muchísimas las personas que formaban parte de alguno de estos grupos y su porcentaje en relación con la población total es significativo.

No obstante, una buena parte de la sociedad optó por no saber, no querer ver, apartarse de los sucesos, desapareciéndolos en un acto de voluntad. Así como entre los secuestrados y los secuestradores los mecanismos de la esquizofrenia permitían vivir con "naturalidad" la coexistencia de lo contradictorio, así la sociedad en su conjunto aceptó la incongruencia entre el discurso y la práctica política de los militares, entre la vida pública y la privada, entre lo que se dice y lo que se calla, entre lo que se sabe y lo que se ignora como forma de preservación.

Los argentinos somos derechos y humanos fue la consigna que lanzó la Junta Militar como respuesta a la campaña internacional de denuncia. Esa consigna que hubiera podido ser repudiada consiguió, no obstante, cierta resonancia; aparecía en publicaciones y en letreros adheridos a coches y casas de la clase media. Hasta su misma estructura da cuenta de esta esquizofrenia social que optó por desconocer la gravísima y obvia violación de los derechos humanos convirtiéndolos no en un concepto sino en dos separados y diferentes. Todas estas complicidades en unos casos y silencios en otros, hicieron posible la existencia y la multiplicación de la política desaparecedora.

El Proceso de Reorganización Nacional, sustancialmente diferente a lo que hasta entonces había ocurrido en el país, también se asentó sobre ciertas "normalidades" internalizadas desde antes por la sociedad.

La política argentina, como se señaló en otros apartados, se basó durante décadas en una concepción de tipo binario. La noción del Otro, peligroso, al que es preciso destruir estaba profundamente arraigada en las representaciones y prácticas políticas. Dos países, dos historias, dos campos enfrentados, cuando precisamente en el caso de Argentina, la multiplicidad es evidente. La República Argentina es un sinnúmero de nacionalidades, costumbres, religiones, culturas, superpuestas de la manera más desprolija y desconcertante. En esto residió buena parte de su originalidad.

---

<sup>108</sup> Vilaríño, Raúl David. *La Semana*, 5-1-84, p. 43.

En ese falso mundo de dos; las organizaciones populares que eran terriblemente diversas, fueron atacadas en bloque por el Estado totalizante y desaparecedor. En ese enfrentamiento perdieron. Pero no perdieron por los golpes que sufrieron durante la gran represión del Proceso; habían perdido la batalla política desde antes y fueron aniquilados físicamente entonces.

La imposibilidad de generar una propuesta popular y nacional, ejes de la llamada izquierda peronista, en el marco de un proceso mundial que ya se orientaba a la globalización, en el que campeaba el neoliberalismo pinochetista como la gran alternativa para los países de América Latina, en tiempos de la Trilateral, fueron claves. No menos decisivo fue el desconocimiento de Perón a esta tendencia y su negativa a indagar formas de compatibilizar las viejas banderas populistas del peronismo con los nuevos tiempos.

Desde mucho antes del golpe militar las izquierdas nacionales, peronistas y no peronistas, se habían quedado sin propuesta y sin resonancia en los sectores populares; su discurso, centrado también en la lógica amigo-enemigo fue perdiendo relevancia hasta convertirse en un alegato altisonante y hueco. Su incapacidad para comprenderlo las llevó a refugiarse en una lucha armada que las encerró en un callejón sin salida. Este aislamiento político es clave para explicar la reacción de una sociedad que no sólo no se sentía identificada con "las izquierdas" sino que incluso estaba decepcionada de ellas, en un marco de definición en donde sus opciones se reducían a la calidad de amigo o enemigo. Es central comprender que la derrota política del peronismo revolucionario y del trotskismo perretista fue previa al golpe de 1976 y estuvo directamente vinculada con la reducción de lo político a categorías de corte militar.

La sociedad civil había transitado por la rigidez cursillista de la Revolución Argentina; se había liberado de ella apostando todo a un peronismo que parecía la tabla de salvación nacional. Lejos de ello, el gobierno peronista sumió al país en una crisis económica aún más grave, en la corrupción más espantosa, la ineficacia total y niveles de violencia social nunca vistos.

Cuando se produjo el golpe militar, la sociedad estaba agotada. Así como los desaparecidos llegaban a los campos de concentración con su capacidad de defensa mermada, así también la sociedad estaba extenuada. Este agotamiento facilitó uno de los objetivos del Proceso: que no opusiera resistencia.

Junto a la concepción binaria intervinieron otros factores también de larga data, que permitieron inscribir la nueva modalidad represiva en el universo de lo socialmente admitido. La normalización de la tortura en relación con los presos comunes primero y los políticos después permitió que nadie se escandalizara por algo que ya era, aunque desagradable, moneda corriente. La necesidad de exterminar a la subversión, que se inscribía en una lógica guerrera bastante difundida, también era una verdad admitida en amplios sectores de la sociedad. De allí a la admisión del secuestro había algo más que un paso, pero en todo caso no se trataba de un abismo. Recuerda Noemí Labruno que muchos "ante un secuestro se preguntaban '¿en qué andarían?' y se respondían: 'por algo será'"<sup>109</sup>. Al admitir que si una persona está implicada en algo, es natural que "desaparezca" se naturaliza el derecho de muerte que estaba asumiendo el Estado y se justifica la arbitrariedad e ilegalidad del poder. A lo largo de los años de represión, los propios grupos operativos se encargaban de rutinizar estas desapariciones hasta incorporarlas a la vida cotidiana, aprender a vivir con ellas; también aquí fue la vida entre la muerte.

---

<sup>109</sup> Labruno, Noemí. *Buscados*, Buenos Aires, CEAL, 1988, p. 13.

No se puede olvidar que la sociedad fue la principal destinataria del mensaje. Era sobre ella que debía deslizarse el terror generalizado, para grabar la aceptación de un poder disciplinario y asesino; para lograr que se rindiera a su arbitrariedad, su omnipotencia y su condición irrestricta e ilimitada. Sólo así los militares podrían imponer un proyecto político y económico pero, sobre todo, un proyecto que pretendía desaparecer de una vez y para siempre lo disfuncional, lo desestabilizador, lo diverso.

Por eso la sociedad sabía. A ella se dirigía en primer lugar el mensaje de terror; ella era la primera prisionera. En el campo de concentración de Cot I Martínez, como en la mansión Seré, como en la Escuela de Educación Física de Tucumán y en tantos otros, no se ocultaban las actividades. Cuentan los vecinos que "se oían gritos desgarradores, lo que *hacía suponer* que eran sometidas a torturas las personas que allí estaban. A menudo sacaban de allí cajones o féretros. Inclusive restos mutilados en bolsas de polietileno. Vivíamos en constante tensión como si también nosotros fuéramos prisioneros; sin poder recibir a nadie, tal era el terror que nos embargaba, y sin poder conciliar el sueño durante noches enteras".<sup>110</sup>

De manera que la sociedad sabe, ya que es parte de la misma trama. Este saber de la sociedad es usado por el poder militar como una forma de comprometer a todos. Así como todas las Fuerzas Armadas participaron de alguna manera, y con ese argumento es como si todos en ellas fueran igualmente responsables, así también en este "saber" de la sociedad se pretende imponer una complicidad y diluir las responsabilidades. Así el general Videla decía: "Una guerra que fue reclamada y aceptada como respuesta válida por la mayoría del pueblo argentino, sin cuyo concurso no hubiera sido posible la obtención del triunfo".<sup>111</sup>

Hubo quienes reclamaron eso que Videla llamó guerra pero una gran parte de la sociedad la sufrió; hubo una enorme mayoría que la aceptó pero no tan fácilmente puesto que se debió recurrir al terror; en efecto, sin el concurso del pueblo no se hubiera obtenido el triunfo, pero ese "concurso" se obtuvo sometiendo a todo el país al poder desaparecedor.

Las mismas mecánicas que analizamos dentro de los campos de concentración operaron en toda la sociedad. El control sobre la población fue implacable. Se prohibieron las actividades políticas y sindicales; se vigiló todo tipo de reunión; se controlaron las listas de personal de las grandes empresas; cualquier movimiento extraño en una casa, oficina o local ameritaba su allanamiento y la detención de cualquier sospechoso. Se buscaba así la más estricta sumisión, que implicaba, entre otras cosas "no ver", "no saber". No quedó el menor espacio para el disenso; cualquiera de sus formas ameritaba la calificación de subversivo con toda la secuela que ya se explicó.

Se desconoció la identidad de la sociedad o las identidades constitutivas, pretendiendo amoldar un país de grandes diversidades al esquema occidental, cristiano, burocrático y mediocre de los administradores militares.

Así como los cuerpos de los secuestrados permanecían en la oscuridad, el silencio y la inmovilidad, en cuchetas separadas unas de otras, así se pretendía a la sociedad, fraccionada, inmóvil, silenciosa y obediente; una sociedad que se pudiera ignorar y ordenar en compartimentos estancos según la arbitraria voluntad militar. Unos hombres pasivos, una sociedad pasiva e inerte.

Para garantizar esta inmovilidad, los militares procesaron la sociedad, como los cuerpos de sus víctimas. Castigaron a quien se rebeló, con la cárcel, la desocupación, el destierro; amputaron lo que

<sup>110</sup> Conadep. *Nunca más*, p. 167.

<sup>111</sup> Videla, Rafael. *La Semana*, 9-8-84, p. 9.

consideraron "enfermo", y en esto consistía la desaparición y el asesinato; trataron de vaciar a la sociedad de todo aquello que los inquietaba, anulando su capacidad vital y prohibiendo desde la política hasta el arte; literalmente la desmayaron, la obligaron a entrar en un estado de latencia, amenazando con matarla.

La humillación fue un mecanismo que también se usó contra la sociedad en su conjunto. El "sí, señor", que humillaba al secuestrado, también debió ser dicho, de otras maneras, por toda la sociedad. Pero sobre todo, la sociedad fue obligada a presenciar el castigo, la desaparición y la muerte de los suyos sin abrir la boca, sin oponer resistencia. Probablemente hay pocas situaciones más humillantes para un ser humano que la de obligarlo a presenciar el secuestro o el castigo de su compañero de trabajo, de su amigo, de su hijo o de su esposo sin poder salir en su defensa o sin atreverse a hacerlo. Esto debió tolerar la sociedad argentina de los militares. Presenciar el castigo de los más próximos en la más absoluta inmovilidad.

La voluntad omnipotente de procesar y adecuar la sociedad, de "quebrarla" y reformatearla, de abolir sus dinámicas más arraigadas, para anularla y sumirla en la misma parálisis hipnótica que afecta a los sujetos, fue parte del dispositivo que no se repite sino que simplemente es el mismo que está funcionando en toda la sociedad, dentro y fuera de los campos.

Desaparecer lo disfuncional, que en el campo es el cadáver y en la sociedad el opositor, mediante un terror generalizado que paraliza, inmoviliza, anonada. El anonadamiento que "deja hacer" al poder. Es un dejar hacer económico, político, cultural, cotidiano. Mientras los desaparecidos se "esfumán" en los campos de concentración, quiebra la industria nacional, el país se endeuda y los niños pasean en las autobombas, por cortesía de la Policía Federal. Es una especie de parálisis, en donde la coherencia está dada por conductas y pensamientos necesariamente esquizoides.

Nada más injusto que confundir esta parálisis con la complicidad, Nada más cercano a la lógica de los desaparecedores, a su omnipotencia. El terror que tan cuidadosamente ha diseminado el dispositivo concentracionario, produce en la sociedad el mismo efecto anonadante que en el desaparecido dentro de los campos. ¿Cómo afirmar que el hombre que se dirigía sin resistencia a su traslado era un cómplice? ¿Cómo hacer de la víctima un cómplice?

La sociedad sencillamente es; en efecto es muchas cosas que permiten el asentamiento de este poder desaparecedor pero también es todas aquellas que lo obligaron a imponerse sobre ellas, como el desorden, la desobediencia y la diversidad. La sociedad es múltiple y en ella circulan las fuerzas de la sumisión y las de la resistencia.

También en la sociedad existieron los que se entregaron al poder concentracionario sin resistir y los que fueron arrasados por él. Pero junto a ello, existieron las más diversas formas de la resistencia, más o menos individual, más o menos decidida.

Poco a poco, como los prisioneros que aprendieron a ver por debajo de las capuchas, la sociedad descubrió resquicios, recuperó sus movimientos y se escudó en el trabajo, el arte, el juego como formas de reestructurarse y resistir.

Existió la fuga individual, la solidaridad, la risa y el canto. Existió el doble juego, el engaño y la simulación; todas las formas que tuvo la sociedad para sobrevivir sin ser arrasada se practicaron de una u otra manera.

La resistencia organizada tuvo una expresión central en las organizaciones de defensa de los derechos humanos y en especial en las Madres. Cuando el miedo se había adueñado de buena parte de la sociedad, las Madres fueron ese espacio de resistencia que se contagia. Su resistencia tuvo mucho de las virtudes cotidianas a las que hice referencia dentro de los campos; las solidaridades que no constituyen actos heroicos pero que ayudan a sobrevivir.

Pero la acción del terror no acabó el día que cayó el gobierno militar. Hay un efecto a futuro, un efecto que perdura en la memoria de la sociedad. La desaparición, la muerte, la arbitrariedad y la omnipotencia del poder son un hecho vivido pero al mismo tiempo negado, algo que ya pasó. A medida que el efecto inmovilizante del terror comienza a desvanecerse, la evidencia de la matanza y las formas que adoptó cobran un peso de terror que se graba con fuerza extraordinaria en toda la sociedad. Desde ese momento se sabe del poder desintegrador del Estado; de las debilidades y renunciamientos de la sociedad; de lo difícil que es sobrevivir a los embates de un poder autoritario y desaparecedor: El miedo se instala; hay una memoria colectiva que registra lo que se ha grabado en el cuerpo social. Este efecto del terror diferido, que los militares se han encargado de refrescar con cierta periodicidad, de maneras abiertas o solapadas, cuando amenazan "lo volveríamos a hacer", es quizás uno de los mayores logros políticos del dispositivo concentracionario.

En la sociedad, como en los campos, no existieron héroes ni "inocentes". Todos fueron alcanzados de alguna manera por el poder desaparecedor. Los actores sociales fueron extrañas combinaciones de formas de obediencia y formas de rebeldía. Nada quedó blanco o negro; todo alcanzó raras tonalidades, a veces incomprensibles. Por eso no tiene sentido rescatar a las víctimas inocentes: todas lo fueron. Ninguna merecía la anulación de su ser, la tortura y la oscura muerte de ser arrojado desde un avión sin dejar rastro de sí.

Los desaparecidos eran hombres como nosotros, ni más ni menos; hombres medios de esta sociedad a la cual pertenecemos. He aquí el drama. Toda la sociedad ha sido víctima y victimaria; toda la sociedad padeció y a su vez tiene, por lo menos, alguna responsabilidad. Así es el poder concentracionario. El campo y la sociedad están estrechamente unidos; mirar uno es mirar la otra. Pensar la historia que transcurrió entre 1976 y 1980 como una aberración; pensar en los campos de concentración como a una cruel casualidad más o menos excepcional, es negarse a mirar en ellos sabiendo miramos a nuestra sociedad, la de entonces y la actual.

"La idea que nos impide pensar la realidad concentracionaria se basa en la certeza de que se trata de una aberración, de un conjunto de comportamientos producidos por situaciones que no tienen ninguna relación con el funcionamiento de nuestra sociedad."<sup>12</sup> Por el contrario, campo de concentración y sociedad se pertenecen, son inexplicables uno sin el otro. Se reflejan y se reproducen.

### **Sobrevivencia, trivialización y memoria**

La sociedad sobrevivió al poder concentracionario; muchos secuestrados también. Las razones de su sobrevivencia fueron múltiples. No existió un patrón para explicarla. Incidió la casualidad en primerísimo lugar, aunada a la necesidad de los desaparecidos de salvarse salvando a algún prisionero, la habilidad de algunos presos para aprovechar determinadas circunstancias de tipo excepcional, la omnipotencia del dispositivo concentracionario.

---

<sup>12</sup> Scheer, Leo. *op. cit.*, p. 9.

Bruno Bettelheim señala que el sobreviviente nunca sabe con certeza por qué subsistió y que aunque se atormenta tratando de explicarlo, nunca llega cabalmente a la respuesta; la decisión fue de sus captores. El campo de concentración y la razones para entrar o salir de él pertenecen por entero a la lógica concentracionaria de la que el sobreviviente es ajeno. Sin embargo, explicar esta cuestión se convierte en una auténtica pesadilla.

El sobreviviente siente que él vivió mientras que otros, la mayoría, murieron. Sabe que no permaneció vivo porque fuera mejor y, en muchos casos, tiende a pensar que precisamente los mejores murieron. En efecto, muchos de sus compañeros de militancia más queridos perdieron la vida. De manera que se siente usurpando una existencia que no le pertenece del todo, que tal vez debía estar viviendo otro, como si él estuviera vivo a cambio de la vida de otro.

Esto no es de ninguna manera cierto. Sobrevivieron los mejores y murieron los mejores; sobrevivieron los peores y murieron los peores. No hubo una lógica de la sobrevivencia o de la muerte que pueda explicarse con parámetros de conducta. Hubo colaboradores que murieron; hubo sobrevivientes cuya conducta fue de resistencia tenaz e inamovible. Subsistió gente ajena a las organizaciones guerrilleras, otros que tenían una relación lateral con las mismas y otros más que eran dirigentes de alto nivel. Junto a ellos, personas de las mismas características fueron eliminadas. No hubo realmente una selección sino procesos aleatorios, en los que a veces influyó la habilidad de algunos prisioneros para aprovecharlos y su decisión de tratar de vivir, que permitieron una cierta sobrevida inicial de algunos y más tarde su liberación. También en esto el poder fue arbitrario.

Si aquél que se fuga de un campo de concentración es sospechoso, el que sobrevive lo es muchísimo más. Poco importa su resistencia, la habilidad que haya desplegado para engañar o burlar a sus captores, las solidaridades de las que haya sido capaz. La sociedad quiere entender por qué está vivo y él no puede explicarlo, de manera que casi automáticamente se lo condena a la exclusión y su vida se convierte en la prueba misma de su culpabilidad, cualquiera que ésta sea.

Una vez en libertad, el poder anonadante del campo no desaparece de inmediato. El sobreviviente aún se siente bajo el control del secuestrador; su aparente omnipotencia todavía lo alcanza. "Bastaba que nos prohibieran dejar Córdoba para que nosotros permaneciéramos allí", dice Geuna. Sin embargo, la hipnosis se va desvaneciendo poco a poco y el ser humano no recupera lo que fue sino que encuentra nuevos equilibrios y reorganiza una existencia diferente.

Inicialmente se produjo la dispersión de los sobrevivientes en distintos lugares del país y del mundo. Poco a poco comenzaron a testimoniar sobre los campos de concentración y su vida en ellos, ante distintos organismos de derechos humanos. Algunos de estos testimonios son los que hemos tomado en este trabajo.

Las primeras declaraciones no fueron muy bien recibidas. Esta gente, cuya sola vida la hacía sospechosa, en un momento en que los movimientos de derechos humanos luchaban por la aparición de los desaparecidos, no hablaba de desaparecidos sino de muertos; describía las condiciones de vida de los campos de concentración y afirmaba que no había ningún ocultamiento perverso de los prisioneros sino que simplemente se los había eliminado tratando de no dejar rastro.

Se iniciaba el difícil camino de dejar memoria, aquél que se habían propuesto desde las épocas de cautiverio: la memoria que obsesionó a los que sobrevivieron y a los que murieron. Dar testimonio. La

verdad, en este caso era cruel y molesta, sin embargo podría permitir simbolizar lo sucedido, reconectar lo inconexo. Podía reconstituir un tejido diseccionado y esquizofrénico.

El relato histórico recupera procesos totales y, de acuerdo a la lectura que hace de los mismos, instituye los héroes. Por el contrario, los testimonios constituyeron relatos fragmentarios, con protagonistas individuales que ni pretendían constituirse en héroes ni relatar historias heroicas. Todos estaban marcados por las tonalidades y gamas a las que ya hice mención; eran intentos para restablecer la memoria.

El campo de concentración fue un dispositivo de absorción, desaparición y olvido. Desde dentro, el olvido del sujeto, el olvido del mundo exterior, sus leyes y normas. Desde la sociedad el olvido de los desaparecidos "para siempre", del campo de concentración, de todas las formas de la resistencia. Esos y muchos otros olvidos, como el olvido del crimen y del criminal, que el poder concentracionario impuso al hombre y a la sociedad. La memoria y la memorización quedaron prohibidas.

Frente a este olvido impuesto a veces, autoimpuesto otras, voluntario casi siempre, se desarrolló una suerte de amnesia colectiva, que resultaba más cómoda para todos, en la medida que permitía dejar en paz, no hurgar en aquello que confronta en términos individuales y sociales.

Los testimonios venían a romper el silencio sobre el que navega la amnesia. Al principio, sólo fueron un rumor que circulaba en los medios politizados y en el extranjero, pero el rumor fue creciendo y filtrándose por distintos resquicios, haciéndose cada vez más audible.

Después de la caída del gobierno militar, al abrirse la información sobre los campos de concentración, fue como un aluvión que cayó sobre la "opinión pública" para aplastarla. Diarios, revistas, libros, inundaron las calles con los relatos y las imágenes monstruosas de los campos de concentración. Restos humanos exhumados, niños cuyos padres habían desaparecido, rostro de familiares angustiados hasta las lágrimas eran la prueba visible de una realidad tan conocida como negada. El impacto de las imágenes brutales se amortiguaba y se pervertía exhibiéndolas a vuelta de página de las modelos más cotizadas del año. Los testimonios de sobrevivientes o de torturadores arrepentidos y confesos, podía dar lo mismo, en todo caso, garantizaban un alto porcentaje de ventas.

La memoria pudo manifestarse y ser memoria colectiva gracias a los medios masivos de comunicación pero también por su efecto se convirtió en un producto de consumo. En muchos casos, no se trataba de procesar o de integrar de alguna manera la realidad de los campos de concentración como parte de una reflexión crítica, sino de consumirla y desecharla, como cualquier otra mercancía que se lanza al mercado. La información, virtualmente arrojada sobre la población de manera tan abundante como persistente cumplió su ciclo; en pocos meses saturó al "público", como cualquier producto cuya publicidad se lanza con insistencia. La gente se aburría de oír algo tan desagradable como inquietante.

La repetición de lo aterrador lo convirtió en banal. Al trivializar lo sucedido en los campos, se apuntalaba uno de los objetivos del poder concentracionario: normalizar el asesinato y la desaparición, inscribirlos como un dato en la memoria colectiva, que los podía reprobador, pero desde el sustento explicativo de los dos demonios. Aquellos dos demonios malvados que se destruyeron entre sí y que nada tenían que ver con la sociedad argentina, la verdadera, la buena, la que está en contra de toda violencia, la que nacía entonces a la democracia.

El olvido adopta muchas formas; la trivialización es sólo una de ellas. La memoria es una forma de resistencia al olvido que, en el caso de los campos de concentración, comenzó por los testimonios de

lo que había ocurrido y se ligó de inmediato con la búsqueda de los vestigios, de los restos que daban testimonio de la masacre colectiva.

Los sobrevivientes fueron claves para contar lo ocurrido pero no tenían pruebas de los asesinatos colectivos que denunciaban. Los militares habían hecho un gran esfuerzo por ocultar o hacer desaparecer los restos de sus víctimas. No sólo habían desaparecido a las personas sino que después desaparecieron a los desaparecidos.

El dispositivo concentracionario dedicó un gran esfuerzo al ocultamiento y destrucción de los restos humanos; una de sus consignas fue "Los cadáveres no se entregan". Para ello recurrió a la voladura de cuerpos con explosivos de manera de hacerlos irreconocibles, a arrojarlos en alta mar, donde las corrientes no los trajeran a la costa, a calcinarlos en los centros clandestinos o a incinerarlos en los cementerios. Muchos de ellos, también, fueron enterrados como NN, es decir, *nescio*, o no sé.

Los NN no son el epílogo, sino uno de los capítulos centrales de esta historia. Si el eje de la política represiva fue la desaparición, precisamente para que "no se supiera", una de las formas de consumarla fueron las técnicas de desaparición y desintegración de los cuerpos.

Pero los entierros de NN son parte de la prueba, de los restos humanos que dan testimonio de que los desaparecidos no se esfumaron sino que fueron ultimados. Esqueletos que se pueden identificar y permiten reconstruir una historia, de una persona con nombre y apellido, que desapareció un día determinado de un lugar específico y cuyo cadáver se encuentra con un cierto número de impactos de bala que provocaron su muerte. Los restos de NN son la prueba del delito y donde hay delito hay delincuente; es decir, los restos remiten a la conciencia colectiva, sorteando la amnesia, hacia los campos de concentración en tanto delito instituido, en tanto servicio público criminal que reclama un castigo.

El difícil trabajo de rastrear esos restos, los restos NN que se encuentran inhumados principalmente en los cementerios, fue muchas veces desconocido por la sociedad. El Equipo Argentino de Antropología Forense se hizo cargo de este trabajo de manera minuciosa y perseverante. En primera instancia, la recolección de huesos enterrados parece un ejercicio macabro. Cuando en su informe de actividades de 1992 señalan "se recuperaron 278 esqueletos. Dentro de esta cifra se incluyen los restos esqueléticos de 19 fetos y neonatos, algunos asociados a esqueletos adultos en distintas fosas", se puede pensar que es un detalle interesante pero de una crueldad inútil. Sin embargo, el objetivo que se proponen es muy claro y aparece enunciado con toda precisión: "devolver un nombre y una historia a quienes fueron despojados de ambos".<sup>113</sup>

La búsqueda de los huesos y la reconstrucción de las historias que cuentan esos restos provocó horror, muchas veces incluso en los familiares de los desaparecidos. Así como habían sido capaces, en los momentos de mayor represión de resistir, negándose al olvido que les imponía el gobierno militar y reclamando por sus desaparecidos, la aparición de los cadáveres cerraba toda ilusión y colocaba la historia en su verdadero lugar: el exterminio masivo de una generación de militantes políticos y sindicales.

Porque aquí hay otro aspecto que no se puede soslayar y que ya he mencionado. Los desaparecidos eran, en su inmensa mayoría, militantes. Negar esto, negarles esa condición es otra de las formas de ejercicio de la amnesia, es una manera más de desaparecerlos, ahora en sentido político. La

---

<sup>113</sup> Cohen Salama, Mauricio. *Tumbas anónimas*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1992, p. 13.



corrección o incorrección de sus concepciones políticas es otra cuestión, que intenté valorar en el capítulo 2, pero lo cierto es que el fenómeno de los desaparecidos no es el de la masacre de "víctimas inocentes" sino el del asesinato y el intento de desaparición y desintegración total de una forma de resistencia y oposición: la lucha armada y las concepciones populistas radicales dentro del peronismo y la izquierda.

Los antropólogos forenses se propusieron hacer el "desentierro", la arqueología de esta historia. Reaparecer los cadáveres desaparecidos; reaparecer los desaparecidos en sus restos, como hombres que no se esfumaron sino que fueron asesinados; reaparecer la historia y rastrear quiénes secuestraron y quiénes enterraron, para identificar culpables.

Exponer, desenterrar lo subterráneo es lesivo para el poder desaparecedor, que se asienta precisamente en esta subterrneidad. Reconstruir y recordar interrumpe la amnesia colectiva que se ha instalado. Encontrar responsables rompe la dinámica de diluir los hechos en una acción colectiva y autorizada, y permite deslindar responsabilidades y culpables. Todos estos mecanismos disparan contra la totalización, la lógica concentracionaria y el poder desaparecedor.

No obstante, algunos familiares se resistieron a encontrar los restos. "Yo los huesos no los quiero", dijo uno. "Yo vivo con la puerta de mi casa abierta, esperándola. Si me dicen que ésos son los restos de mi hija ya no la puedo esperar más", dijo otro. "Yo sé que ustedes pueden identificar los restos de mi hijo pero eso destrozaría a mi mujer. Yo siempre voy a negar una identificación", afirmó un tercero.<sup>114</sup> Restos que fueron encontrados, restos que se identificaron y que, a veces la familia renuncia a reconocer o no quiso retirar. Restos a los que se les negó su historia. He aquí el drama en su verdadera dimensión. Desaparecidos que se esfuman desde distintos lugares porque no se puede reconocer su muerte. Por diversas razones se coincide en no querer ver o sencillamente en no poder hacerlo, en olvidar, en desconocer, en no saber. Y sin embargo, "todos sabemos que todos sabemos". Exactamente la lógica del poder desaparecedor, reproduciéndose, reverberando, rebrotando.

La recuperación y la identificación de los restos ha sido uno de los ejercicios de memoria más importantes acerca de los campos de concentración. Permitió recuperar cuerpos, nombres, historias, militancias, culpables.

El juicio a los comandantes fue otro gran ejercicio de recuperación de la memoria. Más allá de la limitación de las condenas; más allá de que sólo se juzgó a las juntas; más allá de las posteriores leyes de punto final y de amnistía; más allá de que todos los protagonistas son hombres en actividad dentro de las Fuerzas Armadas, que continúan su carrera como si nada hubiera pasado, el juicio fue el golpe más serio que sufrió el poder desaparecedor.

Los campos de concentración alcanzaron éxitos significativos: exterminaron lo que llamaban subversión (aunque menos de lo que hubieran deseado), imprimieron la omnipotencia y arbitrariedad del poder en la sociedad de manera generalizada con efectos muy posteriores a la finalización del gobierno militar, disciplinaron y atemorizaron de diversas maneras dificultando por mucho tiempo la organización y la desobediencia; acentuaron los mecanismos de desaparición de lo disfuncional. En fin, podríamos seguir mencionando éxitos del dispositivo concentracionario.

---

<sup>114</sup> *Ibid.* pp. 18, 163, 195.

Sin embargo, el solo hecho de que los comandantes todopoderosos, que se creían dioses, debieran responder a un juicio, en donde ni siquiera aparecieron como grandes asesinos sino como un hato de burócratas, mediocres, vivillos y rateros fue un golpe extraordinario a ese halo de omnipotencia.

Se juzga a los criminales a los que alcanza la justicia, no a los dioses, ni al poder. El poder no se somete a juicio; no hay prueba más palpable de la limitación de su poder, que ellos intentaron mostrar ilimitado, que el haber sido sometidos a juicio. Quizás a eso se debía la consternación de Massera cuando en su descargo dijo: "Aquí estamos protagonizando todos algo que es casi una travesura histórica: los vencedores son acusados por los vencidos."<sup>115</sup>

La lógica de vencedores y vencidos remite, una vez más al pensamiento bélico, pero más allá de ello, los juicios mostraron que si bien los comandantes impulsaron el proyecto político y económico que prevaleció y que subsiste con Ménem, su poder no era absoluto y su intento desaparecedor había resultado vano. Es decir, los juicios mostraron que aun contra un poder totalizante, la sociedad tiene formas de defenderse, resistir, y resquicios por los cuales deslizarse para disparar contra el núcleo duro del poder. Los juicios fueron este tipo de hostigamiento, que no destruyó el poder militar, pero lo debilitó, desnudó públicamente su faz oculta y lo exhibió en sus facetas más miserables.

Los juicios fueron un ejercicio de memoria colectiva. Buena parte de los sobrevivientes testimonió, lo que también fue prueba de los límites de lo pretendidamente irrestricto, del efecto parcial y temporario del terror, de la capacidad de resistencia como contraparte de la sumisión. En este sentido contrapesaron el terror generalizado que la sociedad había padecido.

A partir del juicio, tampoco se pudo aducir desconocimiento. Los militares transitaron por la negación de los hechos, luego el desconocimiento y, por último, la obediencia a las órdenes. Desde ese momento quedaron reconocidos sus delitos de manera pública. Nadie puede decir, desde su condena, que los hechos no sucedieron, o bien que los desconoció.

Sin embargo puede permanecer otro recurso, de la mayor eficiencia: el olvido, la amnesia. A partir de los juicios, la mejor forma para desconocer que la realidad de los campos de concentración estuvo estrechamente ligada con la sociedad de entonces y con la de nuestros días, es olvidarlos, decidir que el mundo y el país han dado suficiente cantidad de vueltas como para estar en otro lado. Amnistía, como amnesia, proviene de *a-mnes-is*, olvido.

Es cierto, a mediados de la década del 90 han pasado algunas cosas y parecemos estar más inmersos en una posmodernidad que rechaza las estructuras uniformes. Nuestro mundo computarizado tiende a generar sistemas personalizados y descentralizados que parecen poco compatibles con la modalidad represiva concentracionaria. La neutralización de los conflictos de clase o su reinscripción en otros contextos y el desencanto por lo político nos ubican en un escenario muy diferente al de la Plaza de Mayo de marzo de 1973.

En términos de vida cotidiana, la liberalización de las costumbres, la desestandarización en todos los órdenes, incluidas la moda y la diversificación religiosa y la proliferación esotérica (al uso del consumidor) nos remiten a un predominio de la diversidad y la permisividad que aparentemente serían inversos a las totalizaciones y disciplinamientos que promovió la lógica concentracionaria.

---

<sup>115</sup> Massera, Emilio Eduardo. *Diario del Juicio*, núm. 20.

**¿Quiere decir esto que las formas del poder han mutado y estamos en un punto totalmente diferente? Sí y no. Siempre estamos en un punto diferente y los cambios que se han producido en los últimos 15 años no son insignificantes.**

**Sin embargo, el poder muta y reaparece, distinto y el mismo cada vez. Sus formas se subsumen, se hacen subterráneas para volver a aparecer y rebrotar. Creo que un ejercicio interesante sería intentar comprender cómo se recicla el poder desaparecedor. Cuáles son sus desintegraciones y sus amnesias en esta posmodernidad. Cómo reprime y totaliza, aunque se manifieste en el individualismo más radical. Cuáles son sus esquizofrenias, y cómo se nutre de las falsas separaciones entre lo individual y lo social. Cómo conservar la memoria, encontrar los resquicios y sobrevivir a él.**

## **Bibliografía**

## **Bibliografía**

Abós, Alvaro. *La columna vertebral* Buenos Aires, Legasa, 1982.

Abudara, Oscar, et al. *Argentina, psicoanálisis, represión política*, Buenos Aires, Ediciones Kargierman, 1986.

Abuelas de Plaza de Mayo, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, et al. *Culpables para la sociedad, impunes por la ley*, Buenos Aires, María Teresa Piñeiro, 1988.

Adorno, Theodor. *La personalidad autoritaria*, Buenos Aires, Taurus, 1983.

Amnistía Internacional. *Informe de una misión de Amnistía Internacional a la República Argentina, España*, Amnesty International, 1977.

Aramburu, Pedro Eugenio. *La Revolución Libertadora*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1956.

Arendt, Hannah. *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1981.

Asociación Americana de Juristas. *Juicio a los militares. Documentos secretos, decretos, leyes, jurisprudencia*, Buenos Aires, Cuadernos de la Asociación Americana de Juristas, 1988.

Asplazu, Basualdo, Khavisse. *El nuevo poder económico*, Buenos Aires, Legasa, 1986.

Bascheti, Roberto. *Documentos de la resistencia peronista 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Bayer, Osvaldo. *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, Bruquera, 1984.

Berlin, Isaiah. "Los orígenes del fascismo", *Vuelta*, núm. 177, 1991.

Bettelheim Bruno. *El corazón bien informado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

Bettelheim, Bruno. *Sobrevivir*, España, Grijalbo, 1981.

Bobbio, Norberto. *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Bobbio, Norberto. *¿Qué alternativas a la democracia representativa?* Sistema 16, 1977.

Bousquet, Jean Pierre. *Las locas de la Plaza de Mayo*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.

Buda, Blanca. *Cuerpo I Zona IV* Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

- Buchrucker, Cristian. *Estudios, "Pensamiento político militar argentino"*, Universidad Nacional de Córdoba, núm 3, 1994.
- Camps, Ramón. *El poder en la sombra*, Buenos Aires, Ro. Ca. Producciones SRL, 1983.
- Canetti, Elías. *Masa y poder*, España, Muchnik Editores, 1982.
- Cantón, Darío. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.
- Cantón, Darío. *La política de los militares argentinos, 1900-1971*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Cantón, Darío. *Las intervenciones militares en Argentina, 1900, 1966*, Instituto Torcuato Di Tella, Documento de trabajo.
- Cantón, Darío; Moreno J.L.; Ciria, Alberto. *La democracia constitucional y su crisis*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- Cardoso, Kirschbaum. *Malvinas, la trama secreta*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Carranza, Mario Esteban. *Fuerzas Armadas y Estado de excepción en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.
- Cavarozzi, Marcelo. *Consolidación del sindicalismo peronista y emergencia de la fórmula política argentina durante el gobierno frondizista*, Buenos Aires, CEDES, 1979.
- Ceresole, Norberto. 1988. *Crisis militar en Argentina*, Buenos Aires, ILCTRI, 1988.
- Ciliga, Anton. *Dix ans au pays du mensonge déconcertant*, París, Champ Libre, 1977.
- Cincaglini, Sergio; Granovsky, Martín. *Crónicas del apocalipsis*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.
- Cohen Salama, Mauricio. *Tumbas anónimas*, Buenos Aires, Catálogos Editora, 1992.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. *Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba, 1991.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. *Mil mesetas*, Valencia, Pre-textos, 1988.
- De Riz, Lilitana. *Retorno y derrumbe, el último gobierno peronista*, México, Folios, 1981.
- Duhalde, Eduardo Luis. *El Estado terrorista argentino*, Buenos Aires, El Caballito, 1983.
- Dwinger, Edwin Erich. *Lejos de las alambradas. Diario de un prisionero en Siberia*, Madrid, Espasa Calpe, 1930.
- Escobar, Carlos Henrique de. *Dossier Deleuze*, Brasil, Hólon Editorial, 1991.

- Fano, Ester. *La crisis del capitalismo en los años 20*, México, Pasado y Presente., Siglo XXI, 1981.
- Finkelkraut. *La memoria vana*, Barcelona, Anagrama, 1990.
- Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas. *Juicio de residencia a José Alfredo Martínez de Hoz*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1981.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1980.
- Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1990.
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*, Barcelona, Paidós, 1991.
- Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*, Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1992.
- Fraga, Rosendo. *Ejército: del escarnio al poder*. Buenos Aires, Planeta, 1988.
- Frondizi, Arturo. *Ni odio ni miedo*, Buenos Aires, S:E:P., 1956.
- Gabetta, Carlos. *Todos somos subversivos*, Buenos Aires, Bruguera, 1983.
- García Lupo, Rogelio. *La rebelión de los generales*, Buenos Aires, Jarcana Ediciones, 1963.
- García Pelayo, Manuel. *Burocracia y tecnocracia*, Madrid, Alianza, 1982.
- Garretón, A. *En torno a la discusión sobre el Estado autoritario en América Latina*, Chile, FLACSO, 1979.
- Gasparini, Juan. *Montoneros, Final de cuentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Gillespie, Richard. *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Goffman, Erving. *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Grecco, Jorge; González, Gustavo. *Argentina: El ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Halperín Donghi, Tulio. *Argentina, la democracia de masas*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1975.
- Herling, Gustav. *A world apart*, Nueva York, The new american library, 1951.
- Hermet, Guy, *Totalitarismos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

- Hernández Arregui. *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- Hillocoat, Guillermo. "Antecedentes de la democracia y la dictadura de la Argentina moderna", *Revista Argentina de Ciencias Sociales*, núm. 1, 1979.
- Hitler, Adolf. *Mi lucha*, México, Editorial Epoca, 1979.
- Hodges. *Argentina 1943-1976*, Albuquerque, University of Mexico New Press, 1976.
- Jay, Martin. *La imaginación dialéctica*, Madrid, Taurus, 1974.
- Kahn, Jean Francois; Varela Cid, Eduardo. *Stalinismo de izquierda, stalinismo de derecha*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
- Kelman, Herbert; Hamilton, Lee. *Crímenes de obediencia*, Buenos Aires, Planeta, 1989.
- Labruno, Noemí. *Buscados*, Buenos Aires, CEAL, 1988.
- Laclau, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 1978.
- Lanusse, Alejandro. *Mi testimonio*, Buenos Aires, Laserre, 1977.
- Lefort, Claude. *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
- Levi, Primo. *Se questo é un uomo*, Turín, Einaudi, 1971.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.
- López Alonso, Gerardo. *Cincuenta años de historia argentina*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1983.
- Lozada, Salvador M; Barcesat, Eduardo S. et. al. *La ideología de la seguridad nacional*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
- Luna, Félix. *Argentina, de Perón a Lanusse*, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1972.
- Marín, Juan Carlos. *Acerca de la relación saber-poder; la razón de la fuerza o la fuerza de la razón*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales, 1978.
- Marín, Juan Carlos. *Argentina 1973-1976*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Cuaderno 42, 1979.
- Mier, Raymundo. "Orden jurídico y condena", Cuadernos de Sociología, México, 1994.



- Mittelbach, Federico. *Informe sobre desaparecidos*, Buenos Aires, Ediciones Urraca, sin fecha.
- Molins i Fábrega, N. *Campos de concentración*, México, Iberia, 1939.
- Montemayor, Mariano. *Presencia política de las Fuerzas Armadas*, Buenos Aires, Sigla, 1958.
- Montoneros. *Evita Montonera*, Buenos Aires, 1974-1978.
- Moore, Barrington. *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM, 1989.
- Murmis, Miguel; Portantiero, Juan Carlos. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.
- Neumann, Franz, *Behemoth*, México, Siglo XXI, 1982.
- Ocaña, Lucila. *La propuesta teórica de la Escuela de Frankfurt*, ponencia, 1985.
- O'Donnell, Guillermo. *Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Estado y Sociedad, 1976.
- O'Donnell, Guillermo. *Tensiones en el Estado burocrático autoritario y la cuestión de la democracia*, Buenos Aires, CEDES, 1978.
- O'Donnell, Guillermo; Schmitter, Philippe et al. *Transiciones desde un gobierno autoritario, Perspectivas comparadas*, Buenos Aires, Paidós, 1988.
- Onganía, Juan Carlos. *Mensaje*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 1966.
- Orsolini, Mario Horacio. *Ejército argentino y crecimiento nacional*, Buenos Aires, Ediciones Arayú, 1965.
- Orsolini, Mario Horacio. *La crisis del Ejército*, Buenos Aires, Ediciones Arayú, 1964.
- Pappalettera, Vicenzo y Luigi. *Los SS tienen la palabra* Barcelona, Laia, 1972.
- Peña. Melciades. *El peronismo*, Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1972.
- Peralta Ramos, Mónica. *Acumulación de capital y crisis política en Argentina*, México, Siglo XXI, 1978.
- Peregrino Fernández, Rodolfo. *Autocrítica policial*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
- Perón, Juan Domingo. *Habla Perón*, Buenos Aires, 1949.
- Pessoa, Fernando. *Contra la democracia*, México, UAM, 1985.

- Phillip, George. *Autoritarismo militar en América del Sur*, Buenos Aires, 1984.
- Poulantzas, Nicos. *Fascismo y dictadura*, México, Siglo XXI, 1980.
- PRT. *El peronismo, ayer y hoy*, México, Editorial Diógenes, 1974.
- Real, Juan José. *Treinta años de historia argentina*, Buenos Aires, Ediciones Actualidad, 1962.
- \* Reyna, Roberto Raúl. *La Perla*
- Rivera Echenique, Silvia. *Militarismo en la Argentina*, México, UNAM, 1976.
- Rodríguez Molas, Ricardo. *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Rodríguez Molas, Ricardo. *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina, Textos documentales*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.
- Rouquié Alain. "Le mouvement de Frondizi et le radicalisme argentine", París, Centre d'Etudes des Relations Internationales, *Recherches*, núm. 11, 1967.
- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981.
- Rouquié, Alain et al. *Argentina, hoy*, México, Siglo XXI, 1982.
- Rouquié, Alain. *El Estado militar en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.
- Scenna, Miguel Angel. *Los militares*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1980.
- Scheer, Leo. *La sociedad sin amo, Ensayo sobre la sociedad de masas*, Ruedo Ibérico, 1989.
- Sebrelli, Juan José. *La cuestión judía en la Argentina*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1973.
- Seoane, María. *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta. 1991.
- \* Stoppino, Mario. *Autoritarismo en: Bobbio, Norberto. Diccionario de política*,
- Timerman, Jacobo. *El caso Camps, punto inicial*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1982.
- Tocavén Montejano, Roberto. *La organización militar: un enfoque a partir de sus mecanismos de adiestramiento*, Tesis de maestría, México, UNAM, 1987.
- Todorov, Tzvetan. *Frente al límite*, México, Siglo XXI, 1993.

**Verbitsky, Horacio. *Civiles y militares*, Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1987.**

**Wiker, Alejandro. *Prisión en Chile*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.**